



AN AGE GAP
ARRANGED MARRIAGE
MAFIA ROMANCE

SILENT

PERFECTLY IMPERFECT SERIES

Lies

NEVA ALTAJ

Orden de lectura y tropos

Perfectly Imperfect

1. Painted Scars (Nina y Roman)

Tropos: héroe discapacitado, matrimonio falso, diferencia de edad, los opuestos se atraen, héroe posesivo/celoso

2. Broken Whispers (Bianca y Mikhail)

Tropos: héroe con cicatrices/discapacitado, heroína muda, matrimonio concertado, diferencia de edad, la bella y la bestia, héroe posesivo/celoso OTT

3. Hidden Truths (Angelina y Sergei)

Tropos: diferencia de edad, héroe roto, solo ella puede calmarlo, ¿quién te hizo esto?

4. Ruined Secrets (Isabella y Luca)

Tropos: matrimonio concertado, diferencia de edad, héroe celoso/posesivo OTT, amnesia

5. Stolen Touches (Milene y Salvatore)

Tropos: matrimonio arreglado, héroe discapacitado, diferencia de edad, héroe sin emociones, héroe posesivo/celoso OTT

6. Fractured Souls (Asya y Pavel)

Tropos: él la ayuda a sanar, diferencia de edad, quién te hizo esto, héroe posesivo/celoso, cree que no es lo suficientemente bueno para ella

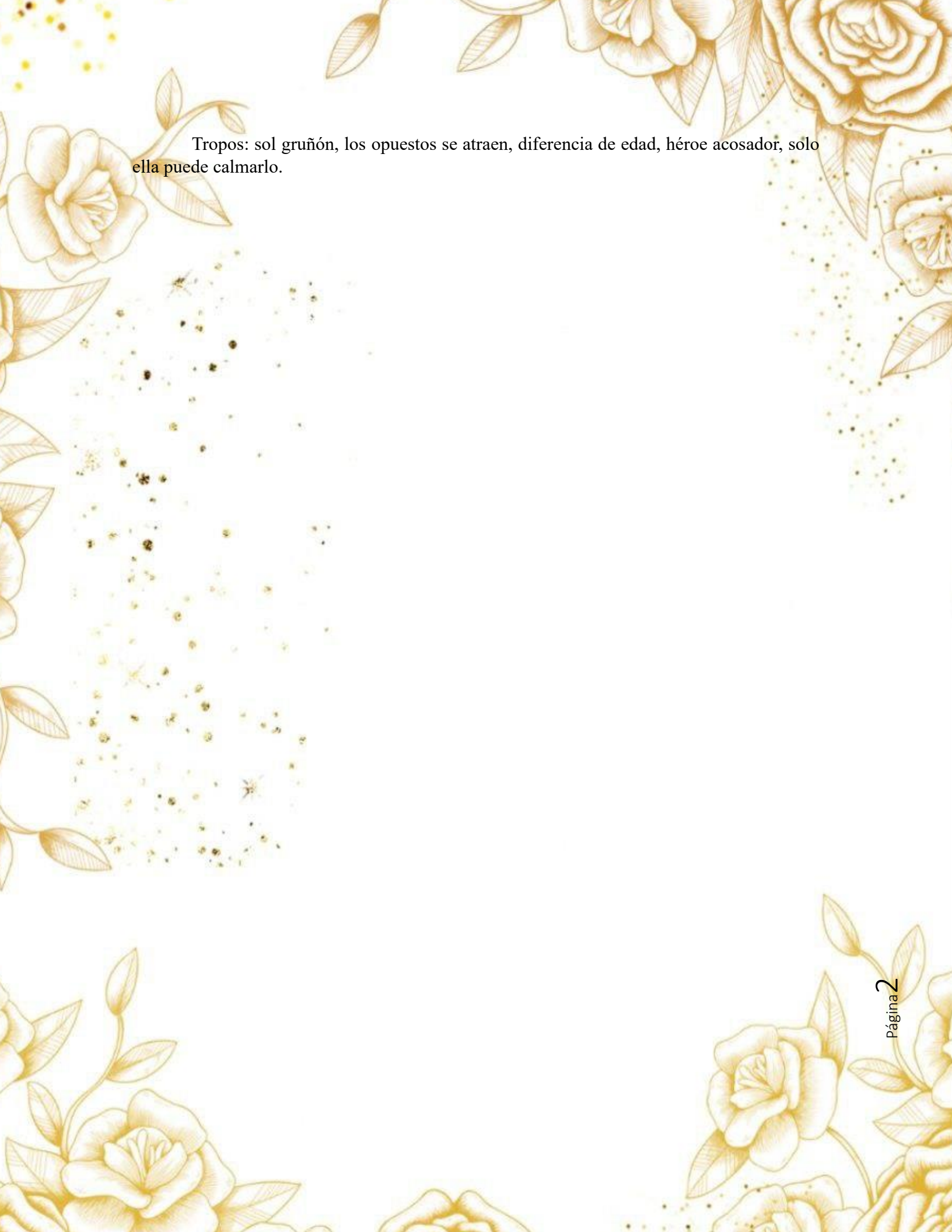
7. Burned Dreams (Ravenna y Alessandro)

Tropos: guardaespaldas, amor prohibido, venganza, enemigos de amantes, diferencia de edad, quién te hizo esto, héroe posesivo/celoso

8. Silent Lies (Sienna y Drago)

Tropos: héroe sordo, matrimonio arreglado, diferencia de edad, sol gruñón, los opuestos se atraen, héroe súper OTT posesivo/celoso

9. Darkest Sins (Nera y Kai)



Tropos: sol gruñón, los opuestos se atraen, diferencia de edad, héroe acosador, solo ella puede calmarlo.



Nota del autor

Uno de los personajes principales de esta novela sufre pérdida de audición de alta frecuencia. Al escuchar hablar a la gente, una persona con esta afección puede tener dificultades para escuchar ciertas consonantes como S, H o F, que se pronuncian en un tono más alto. Como resultado, el habla puede sonar apagada, especialmente cuando se usa el teléfono, se mira televisión o se está inmerso en ambientes ruidosos. Las personas con este tipo de pérdida auditiva a menudo dicen que sienten que pueden oír el sonido del habla, pero no entienden las palabras reales que se pronuncian. También les puede resultar más difícil escuchar las voces de mujeres y niños, así como otros sonidos agudos (por ejemplo, el canto de los pájaros, el pitido de dispositivos electrónicos). Además, las personas con pérdida auditiva de alta frecuencia suelen ser más sensibles a los ruidos fuertes que las personas sin esta afección. La exposición a sonidos fuertes frecuentemente puede causar malestar o dolor.



Advertencia

Tenga en cuenta que este libro contiene contenido que algunos lectores pueden encontrar inquietante, como menciones a la muerte de un familiar inmediato, así como descripciones gráficas de violencia, tortura y sangre.

Prólogo

Hace veinte años, Serbia

(Drago, 17 años)

DRAGO

—Es la rubia, idiota —murmuro y alcanzo la botella de cerveza en la mesa de café.

No sé por qué sigo viendo estos thrillers predecibles. Tal vez me distraigan de las cosas en las que no quiero pensar. Como, cómo necesito decirle a mi viejo que reprobé el tercer año de secundaria. De nuevo. O cómo mi mamá se volverá loca por la mañana cuando se dé cuenta de que choqué mi motocicleta. No es que pueda ocultar el hecho de que tanto mi brazo derecho como mi mejilla están raspados en carne viva. Habría sido bueno si el sarpullido de la carretera al menos borrara la tinta en la que el maldito Adam arruinó de nuevo. Nunca debí dejarle practicar conmigo. Pasarán dos meses hasta que la porquería que me tatuó en el antebrazo sane lo suficiente como para taparla. Y, con suerte, con algo que no apesta. Esta mierda se parece más a un burro que al segador que le dije que hiciera.

Tomando otro trago de la botella, miro el reloj al lado del televisor. Tres de la mañana. Debería subir y dormir. Les prometí a las niñas que las llevaría al zoológico mañana. Dina probablemente se asustará y llorará cuando vea mi cara. Tara simplemente intentará pinchar la carne destrozada.

Apago la televisión y tiro el control remoto sobre la mesa de café. Estoy a medio camino de la habitación cuando soy arrojado contra la pared del fondo mientras un estallido ensordecedor me envuelve. El dolor explota a través de mi lado derecho.

Todo se vuelve negro.

Mis ojos se abren de golpe, pero al principio no puedo distinguir nada. Mi visión es borrosa. Siento un dolor agudo en la parte posterior de mi cabeza y en mi costado. Me toma un momento darme cuenta de que estoy tirado en el suelo, pero cuando intento

sentarme, otra punzada de dolor recorre mi hombro derecho y baja por mi brazo. Aprieto los dientes y presiono mi mano izquierda contra la pared, logrando de alguna manera ponerme de pie. Una oleada de mareo me golpea y hago una pausa, tratando de que la habitación deje de girar a mí alrededor. Mi visión se aclara un poco, pero todavía apenas puedo ver una mierda. El aire está turbio y la única fuente de luz entra detrás de mí. Algo húmedo se desliza por el costado de mi cuello, justo debajo de mi oreja. Lo limpio y veo sangre en mis dedos. ¿Qué carajo?

Todavía estoy de cara a la pared, tratando de orientarme cuando el olor a humo invade mis fosas nasales. Lentamente, me doy la vuelta e inmediatamente doy un paso atrás involuntariamente. En el lado opuesto de la casa, más allá de la sala de estar y las escaleras que conducen a los dormitorios de arriba, la puerta de la habitación de mis padres cuelga torcida sobre sus bisagras. Falta parte de la pared exterior y el resplandor de la farola ilumina los escombros amontonados sobre la cama y por todo el suelo. El polvo flota en el aire.

—¡Mamá! ¡Papá! —Salto sobre los muebles volcados, pero no puedo oír mi propia voz. No puedo oír nada.

Mis ojos están pegados a la pared fragmentada apilada encima de la cama donde dormían mis padres mientras trato de apartar el sofá con mi único brazo funcional. El otro es inútil y entumecido. Creo que mi hombro se dislocó cuando la explosión me arrojó contra la pared.

El espacio se está llenando de humo y cada vez es más difícil respirar, pero no veo fuego por ningún lado. Frenéticamente, me doy vuelta y veo un brillo naranja más allá del umbral de la cocina. El miedo se apodera de mí mientras cambio mi mirada hacia el piso superior, hacia la puerta más cercana al rellano. El cuarto de mi hermana. Mis ojos se mueven entre la puerta de arriba y los escombros de la habitación de mis padres, mientras mi corazón late como loco. ¿Debería ayudar a mamá y papá primero o buscar a las niñas? Un sabor ácido llena mi garganta mientras asimilo la magnitud de la destrucción en la planta baja. No hay manera de que alguien pudiera haber sobrevivido a eso. Con una última mirada a la habitación de mis padres, empujo hacia abajo la bilis, salto el sofá destrozado y corro hacia las escaleras.

Cuando llego al último escalón, me ataca un ataque de tos. Entierro la nariz y la boca en el hueco del brazo, tratando de mantener el humo fuera de mi garganta y mis pulmones, y abro la puerta de una patada.

—¡Tara! —Grito mientras tropiezo y agarro a mi hermana que llora de la cama a mi izquierda. La coloco sobre mi cadera, luego me giro y encuentro a Dina, la gemela de Tara, parada en un rincón de la habitación. Sus ojos están muy abiertos y en pánico, mirándome. Intento alcanzarla, pero no puedo mover mi brazo derecho.

—Toma mi mano. Necesitamos salir —grito, todavía incapaz de escuchar mis palabras.

Dina sacude la cabeza y se pega a la pared. Tara está gimiendo y retorciéndose en mi agarre.

—¡Joder, Dina! —Rugo y caigo en otro ataque de tos—. ¡Mierda! —Jadeo.

Intento mover mi brazo derecho nuevamente y fallo. El humo se vuelve más espeso. Tenemos que salir de aquí, pero no puedo cargar a mis dos hermanas con un solo brazo. El miedo y el desamparo me asfixian más que el propio humo. Tendré que sacarlas una por una. Necesito elegir. ¿Cómo carajo puedo elegir a qué hermana salvar primero?

Tara está histérica y ya la tengo. Ella tendrá que ser la primera.

—Voy a llevar a Tara afuera y vuelvo enseguida —grito, mirando el rostro asustado de Dina. Parece mucho más joven que sus cuatro años cuando tiene miedo—. Sólo dos minutos, cariño. Dina no te muevas.

Lanzándole una mirada suplicante para hacerle entender, me doy la vuelta y salgo corriendo de la habitación.

No sé cómo logro bajar las escaleras. El humo me pica los ojos, lo que hace que sea casi insoportable mirar hacia dónde voy, y tropiezo varias veces antes de llegar a la puerta principal.

Afuera, los vecinos se encuentran en el camino de entrada, mirando boquiabiertos la casa. Hay luces rojas parpadeantes visibles al final de la calle, cada vez más cerca. Probablemente sean los bomberos o una ambulancia. Estarán aquí en cualquier momento, pero no puedo esperar. Empujo a Tara, llorando, a los brazos del hombre más cercano y corro de regreso a la casa en llamas.

El humo es tan espeso que me veo obligado a medio correr, medio arrastrarme por la sala de estar. Mis ojos lloran y mis pulmones piden aire a gritos. Llego a las escaleras justo cuando el borde de la alfombra más cercana a la cocina se incendia. Las llamas se están propagando rápidamente y avanzando hacia la escalera.

Finalmente regreso al dormitorio de las niñas, mis ojos se esfuerzan por ver a mi hermana. Ella no está donde la dejé, así que me lanzo hacia la cama. Dina está abrigada y escondida bajo las sábanas.

—Estoy aquí, cariño. —Tiro el edredón a un lado, agarro a Dina por la cintura y la levanto hasta mi cadera.

Volver a la puerta principal está fuera de discusión. Hay demasiado humo. Podría intentar sacarnos por la ventana (no es demasiado alta), pero papá la cerró con llave el mes

pasado porque Tara seguía abriéndola y tenía miedo de que ella se cayera. Tenemos que llegar a mi habitación al otro extremo del pasillo y usar el balcón que hay allí.

—¡Aférrate a mí! —No puedo evaluar qué tan alto hablo, así que grito por si acaso—. ¡Nos vamos!

Dina me rodea el cuello con los brazos y se aferra a mí mientras su pequeño cuerpo tiembla en mis brazos. Salgo al pasillo y luego me retiro rápidamente. El fuego se ha extendido al piso de arriba y el calor está cortando el camino hacia mi habitación. Bajar las escaleras es la única salida.

—Vas a estar bien. —Le doy un beso en el pelo a mi hermana. Mi corazón late tan rápido que siento como si fuera a salirse de mi pecho—. Vas a estar bien.

Apretando mi agarre sobre ella, respiro profundamente y salgo al pasillo de nuevo.

Miro por encima de la barandilla hacia el nivel inferior de la casa, donde las llamas lamen los armarios de la cocina y trepan por las cortinas. El fuego se ha extendido a las escaleras y sus zarcillos se extienden entre los balaustres. No puedo decidir qué es peor: el calor o el humo. Conteniendo la respiración, bajo corriendo las escaleras lo más rápido que puedo. La puerta principal está abierta de par en par y el camión de bomberos se ha detenido y los bomberos salen de él. Estoy a medio camino de la entrada cuando estalla otra explosión a mi derecha, la explosión nos arroja a Dina y a mí al suelo.

Hace tanto calor que siento como si mi piel se derritiera. Mi hermana yace tumbada a unos metros de distancia, jadeando y luchando por respirar. Me arrastro y la atraigo hacia mí, luego envuelvo mi cuerpo alrededor del de ella para protegerla de las llamas.

—Está bien bebé. La ayuda está llegando —digo junto a su oído, justo antes de que la oscuridad me trague.

Hace quince años, Nueva York

(Sienna, 5 años)

SIENNA

Me tiro en el sofá, me cruzo de brazos y resoplo. —¡Lo prometiste, mamá! ¡Es la fiesta del sexto cumpleaños de Luna! Soy su mejor amiga. Tenemos que ir.

Mamá suspira y se sienta a mi lado. —Lo siento mucho, Sienna. El jefe nos programó a tu papá y a mí para este sábado.

—Tú y papá siempre trabajan. —Frunzo el ceño y hago pucheros con los labios.

—Sienna, cariño, sabes que eso no es cierto. —Ella frota mi brazo.

Me alejo de ella y murmuro: —Si me amas, no aceptarás. ¡Lo prometiste! Papá dice que cumplir las promesas es lo más importante del mundo.

Mamá lanza una mirada a mi padre, que está junto a la estantería. —Edoardo y Sara están trabajando en el casino esta noche. ¿Quizás podríamos pedirles que cambien? Podríamos trabajar esta noche y ellos pueden cubrirnos el sábado.

Miro a papá con los ojos muy abiertos. —¡Por favor di que sí!

—¿Arturo? ¿Puedes llevarlos? —Papá se acerca por encima del hombro a mi hermano, que está sentado en el sillón reclinable junto a la ventana, jugueteando con su teléfono.

—No. Tengo que trabajar el sábado —niega con la cabeza—. Pero puedo vigilar las plagas esta noche.

Resoplé. Arturo ha estado muy ocupado y serio desde que empezó a trabajar para el Don.

Mi padre deja escapar un suspiro y me clava la mirada. —¿Es realmente tan importante que ambos debamos ir? Puedo intentar arreglar algo para que mamá pueda llevarte.

—Sí, es importante. ¡Asya! —Espero hasta que mi hermana levanta la vista de lo que sea que esté dibujando en la mesa de café y luego grito—: ¡Di algo!

Ella simplemente se encoge de hombros.

—Mira, Asya quiere que ustedes dos también vayan. Por favor, papá. Nunca podremos ir juntos a ningún lado. ¡Habrás payasos! Nunca más pediré nada.

Papá se aleja de la estantería. —Oh, todo bien. Voy a llamar a Edoardo.

Chillo de alegría y salto a sus brazos. —¡Sí! ¡Gracias!

—Como si pudiera decirte que no, pequeña. Te amo demasiado. — Coloca un beso en la parte superior de mi cabeza—. Vayan a la cocina, ustedes dos. Arturo te preparará la cena ya que mamá y yo tenemos que prepararnos para ir a trabajar.

El timbre me saca de mi sueño. Entrecierro los ojos ante la oscuridad. ¿Lo soñé?

Vuelve a sonar el timbre.

Me deslizo fuera de mi cama y camino de puntillas hacia el balcón para mirar el porche delantero. Dos hombres de traje hablan con Arturo. Sus voces son apagadas, así que no puedo escuchar lo que dicen, ni puedo ver el rostro de mi hermano desde este ángulo, pero de repente su cuerpo se endereza como un palo. Entierra sus manos en su cabello, tirando de él, luego se gira hacia la puerta principal abierta y la golpea con el puño. Los hombres dicen algo más y se van, subiéndose a un auto negro estacionado en nuestro camino de entrada. Cuando miro hacia abajo, Arturo está sentado en el último escalón, agarrando su cabello con su mano ensangrentada.

Corro de regreso a mi cama y me meto debajo de la manta, pero no tengo sueño. ¿Quiénes eran esos hombres y por qué mi hermano actuaba de esa manera? Arturo nunca le pega a nada.

Estoy mirando al techo cuando escucho a alguien subir las escaleras y cruzar el pasillo. Un momento después, el sonido de la puerta de nuestro dormitorio al abrirse llena el silencio de la noche. Me siento en la cama y encuentro a Arturo parado en el umbral, agarrando el marco de la puerta.

—Despertemos a Asya —dice—. Necesito decirles algo a ambas.

Su voz suena extraña. No es una broma como suele ser cuando habla con Asya y conmigo.

Después de accionar el interruptor de la luz junto a la puerta, Arturo se sienta al lado de la cama de mi hermana. Se ve diferente a cuando nos arropó antes. Su rostro está pálido y tiene círculos oscuros debajo de los ojos. Arturo no suele ser una persona alegre. Papá siempre dice que mi hermano es demasiado mayor para su edad, sea lo que sea que eso signifique, pero siempre es fuerte. Ahora sólo parece triste. Sacude ligeramente el hombro de Asya hasta que ella se sienta en la cama y luego golpea el otro lado.

Voy y me siento a su lado, manteniendo mi mirada pegada a la suya todo el tiempo. Se me formó un nudo en la garganta cuando lo vi golpear la puerta afuera, pero ahora siento que voy a vomitar. Nos va a decir algo malo.

—Algo pasó esta noche. En el casino. —Toma mi mano en una suya y la de Asya en la otra, pero no nos mira a ninguna de las dos—. Necesito que ustedes dos sean valientes.

—¿Qué pasó? —Asya pregunta entre bostezos—. ¿Dónde está mamá?

—Había... un tiroteo. —Nos aprieta las manos—. Mucha gente resultó herida.

Saco mi mano de la suya. Nunca hablamos de tiroteos o armas de fuego en nuestra casa. Papá no lo permite.

—¿Dónde están mamá y papá? —Sollozo.

Arturo me rodea con su brazo y me atrae hacia él. Puedo oír a Asya llorar mientras se acurruca contra su otro lado.

—Se han ido —dice Arturo entrecortadamente—. Mamá y papá se han ido.

—¡Estas mintiendo! ¿Por qué estás mintiendo? —Grito mientras las lágrimas corren por mi rostro, pero sé que no es así. Arturo nunca miente.

Capítulo 1

SIENNA

PRESENTE

Me acerco a la gran puerta ornamentada y llamo dos veces.

—Entra —dice una voz masculina desde el otro lado.

Entro en la oficina del jefe de la familia Cosa Nostra de Nueva York y mis tacones verdes hacen ruido en el suelo pulido mientras me acerco.

—Querías verme, Don Ajello —le digo con mi voz más dulce.

Los ojos de Salvatore Ajello van desde mi vestido verde hierba hasta la parte superior de mi cabeza y se detienen en mi moño. De él sobresalen plumas, del mismo color que mi vestido. Me llevó meses encontrar el tono exacto.

—Toma asiento, Sienna. —Él asiente hacia la silla frente a él.

Me dejo caer en la silla y me aliso el vestido, preguntándome por qué me llamó. No todos los días alguien tan insignificante como yo, en lo que respecta a la jerarquía de la Cosa Nostra, es invitada a una reunión privada con el Don.

Ajello se inclina hacia atrás y me mira. Hay algo inquietante en su mirada y me hace sentir como si me estuvieran diseccionando.

—Tu hermana se casó hace un tiempo —dice—. Ustedes dos eran muy cercanas.

—Estamos cerca, sí.

—Pero ahora está en Chicago. Debe ser difícil para ti.

—A Asya le encanta estar allí y me alegro por ella. —Sonrío, tratando de mantener mi voz casual. Él realmente sabe cómo encontrar el valor para pinchar.

—Es importante asegurarse de que la familia sea feliz. ¿Y Arturo?

Entrecierro los ojos hacia él. ¿Tiene algún sentido esta conversación? —¿Qué hay de él?

—Tu hermano tiene treinta y seis años, Sienna. Probablemente se casará pronto. Tendrá su propia familia. ¿Qué harás cuando eso suceda? ¿Te quedarás con él y serás la tercera rueda?

Cada palabra que dice se clava como una daga en mi pecho. Ya me siento mal por pasar mis días sin hacer nada más que salir con mis amigos o leer mientras Arturo trabaja todo el tiempo. Hace meses, me prometí a mí misma que encontraría un programa de negocios al que asistir para poder finalmente comenzar a hacer algo con mi vida, pero todavía no he hecho nada al respecto.

—Nunca me interpondría en el camino de la felicidad de mi hermano —digo—. Cuando eso suceda, probablemente me mudaré. Encontraré un trabajo.

—¿Por qué no fuiste a la universidad? ¿Eso todavía está en tus planes?

—No soy material universitario, Don Ajello.

—¿No? Y, sin embargo, hablas varios idiomas. Arturo me dijo que los aprendiste todos por tu cuenta.

—Sí. Italiano. Inglés, obviamente. Español y portugués. Y tengo algunos conocimientos de ruso y japonés. ¿Necesita un traductor para algo?

—¿Cuánto tiempo te llevaría aprender un nuevo idioma? —él pide.

—Eh, bueno. Eso depende. ¿Solo hablar o escribir también?

—Lo suficientemente bueno como para que puedas entender lo que se dice. Nada de escribir.

Lo pienso por un momento. —Tres meses. Quizás cuatro. Dependiendo del idioma.

Ajello asiente mientras sus ojos penetrantes se clavan en los míos. —Perfecto. Entonces organicemos la boda.

—¿Oh? ¿Y quién se casa?

—Lo haces, Sienna.

Parpadeo dos veces, preguntándome si lo escuché correctamente. Ajello está recostado, relajado en su silla. Tiene los brazos cruzados sobre el pecho mientras me mira.

—No querrás terminar sola, ¿verdad? —dice con la cabeza inclinada hacia un lado.

Este bastardo. Es como si pudiera ver el interior de mi alma, encontrar los peores miedos que se acumulan allí y sacarlos en contra de mi voluntad.

Mis dedos aprietan la falda de mi vestido. —No.

—Entonces el matrimonio es la solución perfecta.

—Sí, eso parece. —Me obligo a sonreír.

—Me alegro de que estemos de acuerdo en esto. Ya tengo a alguien en mente para ti. Durante los últimos años, he estado intentando colocar a alguien dentro de su organización. Esta es una gran oportunidad.

—¿Necesitas que espíe a mi futuro marido?

—Sí. Estarás haciendo un gran servicio a la Familia.

—¿No es de la Cosa Nostra?

—No. Es un socio comercial. —Ajello ladea la cabeza—. Tu hermano no estará feliz cuando se lo diga. Necesito que convenzas a Arturo de que estás de acuerdo con este matrimonio.

—¿Qué pasa si no me cree?

—Arturo es mi jefe. Incluso me atrevería a llamarlo... un amigo. No tengo muchos amigos, Sienna, así que preferiría no tener que matarlo por no estar de acuerdo con mis planes. Asegúrate de que te crea.

—Intentaré dar lo mejor de mí. —Fuerzo otra sonrisa—. ¿Eso es todo?

Ajello levanta una ceja. —No preguntaste con quién te casarás.

—Supongo que no importa.

—Perfecto. Yo haré los arreglos. Te puedes ir.

Me detiene mientras me dirijo hacia la puerta.

—Una cosa más, Sienna.

Me doy la vuelta. —¿Sí?

—Empieza a aprender serbio. Tienes tres meses.

Cuando salgo del edificio de Ajello, me paro en medio de la acera mientras la gente pasa corriendo. Me llegan partes de varias conversaciones. Risa. Una madre enojada llamando a su hijo. El ruido me inunda y es como si hubiera entrado en una colmena, con sus paredes acercándose a mí. Quiero irme, pero no puedo mover las piernas. Alguien me

golpea con el codo, haciéndome caer hacia un lado, pero todavía estoy aturdida y apenas noto el impacto.

¿Realmente me voy a casar con un hombre que nunca he conocido? Podría negarme, pero en la Cosa Nostra la palabra del Don es la ley, e ir en contra de sus órdenes es similar a la traición. Podría decirle a Arturo la verdad y él podría convencer a Ajello de que abandonara la idea. Mi hermano le salvó la vida hace aproximadamente una década, por lo que dudo mucho que el profesor realmente lo matara. Pero la cuestión es que Ajello tiene razón. Mi hermano puso su vida en suspenso cuando mataron a nuestros padres. Necesito irme.

Un escalofrío recorre mi cuerpo de sólo pensarlo.

Nunca he vivido sola y no creo que pueda soportarlo. Ya me siento demasiado sola con Asya fuera y Arturo estando tanto tiempo fuera por trabajo, así que normalmente paso tiempo durante el día en casa de Luna. Pero las noches son duras.

Después de lo que pasó cuando secuestraron a Asya, le prometí a mi hermano que nunca volvería a tomar pastillas para dormir. Pero lo he considerado. No hacerme daño; simplemente no puedo dormir en una casa vacía.

Si le pido a Arturo que se quede más en casa, seguro que dirá que sí, pero yo nunca haría eso. Ya tiene suficiente con su propia mierda y no necesita mi mierda encima. La vida social de mi hermano es inexistente desde hace quince años. Fuera del trabajo, su único objetivo ha sido criarnos a Asya y a mí. Ni siquiera ha traído a una mujer a nuestra casa jamás, y me temo que no lo hará mientras yo esté allí. Es como si en algún momento olvidara que no es nuestro padre. Ya no soy una niña y no puedo permitir que esto continúe. Arturo necesita vivir su propia vida.

Pero la mera idea de vivir sola, sin nadie con quien hablar, me está provocando un pánico total. No puedo hacer eso. Nunca podré hacer eso. Si casarme con un extraño es la única manera de no terminar sola, lo aceptaré. Sólo me falta convencer a Arturo de que fue idea mía. Él nunca permitiría que me casaran simplemente porque el Don lo ordenó.

—Señora DeVille.

Miro a la derecha y veo a mi conductor parado junto al auto, sosteniendo la puerta abierta para mí. Cruzo la distancia en silencio y me deslizo hacia atrás.

—¿Está todo bien, señora DeVille? —pregunta el conductor mientras se pone al volante.

—Por supuesto. —Le doy una sonrisa radiante—. Dirígete al centro comercial, por favor. He oído que hoy hay grandes ventas.

Cuando el auto sale a la calle, saco el teléfono de mi bolso y llamo a mi hermano. Suena varias veces y salta el buzón de voz. Probablemente esté nuevamente en una reunión.

—Hola, Arturo —canto después del pitido—. Sé que estás ocupado, pero quería contarte la noticia. Después de que Asya se casara, eso me hizo pensar en mi vida, así que fui a ver al Don esta mañana y le pregunté si podía arreglar un matrimonio para mí. ¡Él dijo que sí! —Me rio—. Espero que sea un abogado. O algún director ejecutivo. De todos modos, sólo quería hacértelo saber. Me dirijo al centro comercial ahora mismo. Hay un vestido de gasa multicolor increíble que vi en línea. ¡Está plisado y los tonos se combinan maravillosamente! Parece que fue hecho sólo para mí. ¡Te amo!

Devuelvo el teléfono a mi bolso, rápidamente me limpio una lágrima de la mejilla y concentro mi mirada en la calle más allá de la ventana.

DRAGO

Observo al hombre sentado en un charco de sangre a mis pies. El lado izquierdo de su cara está tan hinchado que parece que va a estallar en cualquier momento. Lo agarro por el cuello y lo levanto, presionando su espalda contra la pared.

—Entonces, ¿de casualidad dejaste escapar información confidencial mientras nuestra competencia estaba presente? —Pregunto.

El hombre gime y envuelve sus manos alrededor de mi muñeca, tratando de liberarse. Lo golpeo contra la pared y me inclino cerca de su cara.

—¿Sabes lo que les hago a los traidores, Henry?

Los ojos del hombre se abren como platos y se estremece. Un momento después, el hedor a orina llena el aire.

—Veo que sí. —Sonrío y alcanzo el cuchillo que está en la mesa cercana.

Cuando presiono la punta de la hoja contra el abdomen de Henry, justo encima de su ombligo, comienza a agitarse, así que pongo más fuerza en mi agarre. Su cara se pone más roja mientras lucha por respirar. Manteniendo mi agarre en su cuello, arrastro el cuchillo hacia arriba, lentamente. La sangre corre por el torso desnudo de Henry mientras grita de agonía. Cuando llego a su clavícula, muevo la punta del cuchillo debajo de su pezón izquierdo y repito mis esfuerzos, solo que, esta vez, hago un corte horizontal hacia su lado derecho. El hombre se ahoga unas cuantas veces más y su cuerpo queda inerte. Sus

ojos vidriosos me miran fijamente. Termino la forma que estoy tallando en su frente, limpio la cuchilla en la pernera de sus pantalones y dejo que su cuerpo caiga al suelo.

—Atorníllalo a la pared —les digo a los dos hombres que están a un lado y luego me giro hacia Filip, mi segundo al mando, que está descansando en el sofá—. ¿Qué quería Ajello?

—Quiere conocernos —dice Filip—. Él tiene una propuesta de negocio para usted.

Agarro el paño de cocina de la encimera y me limpio la sangre de las manos. —Llámalo de nuevo. Dile que puede meterse su propuesta en el culo. Hemos terminado de hacer negocios con la Cosa Nostra, como ya le he dicho a Arturo en innumerables ocasiones.

—Ahora no es el momento de alterar las plumas del catedrático, Drago. —Filip se inclina hacia adelante—. Especialmente con el nuevo plan que hemos implementado. Bogdan tomará represalias en cuanto se entere de que has decidido sacarlo del negocio de las armas. No podemos enfrentarnos a los rumanos y a los italianos al mismo tiempo.

—Dudo que a Ajello le importen un carajo nuestros planes. Ya no trabaja con Bogdan, así que no veo por qué se entrometería en nuestro negocio. En cuanto a sus plumas, no me preocuparía demasiado por ellas.

—Todo lo que sucede en Nueva York es asunto de Ajello. Si cree que la guerra entre nosotros y los rumanos podría tener el más mínimo impacto en sus proyectos, hará algo al respecto. De hecho, me parece interesante que haya elegido este momento exacto para intentar restablecer una colaboración entre nosotros.

—¿Crees que se enteró del acuerdo de armas que estamos negociando?

—Probablemente sepa que estamos metidos en algo, pero no creo que esté al tanto de los detalles. Por otra parte, nunca se sabe con Salvatore Ajello.

—Jodidamente perfecto. —Tiro el trapo ensangrentado sobre la mesa—. Llama a Ajello. Dile que estaré fuera de la ciudad durante los próximos meses, pero pensaré en su petición. Podemos hablar cuando regrese.

—¿Y lo harás? ¿Pensarlo?

Agarro mi chaqueta y mi casco de la silla y me dirijo hacia la puerta principal. —
No.

Capítulo 2

SIENNA

DOS MESES DESPUÉS

Estoy acostada en mi cama, viendo una película de Disney doblada al serbio en mi computadora portátil cuando aparece una notificación por correo electrónico en la parte inferior de la pantalla. Probablemente sea un boletín de una de mis revistas de moda. Cierro la ventana emergente y sigo mirando.

Prefiero aprender idiomas a mi propio ritmo, pero como tengo una fecha límite, también me inscribí en un curso en línea. Me tomó cinco semanas de sesiones diarias con un tutor virtual para cubrir los conceptos básicos. El idioma serbio es muy parecido al ruso, lo entiendo a un nivel intermedio y eso me ayudó un poco. Gracias a Dios solo necesito dominar hablarlo y no saber escribirlo, porque eso me llevaría meses. Durante las últimas tres semanas, me he concentrado en escuchar. Comencé con películas y programas serbios, pero hay mucha jerga en ellos, por lo que puede ser difícil de seguir. La semana pasada encontré un canal serbio en línea, pero trata principalmente de noticias y política. Fue tan aburrido que ayer me quedé dormida viéndolo. Hoy he decidido probar algo más. La Sirenita parecía una buena elección.

El teléfono que suena en mi mesa de noche llama mi atención. Es el Don.

—Don Ajello. Que puedo...

—¿Viste el correo electrónico que te envié?

—Sólo un segundo. —Salgo de la película y paso a la pestaña de correo electrónico. Hay un mensaje en mi bandeja de entrada, pero no hay texto, solo algunos archivos adjuntos. Abro el primero. Es una foto ligeramente borrosa de un hombre entrando a un edificio. Sólo una parte de su perfil es visible. Está vestido con una chaqueta de cuero y jeans oscuros. Hago zoom en la imagen, tratando de distinguir algo más que el cabello oscuro y la corta barba del hombre que apenas es visible, pero es demasiado granulado.

—Um, está bien —digo—. ¿Y esto es...?

—Ese es tu futuro marido. Drago Popov. El jefe de la organización criminal serbia.

—Oh... entonces no es abogado.

—No, Sienna. Seguramente no es abogado. Durante años, Popov trasladó más de la mitad de nuestras drogas a Europa, pero después del ataque a su club por parte de Rocco Pisanno hace dos años, Popov cortó todos los vínculos con la Cosa Nostra. Desde entonces, los distribuidores que hemos utilizado no han sido ni tan rápidos ni tan fiables como Popov. Lo quiero de vuelta en la escena.

—Está bien —murmuro—. Entonces yo soy... ¿Un incentivo para cerrar el trato? ¿No necesitas que lo espíe?

—Por supuesto que sí. Esa es la razón principal por la que te elegí para este matrimonio. —El sonido de papeles revueltos llega al otro lado de la línea—. La mayoría de los acuerdos clandestinos que se hacen en esta ciudad se negocian en el club de Popov, Naos. Se considera territorio neutral, apto para reuniones sobre temas delicados. Necesito a alguien de confianza desde dentro que pueda recopilar información sobre los negocios de Popov y pasármela. ¿Cómo está tu serbio ahora?

—Bueno, puedo ver *La Sirenita* sin subtítulos. —Yo sonrío.

—¿La qué?

—La Sirenita. La película. ¿Nunca ha oído hablar de La Sirenita? —A menos que una persona hable demasiado rápido o use demasiada jerga, puedo entender la mayor parte.

—Bien. Avanzaremos con la boda antes de lo previsto.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Popov cerró un gran negocio la semana pasada, pero nadie sabe de qué se trata. Necesito saberlo y quiero saberlo ahora.

Guau. ¿Controlando mucho?

—Voy a reunirme con él —continúa— para informarle sobre el acuerdo.

—¿Él no lo sabe? ¿Y si dice que no?

—Entonces va a morir —ladra Ajello—. Nino vendrá a buscarte a las diez. Él te llevará a Naos.

—De acuerdo. Me llevaré a Luna conmigo. Y qué...

La línea se corta. Miro la pantalla del teléfono. Me llevó algún tiempo adaptarme a la forma en que Salvatore Ajello maneja las llamadas telefónicas.

Sacudo la cabeza y me concentro nuevamente en el correo electrónico, repasando el resto de las imágenes, pero parecen ser más de lo mismo. La mayoría están desenfocadas, probablemente tomadas con la cámara de un teléfono en condiciones de poca luz o en movimiento. Sólo hay una foto clara. Muestra a Popov de pie en el vestíbulo de un hotel, tal vez, con el brazo alrededor de la cintura de una mujer pelirroja. Está alejado de la cámara, por lo que su rostro todavía no es visible. A su lado, la mujer está concentrada en él. Parece una estrella de cine, vestida con un vestido blanco ajustado y el cabello rubio platino cayendo recto por su espalda casi hasta la cintura.

Si ese es su tipo, se sentirá bastante decepcionado. Esa mujer tiene casi un pie encima de mí. También me corté el pelo recientemente, por lo que apenas me llega a la mitad de la espalda y nunca me lo he teñido. Me gusta más su tono marrón oscuro, por muy sencillo que sea. De todos modos, funciona mejor con mi guardarropa. Revisé las fotos una vez más por si me perdí alguna en la que pudiera ver su cara, pero no. Supongo que tendré que esperar hasta esta noche para saber cómo es mi futuro marido.

Agarro mi teléfono nuevamente y marco a mi mejor amiga.

—Luna bella —chillo—. ¿Tienes ganas de bailar esta noche?

DRAGO

Tomo mi whisky y me recuesto, contemplando al hombre sentado frente a mí en mi mesa.

Durante los años que cooperé con los italianos, interactué con Arturo, el jefe de Ajello. Hasta que el espectáculo de mierda orquestado por Rocco Pisanno mandó nuestra relación laboral directo al infierno. Fue un buen dinero, pero no tengo intención de tratar con la gente que se volvió contra mí. Pensé que había sido muy claro en mi mensaje a Arturo: hemos terminado. Parece que también necesito repetírselo lo mismo al Don.

—No estoy interesado en renovar nuestra colaboración, Ajello.

—¿Tiene otro negocio potencial en sus planes? Porque estoy seguro de que nadie puede suministrarle la cantidad y calidad que usted solía recibir de nosotros.

—La cuestión es que no necesito tus drogas. Mi comercio de diamantes genera el triple de la cantidad que alguna vez generó el movimiento de cocaína. —Me encojo de hombros.

—No se trata de dinero. Hay demasiado rencor entre nosotros, señor Popov. No puedo permitirte operar en mi ciudad a menos que se resuelva la disputa entre nuestras familias.

—¿Resolver la disputa? —Tomo un sorbo de mi bebida y lo miro—. ¿Y cómo planeas que hagamos eso?

—Casamiento. Específicamente, entre tú y una mujer de la Cosa Nostra.

• ¿Olvidó que su capo nos disparó a mí y a mis hombres mientras llevábamos a cabo una reunión de negocios y luego envió a sus mercenarios a atacar mi club? No importa que esos mercenarios no fueran miembros de la Cosa Nostra. O que mis hombres los mataron a los tres. Ni siquiera importa que Rocco Pisanno esté muerto.

• —Perdimos a un hombre en ese desastre hace dos años. No es algo que pueda resolver casándome con una prima de uno de tus soldados, Ajello.

El catedrático coloca los brazos en el respaldo del sofá y me observa con una mirada calculada en los ojos. —Estoy ofreciendo a la hermana de Arturo DeVille para el matrimonio.

Inclino mi cabeza hacia un lado, considerando. Casarse con la hermana del subjefe de la Cosa Nostra es una oportunidad de negocio muy lucrativa. De hecho, parece demasiado bueno para ser verdad.

—¿Y cuál es la opinión de Arturo sobre esa idea? —Pregunto.

—Me aseguraré de que vea los beneficios.

—Entonces, él está en contra. ¿Qué pasa con su hermana? ¿No tiene ella aspiraciones de casarse dentro de la Familia?

—Sienna es un espíritu libre. Dijo que está abierta a nuevas experiencias.

—¿Lo es ahora? —Tomo otro sorbo de mi bebida y me pregunto qué hay detrás de esta propuesta. Porque algo ciertamente lo es—. ¿Qué edad tiene ella?

—Acaba de cumplir veinte años.

Levanto una ceja. —¿Me estás jodiendo, Ajello?

—No lo hago... No estoy jodiendo con usted, Sr. Popov. ¿Tiene algún requisito de edad específico para una mujer con la que se casaría?

—Se podría decir que sí. —No puedo evitar negar con la cabeza. Los italianos y sus matrimonios concertados.

—Sienna y su amiga vendrán aquí esta noche con mi jefe de seguridad. Asegúrate de que se les permita entrar. —Salvatore Ajello se levanta—. Déjame saber tu decisión por la mañana.

Observo a la Cosa Nostra marcharse y me pregunto si debería decirle de inmediato que no tengo intención de casarme con una mujer que tiene casi la mitad de mi edad. Buena oportunidad de negocio o no.

Filip toma el asiento que Ajello acaba de dejar libre y señala con la cabeza hacia la salida del club. —¿Qué quería el italiano?

—Para resolver la disputa entre nosotros. Quiere que volvamos a encargarnos de la distribución de sus drogas. Y me ofreció en matrimonio a la hermana de Arturo DeVille para cerrar el trato.

Los ojos de Filip se abren como platos. —¿Vas a aceptar?

—No.

—¿Por qué no? El suministro de medicamentos es muy bajo y Ajello tiene el mejor producto. Además, la conexión familiar con la Cosa Nostra nos dará una posición de negociación mucho mejor con la Bratva rusa.

—La chica tiene veinte años. No me voy a casar con una princesa de la Cosa Nostra malcriada, que apenas ha pasado la adolescencia.

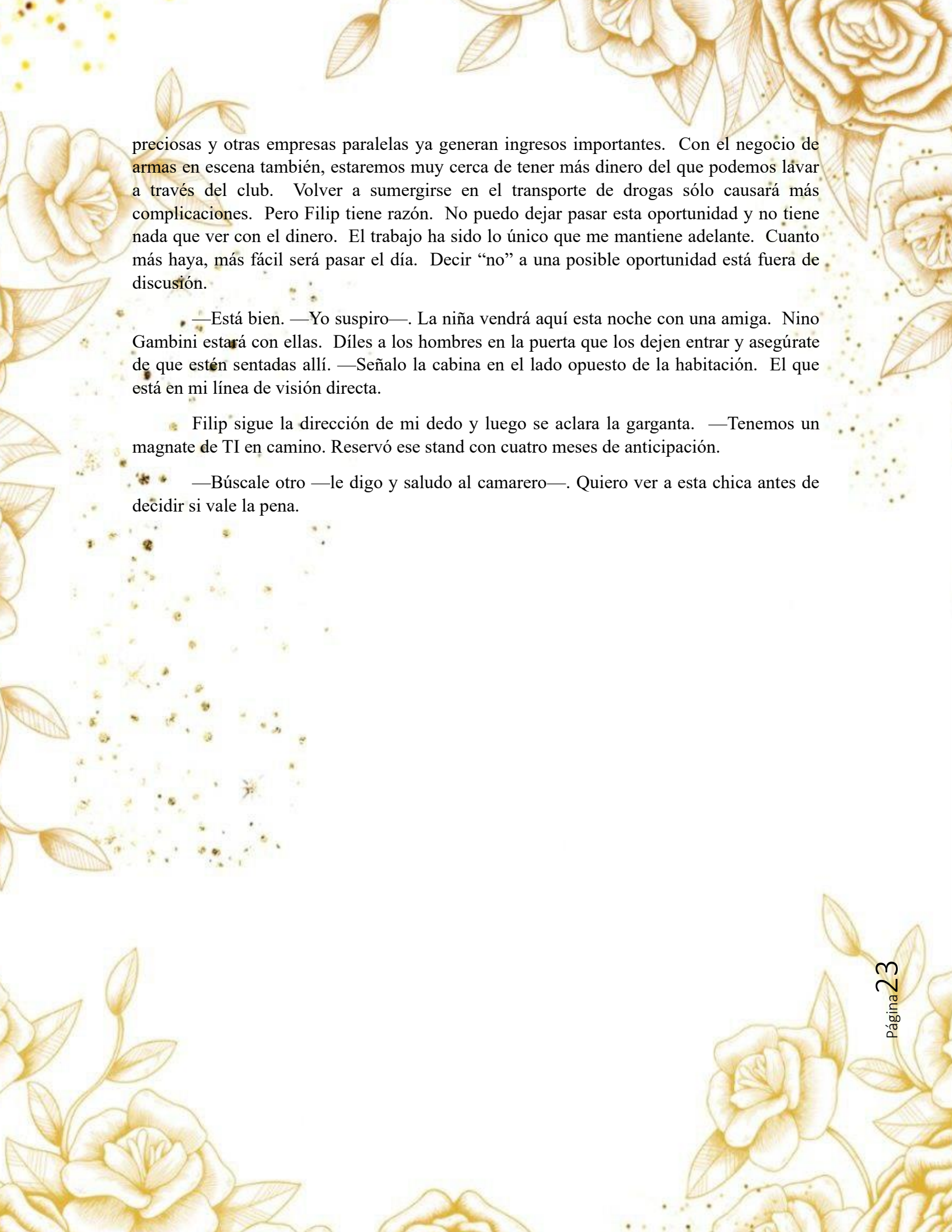
Los sonidos de cualquier éxito pop llenan la habitación desde los parlantes superiores. La música no está alta porque el volumen no se subirá hasta que el club abra sus puertas para pasar la noche. Sin embargo, todavía es suficiente para afectar mí ya mala audición, así que tengo que concentrarme en la boca de Filip y leer sus labios.

—... ¿Y a quién carajos le importa? —Él dice—. Lleva a la niña a casa, dale una tarjeta de crédito y dile que no hay límite. Pasará sus días comprando y visitando salones de belleza. Con tu horario de trabajo, probablemente casi nunca la verás.

—Preferiría no verla nunca. —Sacudo la cabeza—. ¿Recuerdas a Tara cuando tenía veinte años? ¿Los partidos de gritos? ¿Cómo se encerró en su habitación cuando yo no le daba dinero para un auto nuevo hasta que se lo ganara? Soy demasiado mayor para volver a pasar por toda esa mierda con una esposa.

—Se deben hacer sacrificios por el bien de los negocios. —Filip se inclina hacia adelante—. Los italianos se toman muy en serio los lazos familiares, Drago. Un matrimonio con la hermana de Arturo garantizará que la Cosa Nostra no se inmiscuya en nuestro negocio de armas. No deberías dejar pasar esta oportunidad.

Aprieto el puente de mi nariz. ¿Estoy considerando seriamente casarme con una chica lo suficientemente joven como para ser mi hija? Nuestro negocio de piedras



preciosas y otras empresas paralelas ya generan ingresos importantes. Con el negocio de armas en escena también, estaremos muy cerca de tener más dinero del que podemos lavar a través del club. Volver a sumergirse en el transporte de drogas sólo causará más complicaciones. Pero Filip tiene razón. No puedo dejar pasar esta oportunidad y no tiene nada que ver con el dinero. El trabajo ha sido lo único que me mantiene adelante. Cuanto más haya, más fácil será pasar el día. Decir “no” a una posible oportunidad está fuera de discusión.

—Está bien. —Yo suspiro—. La niña vendrá aquí esta noche con una amiga. Nino Gambini estará con ellas. Díles a los hombres en la puerta que los dejen entrar y asegúrate de que estén sentadas allí. —Señalo la cabina en el lado opuesto de la habitación. El que está en mi línea de visión directa.

Filip sigue la dirección de mi dedo y luego se aclara la garganta. —Tenemos un magnate de TI en camino. Reservó ese stand con cuatro meses de anticipación.

—Búscales otro —le digo y saludo al camarero—. Quiero ver a esta chica antes de decidir si vale la pena.

Capítulo 3

SIENNA

—Guau. —Mi mirada recorre la habitación circular mientras observo la increíble vista que tengo ante mí.

Las cabinas semiprivadas casi rodean la pista de baile en el centro del lujoso espacio. Paredes de vidrio esmerilado colocadas dentro de intrincados marcos de hierro separan cada cabina. El santuario interior consta de una acogedora zona de estar, que incluye un sofá de cuero y dos sillones a juego alrededor de una mesa baja con tapa de cristal. Justo al lado de cada divisor de vidrio, vestido con una impecable camisa blanca y pantalones negros, se encuentra un camarero que está listo para cumplir cualquier pedido que se les haga incluso con el más mínimo gesto de los clientes que ocupan sus puestos asignados. Al otro lado de la sala hay una enorme barra de mediacaña con varios camareros atendiendo a los clientes reunidos a lo largo de ella. Una docena de parejas están en la pista de baile, balanceándose al ritmo de una melodía lenta.

Lo que me parece extraño es que aquí hay menos de cien personas. No frecuento clubes con frecuencia porque, hasta el año pasado, Arturo solo me dejaba visitar lugares administrados por miembros de la Cosa Nostra, y ninguno de ellos poseía un club real. Mi hermano recientemente me soltó las riendas, y solo porque le dije que me iba a volver loca si continuaba con su crianza de helicópteros.

—Pensé que sería más grande —murmuro.

—Con un precio de quince mil dólares por puesto por noche, no se puede esperar tener cientos de personas —dice Nino mientras nos acompaña a Luna y a mí tras el anfitrión que nos lleva al último puesto en el lado izquierdo. El único que está vacante en este momento.

Mientras caminamos, echo otra mirada alrededor del espacio y realizo algunos cálculos rápidos en mi cabeza. Doce puestos, quince mil dólares cada uno. Eso son ciento ochenta mil por noche. Si abren cinco noches a la semana, cincuenta y dos semanas al año, ascienden a cuarenta y seis coma ocho millones al año. ¡Santa vaca!

—Entonces, ¿estás en una misión? ¿Deslumbrar y no dejar a ningún hombre atrás?
—Luna asiente hacia mi atuendo y se ríe, distrayéndome de mis matemáticas.

—¿Qué? Pensé que esto era manso. —Me encojo de hombros y me siento en el lujoso sofá blanco. Nino se sienta en el sillón de la izquierda mientras Luna se sienta a mi lado.

—Son unos cuantos miles de lentejuelas doradas, demasiadas para considerarlas mansas, Sienna —dice con un bufido—. Al menos no es verde fluorescente o algo así.

—Nunca me pondría un mono verde. Me haría parecer un saltamontes.

—Gracias a Dios por los pequeños favores. —Luna pone los ojos en blanco.

—Pero la semana pasada compré una chaqueta amarilla de piel sintética. —Sonríe solo de pensar en ello—. Es espectacular.

Ella me arquea una ceja elocuentemente. —No te atrevas a venir conmigo a ningún lado mientras usas esa cosa. Todavía me estremezco al pensar que aparecieras en la fiesta de cumpleaños de Valeria con ese vestido rojo de plumas.

—La vida es demasiado corta para vestir ropa aburrida. —Me río y me recuesto para observar a la multitud.

Luna no entiende. Nadie lo hace. La gente ve mis atuendos extravagantes y mis amplias sonrisas y asume que debo ser una persona súper feliz sin el más mínimo problema del mundo. Y siempre me aseguro de reforzar sus convicciones.

Cuando mis padres murieron, no quería hablar con nadie, pero todos seguían preguntándome si estaba bien. Arturo. Nuestra tía, que vino a quedarse con nosotros por un corto tiempo después. Los vecinos. Incluso Asya. No estaba bien. ¿Cómo podía estar bien cuando me despertaba cada mañana sabiendo que era culpa mía que nuestros padres hubieran muerto? Si no hubiera insistido en que nos llevaran a la fiesta, no habrían ido a trabajar esa noche. Y cada vez que alguien me preguntaba cómo estaba, me lo recordaban. Solo quería que me dejaran en paz, pero todos seguían empujándome hasta que no pude soportarlo más. Entonces comencé a fingir que estaba bien. Bromeé, reí y actué como si todo fuera jodidamente perfecto. Y la gente finalmente dejó de hacer preguntas.

Con el paso de los años, de alguna manera me deslicé hacia esa personalidad que creé. Dejé a un lado las cosas que me preocupaban, enterrándolas en lo más profundo de mí ser, sin dejar que salieran nunca. Problemas. Miedos. Inseguridades. Todo quedó muy bien escondido. Si no pienso en los problemas, desaparecen. Me gustó mucho más que la alternativa, pero desde que mi hermana se fue a vivir a Chicago con su marido, me siento así... perdida. Como un pasajero que se quedó atrás, parada sola en un andén de tren abandonado, viendo cómo el último tren desaparece más allá del horizonte.

No entiendo por qué me siento así. Mi hermano y mi hermana me aman, lo sé. Harían cualquier cosa por mí. Y aun así, nunca pude abrirme a ellos debido a un miedo irracional de que dejarían de amarme si se daban cuenta de que no soy todo sol y arcoíris.

—¡Ey! —Luna me da un codazo—. ¿Estás bien?

Parpadeo para alejar mis pensamientos y me río. —Por supuesto. ¿Por qué no lo estaría? Oh, ¿te he hablado de la nueva historia que estoy escribiendo?

—¿El de la novia por correo?

—No. Actualmente estoy en una fase de romance cambiaformas. Escucha....

DRAGO

Observo al trío en la cabina justo enfrente de la mía. El jefe de seguridad del Don, Nino, está sentado con el brazo sobre el respaldo del sillón y parece muy aburrido. Lo he visto varias veces, pero nunca hablamos lo suficiente como para desarrollar una impresión específica. Mis ojos se mueven y se detienen en las dos chicas sentadas en el sofá frente a Nino, riéndose. Una de ellas lleva un vestido de cóctel negro y tiene el cabello rubio suelto, cada mechón liso y en su lugar. Sofisticado. De buen tono. Probablemente sea la hermana del subjefe. Ella definitivamente luce perfecta. Debería concentrarme en ella, pero mis ojos se dirigen hacia la chica a la derecha de la rubia.

La noté en el momento en que entró al club, al igual que el resto de la multitud, los hombres en particular. Es difícil pasar por alto a una mujer que lleva un mono dorado brillante que capta la luz cada vez que se mueve. Se amolda a su cuerpecito perfecto y se ata alrededor del cuello, dejando su espalda y hombros desnudos. Es ridículo y absolutamente inapropiado para el estricto código de vestimenta de Naos. Si no estuviera con la hermana de Arturo, mis hombres en la entrada no la habrían dejado entrar.

Muevo mi mirada del profundo escote en V en el frente de la monstruosidad dorada a su rostro de duendecillo. Pómulos afilados. Una pequeña nariz respingona. Labios deliciosos, actualmente ampliado en una sonrisa mientras dice algo al lado del oído de su amiga. Estoy demasiado lejos para leer sus labios, así que dejo mi puesto y cruzo detrás de la barra, pasando junto a los camareros ocupados sirviendo bebidas. Hay un lugar particular en las sombras que me gusta, justo al lado del gran pilar que esconde los cables eléctricos en su interior. Apoyo mi hombro en la pared y me concentro en los labios brillantes de la chica.

—Son compañeros predestinados, pero él la rechaza por otra mujer. Ella decide huir de la manada. Sin embargo, ella no puede cambiar a su forma de lobo, así que...

Levanto una ceja. ¿Embalar? ¿Convertirse en lobo? Incluso con la iluminación tenue en el club, la cabina está ampliamente iluminada por la lámpara al lado del sofá, así que estoy bastante seguro de haber leído sus labios con precisión. La chica brillante se

acerca para apartar un mechón de cabello castaño oscuro que le cae sobre la cara y se lo mete detrás de la oreja. La masa de sus mechones está tejida en dos trenzas francesas desordenadas, comenzando en la coronilla y bajando por los lados de su cabeza. Cada trenza está decorada con lo que parecen una serie de pequeños anillos de oro. Con todas las mujeres alrededor con vestidos de gala o de cóctel, con el cabello perfectamente peinado y elegante, ella parece completamente fuera de lugar. Quizás esa sea la razón por la que no puedo dejar de mirarla.

Una mano me toca el hombro. Me doy vuelta y encuentro a Filip parado detrás de mí, mirando en la misma dirección que yo. —¿Entonces? ¿Qué opinas? No es exactamente tu tipo.

Lanzo una rápida mirada a la chica del vestido negro. —¿Por qué? Me gustan las rubias.

Filip frunce el ceño y una mueca se apodera de su rostro. —La rubia no, Drago. La chica con un mono dorado es la hermana de Arturo DeVille.

Lentamente, me doy vuelta y miro a la chica brillante. Ella sigue hablando, agitando las manos con entusiasmo, con múltiples pulseras de oro colgando de sus muñecas. Me concentro en sus labios.

—Se está muriendo a causa de una herida en el pecho. El que obtuvo cuando luchó contra su compañero en su forma de lobo.

Miro a mi segundo al mando. —¿Estás seguro?

—Sí. ¿Quieres que llame a Ajello y le diga que no lo harás?

—Aún no.

Me vuelvo hacia Sienna DeVille, tomo otro sorbo de mi whisky y espero a ver qué pasa con el hombre lobo.

—Y ella entra corriendo a la habitación y lo ve cubierto de sangre. ¡Bam! Momento culminante. ¿Qué opinas?

La chica rubia inclina la cabeza, por lo que no puedo captar su respuesta. Ella se ríe, luego asiente con la cabeza hacia la multitud y dice algo más.

—No lo creo —responde la hermana de Arturo—. Solo vi algunas fotografías de él, pero las tomas fueron tomadas desde atrás. Espero que esté bueno. Pero incluso si no lo es, está bien. Según lo que veo aquí, está cargado. No puedo esperar para empezar a gastar su dinero. ¡Qué emocionante!

Ella se ríe y toma su bebida. Sacudo la cabeza y me doy la vuelta, con la intención de encontrar a Filip y pedirle que llame a Ajello. Si hay algo que no soporto es una

cazafortunas. Y no me voy a cargar con una, al diablo con los negocios. Lanzo una última mirada al stand. La chica rubia está inclinada hacia un lado, buscando algo en su bolso. Nino todavía está jugueteando con su teléfono. Pero lo que llama y mantiene mi atención es la expresión del rostro de Sienna DeVille. En lugar de la sonrisa traviesa de sólo unos segundos antes, su rostro está completamente en blanco. La bebida que sostiene parece haber sido olvidada mientras mira distraídamente hacia algún lugar frente a ella.

Cuando uno de tus sentidos se ve comprometido, el cuerpo se adapta, potenciando los que te quedan. He tenido dos décadas para adaptarme y perfeccionar diversas formas de percibir las cosas. Lenguaje corporal. Expresiones faciales. La mirada en los ojos de una persona. Todas esas cosas dicen mucho más que las palabras que la gente realmente dice. Me llevo el vaso a los labios y observo a la chica. El atuendo que lleva puede brillar como un maldito árbol de Navidad, pero no hay ni una pizca de chispa en sus ojos. No, a Sienna DeVille no le entusiasma la idea del matrimonio más que a mí. No importa lo que ella diga.

La chica rubia saca el teléfono de su bolso y se vuelve hacia la hermana de Arturo. Una sonrisa radiante se apodera del rostro de Sienna mientras rodea a su amiga con el brazo y posa para una foto, riendo. No creo haber visto nunca a una persona cambiar tanto su expresión facial como su lenguaje corporal tan rápido. Ella parece estar realmente divirtiéndose ahora y no importa cuánto lo intente, no puedo decidir cuál de esas expresiones era la verdadera.

SIENNA

—¿Entonces? ¿Está él aquí?

Nino me ignora, demasiado concentrado en su teléfono.

—¡Nino! —Le pellizco el brazo.

—¿Ahora qué?

—¿Está Popov aquí?

Pone los ojos en blanco y mira a su alrededor. —No, no lo está. Como ya te dije al menos siete veces en la última hora.

—Han pasado dos horas. ¿Por qué no está él aquí? Es su club.

Nino murmura algo y vuelve a mirar su teléfono.

Suspirando, agarro el antebrazo de Luna. —Vamos a bailar.

Llevo a mi amiga hacia la pista de baile, balanceando mis caderas al ritmo. Es difícil con tacones de diez centímetros, pero hago lo mejor que puedo. No hay mucha gente bailando, tal vez veinte, y un buen número de ellos lanzan miradas curiosas en mi dirección.

Estoy acostumbrada a que la gente me mire. Es inevitable, considerando mis elecciones de moda. Entonces, déjalos mirar. Que crean en la personalidad que proyecto: una chica despreocupada tan segura de sí misma que llegó a un club de lujo vestida con un traje brillante y se sintió bien por ello.

Mi hermano cree que acepté el matrimonio concertado porque estoy aburrida y quiero vengarme de él por ser demasiado protector. Él mismo lo dijo mientras me reprendía y trataba de hacerme cambiar de opinión. El Don cree que es porque amenazó la vida de mi hermano. No estoy segura de lo que piensa Luna, pero considerando la cantidad de veces que esta noche he mencionado lo cargado que debe estar Drago Popov, probablemente cree que quiero casarme por dinero. Siempre me sorprende la facilidad con la que la gente llega a conclusiones cuando les dejo ver lo que esperan ver. Supongo que nadie creería que me casaría con un extraño porque tengo miedo de estar sola.

Paso mis ojos entre la multitud, buscando a un hombre con jeans. Este no parece un lugar amigable con los jeans, pero en todas las fotos que he visto, Drago Popov los usa. No, no hay jeans a la vista. Sólo trajes a medida.

Una figura alta apoyada en la barra me llama la atención. Está parcialmente en las sombras, pero según su postura, diría que tiene unos treinta años. Los pantalones de vestir negros que lleva están impecablemente confeccionados y su camisa negra, con el primer botón desabrochado, se extiende sobre sus anchos hombros. No lleva chaqueta y las mangas de la camisa están arremangadas hasta los codos. Hay algo familiar en él, pero no puedo identificarlo. Ha estado mirando en mi dirección desde que lo vi parado allí, pero lo ignoré, al igual que ignoré al resto de los hombres en este club que me comieron con los ojos.

Se inclina para colocar su vaso en la barra y de repente puedo verlo. Pelo corto y oscuro, un poco más largo en la parte superior. Piel oliva que habla del tiempo bajo el sol. Y finalmente, las líneas marcadas de su rostro, iluminadas por la luz del candelabro del pilar cercano. Es guapo, como muchos otros en el club. Pero hay una diferencia sorprendente que lo distingue de otros hombres aquí. Mientras ellos han estado boquiabiertos ante mi trasero y mi escote, este tipo se centra únicamente en mi cara.

Lo miro a los ojos y sonrío. Según todos los indicios, sigo siendo una mujer soltera, así que no veo nada malo en un poco de coqueteo benigno. Él no me devuelve la sonrisa. ¡Qué grosero! Vuelvo mi atención al resto de la multitud, pero, de alguna manera, mi mirada vuelve al hombre inquietante. Él todavía me está mirando. Otro tipo con un traje gris se acerca por detrás y coloca una mano en el hombro del Sr. Alto, Moreno y Guapo.

Sin romper nuestro contacto visual, el bombón grosero sacude la cabeza y despide al tipo del traje.

La canción cambia a una melodía lenta: *"The Sound of Silence"* interpretada por Disturbed. Siempre he preferido esta versión.

—No me gustan las canciones lentas. ¿Crees que Nino nos dejará tomar otra copa?
—Luna pregunta y regresa a nuestro stand.

No respondo. Ni siquiera me muevo porque estoy clavada en el lugar, mirando al hombre de la barra mientras camina directamente hacia mí.

Algo en su forma de comportarse llama la atención. Lo rodea un aire de peligro, cuyo olor se intensifica por su forma de caminar. Cada paso es lento y deliberado, como si fuera un lobo al acecho. La intensidad de su mirada es petrificante y tentadora, como si de alguna manera me hubiera hundido garras invisibles. No puedo apartar la mirada.

La canción que suena a todo volumen en los parlantes aumenta de tono, cada palabra más fuerte que la anterior. Mi corazón sigue el ritmo, latiendo cada vez más rápido, y cuando se detiene justo frente a mí, parece que la maldita cosa va a salirse de mi pecho.

—Baila conmigo. —El timbre profundo de su voz me envuelve y es como si rozara cada centímetro de mi piel expuesta. Estoy convencida de que no habría podido rechazarlo incluso si él se hubiera molestado en preguntar. Su mano se desliza alrededor de mi cintura. La certeza surge mientras miro sus ojos verdes. Mi oportunidad de escapar de cualquier oscuridad que me ofrezca ya pasó.

Levanta la cabeza, rompiendo nuestro contacto visual, para mirar algo detrás de mí. Mierda. Me olvidé por completo de Nino. Miro por encima del hombro, esperando ver al hermano de Luna corriendo hacia nosotros. Pero en lugar de acercarse para detener el avance del extraño, lo quiera o no, Nino está parado en el borde de la pista de baile, mirando al bombón. Mientras observo, Nino asiente y permanece en su lugar. Inmediatamente, el brazo alrededor de mi cintura se aprieta, acercándome al duro pecho, exigiendo mi atención absorta.

—Tu niñera decidió no molestarnos.

Tiene un acento extraño, gira la R, lo que hace que su voz suene un poco gruñona. El marido de mi hermana es ruso y, aunque Pasha no tiene ningún acento cuando habla inglés, algunos de sus amigos sí lo tienen. El acento de este hombre es similar, pero no exactamente igual.

—Supongo que es tu día de suerte. —Sonrío, tratando de ocultar mi nerviosismo. Hablar o coquetear con hombres nunca antes me había planteado un problema, pero ahora me resulta difícil.

Sus manos se mueven hacia la parte baja de mi espalda, justo encima de donde descansa la cintura baja de mi mono. Sé que debería colocar mis manos detrás de su cuello, pero él es mucho más alto que yo, así que simplemente coloco mis palmas sobre sus hombros.

—Parece gustarle. —Una de sus palmas se eleva ligeramente y toca mi piel desnuda—. No recuerdo haberte visto aquí antes.

—Vine a echar un vistazo a alguien.

—¿Es alguien masculino?

Su pulgar acaricia la piel a lo largo de la cintura de mi mono. Con cada roce, se enciende una chispa, enviando una ola de calor a través de mí mientras sus ojos se clavan en los míos. Parpadeo un par de veces, tratando de recomponerme.

—Tal vez —digo finalmente.

—Mmm. Me pregunto qué pensará tu hombre sobre tu... atuendo.

Sonrío, con la intención de darle una réplica ingeniosa como suelo hacer en situaciones similares, pero la fiereza de su mirada está arruinando mi concentración, y termino soltando la verdad. —Realmente me importa un carajo.

Algo brilla en sus ojos y una comisura de su boca se curva hacia arriba.

—Interesante. —Levanta la mano y recorre mi labio inferior con la yema del pulgar—. Dime, ¿qué pasó con la niña lobo?

—¿La chica lobo? —Me río entre dientes—. ¿De qué estás hablando?

—La chica que encontró a su hombre cubierto de sangre. ¿Lo salvará ella?

Mi mandíbula golpea el suelo. ¿Qué? ¿Cómo?

El chico atractivo mueve su dedo índice debajo de mi barbilla y lo golpea ligeramente. Rápidamente cierro la boca, luego la abro de nuevo para preguntar cómo carajo sabe de mi historia cuando termina la canción. Empieza a sonar una melodía rápida y me doy cuenta de que no hemos estado bailando en absoluto. Hemos permanecido allí, inmóviles, todo este tiempo.

—Fue un placer conocerte, Sienna DeVille —dice, y mis ojos brillan de sorpresa—. Llama a tu Don. Dile que Drago dijo que sí.

Lo miro boquiabierto, sin palabras.

La mano de Drago cae de mi cara y se da vuelta, cruza la pista de baile y le indica al hombre del traje gris que lo siga. Caminan hacia atrás y, un momento después, desaparecen por una puerta negra.

¿Ese es mi futuro marido?

Capítulo 4

DRAGO

Estaciono mi motocicleta a unos cuantos lugares del auto blanco que he estado siguiendo durante la última hora y observo cómo el conductor abre la puerta trasera. Sienna DeVille sale con una amplia sonrisa y el traje más extraño que he visto en mi vida. Al principio, me pregunto si salió en pijama porque así es como luce este conjunto de pantalones y blusa a juego. Es blanco, con manchas negras por todas partes, lo que hace que parezca como si se hubiera puesto una piel de vaca. Sus tacones son de color naranja como su abrigo y tiene un gran lazo naranja en la parte superior de su cabeza, sujeto a su coleta alta. Le dice algo a su conductor y entra a una librería que da a la calle. Espero unos momentos, luego me quito el casco y la sigo.

La librería es enorme, con varias mesas grandes cargadas de libros apilados en el frente y estanterías que ocupan toda la pared en la parte trasera. No tengo que buscar mucho para encontrar a mi futura esposa, porque es imposible no encontrarla con ese atuendo. Está parada junto a uno de los estantes, sosteniendo un grueso libro de bolsillo en sus manos. Miro el gran cartel suspendido del techo, esperando que diga belleza o moda. No es así. Parece que está navegando por la sección de negocios.

Se acerca a ella una dependienta, una mujer mayor y de cara amarga. Sienna sonríe y se inclina hacia delante para susurrarle algo al oído. La sombría asistente abre mucho los ojos y luego se echa a reír. Pasan unos minutos discutiendo algo y cuando la vendedora regresa al mostrador, tiene una brillante sonrisa en su rostro. Mi futura esposa echa un vistazo a algunos libros más de la sección antes de pasear por la tienda. Acecho entre las exhibiciones de libros sobre política y sigo mirándola.

Una adolescente está agachada junto al estante de títulos románticos cuando Sienna se acerca a ella, se inclina y le dice algo. La niña se encoge de hombros y niega con la cabeza. Sienna se sienta en el suelo, con las piernas cruzadas, y comienza a sacar los libros del estante uno por uno y pasárselos al adolescente. Cada vez que saca un libro de bolsillo nuevo, se inclina hacia la niña y comenta mientras le tiende el libro. Con la mano tapándose la boca, la niña se ríe disimuladamente.

Me deslizo detrás de la estantería justo al otro lado de ellos, y ahora tengo una vista directa del rostro de Sienna a través del vacío sobre los libros más cortos alineados en una fila, lo que me permite concentrarme en sus labios sin que me vean.

—... mi favorito. Él es un director ejecutivo gruñón y ella es su secretaria, que ha estado enamorada de él desde que eran niños. —Sienna sonríe y toma el siguiente libro—. Ah, y este es tan bueno. Ella es modelo y hay un psicópata molestándola. Entonces, su padre contrata a un guardaespaldas que es un SEAL retirado, pero el tipo no la soporta. Es una diferencia de edad, un tropo de sunshine/gruñón. Te va a encantar.

Paso casi una hora acechando a mi futura esposa por la tienda, observándola charlar con personas al azar como si las conociera desde hace años. Algunos no parecen interesados al principio pero, tarde o temprano, todos terminan envueltos en una conversación con ella. Cuando se van, las sonrisas iluminan sus rostros. Es como si los hubiera hechizado. Y parece que yo también estoy cayendo bajo su hechizo, porque me he olvidado de la reunión que tengo hoy con su hermano.

Me doy la vuelta y salgo de la librería, dejando que mi futura esposa difunda la felicidad obviamente contagiosa a su alrededor.

***.

—No habrá recepción de boda, Arturo —digo—. Firmaremos los papeles en el ayuntamiento y listo.

El hermano de Sienna me mira fijamente desde el otro lado de mi escritorio, con la mandíbula apretada. Arturo y yo teníamos una relación comercial bastante buena antes de toda la mierda de Pisanno.

—¿Por qué? —pregunta entre dientes.

—La ceremonia de matrimonio civil se llevará a cabo el sábado. No hay tiempo suficiente para organizar nada más.

—¿Por qué tan pronto?

—Por qué yo lo dije.

Se pone en mi cara. —¿Quién carajo te crees que eres?

—Alguien que aceptó volver a trabajar contigo a pesar de que Rocco Pisanno mató a uno de mis hombres.

—Enviaste a tus motociclistas a asaltar la juerga de Natello. ¡Había civiles allí! Sólo Dios sabe cómo ninguno de ellos terminó muerto.

—No hay civiles en nuestro negocio, Arturo. Tenemos muertos en ambos lados, pero la Cosa Nostra empezó esta mierda. Si quieres una tregua, será en mis términos.

Arturo me mira fijamente, con las fosas nasales dilatadas. Puedo ver su control perderse mientras el fuego arde en sus ojos. Un latido del corazón. Un chasquido invisible y golpea la parte superior del escritorio con la palma. —Bien. —Se da vuelta y sale de mi oficina.

Saco mi teléfono del escritorio y le envío un mensaje a Filip, diciéndole que la fecha de la boda ha sido confirmada y que vamos.

Mi insistencia en celebrar la boda el sábado no tiene nada que ver con arreglar la disputa entre nosotros y la Cosa Nostra. Pero el momento es perfecto, y si vamos a cumplir con la tregua, quiero que entre en vigor antes de que nuestra primera entrega de armas cruce la frontera el domingo.

Con un poco de suerte, a los rumanos les llevará al menos una semana, tal vez más, darse cuenta de lo que está pasando. Mientras tanto, no estoy dispuesto a correr el riesgo de que alguien hable. Tan pronto como Bogdan se entere de que planeo apoderarme de su mercado, los rumanos atacarán. Contraatacaremos. En menos de un mes, tendremos una guerra en toda regla. Y necesito que la Cosa Nostra se mantenga al margen.

Pero lo más importante es que quiero que el paquete de alegría que es la hermana de Arturo esté en mi poder lo antes posible.

SIENNA

—¿Qué quieres decir con que no habrá una boda real? —La voz de Asya llega a través de la línea—. Solo tengo una hermana. ¡Quiero verte con un vestido de novia caminando hacia el altar!

—Sí, bueno. —Me encojo de hombros y sigo pintándome las uñas de los pies—. Tal vez la próxima vez.

—¿La próxima vez? ¿Y cuántas veces piensas casarte?

—Tres. Ese es mi número de la suerte.

—Jesús, Sienna. ¿Por qué estás haciendo esto? Si no quieres casarte, díselo a Arturo. Cancelará el compromiso.

—No quiero que cancele el compromiso. Este chico Popov es realmente guapo. Creo que ya estoy enamorada de él. —Resoplo.

—Después de pasar un minuto entero con él. Si seguro. ¿Qué está sucediendo?

—¡El chico está bueno! Y es rico. ¿Qué no se podría amar? Él cumple todos mis requisitos. Sabes que soy así de superficial.

—No eres superficial. Simplemente finges que lo eres.

Aprieto la tapa del esmalte de uñas y dejo caer la botella sobre la cama mientras las palabras de Ajello de hace dos meses pasan por mi cabeza.

—Ahora tienes a Pasha —digo, mirando al techo—. Arturo encontrará a alguien y eventualmente se casará. Tendrá niños.

—¿Entonces?

Cierro mis ojos. —No puedo soportar la idea de estar sola, Asya.

—Arturo nunca te dejará estar sola, ni siquiera cuando se case. La casa es lo suficientemente grande como para que vivan diez personas sin tropezar jamás.

—Nunca forzaré a la familia de mi hermano.

—Él ni siquiera tiene novia, Sienna. Y sólo tienes veinte años. Encontrarás a alguien.

—Sí.

—¿Puedo pedirle a Pasha que te conecte con Kostya si quieres?

—Gracias pero no gracias. Ese hombre se ha acostado con todas las mujeres del área de Chicago. Es guapo, pero no mi tipo.

—¿Y cuál es tu tipo, hermana?

—Un alfa cambiaformas lobo grande y malvado que odia a todos menos a mí, y que me convertiría en la reina de su manada —declaro y me echo a reír.

—Por favor, habla en serio.

—¡Lo hago!

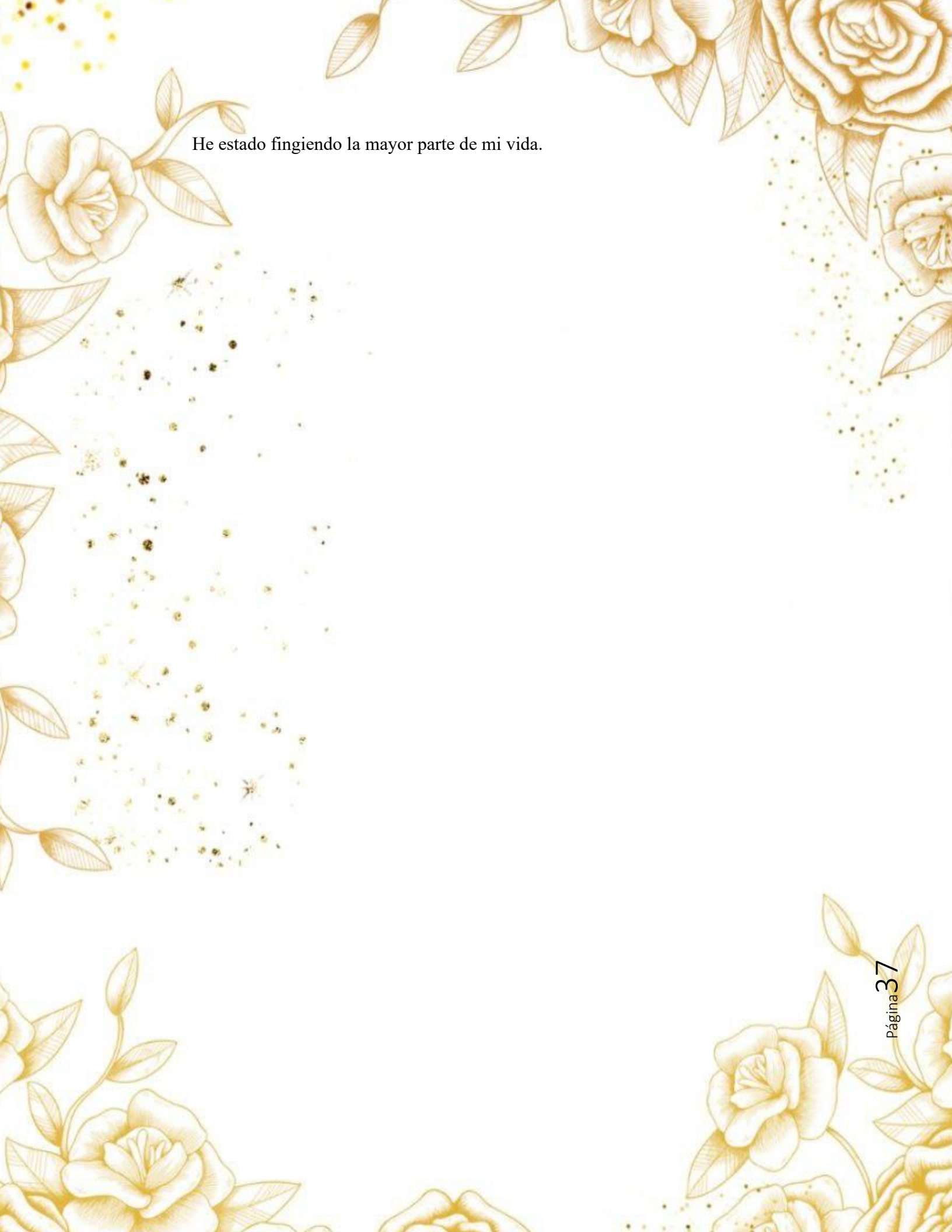
—¡Aceptaste un acuerdo para casarte con un chico incluso antes de conocerlo! ¡Eso no es normal, Sienna! Por favor, se razonable y cancela el compromiso. Por favor.

—Te enviaré fotos. Te amo —canto por teléfono y finalizo la llamada.

Empieza a sonar de nuevo momentos después, así que enciendo “No molestar”, me acurruco debajo de la manta y luego miro por la ventana sin ver nada en absoluto.

¿Puedo lograr esto? ¿Vivir el resto de mi vida con un hombre del que no sé nada? ¿Fingir inocencia mientras recopilas información en secreto y se la transmites a mi Don?

Probablemente.



He estado fingiendo la mayor parte de mi vida.

Capítulo 5

DRAGO

—Dios mío —dice Filip entrecortadamente, mirando algo detrás de mí—. ¿Qué diablos es esa cosa que lleva puesta?

Me doy vuelta justo a tiempo para ver a mi novia salir del auto. Lleva lo que algunos llaman una chaqueta hinchada de piel sintética. Podría verse bastante bien si fuera de otro color, pero el suyo es amarillo yema. Y lleva pantalones de seda del mismo tono.

Sienna me llama la atención, le dice algo a Arturo y luego corre hacia nosotros, saltando expertamente sobre los charcos de lluvia con sus tacones altísimos. Y esos son del mismo color que el resto de su atuendo. Me recuerda a un pollito que toma LSD.

Mi novia se detiene frente a mí y habla mientras busca en su bolso, pero con la cabeza inclinada no puedo leer sus labios. Finalmente encuentra lo que estaba buscando y me mira con una gran sonrisa. —¿Si te parece bien?

—Sí —respondo sin tener idea de lo que dijo.

Su sonrisa se amplía. —Perfecto. —Ella apoya su espalda en mi pecho y levanta su teléfono frente a nosotros—. Di queso.

Mira hacia el teléfono y se toma una selfie.

—¿Qué estás haciendo? —Pregunto, mirando sus uñas pintadas de amarillo mientras sus dedos vuelan sobre el teclado.

—Enviándole la foto a mí hermana. Me preguntó por qué acepté un matrimonio arreglado con un extraño.

Extiendo la mano y tomo su barbilla entre mis dedos, inclinando su cabeza hacia arriba. —¿Y por qué aceptaste, Sienna?

Ella parpadea y, por un momento, una pizca de pánico cruza su rostro, pero al segundo siguiente desaparece y es reemplazada por una sonrisa. —Porque tienes calor. Y eres rico.

Su sonrisa parece genuina y su tono suena sincero, pero cuando me concentro en sus ojos, noto algo más. Algo que está haciendo todo lo posible por ocultar con su alegre actuación. Se parece mucho a estar herida.

Muevo mi pulgar para trazar la curva de su labio inferior. Tiembla ligeramente bajo mi toque.

—Ven. Terminemos con esto. —Me vuelvo hacia Filip—. Te puedes ir. Llama a Keva y hazle saber que me llevaré a Sienna a casa.

Sienna no dice nada cuando le quito el teléfono y lo dejo en su bolso. Ella permanece en silencio mientras tomo su mano y la conduzco por los anchos escalones de piedra hasta la entrada del ayuntamiento, Arturo la sigue unos pasos detrás. Estamos en la cima cuando Sienna de repente gira hacia el estacionamiento. Sigo su mirada, veo a un hombre muy musculoso saliendo de un auto e inmediatamente empuja a Sienna detrás de mí. Estoy alcanzando mi arma cuando Sienna retira su mano de la mía y corre a mí alrededor escaleras abajo hacia el bastardo desgarrado.

La rabia brota dentro de mí hasta que me doy cuenta de que el tipo está ayudando a una mujer a salir del vehículo. Suelto mi arma mientras observo la viva imagen de mi novia, sin el atuendo loco, avanzar hacia Sienna.

—Son mi hermana y su esposo —la voz profunda de Arturo atraviesa mi aturdimiento momentáneo.

Él se acerca para pararse a mi lado. Por un momento, las siempre presentes líneas de preocupación en su rostro se alivian mientras mira a sus hermanas y le da un breve asentimiento a su cuñado.

Bueno, mierda...

Sabía que Arturo tenía dos hermanas, pero no sabía que eran gemelas. Mi corazón se aprieta y sangra al contemplar a las dos mujeres caer en brazos de la otra. Sienna dice algo y vuelve a abrazar a su hermana. Luego, se inclina y le da un beso en la mejilla a su gemela antes de colocar un mechón de cabello detrás de su oreja. Su hermana le hace exactamente lo mismo a Sienna. Incluso sus gestos son idénticos. Olvidé cómo pueden ser los gemelos a veces.

Me duele mirarlas, así que me alejo de la vista y abro la puerta del edificio.

SIENNA

Miro a mi nuevo marido por el rabillo del ojo mientras conduce. Se mostró muy reservado durante la rápida ceremonia nupcial, y también después, cuando todos salían del ayuntamiento. Llevamos casi dos horas de camino y no me ha dicho ni una palabra. Pasé

el tiempo clasificando mis fotos y publicándolas en las redes sociales, pero lo terminé hace cinco minutos.

—¿Está todo bien? —Pregunto.

Drago me lanza una mirada de reojo y luego vuelve su atención a la carretera. — No hablo mientras conduzco.

Levantando las cejas, digo: —Oookay. —Le escribo un mensaje a Asya y le pregunto si ella y Pasha llegaron al aeropuerto. Todavía no puedo creer que ella realmente haya venido. No es como si fuera una boda real. Se sintió más como ir a un banco a abrir una cuenta. Sin embargo, los anillos fueron un buen toque. El de Drago es un anillo grueso de oro y el mío tiene un enorme diamante de color amarillo pálido. Combina bastante bien con mi chaqueta y refleja la luz maravillosamente. Levanto la mano y tomo una foto para subirla a mi Insta más tarde.

Giramos a la derecha y levanto la vista del teléfono para ver un camino estrecho que conduce a una entrada situada en una valla alta. La puerta se desliza hacia un lado y continuamos por el camino arbolado hacia la isla bellamente ajardinada con una fuente de mármol en el medio. Al final del camino, se encuentra una enorme mansión de cuatro pisos. El ladrillo beige claro y la madera marrón de su fachada brillan bajo el sol del atardecer. La casa es tan grande que parece más un hotel que una casa residencial. Cuento las ventanas del piso superior. Diez están mirando al frente. ¿Cuántas habitaciones hay? La vegetación y los árboles rodean la ciudadela palaciega, haciéndola parecer el escenario de un cuento de hadas.

—Estamos aquí. —Drago sale del vehículo y camina por la parte trasera para abrir la puerta de mi lado.

Salgo, todavía boquiabierta ante la hermosa casa, justo cuando la puerta principal se abre de golpe y una mujer de unos sesenta años vestida con un delantal sale corriendo. Ella marcha hacia nosotros, gritando algo en serbio tan rápido que no puedo captar el significado, solo capto palabras al azar.

—...cena... Filip me lo acaba de decir... casado... sin pastel... matarte...

Deteniéndose frente a Drago, le mete el dedo en el pecho. —*Sram te bilo*¹.

Todavía estoy procesando el hecho de que mi esposo permite que una mujer, que parece ser parte del personal, le grite y le diga que debería avergonzarse cuando ella se vuelve hacia mí y me abraza con fuerza. Tres fuertes golpes explotan en mis oídos mientras ella besa mis mejillas en rápida sucesión: derecha, izquierda y luego derecha una vez más.

¹ Del Serbio: *Que vergüenza*

—Drago no me dijo que te traería hoy. ¡Pensé que había ido a una reunión de negocios! Déjame mirarte. —Ella se inclina y toma mi cara entre sus palmas—. Oh, eres tan bonita y... —Sus ojos se mueven hacia mi atuendo—. ¿Por qué llevas un disfraz de gallina, cariño?

La expresión de confusión en su rostro mientras mira mi chaqueta es tan graciosa que me eché a reír. Cuando recupero el aliento, digo: —Soy Sienna.

—Lo sé, cariño. Drago fue muy amable al informarme que se iba a casar. —Mira a mi marido, que ha estado observando todo el intercambio en silencio, con la molestia escrita en todo su rostro—. Pero debe haber olvidado decirme que sería hoy.

—Sienna. —Drago coloca su mano en mi espalda baja y un escalofrío de excitación recorre mi cuerpo por el ligero toque—. Esta es Zivka, la ex esposa de mi difunto padre, que debería haberse presentado primero.

—Solo llámame Keva —dice—. Comamos. Todos llevan casi media hora esperándote en el comedor.

Frunzo el ceño. ¿Keva? Drago acaba de llamarla Zivka, entonces ¿Keva es un apodo?

Mientras seguimos a Zivka al interior de la casa, trato de pensar en una razón por la que Drago tendría a la ex de su padre en su casa, pero pierdo la concentración cuando su mano se desliza debajo de mi chaqueta. Mis pantalones tienen cintura baja y mi blusa se ha subido, por lo que sus dedos tocan la piel desnuda en la parte baja de mi espalda, encendiendo un pequeño escalofrío de placer que se dispara a lo largo de mi columna. Lo miro furtivamente y lo encuentro escribiendo algo en su teléfono con su mano libre, aparentemente ajeno a lo que me está haciendo su toque.

Entramos a la casa, donde nos saluda un hombre vestido con jeans, una camiseta negra lisa y una pistolera que lleva dos pistolas. La mano de Drago se aleja de mi espalda y las puntas de sus dedos rozan mi carne expuesta en el proceso. Es solo un ligero golpe, que está ahí en un momento y desaparece al siguiente, pero aún siento como si estuviera ardiendo cuando su caricia se deslizó por mi piel.

El hombre con la funda le hace un gesto a Drago y toma su chaqueta, luego se acerca para ayudarme a quitarme la mía. La mano de mi marido rodea la muñeca del chico antes de que tenga la oportunidad de alcanzar mi piel sintética.

—No tocar a mi esposa —dice Drago en serbio. Su tono es tranquilo, pero el agarre que tiene en la muñeca del hombre se hace más fuerte—. Asegúrate de que todos en la casa lo sepan.

El chico se queda paralizado y parpadea nerviosamente.

Cuando Drago se gira hacia mí y me ayuda a quitarme la chaqueta amarilla, finjo estar confundida, esperando que me explique lo que acaba de pasar. No lo hace, simplemente le pasa mi abrigo al hombre, que ahora mira fijamente al suelo. Drago vuelve a colocar su mano en la parte baja de mi espalda y me acompaña a través del vestíbulo.

Caminamos hacia las puertas dobles de madera, que parecen contener una charla alegre y bulliciosa detrás de su sólido marco. A medida que nos acercamos, las voces se convierten en una cacofonía, decenas de personas en una batalla por quién puede mantener la conversación más alta. En el momento en que cruzamos la puerta, todo ruido cesa y el silencio desciende como una manta sobre el enorme comedor. Me detengo a medio paso y miro boquiabierta la larga mesa que tiene al menos cuarenta personas sentadas alrededor. La mayoría son hombres, vestidos de manera informal (más o menos), pero todos llevan una funda en el hombro con una o dos pistolas. Y cada persona me está mirando.

—Esta es Sienna —dice Drago y me guía hacia tres sillas vacías en la cabecera de la mesa. Se detiene y saca una a la derecha del anfitrión: el lugar de honor. Antes de que pueda tomar asiento, el sonido de varias docenas de sillas raspando el suelo llena la habitación mientras todos los que están alrededor de la mesa se ponen de pie.

—Eh... ¿qué está sucediendo? —Murmuro y miro a Drago de reojo.

—Siéntate.

Me siento en la silla. Drago toma asiento en la cabecera de la mesa y todos los demás vuelven a sentarse.

Me vuelvo hacia mi marido y le susurro: —¿Hay una cámara oculta?

La mirada de Drago se mueve de mi boca a mis ojos y la comisura de sus labios se levanta. —No.

La puerta en el otro extremo de la habitación se abre de golpe y Zivka, seguida por cuatro mujeres y dos hombres, entra. Traen enormes fuentes de comida y las colocan en la mesa del comedor, luego regresan a lo que supongo es la cocina. Momentos después regresan con ensaladas y pan. Cuando terminan, Zivka se sienta a la izquierda de Drago y el resto del personal de servicio ocupa las sillas vacías restantes alrededor de la mesa. Todos miran a Drago, esperando. El asiente. La charla se reanuda cuando la gente empieza a servir comida de los grandes platos en sus platos. Parpadeo ante la extraña escena varias veces, luego me encojo de hombros y agarro la ensaladera más cercana a mí.

DRAGO

Risas y conversaciones ruidosas resuenan a mí alrededor mientras observo disimuladamente a mi joven esposa. Aparte de Keva, no le presenté a nadie de mi gente, y lo hice a propósito para poder ver su reacción. Esperaba que ella se sintiera incómoda. Intimidada, incluso. Parece que tendré que cambiar mis suposiciones porque, desde que comenzó la comida, ella ha estado parlotando alegremente sin parar con Jelena, la esposa de Jovan. Por lo que pude entender, están discutiendo un libro.

Los sonidos agudos son los que más me cuestan escuchar. Sienna tiene una voz moderadamente alta, por lo que me resulta difícil captar lo que quiere decir cuando habla, incluso si no hay distracciones auditivas competitivas. Puedo oírla hablar, pero se me escapan muchas palabras. Con tanta gente en una habitación hablando al mismo tiempo, el ruido de fondo hace imposible escucharla. Y como está volteada hacia Jelena, ni siquiera puedo leer sus labios.

Tomo su barbilla entre mi pulgar y mi dedo, volviéndola hacia mí. Todos los que viven en esta casa conocen mi situación, por eso se aseguran de mirarme cuando hablan. No estoy seguro de por qué no le he contado a Sienna todavía sobre mi pérdida auditiva, pero ella lo descubrirá pronto.

—¿Ya estás haciendo amigos? —Pregunto.

—Parece que así es. —Sus labios se ensanchan en una sonrisa—. ¿Tienes algo en contra?

Tiene una boca increíblemente pecaminosa, y la forma en que se curva mientras habla me hace querer tomar su labio inferior entre mis dientes y morderlo. —No. No tengo nada en contra.

La gente empieza a levantarse de la mesa, cada uno toma su plato y lo lleva a la cocina. Sienna los mira con asombro en sus ojos, luego mira su plato vacío y lo alcanza. Tomo su mano, la alejo del plato y la vuelvo a la mesa, pero no la suelto.

—Creo que necesitas explicarme las reglas que tienes por aquí. —Ella sonríe, fingiendo que no se da cuenta de que todavía estoy sosteniendo su mano.

—¿Qué reglas?

—La gente limpia sus propios platos. ¿El personal no hace eso? ¿Y por qué estaban todos armados durante la cena? —Ella echa una rápida mirada a nuestras manos unidas y luego vuelve a mirarme a los ojos.

—Hay siete mujeres y dos hombres a cargo de atender diversas cosas de la casa, como limpiar, preparar la comida y cuidar el terreno. Pero no son personal. Es simplemente lo que hacen por aquí. —Extiendo la mano y muevo un mechón de su cabello sobre su hombro—. Y cuando terminamos de comer, todos llevamos nuestros platos a la cocina para aligerar su carga de trabajo.

—¿No les pagan por hacer eso?

—Les pagan. Pero todavía tomamos nuestros platos para mostrar nuestro respeto y aprecio. En cuanto a tu segunda pregunta, nos gusta estar preparados.

—¿Para qué?

—Nada y todo.

—¿No tienes seguridad?

—Todos los hombres de esta casa son excelentes tiradores. Todos somos parte de la seguridad. —Me inclino hacia adelante y coloco mi mano en la nuca—. No tienes nada que temer mientras estás en mi casa, *mila*.

Ella me mira entrecerrando los ojos. —Mi nombre es Sienna. No Mila.

—Lo sé. —La acerco más hasta que nuestros labios casi se tocan—. También sé que no aceptaste casarte conmigo porque soy ‘caliente y rico’.

Los ojos de Sienna brillan ante mis palabras y espero que intente alejarse, pero solo sonrío. —¿No crees que sea una razón suficiente para casarte con alguien?

—No. Verás, tenía una razón muy específica para decir sí a este matrimonio. Pero me resulta muy difícil descifrar tu motivo para aceptar.

El teléfono en mi bolsillo vibra con un mensaje entrante. Lo saco con mi mano libre y miro la pantalla.

16:22 Filip: Nuestro camión cruzó temprano la frontera y llegó al almacén hace diez minutos. Alguien habló. Los rumanos acaban de llegar. Bogdan exige su presencia y explicaciones.

—Tengo que irme. —Libero la mano de Sienna de mala gana y me levanto—. Continuaremos esta conversación mañana.

Cruzo el comedor y casi estoy en la puerta cuando una mano me agarra el antebrazo. Cuando miro hacia abajo, mi esposa está parada a mi lado, con una mirada inquisitiva en sus ojos.

—¿Qué es?

—Te pregunté si podía ir contigo

—Voy a una reunión de negocios, Sienna. Uno que muy bien podría terminar con un derramamiento de sangre. Por supuesto que no puedes venir conmigo.

—Oh, esta es una blusa vieja. Lo tiraré si le mancho sangre. —Agita su mano en el aire.

Bajo la mirada y miro su camisa. Es blanca con la imagen de un conejo amarillo bizco sosteniendo una zanahoria. Tanto la zanahoria como las orejas del conejo están cubiertas de pequeñas lentejuelas de color naranja. ¿Por qué no me sorprende que se casara así? Cuando vuelvo a mirar, la encuentro todavía sonriéndome. ¿Me está jodiendo o simplemente está loca?

—Ve a buscar a Keva. Probablemente tus cosas ya fueron llevadas al dormitorio. Ella te mostrará dónde está. —Asiento hacia la puerta de la cocina y salgo.

Me lleva una hora llegar a la casa abandonada que utilizamos como almacén de drogas antes de enviarlas. Todavía no hemos recibido el siguiente cargamento de Ajello, así que decidí usar el lugar para guardar el primer envío de armas de fuego por el momento. Seis de mis hombres, armas en mano, vigilan un gran camión estacionado detrás. Sólo se ha descargado la mitad de la carga. Varios metros a la derecha, hay dos coches negros. Bogdan, el jefe de la organización criminal rumana está apoyado en el capó del coche más cercano al camión, con los brazos cruzados sobre el pecho.

Aparco mi motocicleta entre el camión y el coche de Bogdan, me quito el casco y me enfrento al líder rumano. —Querías verme.

—Quiero una explicación —dice entre dientes.

—¿Acerca de?

—¡Eso! —Señala las cajas apiladas junto al camión—. Hemos tenido una buena colaboración durante los últimos diez años. Te di el mejor producto y excelentes tarifas. Entonces, quiero saber por qué de repente empezaste a comprarle armas a otra persona y qué diablos planeas hacer con diez veces la cantidad que normalmente pides.

Echo un vistazo rápido al interior de los coches. En el asiento del copiloto del vehículo en el que está apoyado Bogdan hay un tipo y en el otro coche hay uno más. Obviamente, alguien le dijo a Bogdan que estaba llegando un camión lleno de armas y municiones, pero él no sabe que planeo revender los productos. Si lo hubiera hecho, habría traído más hombres con él. Podría decirle que mis necesidades han cambiado, que necesito más armas, pero pronto se dará cuenta de lo que está pasando.

—Hice una llamada al país de origen —digo— y llegué a un acuerdo con Lutovac. Resulta que fuimos juntos a la escuela. Él sabe lo que me gusta y llegamos a un entendimiento de que una asociación sería beneficiosa para ambos.

Una mezcla de sorpresa e ira cruza el rostro de Bogdan en el momento en que escucha el nombre. Hay dos grandes comerciantes de armas pequeñas y municiones en esta parte de Estados Unidos: Bogdan y Endri Dushku. Ambos obtienen su producto de Lutovac, un proveedor serbio con sede en Belgrado. El hecho de que ahora esté trabajando directamente con Lutovac deja claro que tengo el producto disponible para reventa.

Bogdan se baja del coche. Está casi temblando de rabia, con los puños cerrados a los costados mientras se acerca a mí. —No venderás armas en mi territorio, Drago.

—No hay nada que puedas hacer al respecto, así que te aconsejo que aceptes la nueva situación y te vayas. Por los viejos tiempos, no me obligues a matarte.

—Ya lo veremos. —A Bogdan se le dilatan las fosas nasales mientras rechina los dientes, pero se da vuelta y entra en su coche.

Veo salir a ambos vehículos, luego me bajo de la motocicleta y me dirijo hacia mis hombres que están parados junto al camión.

—Cargue todo nuevamente adentro. Necesitamos trasladar la mercancía a otro lugar. Este sitio ya no se puede utilizar. —Me vuelvo hacia Filip—. ¿Cómo diablos encontraron los rumanos este lugar?

—El conductor dice que lo siguieron desde la frontera. Pensó que los había perdido en algún momento, pero aparecieron aquí mientras los muchachos descargaban las cajas.

—¿Quién habló?

Sólo puede ser el hombre al que sobornamos para que el camión pasara por alto la inspección de carga. Wesley P-algo.

—Averigua su nombre completo y dirección. Le haré una visita mañana —digo.

—¿Qué vamos a hacer con los rumanos? No es probable que Bogdan deje pasar esto.

—No lo hará. Necesito que agregues más hombres en cada lugar de almacenamiento.

—¿Crees que Bogdan intentará algo? ¿Por qué no matarlo ahora?

—Si andas engañando a antiguos socios comerciales, nadie hará negocios contigo. Desafortunadamente. Pero si él ataca primero, tendré motivos para deshacerme de él. —Me agacho y agarro la caja de municiones más cercana.

Son casi las seis de la mañana cuando llego a casa. Subo las escaleras hasta el último piso y me dirijo a la última puerta al final del pasillo. Las luces están apagadas en mi habitación, pero las cortinas están corridas, permitiendo que el más tenue resplandor de la mañana caiga sobre el cuerpo acurrucado en el lado izquierdo de mi cama. La lujosa alfombra amortigua mis pasos mientras cruzo la habitación y me detengo junto al pie de la cama.

Sienna duerme de lado, agarrando una almohada entre sus brazos y piernas. Su cabello está suelto y parte de él le ha caído sobre la cara. Miro su forma rizada y siento que mis labios se inclinan hacia arriba. Parece que la moda excéntrica de mi esposa se extiende también a su ropa de dormir. Lleva un pijama de seda: pantalones y un top con tirantes finos. Es un conjunto con estampado de cebra, pero los colores son morado y rosa.

La miro por unos momentos, preguntándome por qué estoy tan fascinado por ella. Desde el momento en que la dejé en el comedor esta noche, no pude dejar de pensar en ella. No me gusta. Lo único que debería interesarme en lo que respecta a mi joven esposa es su motivo oculto para casarse conmigo, pero me encuentro completamente cautivado por su extraña esencia. Es como si hubiera descubierto una criatura hasta ahora desconocida, cuyo comportamiento es completamente contrario a lo que se esperaría.

Para una chica tan protegida y mimada como probablemente lo ha sido, llegar a un lugar nuevo donde no conoce a nadie debería ser estresante. Incómodo. Esperaba que ella comenzara a quejarse, pidiéndome que la llevara de regreso con su hermano. En cambio, se lo tomó todo con calma. Todo el tiempo, ella tuvo una sonrisa traviesa en su rostro y emanaba esa energía irritablemente alegre. Es como si toda esta situación no le molestara en lo más mínimo.

Sienna DeVille es una sorpresa.

Y odio las sorpresas.

Con una última mirada a mi deslumbrante novia, me dirijo al baño al otro lado de la habitación para tomar una ducha. Diez minutos más tarde, me meto en la cama y me tumbo junto a mi esposa. Ella me ha dado la espalda, y diablos sí sé por qué, pero no me gusta. Envuelvo mi brazo alrededor de su cintura y la acerco hasta que su espalda queda pegada a mi frente. Luego, paso una pierna sobre la de ella, enredando su cuerpo con el mío, y cierro los ojos.

Capítulo 6

SIENNA

Me despierto envuelta en algo cálido y grande. Se siente agradable. Suspiro y entierro mi cara en la almohada. El agarre alrededor de mi cuerpo se aprieta ligeramente, y mis ojos se abren, centrándose en un grueso brazo tatuado envuelto alrededor de mi cintura.

Hay un hombre en mi cama.

Parpadeo. ¿Por qué diablos hay un hombre en mi cama? Gritando, trato de desenredarme, pero el agarre en mi cintura solo se hace más fuerte.

—Detente. —La voz ronca de Drago retumba detrás de mí—. Estoy intentando dormir.

Empujo contra su antebrazo, logrando solo el más mínimo movimiento, luego me giro y termino con mi cara presionada contra su cuello. Dios mío, huele increíble. Inclino ligeramente la cabeza e inhalo. Es algo amaderado con una mezcla de... respiro de nuevo... oh, un toque de menta.

—Deja de olerme, Sienna, y vuelve a dormir.

—No te estoy oliendo —murmuro y sigo intentando liberarme de su abrazo—. Déjame ir.

Drago no mueve un músculo. Presiono mis palmas contra su duro pecho y empujo. Un profundo suspiro suena sobre mi cabeza y su agarre sobre mí se afloja. Ruedo hacia el otro lado de la cama y me levanto de un salto.

—¿Qué estás haciendo en mi cama? —Con las manos en las caderas, miro a mi marido, que me mira con los ojos entrecerrados.

Drago está tumbado en la cama, con el brazo derecho metido debajo de la cabeza. No lleva camisa, pero debajo de la sábana se asoma un trozo de pantalón de pijama azul marino.

—Esta es mi cama. Estabas allí cuando llegué a casa.

—¿Qué? Cuando Zivka me llevó arriba después de cenar, me dijo que ésta sería mi habitación. Todas mis maletas ya estaban aquí.

—Y tú eres mi esposa, así que se espera que tanto tú como tus maletas estén aquí.

Examino la habitación y me doy cuenta de que parece pertenecer a un hombre. Anoche estaba tan agotada mentalmente que simplemente me puse el pijama, me lavé los dientes y me fui a dormir sin prestar atención a lo que me rodeaba.

—Creo que tanto mi equipaje como yo preferiríamos tener una habitación separada.
—Vuelvo a mirar a Drago. Tiene los ojos cerrados y su pecho sube y baja a un ritmo lento.

—¿Drago?

Él está dormido. Jodidamente genial.

Debería ir a darme una ducha y vestirme. Luego, necesito encontrar a Zivka y preguntarle si hay otra habitación que pueda tener. Sería algo inteligente, pero no puedo quitar los ojos de encima a mi marido. Se ve diferente cuando duerme. Menos... inquietante de alguna manera.

Hay un área de piel irregular en su cuello. Lo noté ayer durante la cena, pero su camisa ocultaba la mayor parte de la vista. Lo que pude ver parecía una pequeña cicatriz. Ahora, sin embargo, está claro que lo que vi ayer era sólo una parte de algo mucho más grande. La piel de su hombro y de su brazo izquierdo, hasta el codo donde comienzan sus tatuajes, está descolorida y tiene una textura ligeramente rugosa. Pongo mi rodilla sobre la cama y lentamente me inclino hacia adelante para ver mejor. La mano de Drago de repente se levanta y sus dedos rodean mi brazo.

—¿Cambiaste de opinión acerca de volver a la cama? —Pregunta y centra su mirada en mis labios.

—No. —Yo sonrío—. No me acuesto con hombres a los que no he invitado personalmente a mi cama.

Algo peligroso brilla en sus ojos en el momento en que las palabras salen de mi boca.

—Si pilló a un hombre tocándote, aunque sea con la punta del dedo, perderá mucho más que su mano. —El agarre que tiene en mi brazo se hace más fuerte—. Este matrimonio podría haber sido arreglado, pero a partir de este momento, el único hombre al que se le permite mirarte, tocarte o follarte... soy yo.

Un agradable escalofrío me recorre y me muerdo el interior de la mejilla. —¿Por qué no lo haces entonces?

Drago inclina su cabeza hacia un lado, examinando mi reacción. Libera mi brazo y sus dedos se deslizan sobre la curvatura de mi pecho, bajan por el valle de mi pecho y luego bajan, más allá de la cintura de mis pantalones de pijama. Mi respiración se acelera. Su toque puede ser ligero, pero la respuesta de mi cuerpo es todo lo contrario. No estoy

acostumbrada a que me toquen hombres que no conozco y nunca he pasado una noche en la cama con uno. Debería preocuparme, no excitarme por sus suaves caricias. No deseando que su mano se deslizara más abajo. Pero lo hago.

¿Cómo se sentiría estar atrapada debajo de ese gran cuerpo mientras su toque caliente quema mi carne desnuda? Un agradable escalofrío recorre mi espalda ante el mero pensamiento. La palma de Drago se desliza entre mis piernas, presionando mi coño sobre la tela sedosa mientras su mirada captura la mía, y tengo que mordirme el labio inferior para evitar que se escape el gemido. Nunca me han atraído los hombres duros y gruñones, pero por alguna razón notable, estoy absolutamente cautivada por el extraño que tengo como marido.

—Lo disfrutaría mucho. —Pone más presión sobre mi centro tembloroso y siento que me mojo—. Pero yo no follo a las mentirosas, *mila moya*²².

Con una última caricia, Drago saca su mano de entre mis piernas y me da la espalda. Aprieto los dientes, luego me levanto de la cama y cruzo la habitación hacia el baño, asegurándome de cerrar la puerta de golpe con todas mis fuerzas.

Diez minutos más tarde, me agacho frente a una maleta y rebusco en su contenido, buscando algo bonito que ponerme. La ropa brillante me hace sentir feliz incluso cuando no lo soy. Encuentro ropa interior y una blusa azul, pero mis jeans naranjas favoritos no están ahí. Cierro de golpe la tapa de la maleta y paso a la segunda. Drago sigue durmiendo, absolutamente ajeno al escándalo que estoy haciendo. En la tercera maleta, finalmente encuentro los jeans que busco y las pantuflas mullidas. Sentada en el borde de la cama, me quito la toalla y empiezo a vestirme.

Me llamó mentirosa. Supongo que, en cierto modo, tiene razón. Después de todo, vine aquí para espiarlo para el catedrático. Pero todavía duele. Y el hecho de que así sea, me molesta. Sólo hay dos personas a las que permito que se acerquen lo suficiente como para que me moleste: mi hermano y mi hermana. En lo que respecta a otras personas, dejo pasar sus acciones o comentarios. Si no me preocupo por ellos, sus opiniones o comportamiento no pueden hacerme daño. Y me importa un carajo lo que Drago Popov piense de mí.

Una vez que termino de arreglarme, tomo la toalla de la cama para llevarla al baño, pero me detengo a medio camino y miro por encima del hombro a mi marido dormido. Riendo en voz baja, le tiro la toalla a la cara y salgo corriendo de la habitación lo más rápido que puedo.

Una de las mujeres que cuida la casa pasa a mi lado en las escaleras, cargando un montón de sábanas de camino al piso superior.

²² Del Serbio: Cariño

—¡Buen día! —grito.

Ella me lanza una mirada un tanto hostil, pero su expresión se transforma en confusión al ver las pantuflas peludas que llevo puesta. Son de color naranja y tienen grandes lunares blancos por todas partes. El centro de cada punto está anidado con una pequeña lentejuela naranja.

—Bonitos zapatos —murmura.

—Gracias. —Sonrío mientras respondo.

Cuando llego a la planta baja, veo a varios hombres parados junto a la puerta principal, quitándose los abrigos. Recuerdo haberlos visto en la cena de anoche y recuerdo que mencionaron que iban a hacer guardia nocturna después de la comida. ¿Por qué volverían aquí en lugar de irse a casa?

Entro al gran comedor, sólo para detenerme apenas un paso más allá del umbral. Casi todas las sillas de la larga mesa están ocupadas. ¿Los serbios celebran eventos especiales durante varios días? El lugar al final de la mesa donde me senté ayer está vacío, y me dirijo hacia él, expresando un alegre -buenos días- al pasar. Algunas personas asienten, pero la mayoría se limita a mirarme. Parece que no estoy ganando ningún concurso de popularidad por aquí. Tomo asiento y me inclino hacia Jelena, la chica pelirroja con pecas con la que charlé anoche durante la cena.

—Entonces, ¿cuál es la ocasión hoy? —Pregunto.

Ella frunce el ceño. —¿Ocasión?

—Sí. Veo que tenemos invitados otra vez. —Hago un gesto hacia las personas sentadas alrededor de la mesa.

—Oh... no son invitados. —Ella ríe—. Ellos viven aquí.

—¿Aquí? ¿En esta casa? —La miro boquiabierto—. Pero eso es como... como cuarenta personas.

—En realidad, cuarenta y ocho. El primer turno de guardia ya desayunó y los demás no están aquí en este momento.

Miro a lo largo de la mesa. Jesucristo.

Se abre la puerta que conduce a la cocina y entran corriendo mujeres con varios platos sobre los brazos y en las manos. Dos ocupan el lado derecho de la mesa, mientras que los otros tres ocupan el lado izquierdo. Comienzan a colocar platos llenos de huevos revueltos y tocino frente a cada persona.

Un chico de poco más de veinte años sentado un par de asientos detrás de Jelena alcanza un plato que están bajando frente a él, pero la chica que lo está colocando rápidamente lo pone fuera de su alcance.

—Keva dijo que estás a dieta. Te está preparando una ensalada. —La chica le da una palmada en la nuca y luego deja los dos últimos platos sobre la mesa.

—Nato, cariño, no me hagas esto —la llama el chico mientras ella regresa a la cocina—. Estoy hambriento. Sabes que no puedo trabajar cuando tengo hambre.

Todos ignoran sus quejas y comen. Tomo un trozo de pan del cuenco cercano y empiezo a comer, fingiendo estar únicamente interesada en mi comida mientras escucho las conversaciones que ocurren a mí alrededor.

Me cuesta entender oraciones completas porque no tengo experiencia conversacional en serbio, especialmente con tanta gente hablando a la vez. Mi atención pasa de un intercambio a otro, pero todo lo que puedo captar son fragmentos y solo parte del significado. Parece que la mayoría de las conversaciones giran en torno a un gran acuerdo que se ha hecho y las nuevas medidas de seguridad.

—*Pop treba da se vidi sa ludim Rusom u vezi isporuke*³ —dice el hombre corpulento tatuado sentado frente a Jelena.

El tenedor todavía está a medio camino de mi boca. ¿Estallido? Eso significa sacerdote. ¿*Un cura se reúne con el loco ruso por algo relacionado con un envío*? ¿Tienen algún sacerdote entre ellos? ¿Qué hace el cura, bendecir los contenedores de droga? Intento escuchar lo que dirá a continuación, pero el tipo vuelve a meterse huevos en la boca.

En el otro extremo de la habitación, la puerta de la cocina se abre de nuevo y entra un hombre mayor. Su cabello es completamente blanco y recogido en una cola de caballo corta. Combinado con su larga barba blanca, le hace parecer Papá Noel. Un Papá Noel realmente extraño, ya que lleva pantalones tácticos de color verde militar, una camiseta a juego y una pistolera con dos pistolas encima. También tiene una funda de cuchillo atada a su muslo. El rudo Papá Noel toma asiento, saca un cuchillo de aspecto malvado de su funda y comienza a cortar el tocino con él.

—¿Quién es ese? —Le doy un codazo a Jelena.

—Oh, ese es Beli. Nuestro jardinero.

—¿Un jardinero? ¿Qué cultiva exactamente?

—Los tulipanes son sus favoritos, ¿puedes creerlo?

³ *Papá necesita ver al ruso loco por la entrega.*

—No. —Resoplo.

—Él y Keva se odian. Hace un par de años plantó lirios blancos por toda la casa y Keva hizo que uno de los muchachos los cortara porque, según ella, son flores funerarias. Beli se asegura de plantarlos todos los años y elige un lugar diferente cada vez.

—Bueno, no parece que las cosas estén aburridas por aquí. ¿Y cuál es tu papel?

—La mayor parte del tiempo trabajo con Mirko. Él está a cargo de la logística. — Ella señala con la cabeza al chico de las ensaladas que está sentado cerca—. Él organiza los camiones y las rutas, y yo lo ayudo en eso. Pero también está a cargo de la vigilancia aquí y en Naos. Ah, y también ayudo a Keva a lavar el dinero.

—¿Keva? —Miro hacia el final de la mesa donde la mujer en cuestión le está sirviendo una taza de café a un chico—. Pensé que ella era la cocinera.

Jelena se ríe. —Sí, prepara comida para todos, brinda primeros auxilios cuando es necesario y se asegura de que todo el dinero que ingresa pase por Naos y salga limpio.

—Guau. —Sacudo la cabeza—. ¿Y por qué la llamas Keva? ¿Es eso un apodo?

—Es jerga. Keva significa mamá. Apropiado, ya que ella da órdenes a todo el mundo.

—Debe ser extraño que cincuenta personas te llamen ‘mamá’. —Miro hacia la mesa una vez más—. No puedo creer que todos vivan aquí. Es como un hotel.

—Oh, no se parece en nada a un hotel, créeme. —Ella se ríe—. Más bien una base militar.

—Entonces, ¿Drago insiste en que todos vivan aquí?

—Dios no. A menudo se queja, pero nos deja quedarnos —dice Jelena entre bocado y bocado—. Cuando Jovan y yo nos unimos a la organización hace unos años, conseguimos una habitación en el segundo piso. Se suponía que sería temporal, una forma de conocer a todos y ver cómo funciona todo, ya que esta es la base principal de operaciones. Pero terminamos quedándonos. —Ella hace un gesto con la mano hacia abajo sobre la mesa—. Para el resto fue más o menos lo mismo. Se sienten seguros aquí.

—¿Por qué la casa está bien vigilada?

—No. Es por Drago. La gente tiende a gravitar hacia él. Los hace sentir seguros.

Intento imaginarme viviendo en una casa con tanta gente. Increíble. Absolutamente loco. Una pequeña sonrisa se dibuja en mis labios. Casi... como la manada de lobos de mi historia.

—Creo que es porque saben que Drago recibirá una bala por cualquiera de ellos — continúa—. Han sido testigos de lo que sucedió más de una vez.

Mi cabeza vuelve a Jelena y una sonrisa desaparece de mi rostro. —¿Qué?

—Le dispararon durante un ataque al complejo hace unos años. A pesar de que había muchos muchachos en turno de guardia para luchar contra los atacantes, Drago fue el primero en salir corriendo. Lo golpearon mientras cubría una posición que quedó expuesta porque uno de los soldados resultó herido.

Me imagino una bala atravesando el pecho de mi marido gruñón y un escalofrío recorre mi cuerpo. Jelena no parece darse cuenta de mi angustia porque sigue parloteando.

—Y es más conveniente cuando la mayoría de la gente está en el mismo lugar. Hace que organizar las cosas sea mucho más fácil. —Hace un gesto al otro lado de la mesa, hacia el tipo que estaba hablando del sacerdote—. Ese es Adán. Ha sido amigo de Drago durante mucho tiempo, incluso en Serbia, y se mudó aquí hace unos quince años. Está a cargo de los soldados de infantería. En cuanto al resto de los chicos, no existen definiciones de trabajo estrictas. Cada uno hace lo que hay que hacer. Transporte, entrega, turnos de guardia. Algunos de ellos trabajan como seguridad adicional en el club cuando es necesario.

—Bueno... —Asiento como si todo tuviera sentido. Sólo que no es así. En la Cosa Nostra, cada miembro tiene una descripción de trabajo y obligaciones muy estrictas. Los cocineros preparan la comida. No lavan dinero. Miro de nuevo a todos los que están sentados alrededor de la mesa. ¿Cómo puede funcionar una organización criminal con una estructura tan indefinida? —Entonces, una gran familia feliz.

—¡Oh! Me olvidé de Tara. La hermana de Drago —añade.

—¿Drago tiene una hermana?

—Sí. Vivía aquí, en esta casa, pero se mudó la semana pasada.

—¿Por qué?

—Bien... —Jelena se encoge y evita mirarme a los ojos—. Hace dos años hubo una especie de enfrentamiento entre nosotros y la Cosa Nostra.

—Sí, me enteré de eso. —Asiento con la cabeza. Sucedió mientras Asya estaba desaparecida, así que no presté mucha atención a lo que sucedía dentro de la Familia.

—El novio de Tara recibió un disparo y murió.

—Mierda. —Miro mi plato—. Entonces, ¿ella se fue por mi culpa?

—Sí. No se lo tomó bien cuando Drago le dijo que su novia era de la Cosa Nostra.

Continúo asintiendo como si de repente me hubiera convertido en un maldito cabezón y me concentro en mi comida. No es de extrañar que la mayoría de la gente aquí me haya estado mirando.

—Si quieres, te mostraré la casa más tarde —dice Jelena entre bocado y bocado—. Además, ¿Drago te lo dijo? No salgas sola por la noche.

—No. ¿Por qué?

—Por los perros. Me temo que no son muy sociables. Es mejor no deambular por ahí hasta que Drago te lleve a conocerlos.

Una imagen de mi perro Bonbon surge ante mis ojos. Falleció el año pasado y yo soy la culpable de ello.

—Claro —murmuro, aunque no tengo intención de encontrarme con los perros de mi marido y reabrir esa herida.

Cuando termino de desayunar, llevo mi plato a la cocina y casi choco con una de las chicas que sostiene una pila de platos sucios. Otras cuatro chicas corren por la habitación, los cubiertos tintinean contra la porcelana mientras todo se carga en el lavavajillas. Esta debe ser la cocina más grande que he visto en mi vida.

Una isla larga y ancha, repleta de tazones, bandejas para hornear y platos usados, ocupa la mayor parte de la parte central. Un frigorífico industrial ocupa espacio al final del mostrador y, según su tamaño, puede almacenar comida para un pequeño ejército. Detrás de las puertas de cristal de los armarios de madera blanca hay decenas de vasos, tazas y platos. El olor del café recién hecho se mezcla con el dulce aroma de las manzanas asadas que sale de una enorme olla colocada encima de la estufa. Uno de los tipos que vi regresar del turno de guardia está metiendo una cuchara en la olla.

—¡Relja! —Keva grita, corre hacia él y le golpea el brazo con un paño de cocina—. ¡No toques eso!

—Solo quería probar. Huele increíble.

Keva le arrebató la cuchara de la mano y saca de la olla algo que parece manzanas ralladas.

—Piérdete. —Ella le devuelve la cuchara a la mano y luego se gira hacia la chica que está guardando la compra en el frigorífico y le grita que se dé prisa.

Mis ojos recorren la habitación hasta donde Drago está apoyado en la pared junto a la puerta trasera que conduce al patio. Pensé que todavía estaba dormido. El tipo que estaba con él en el ayuntamiento está cerca y parece que están hablando de un envío que llegará el próximo fin de semana. No puedo escuchar todo lo que dicen desde esta distancia, pero algo se siente un poco extraño en su intercambio. Simplemente no puedo

precisar qué es. En lugar de mantener contacto visual, los ojos de Drago se dirigen hacia abajo, como si estuviera mirando al suelo y no estuviera demasiado interesado en lo que el otro hombre le está diciendo. Él gruñe una respuesta que no entiendo y asiente, luego su mirada se dirige a mí.

Aunque él está al otro lado de la habitación, es como si me hubiera golpeado un rayo cuando sus ojos me clavan con su poder. Todavía puedo olerlo en mí a pesar de que me duché antes. Es como si, mientras me abrazaba, de alguna manera se hubiera grabado en mi piel.

—Hablares más tarde, Filip —dice Drago y se dirige hacia mí.

Con cada paso que da, mi pulso se dispara. Cuando finalmente está frente a mí, apenas puedo tragar la bolita de algodón que de repente se me ha alojado en la garganta y mi respiración se vuelve rápida y superficial.

Apoya sus manos en la isla de la cocina, enjaulándome entre sus brazos, y baja la cabeza. —¿Dormiste bien anoche, Mila?

—No, realmente no. El colchón era demasiado duro y entonces un intruso se coló en mi cama. —Sonrío. Anteriormente, busqué en Google la traducción de “mila”, esperando encontrar un término despectivo de algún tipo, pero en cambio, me sorprendió bastante ver que es una expresión serbia un poco anticuado, pero todavía muy apreciado que significa “cariño”.

—No noté que te quejabas mientras dormías acariciando mi cuello. Ronquidos.

—¿Qué?! No ronco.

Drago se inclina aún más, su boca justo al lado de mi oreja. Su aliento provoca mi piel mientras habla.

—Si lo haces. Es muy sutil, como el ronroneo de un gatito. —Sus labios presionan el costado de mi cuello y un sonido sordo envía un escalofrío por mi columna—. Así es como es, Sienna.

Muerdo el interior de mi mejilla y cierro los ojos, tratando de extinguir el impulso de rodearlo con mis brazos y acercarlo aún más. De alguna manera mi cuerpo gravita hacia él y apenas mantengo el control.

—Me pregunto —continúa, y se me erizan los diminutos pelos de la nuca—. ¿Tú también tienes garras?

Sacudo la cabeza y me muerdo la mejilla con más fuerza.

—Mentirosa. —La palabra, pronunciada con su timbre grave, me envuelve.

Un agradable escalofrío recorre mi espalda y me inclino hacia él, deseando más de esa sensación. Sin embargo, rápidamente me doy cuenta de lo que he hecho y me alejo. Todavía me tiene enjaulada entre su cuerpo y el mostrador, así que sólo puedo moverme hasta cierto punto.

—Les prometí a algunas amigas que nos reuniríamos para almorzar hoy más tarde y que probablemente iríamos al centro comercial después. ¿Alguien puede dejarme?

—Jovan te llevará. —Saca su billetera del bolsillo trasero de sus jeans y levanta una tarjeta de crédito frente a mi cara—. Para tus compras.

—Tengo mi propia tarjeta —murmuro.

—Pero pensé que te casaste conmigo por mi dinero.

Mierda. Me olvide de eso. —Sí, eso es correcto. —Tomo la tarjeta de su mano y sonrío—. Sólo un aviso... probablemente te arrepientas de haberte casado conmigo.

Baja la cabeza hasta que sus labios rozan mi oreja. —No me parece.

El aliento y el calor de Drago desaparecen repentinamente cuando se aleja y sale de la cocina. Siento una tonta necesidad de ir tras él e insistir en que él mismo me lleve al centro comercial.

—Entonces, ejem. —Me aclaro la garganta y me giro hacia Keva, que está secando un vaso—. Jelena me dijo que hay una fuente enfrente. ¿Alguien me puede apuntar en la dirección correcta? Quiero tomarme algunas selfies.

***.

—¡Estoy bien Arturo, como ya te lo dije diez veces hoy! Por favor, deja de llamar.

Meto el teléfono en mi bolsillo y hago rodar la última maleta dentro de mi nueva habitación. Está al otro extremo del cuarto piso, el más alejado del de Drago. El espacio es pequeño y tiene una sola ventana que ni siquiera tiene cortinas. Un leve olor a pintura fresca persiste en el aire, insinuando que la habitación probablemente fue renovada recientemente. Mis ojos se posan en la estrecha cama al lado de una pared y permanecen pegados a ella.

No me gusta dormir sola.

La noche después de la muerte de mis padres fue la primera vez que me metí a dormir en la cama de mi hermana. Arturo me encontró allí cuando vino a vernos por la mañana, pero no dijo nada. Seguí escabulléndome en la cama de Asya todas las noches después de eso, durante años. Tenía un miedo escalofriante arraigado en lo más profundo de mi mente de que Arturo me despertaría una noche para decirme que Asya se había ido, al

igual que nuestra mamá y nuestro papá. Estaba convencida de que si ella estaba a mi lado cuando me quedaba dormida, también estaría allí por la mañana.

Asya nunca me pidió que volviera a mi cama. Ni una sola vez. Incluso cuando su cama se volvió demasiado pequeña para nosotras dos. Mi hermana gemela. Mi otra mitad. A menudo la gente ha cometido el error de suponer que ella era la más frágil. Asya siempre ha sido una persona introvertida, tranquila, y nada más que su música mantuvo su interés durante demasiado tiempo. Pero ella es mucho más fuerte que yo. Simplemente soy mejor fingiendo.

A medida que crecimos, dejé de colarme en su cama. Yo era una niña grande y se esperaba que durmiera sola. Siempre hacía frío y soledad, nunca paz. La mayoría de las noches lo lograba, pero había momentos en los que no podía descansar. Daba vueltas y vueltas hasta que la cama debajo de mí chirriaba cuando Asya se subía a mi lado. Ella siempre lo supo. Dios, la extraño mucho.

Pero me alegro mucho de que haya encontrado a Pasha. El día de su boda fue el día más feliz de mi vida. Verla feliz y sonriente, después de todo lo que había pasado, fue un deseo hecho realidad para mí. Aunque, en cierto modo, eso significara perderla.

Saco mi teléfono de nuevo y miro la pantalla. Ya es demasiado tarde para llamar a Asya y esta tarde ya hemos hablado. Tirando el dispositivo sobre la cama, me agacho junto a mi maleta amarilla que contiene lo esencial y empiezo a buscar mi cuaderno. Escribir siempre me ayuda a levantar el ánimo cuando me siento deprimida.

Cinco minutos más tarde, estoy tumbada sobre el edredón, hojeando mi cuaderno grueso y brillante cuando se me ocurre una idea. Nunca le pregunté a Drago cómo sabía de mi historia.

DRAGO

El hombre rubio sentado frente a mí en la cabina se inclina hacia adelante y me señala con el dedo. —No me gustas, Drago.

—Bueno, a mí tampoco me gustas, Belov, pero da la casualidad de que a tu pakhan le gustan las municiones que te ofrezco. Entonces, ¿estamos haciendo negocios o no?

El ruso me mira entrecerrando los ojos y se echa a reír, luego toma su teléfono y llama a alguien, probablemente a Petrov. Sergei Belov tiene una voz profunda, así que puedo oír todo lo que dice, pero no me da mucha idea de la conversación que está teniendo en ruso con el Bratva pakhan.

—Entrega cada dos meses —dice al finalizar la llamada—. Y Román quiere conocerte en persona. El próximo mes.

—Está bien. Te haré saber la hora y el lugar.

Belov asiente y se levanta para irse, luego mira el sillón que acaba de dejar libre. —¿Te importa si tomo una foto del stand? Sigo intentando convencer a Pasha de que cambie el interior de nuestros palos a blanco. Dijo que lo considerará cuando me jubile.

Levanto una ceja. —¿Alguna razón en particular para eso?

—Sí. —Levanta su teléfono y toma una foto—. Al parecer, es una mierda sacar sangre de la tapicería de color claro.

Lo sigo con la mirada mientras camina hacia la salida, silbando a lo largo del camino. Parece que el tipo está tan loco como he oído decir a la gente.

Tomo mi teléfono de la mesa y reviso el mensaje que Filip me envió antes: la dirección del hombre que delató a los rumanos sobre nuestro envío. Faltan un par de horas, pero todavía hay tiempo para pasar y ver qué está haciendo mi brillante esposa antes de salir. Jovan me ha estado enviando actualizaciones cada hora, y la última decía que Sienna y su amiga acababan de entrar a un restaurante que está a quince minutos del club.

El garaje subterráneo debajo de Naos está lleno de varios vehículos, incluido el SUV que conduje hasta aquí y dos autos destartados que uso cuando no quiero que me noten. Paso por delante de todos ellos y me acerco a la motocicleta negra que estacioné en la esquina más alejada. Andar sobre dos ruedas es una elección mucho más inteligente cuando se abordan cuestiones delicadas. Nuestro soplón, Wesley, se ha convertido en uno de esos problemas y debe convertirse en un ejemplo para que nuestros demás asociados sepan lo que sucederá si siguen su ejemplo.

Cuando llego al restaurante, estaciono mi motocicleta en el lado del conductor del sedán blanco de Jovan y levanto la visera de mi casco. Mi mujer está sentada en una mesa junto a un ventanal y la chica rubia de Naos está con ella. Se están riendo de algo. Sienna lleva un suéter de un horrible tono azul. Como si eso no fuera suficiente, tiene detalles dorados brillantes que brillan cada vez que la luz del sol cae sobre ella. Mis ojos se deslizan hacia sus piernas, vestidas con pantalones pitillo dorados brillantes, y se detienen en los zapatos. Mismo tono azul que su suéter, con pequeños lazos en los talones.

—Estoy escuchando —digo y me vuelvo hacia Jovan.

Saca el codo por la ventana abierta y señala con la cabeza a las mujeres. —Se encontró con esta chica, Luna, y con otra amiga en el centro comercial. Fueron a algunas boutiques a comprar algunas baratijas y luego ella las arrastró a una tienda que vende artículos de papelería.

—¿Qué compró allí?

—Algunos cuadernos y algunos bolígrafos. Y un portalápices que parece un conejo. —Él pone los ojos en blanco.

—¿Y después?

—Pasearon un rato por el complejo comercial, se tomaron selfies y luego dejamos a la otra chica en su casa y vinimos aquí.

—¿Algo más?

—Su hermano la llamó cuando íbamos a este lugar.

—¿Sobre qué hablaron? —Pregunto.

—No pude escuchar su versión de la conversación, pero según sus respuestas, creo que él quería saber si ella estaba bien. Dijo que se lo está pasando genial gastando tu dinero.

Vuelvo a mirar a mi esposa. El banco me envía un mensaje de texto cada vez que se utiliza mi tarjeta. No recibí ninguno hoy. Ella pagaba sus compras con su propio dinero.

Jovan dice algo más, pero con el casco puesto no lo entiendo.

—Repite —digo y me vuelvo hacia él.

—Recibió otra llamada justo antes de llegar al restaurante, pero no respondió. Cuando miró el teléfono, debió rechazarlo y volver a guardarlo en su bolso.

—Interesante. Si recibe más llamadas extrañas, házmelo saber.

—Seguro.

Vuelvo a mirar a mi esposa, que actualmente se está riendo con la camarera y hace gestos con las manos en el aire. Sus uñas son doradas hoy. Muevo mis ojos de sus manos a sus labios preguntándome qué la emocionó tanto. Sus labios se mueven y puedo verlos claramente, pero no puedo descifrar nada de lo que dice. La camarera responde, pero tampoco entiendo lo que dice la joven asiática. Miro el cartel encima de la entrada. Es un restaurante japonés. No es de extrañar que no pueda leer su conversación. No hablo japonés, pero parece que Sienna sí. Bueno, ¿no está mi brillante esposa llena de sorpresas?

—Llama a Keva —le digo a Jovan—. Después de cenar, quiero que le pida a mi esposa que la ayude en la cocina.

Jovan me mira fijamente, sus cejas tocando la línea del cabello. —Está bien —murmura, con la confusión escrita en todo su rostro.

—Pequeñas tareas, nada difícil. Si Sienna dice que no, dile a Keva que no insista.

—¿Eso es todo?

—Me ocuparé de Wesley esta noche y no estaré en casa antes de medianoche. Dile a Keva que me envíe un mensaje contándome lo que pasó en la cocina.

Jovan responde, pero no le presto atención, mis ojos vuelven a mi esposa. Esta mañana me desperté con Sienna en mis brazos, acurrucada como un gatito. Deseaba no tener que dejarla. Quedarse en la cama, con ella acurrucada contra mi cuerpo, sonaba como una opción mucho mejor que ir a trabajar, incluso sin sexo en la foto. Intenté recordar si alguna vez sentí la necesidad de pasar una noche con una mujer sin tener sexo de por medio y no encontré nada. Y ciertamente nunca he retrasado obligaciones comerciales para poder verificar una tampoco. Pero aquí estoy ahora, espiando a mi esposa, en lugar de atacar al cabrón que no podía mantener la boca cerrada. Y preguntándose quién diablos estaba al otro lado de la llamada telefónica que no atendió.

—Si algún hombre se acerca a mi esposa, cuídala —gruño y bajo la visera. Es hora de hacerle una visita al soplón.

—¿Cuidar de él? —Pregunta Jovan—. ¿En qué manera?

Encuentro su mirada a través del escudo tintado. —De cualquier forma que termine con la necesidad de un lugar en un cementerio, Jovan.

Ya es pasada la medianoche cuando finalmente llego a casa. Tuve que tomar un camino de regreso más largo porque la presencia policial alrededor de la cuadra de Wesley era intensa. Probablemente alguien informó los gritos.

Asiento con la cabeza hacia el hombre de guardia junto a la puerta principal. —¿Novedades?

—No. Los guardias fuera de la valla perimetral confirmaron que no hay nada sospechoso.

—Bien —digo y subo las escaleras.

Es sólo cuestión de tiempo hasta que Bogdan haga su jugada. Probablemente atacará uno de nuestros almacenes o tal vez el club, pero prefiero cubrir todas mis bases, así que me aseguré de que tuviéramos hombres posicionados a lo largo del camino que conduce a la casa.

Entro a mi habitación y al instante sé que algo no está bien. El montón de maletas de colores ha desaparecido. Mi cama está vacía. Parece que mi esposa cree que tiene voz y

voto sobre cómo dormir. Tiro mi chaqueta en el sillón reclinable junto a las puertas del balcón y me dirijo al baño.

Después de una muy necesaria ducha, camino por el pasillo, revisando las habitaciones a lo largo del camino. Hay varias suites desocupadas en este piso porque prefiero no tener a nadie a mi alrededor durante las pocas horas que me permito descansar, así ella podría estar en cualquiera de ellas.

Las primeras habitaciones por las que paso están vacías. Paso junto a Keva y Filip sin comprobarlo, así como a algunos otros utilizados por mis hombres, y sigo por el pasillo. Mi esposa está en el último dormitorio de este piso, durmiendo bajo una fina manta en una cama diminuta que nunca podría caber en mi gran estructura. Sus maletas están apiladas en un rincón, las ocho.


Apoyando mi hombro en el marco de la puerta, observo su forma dormida. Estaba convencido de que se negaría a ayudar en la cocina. Pero el mensaje que recibí de Keva no era un mensaje de texto, era una foto de mi esposa parada en un pequeño taburete frente a un fregadero, fregando una enorme sartén quemada. Llevaba los mismos pantalones dorados y el mismo suéter azul que llevaba en el restaurante, sólo que, en lugar de tacones altos, tenía una monstruosidad peluda en los pies. Siguieron varias fotos más. Sienna coloca vasos en un armario. Inclínada sobre la estufa, mirando dentro de una olla humeante. Llevando platos sucios mientras claramente se ríe de algo. Estuve seriamente tentado a dejar mi tarea de matar a Wesley para otro día y regresar a casa sólo para poder observar a Sienna mientras ella parecía disfrutar de sus tareas.

Los italianos de la Cosa Nostra son un grupo muy especial. Aquellos que se encuentran en los niveles superiores de la jerarquía son tratados casi como miembros de la realeza, y muchos de ellos actúan como si realmente lo fueran. Especialmente mujeres. Salí con la hermana de uno de los capos hace unos años y estuve tentado de suicidarme veinte minutos después de nuestra cita. Ni siquiera recuerdo el nombre de la mujer, sólo la sensación de que estaba sentada sobre el caparazón vacío de una persona. Un maniquí en un escaparate cuyo único propósito en la vida era mostrar la ropa cara que llevaba. Quítalos y no queda nada más que una muñeca de plástico.

Puede que mi esposa use ropa igualmente cara, pero tengo la sensación de que hay muchas, muchas más capas bajo su superficie. Y tengo la intención de pelar cada una de ellas y descubrir qué se esconde debajo.

Camino hacia las maletas, recojo las dos primeras y las llevo de regreso a mi habitación. Después de repetir el acto tres veces más, me acerco a la cama donde duerme Sienna y deslizo mis brazos bajo su delgada figura. Puede que todavía no tenga ninguna intención de tener sexo con ella, pero sólo hay un lugar donde puede dormir. En mi cama.

Sienna se mueve, murmura algo y hunde su rostro en mi pecho. La llevo de regreso a mi habitación, la bajo con cuidado sobre la cama y me subo para acostarme detrás de ella.



Ella sigue durmiendo incluso cuando paso mi brazo alrededor de su cintura y la atraigo contra mi cuerpo.

Capítulo 7

SIENNA

En el momento en que abro los ojos, sé que estoy en la habitación equivocada. En lugar de una pequeña ventana sin cortinas, estoy mirando largas cortinas azul marino que cubren puertas francesas que conducen a un balcón. La habitación de mi marido. Probablemente me trajo aquí mientras dormía. Y mis maletas también están de vuelta, alineadas contra la pared. Una pequeña sonrisa se dibuja en mis labios.

Me doy la vuelta y encuentro que el otro lado de la cama está vacío, y una inoportuna punzada de decepción me apuñala en el estómago. ¿Esperaba en secreto que Drago estuviera a mi lado? Supongo que sí, un poco. La puerta del dormitorio está cerrada y no está a la vista. Alcanzo su almohada y la acerco a mi cara. Huele a él. Puede que me guste despertarme en la cama de Drago, pero aun así voy a trasladar mis cosas a la pequeña habitación más tarde. No me acuesto con un hombre que no conozco, por muy atractivo que sea.

El ruido de unos pasos que se acercan resuena en el pasillo. Tiro la almohada como si me quemara, salto de la cama y me dirijo hacia las maletas.

—Te perdiste el desayuno —la voz de Drago retumba a través de la habitación desde la puerta—. Keva guardó algo para ti en la cocina.

—Gracias, querido —digo mientras rebusco en el contenido de una maleta—. Oye, me preguntaba...

—Vamos a hacer un recorrido rápido por la propiedad antes de ir a trabajar —me interrumpe a mitad de la frase—. Te estaré esperando frente al garaje. Apúrate. No tengo todo el día.

—Oh, es muy amable de tu parte ofrecerlo, pero no me gusta dar un paseo tan temprano en la mañana. ¿Qué tal si lo dejamos para la tarde, eh? —Miro por encima del hombro. Él ya se fue.

—¡Eso fue grosero! —Le grito.

Me visto en menos de diez minutos y bajo corriendo la amplia escalera hasta la planta baja. Dos de los hombres de Drago están parados junto a la puerta principal, completamente absortos en su discusión mientras se ponen los abrigos.

Me acerco y les ofrezco una sonrisa radiante. —Qué mañana tan hermosa. ¿Vas a una reunión?

Ambos me miran fijamente. El hombre de mi derecha viste un traje negro y una corbata torcida y medio anudada alrededor del cuello. Creo que su nombre es Iliya. Ayer tuve la oportunidad de explorar la casa con Jelena y ella señaló a algunas personas con las que nos cruzamos. Hay tantos que viven aquí, pero me llevará un tiempo conocerlos a todos.

—Oh, no puedes salir así, dulces mejillas. —Sacudo la cabeza y le ajusto la corbata—. Allá. Mucho mejor. ¿Ustedes dos desayunaron?

Cuando miro hacia arriba de nuevo, los encuentro a ambos mirándome con los ojos muy abiertos y las cejas acercándose hacia la línea del cabello.

—Sí —murmuran al unísono.

—Oh Dios. Entonces, que tengas un buen día. —Saludo y cruzo el vestíbulo.

Mientras me dirijo a la cocina, pienso en el episodio de la sobremesa de anoche. La cocina parecía como si hubiera estallado una bomba allí: montones de platos sucios por todas partes y las chicas corriendo, guardando las sobras y metiendo los platos en los lavavajillas. Son tres y estoy segura de que corren constantemente con la cantidad de platos que produce cada comida. Me sorprende que no tengan una de esas unidades comerciales, como un restaurante. La escena era caótica, pero de alguna manera la encontré tranquilizadora.

Drago no estaba en la cena, como esperaba, y me sentía un poco deprimida por eso. Entonces, cuando Keva me vio parada en la puerta, me preguntó si me gustaría ayudar. Me encogí de hombros y acepté de inmediato. Al segundo siguiente, me puso una olla quemada en las manos. Me tomó más de treinta minutos fregar esa cosa, pero probablemente habrían sido dos horas si Nata no se hubiera dado cuenta de que estaba usando una esponja y me hubiera dado una cosa de aspecto metálico para usar en su lugar.

No estoy acostumbrada a las tareas del hogar (teníamos una criada para eso), pero disfruté bastante ayudando a Keva y a las niñas. Las mujeres se reían y chismorreaban sobre sus novios, lanzando miradas curiosas en mi dirección de vez en cuando. Luego, en un momento, de repente cambiaron al inglés y me involucraron en una conversación. Estuvimos ocupadas hasta que Keva nos echó. Terminé con una uña rota, pero fue divertido.

La cocina es menos frenética ahora, pero todavía hay muchas actividades en marcha. La comida de la mañana ya ha terminado, así que tres chicas están cargando los lavavajillas y ordenando. Veo a Filip y a un par de chicos más desayunando en una pequeña mesa a un lado. Deben haberse perdido el evento principal al igual que yo. Keva está al otro lado de la habitación, removiendo distraídamente el contenido de un gran

cuenco que sostiene, con los ojos puestos en el televisor suspendido sobre el mostrador. Ella se queda quieta, con su atención completamente absorta en la pantalla que transmite las noticias locales. Nunca falta drama en Nueva York.

Veo una jarra de jugo casi vacía en medio de la mesa en la que están sentados los chicos, así que me dirijo al enorme refrigerador y saco una llena. Ayer noté que Keva puso algunos de estos a enfriar.

—Aquí —digo mientras dejo el jugo en la mesa y sonrío antes de llevar la jarra vacía al lavavajillas.

Adam, el tipo corpulento de cabello oscuro que está a cargo de los soldados de infantería, según Jelena, entra a la cocina.

—*Pop se zabavio sinoc, vidim*⁴. —Señala la televisión mientras saca una lata de refresco del frigorífico.

¿El cura se divirtió anoche? ¿Qué se considera “divertido” para los sacerdotes serbios? ¿Quizás dirige un coro de iglesia? Miro hacia la pantalla del televisor. Un periodista está parado frente a un edificio de cinco pisos, hablando a la cámara. Varios coches de policía están aparcados detrás de él y una cinta amarilla en la escena del crimen restringe la entrada al recinto.

—... lo que posiblemente sea otra ejecución relacionada con pandillas. La víctima, Wesley Powells, fue encontrada por un vecino. Según el testigo, el Sr. Powells fue clavado a una pared con púas atravesadas en sus manos. En su pecho estaba grabada la señal de una cruz. La policía, sin embargo, no ha proporcionado más declaraciones en este momento.

—Querido Dios —murmuro mientras un escalofrío me recorre. Su sacerdote debe hacer mucho más que dar orientación espiritual—. Hay que estar seriamente perturbado para hacerle eso a una persona.

Keva toma el control remoto del mostrador y rápidamente apaga el televisor.

—No te noté ahí —dice y continúa mezclando lo que tenía en el tazón—. Te dejé esos sándwiches.

—En cierto modo perdí el apetito.

—No saldrás de mi cocina hasta que hayas desayunado, Sienna.

Suspiro y recojo el sándwich más pequeño del plato. Su apodo definitivamente le sienta bien.

—¿Por qué sigues en pijama? —ella pregunta.

⁴ Papá se divirtió anoche, ya veo.

Tengo la boca llena, pero murmuro: —No son pijamas.

Los ojos de Keva se deslizan por mi cuerpo, sobre mi conjunto de pantalones de seda turquesa a juego y una blusa con grandes flores fucsia. —¿Está segura?

—Sí.

Ella se ríe y suena como una ardilla traviesa. —A Drago le va a encantar.

—Estaba pensando lo mismo. —Sonrío.

Salgo de la cocina y cruzo corriendo el comedor y el vestíbulo de entrada. Mi chaqueta amarilla está colgada en la pared junto a varias docenas de abrigos más. Me lo pongo, le sonrío al tipo con el ceño fruncido que está parado junto a la puerta y salgo de la casa.

Drago está parado junto a un auto estacionado en el camino de entrada, hablando con los dos chicos que conocí antes en la puerta principal. Me ven llegar, asienten con la cabeza, luego entran al auto y se van. Bueno, un asentimiento es mejor que nada.

—No estoy seguro de que ese atuendo sea una buena elección —dice Drago, mirándome.

—¿Oh? ¿Por qué?

—Asustarás a mis perros.

Me pongo rígida. —No estoy interesada en ver a tus perros.

—¿No te gustan los perros?

Me encuentro con su mirada penetrante y sonrío mientras la bilis sube por mi garganta. —Odio los perros.

—Demasiado. De todos modos, los conocerás. —Toma mi mano y me lleva a través del césped.

—¡No quiero ver a tus malditos perros! —Intento alejarme mientras caminamos por la casa—. ¡Drago!

Se detiene y toma mi barbilla entre sus dedos. —Son perros guardianes, Sienna, pero no te conocen ni reconocen tu olor. Tienes que conocerlos para que puedan olerlo y ver que estás conmigo. No tienes por qué tener miedo.

—No lo hago —dije entrecortadamente.

—¿No? Me parece bastante aterrorizada. —Su pulgar roza el costado de mi barbilla y se detiene en la comisura de mis labios—. No pasará nada mientras estés conmigo, mila.

Cierro los ojos, disfrutando de su toque. Su otra mano todavía sostiene la mía, y estoy abrumada y muy tentada. Estoy intentando con todas mis fuerzas no ponerme de puntillas y besar su boca dura. No nos besamos en el ayuntamiento antes de firmar el certificado de matrimonio. ¿Cómo se sentiría tener sus labios sobre los míos?

Se escuchan fuertes ladridos al otro lado del jardín trasero. Abro los ojos y miro detrás de Drago. Una valla de hierro divide el área y, más allá, tres rottweilers saltan y ladran en nuestra dirección. Parecen emocionados, se persiguen unos a otros y se alzan sobre sus patas traseras para apoyar sus patas delanteras en la barrera.

—Vamos a saludar. —La mano de Drago se aleja de mi cara.

Mientras nos acercamos lentamente a la valla, él sigue apretando ligeramente mi mano, como para asegurarme que todo va a estar bien.

—Siéntate —ordena cuando llegamos al recinto. Los tres perros se sientan inmediatamente, con los ojos fijos en él. Drago se coloca detrás de mí y me rodea la cintura con sus brazos.

—¿Qué estás haciendo? —Pregunto, pero me olvido por completo de la pregunta cuando un beso cae en un costado de mi cuello. El agarre en mi cintura se aprieta cuando sus labios suben a mi barbilla.

—Mantén tus ojos en los perros —dice junto a mi oreja y envuelve sus dedos alrededor de mi muñeca, llevándose mi mano a sus labios.

Los perros nos miran con interés, con la cabeza ligeramente inclinada hacia un lado. Mantengo mi mirada en ellos mientras los labios de Drago presionan el dorso de mi mano. Mis dedos comienzan a temblar ligeramente cuando él gira mi mano y besa el centro de mi palma.

—Ahora, el otro —dice.

El simple acto de respirar se vuelve difícil cuando bajo mi mano derecha y levanto la izquierda, porque todavía puedo sentir la caricia de sus labios en mi piel. Toma mi mano y la acerca a su boca, pero no lo suficiente como para dar otro beso. Su aliento caliente recorre mi palma. Obviamente lo hace por el bien de los perros. No entiendo el razonamiento detrás de sus acciones, pero estoy segura de que tiene algo que ver con ellas. Y desearía que no fuera así.

Drago pasa sus labios por mi muñeca, justo por encima de mi punto de pulso, y juro que mi corazón da un vuelco. Es como si me atravesara una corriente eléctrica de baja intensidad. Dondequiera que sus labios me toquen, una energía emocionante entra y se extiende por mi cuerpo, atacando cada terminación nerviosa a su paso. Otro beso cae en mi muñeca y luego mueve mi mano y presiona mi palma contra su mejilla. Respiro profundamente y me inclino más hacia él, con toda mi espalda pegada a su frente.

—Creo que he dejado claro mi punto. —Drago baja mi mano y me lleva más cerca de la valla, más allá de la cual los perros todavía están sentados en posición de firmes.

—¿Qué punto? —Pregunto y miro hacia arriba para encontrarlo mirándome.

—Que eres mía.

Sin romper nuestro contacto visual, levanta mi mano hacia el espacio entre los postes de hierro. Los tres rottweilers se levantan y, uno por uno, se acercan a olfatear mi mano. Una lengua húmeda y cálida lame mis nudillos. —A Bonbon le encantaba lamermelas manos y la cara.

Cierro los ojos por un segundo, luego saco mi mano de la de Drago. —Bueno, conocí a tus perros, así que ahora seguiré mi camino feliz. Diviértete en el trabajo.

Me vuelvo hacia la casa, pero su brazo rodea mi cintura, tirando de mí hacia atrás y apretándome contra su cuerpo.

—Lo siento si te asustaron —dice junto a mi oreja—. Les diré a mis hombres que sólo los dejen salir para correr de noche.

—Gracias —digo.

Al parecer, todavía piensa que le tengo miedo a los perros. Lo que sea. No planeo dar explicaciones.

DRAGO

Ella no le tiene miedo a los perros.

Hago una pausa con la mano en el pomo de la puerta. No estoy exactamente seguro de por qué me doy cuenta de repente ahora, horas después, pero sé que tengo razón. Cualquiera que sea el motivo de la desgana de Sienna, no fue miedo.

—¿Dónde está mi esposa? —Le pregunto a Jovan quién está de guardia en la puerta principal.

—En la sala de recreación.

Entro y giro a la derecha hacia la gran sala de recreación que ocupa buena parte de la planta baja en este lado de la casa. Hay varios televisores de pantalla grande y consolas de juegos, además de una mesa de billar y máquinas de pinball que Mirko compró el mes pasado. En una de las esquinas hay un pequeño bar con una variedad de bebidas. Con casi cincuenta personas bajo el mismo techo, debes brindar algún tipo de entretenimiento a

menos que quieras que tu vida se convierta en un infierno. Especialmente durante las noches.

Al entrar en la habitación, espero encontrar a mi esposa viendo una película o cotilleando con algunas de las mujeres. En cambio, la encuentro sentada con tres de mis hombres en la mesa de póquer que está instalada cerca de la barra, con media docena de personas observando el desarrollo del juego. La iluminación principal del techo está apagada y solo se ilumina una lámpara colgante encima de la mesa, creando un ambiente muy de cine negro en la habitación. Me detengo en la barra para servirme una bebida, luego me apoyo en una pared cercana y observo lo que sucede.

Mi esposa está sentada con las piernas cruzadas en una silla, sosteniendo las cartas en su mano izquierda mientras se muerde la yema del pulgar derecho. Mirko está a su derecha, con una expresión engreída. Del otro lado está Adam, y aunque su cara de póquer no lo demuestra, cree que va a ganar. Hemos sido amigos desde la escuela secundaria y conozco todos sus relatos. Frente a Sienna está Relja. Lo encontré congelado en la calle cuando aún era un niño y lo traje aquí. Como siempre, es completamente enigmático. No estoy seguro de haber conocido a un hombre que haya sido tan difícil de leer como Relja.

Hay un minúsculo montón de dinero en el centro de la mesa, probablemente no más de un par de cientos de dólares en billetes pequeños. No es un juego de alto riesgo; obviamente están jugando por diversión. Mi atención vuelve a mi esposa mientras se quita sus grandes aros de oro y los deja caer encima del montón de dinero en efectivo. Sienna continúa mordiéndose el pulgar y sus ojos pasan de un hombre a otro en rápida sucesión. Cualquiera podría pensar que sus cartas son una mierda. Mis labios dibujan una sonrisa.

Los tres hombres sentados a la mesa piensan que mi esposa está perdiendo.

Y los tres están equivocados.

Dejo mi vaso vacío en el mostrador y camino hacia el grupo, luego me detengo detrás de Sienna. Agarrando el costado de su silla, la giro ciento ochenta y empujo el respaldo contra el borde de la mesa. Debió haber dado un pequeño grito cuando la hice girar porque me estaba mirando con una mirada ligeramente salvaje en sus ojos.

—¿Drago? —ella jadea—. Qué...

Mis manos aterrizan en la cintura de Sienna. La levanto de la silla y tomo su lugar, luego la deposito a horcajadas en mi regazo. Parpadeando confundida, mi esposa presiona las cartas contra su pecho para ocultarlas de la vista de sus oponentes. Puedo escuchar a los chicos detrás de mí limpiando sutilmente sus gargantas mientras adoptan nuestra nueva posición, y detecto más de unas pocas miradas curiosas en mi visión periférica de los espectadores alrededor de la habitación.

—Siéntete libre de continuar —digo, mis ojos se deslizan de nuevo hacia el rostro de Sienna, a sólo unos centímetros del mío.

—¿Cómo, así?

—Sí.

Sus labios se curvan en una sonrisa traviesa. Ella mira las cartas que tiene en las manos, luego se inclina hacia mí y busca por encima de mi hombro una carta que está sobre la mesa. Muevo mi mano hacia la parte baja de su espalda y la acerco hasta que sus pechos se aplastan contra mí y su coño se asienta sobre mi polla que se endurece rápidamente. La charla en la habitación se calma. Según todas las apariencias, Sienna permanece imperturbable, pero no puede ocultarme el rápido aumento de su pecho.

—¿Te distraes? —Pregunto y me inclino un poco hacia atrás para poder ver su respuesta.

—Para nada.

—Mmm... —Tomando las cartas de su mano, le doy un vistazo rápido a lo que tiene.

Una mano ganadora, tal como pensaba.

—Ella ganó. Pueden marcharse todos —digo y tiro las cartas por encima del hombro sobre la mesa.

Se oye un sonido de sillas raspando el suelo y pasos que se alejan a toda prisa a mis espaldas. La multitud que nos rodea también se dispersa lentamente.

—Arruinaste mi juego —susurra Sienna, mirándome a los ojos.

—Lo hice. —Levanto la mano y acaricio la línea de su mandíbula—. ¿Cuál es el problema con los perros, Sienna?

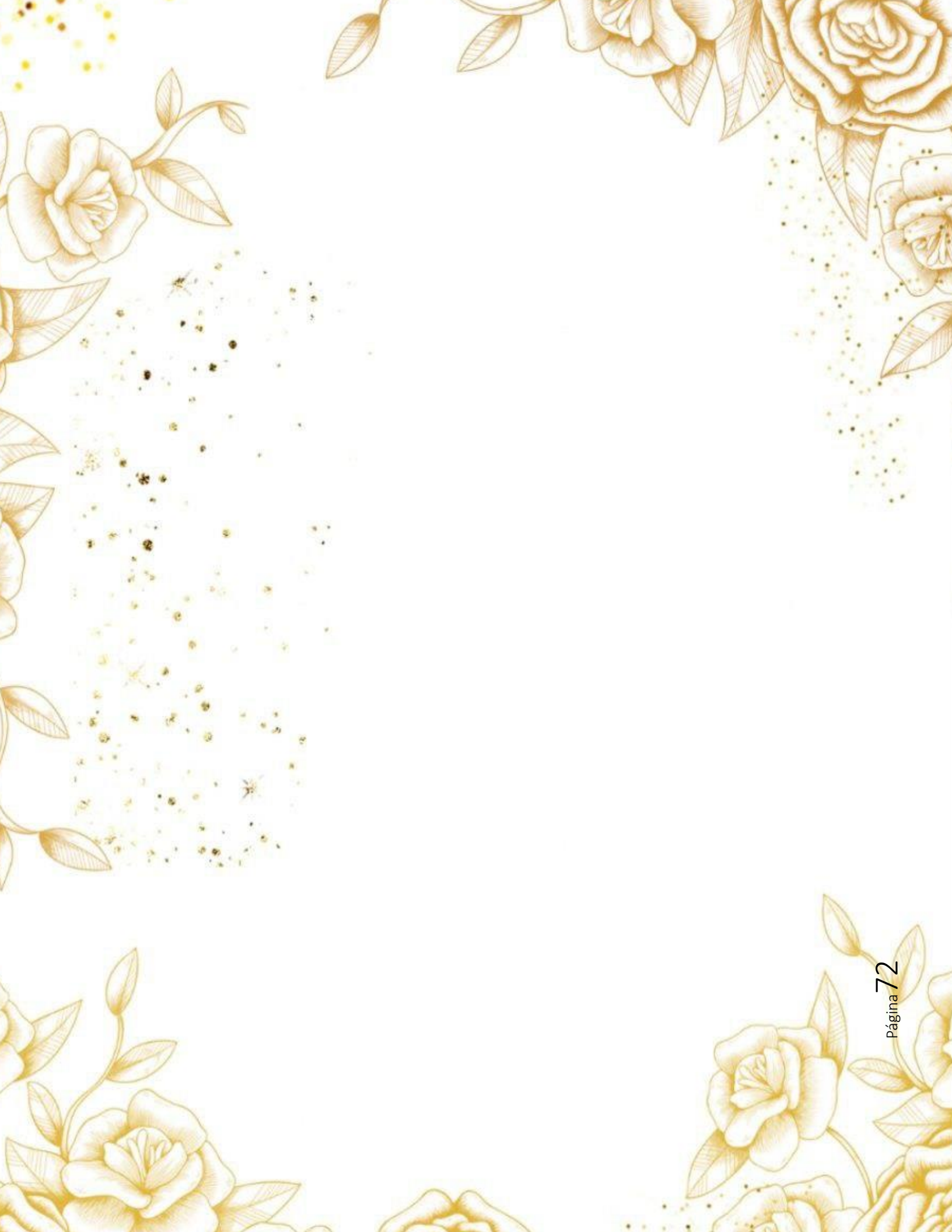
Su cuerpo queda completamente quieto, pero al momento siguiente, se relaja y sonríe. —¿Qué quieres decir?

Inclino mi cabeza hacia un lado y solo miro su rostro. Su sonrisa parece genuina. Pero no llega a sus ojos. Y ella sabe exactamente a qué me refiero.

—Bueno, debería irme ahora. Necesito lavarme el pelo —suelta y baja de mi regazo—. Hasta luego.

La sigo con la mirada mientras ella se apresura a recoger sus aretes y el dinero de la mesa, luego sale rápidamente de la habitación. Cruzando los brazos sobre el pecho, miro la puerta por la que desapareció.

Descubriré sus secretos. Puede que lleve tiempo, ya que sospecho que presionarla no dará ningún resultado. No importa. Soy un hombre muy paciente.



Capítulo 8

SIENNA

Me despierto con el relajante sonido de la ducha que sale del baño, pero no necesitaba oírlo para saber que Drago ya no está en la cama conmigo. Su calidez está ausente y extraño la sensación de paz a la que me he acostumbrado durante las últimas diez noches.

Después de mi primer intento de dormir en una habitación separada sólo para encontrarme de nuevo en la cama de Drago por la mañana, intenté ese truco dos veces más. Cada vez, mi marido me llevó a su habitación. Dejé de intentar “escapar” después de eso porque me gusta dormir con su cuerpo abrazando el mío más de lo que quiero admitir. Y eso es todo lo que hemos hecho hasta ahora. Dormir.

Aparte de abrazarme, no me ha tocado. Ojalá lo hiciera. Algunas veces, cuando me despertaba mientras él todavía estaba en la cama, fingía estar todavía dormida, disfrutando de estar presionada contra su duro pecho. Su pecho no era lo único que estaba duro y me asustó un poco. Nunca antes he tenido relaciones sexuales.

He tenido un par de novios, pero nunca pasamos de la primera base. No es como si me estuviera reservando para el matrimonio y no me asusta el acto íntimo en sí. Es solo... Sentirme atraída físicamente por alguien nunca ha sido suficiente para mí. Un cuerpo atractivo que no tenía ningún impacto mental en mí despertaba tanto interés como un pisapapeles deslumbrante. Bonito a la vista, pero no esencial en mi vida.

Cada vez que un chico me presionaba para tener relaciones sexuales, rompía con él. Simplemente no podía soportar la idea de acercarme tanto a nadie. Tenía mis razones. Por lo general, cuando las relaciones alcanzan cierto nivel, las personas tienden a creer que tienen derecho a “más”. Más conversación. Más explicaciones. Más de ti. Pero las piezas de mí siempre estuvieron bajo llave. Siempre escondido, especialmente de cualquier hombre con el que hubiera estado saliendo. ¿Qué pasaría si me abriera, le dejara vislumbrar lo que se esconde detrás de mi fachada cuidadosamente compuesta y él decidiera irse? O peor aún, se queda y yo desarrolle sentimientos por él. No.

Ningún sentimiento significaba ningún dolor si sucedía algo malo. El dolor y la angustia no valían la experiencia carnal.

Mi hermana sabe esto sobre mí. Ella siempre me ha conocido. Asya dijo una vez que necesito un hombre que pueda seducir mi cerebro antes de permitirle que me folle el coño. Lo que sea que eso signifique.

Me pongo boca arriba y miro al techo, contemplando lo sola que se siente esta enorme cama cuando Drago no está aquí conmigo. ¿Qué diría si le pidiera que volviera a la cama después de la ducha para poder abrazarnos un poco más? Él se reiría o pensaría que estoy tratando de tentarlo para que tenga sexo conmigo. Si hubiera actuado como quería, habría saltado sobre él, al diablo con las consecuencias. Pero no es sexo lo que busco. Tengo esta extraña necesidad de simplemente estar cerca de él, de enterrar mi rostro en su cuello y absorber su aroma. Es estúpido, lo sé, pero no puedo evitarlo.

Se corta el agua y dos minutos después, mi esposo sale del baño vestido solo con una toalla alrededor de la cintura.

Finjo que todavía estoy dormida y lo miro con los párpados entrecerrados. Tiene uno de los cuerpos masculinos más hermosos que jamás haya visto. No es que haya visto muchos, pero aun así. Hombros anchos y brazos muy musculosos. Abdominales duros y cincelados en los que probablemente podría rebotar una moneda si lanzara uno. Camina hacia el armario al otro lado de la habitación y muevo mis ojos hacia su espalda, observando las cicatrices de quemaduras que cubren el lado izquierdo de su cuerpo. En su mayoría están concentrados en los omóplatos y justo debajo, pero hay algunos en el antebrazo y el dorso de la mano. Me di cuenta de ellos hace poco porque están cubiertos de tatuajes.

El otro día busqué en Google quemaduras y, en base a todo lo que leí y las imágenes que mostraban las diferentes etapas de curación, concluí que Drago se había sometido a injertos de piel. ¿Quedó atrapado en un incendio cuando era más joven?

Drago quita la toalla y cierro los ojos de golpe. Un acto instintivo para alguien que no está acostumbrada a ver a un hombre desnudo. Pero mi curiosidad se apodera de mí y levanto los párpados para comerme con los ojos su trasero. Cuando se acerca para tomar algo del estante, vislumbro su polla y cierro los ojos nuevamente. ¿Debería ser tan grande? Me imagino su gran polla deslizándose dentro de mí, preguntándome cómo se sentiría, y muerdo el interior de mi mejilla para sofocar un suspiro.

El eco de unos pasos que se acercan me llega una fracción de segundos antes de que el edredón salga volando de mi cuerpo.

—Levántate.

Mantengo los ojos cerrados, fingiendo que todavía estoy dormida.

—Sé que estás despierta.

Tonterías. ¿Sabe que estaba boquiabierta ante su polla? Abro los párpados y encuentro a Drago parado al pie de la cama. Lleva pantalones deportivos negros y una sudadera con capucha roja.

—¿Qué hora es? —Pregunto. Ayer me perdí el desayuno y tuve que ir a la cocina a pedirle a Keva algunas sobras. El horario de comidas que tienen aquí no funciona muy bien con mi biorritmo. ¿Desayuno a las ocho? Eso es tiranía.

—Las seis y media. Vas a salir a correr conmigo.

—No me parece. —Resoplo y entierro mi cara en la almohada.

Una mano se envuelve alrededor de mi tobillo y me empuja hacia el borde. Grito y trato de empujarlo con mi pierna libre. Drago se inclina, me levanta y me lleva al baño. Pateo mis pies frente a mí mientras aprieto sus antebrazos, tratando en vano de liberarme. En el momento en que me deja dentro del baño, le empujo el pecho.

—¡No soy uno de tus subordinados, Drago! —Le golpeo de nuevo—. No puedes darme órdenes.

—No eres mi subordinado. —Da un paso adelante, haciéndome retroceder dos pasos—. Pero tú me perteneces. Y no dejaré que andes pálida como una hoja de papel. Saldremos a correr y no regresaremos hasta que tengas algo de color en la cara.

—No soy de tu propiedad —quise decirlo con una sonrisa, pero termina siendo una semi-burla entre dientes. Por alguna razón, mi filtro de “persona agradable” no parece funcionar tan bien cuando él está cerca.

Drago mira mi mano, que todavía está presionada contra su pecho. —Eso dice que lo eres.

Sigo su mirada y la veo enfocada en mi anillo de bodas.

—¿Ah, de verdad? Pensé que significaba que firmamos un certificado de matrimonio, no una factura de venta. Pero supongo que ese malentendido es fácil de corregir. —Levanto mi mano frente a su cara, planeando quitarme el anillo de bodas. En el momento en que registra mi intención, me agarra la barbilla y levanta la cabeza.

—Siéntete libre de quitártelo si quieres —dice casualmente, luego se inclina hasta que nuestras caras están al mismo nivel—. Pero debes saber una cosa, *mila moya*. Cualquier hombre que te mire mientras no llevas el anillo de bodas va a morir.

Pongo los ojos en blanco. Si seguro. Probablemente olvidó que yo estaba presente cuando Keva le gritó y no hizo nada al respecto. No va a matar a nadie, especialmente por simplemente mirarme. Supongo que tuve suerte de haber terminado con Drago en lugar de alguien que anda matando gente. Es un riesgo con los matrimonios concertados. Podría haberme casado con alguien como el sacerdote. Es obvio que el hombre maneja la salida

de la gente para Drago, o Adam no habría hecho ese comentario en la cocina cuando vimos las noticias.

—Te estaré esperando afuera. —Me suelta la barbilla y se va.

Sacudo la cabeza y tomo un cepillo de dientes. De ninguna manera voy a salir a correr con él. Incluso si no odiara correr (cosa que hago), no tengo nada adecuado que ponerme. Pero tal vez podría dar un paseo por la propiedad y comprobar el número de guardias. Ajello me ha llamado dos veces desde que llegué aquí, pero no pude contestar en ninguna de las ocasiones porque había gente alrededor. Le envié un mensaje de texto diciéndole que no he aprendido nada importante hasta el momento, pero tendré que llamarlo pronto para decirle algo.

El espejo sobre el lavabo todavía está empañado por la ducha de Drago. Paso mi palma sobre él y miro mi reflejo. No me parece correcto reunir información sobre mi marido y pasársela al catedrático, pero no tengo otra opción. La familia siempre es lo primero, ese es el lema de la Cosa Nostra.

***.

Estoy bajando las escaleras cuando se me ocurre una idea. Sonriendo, me quito el anillo de bodas y lo meto en el bolsillo de mis jeans rosas. La puerta principal está abierta y Keva está en el umbral, firmando unos documentos para un hombre con un mono y con el nombre de la empresa de fontanería local encima del bolsillo izquierdo del pecho. Paso junto a ellos y me dirijo hacia Drago, que está esperando en medio del camino de entrada, jugueteando con su teléfono. Sus pulgares se mueven rápidamente mientras escribe. Tiene que ser un texto extenso o un correo electrónico. ¿No sería más fácil simplemente llamar a la persona?

Cuando me detengo frente a él, guarda el teléfono y me escanea de pies a cabeza.
—¿Hablas en serio?

—¿Por qué? —Levanto una ceja.

—Botas de tacón. Y... ¿qué es eso? —Hace un gesto hacia mi pecho.

—Un vestido suéter de gran tamaño —digo. Es uno de mis favoritos, amarillo con un estampado de corazones grandes en el mismo tono rosa que mis jeans.

Normalmente elijo mi ropa según cómo me siento. Cuando mi estado de ánimo está bajo, tiendo a optar por combinaciones coloridas y tontas. Recientemente, sin embargo, he estado eligiendo mi ropa únicamente porque disfruto las reacciones de Drago. Hay algo absolutamente lindo en sus quejas cada vez que ve mi atuendo del día. Una cosa

que me ha parecido realmente sorprendente es que ni una sola vez dijo: -No puedes ir en público usando eso-. Como suelen hacer algunos de mis amigos y ex novios. Por lo general, se queja un poco o simplemente mira al cielo y niega con la cabeza, pero eso es todo. Parece estar perfectamente de acuerdo conmigo andando con lo que él llama “chaqueta de pollo” o “monstruo amarillo”. Algunos de mis conjuntos son ridículos, pero Drago nunca ha dicho que luzco ridícula con ellos.

—Tres de ustedes pueden caber en esa cosa, Sienna. Ve y ponte algo cómodo. Y ponte las zapatillas.

—Esto es cómodo. Y no tengo zapatillas de deporte.

—No tienes zapatillas.

—No. Sólo tacones. Lo siento. —Sonrío.

—Isuse —murmura y mira a su alrededor, centrándose en Jovan que sale del garaje—. Jovan, llaves —ladra.

Jovan parece momentáneamente confundido, pero luego saca un juego de llaves del auto de su bolsillo y se las arroja a Drago.

—¿Vamos a dar un paseo? —Pregunto.

—Vamos a comprarte unas malditas zapatillas, Sienna.

Vamos caminando hacia el coche de Jovan cuando el fontanero nos pasa. Me lanza una mirada y luego se dirige hacia su camioneta. Alcanzo la puerta del pasajero cuando los dedos de Drago rodean mi muñeca.

—No llevas tu anillo de bodas —dice.

—Dijiste que no te importa.

—No lo hace —declara, cierra la puerta detrás de mí y rodea el capó. Espero que se ponga al volante, pero cruza el camino de entrada a grandes zancadas hacia la furgoneta donde el fontanero está guardando sus herramientas. ¿Qué está haciendo? Tal vez quiera preguntarle algo al tipo: ¡Joder!

Salgo corriendo del auto y corro hacia la camioneta donde mi esposo sostiene al fontanero contra el costado del vehículo. La mano de Drago está alrededor de la garganta del tipo y, teniendo en cuenta lo roja que está la cara del pobre, lo está estrangulando.

—¡Drago! —Agarro la parte de atrás de su sudadera con capucha e intento quitárselo. El tipo parece que se va a desmayar en cualquier momento— ¡Ey!

Drago mira por encima del hombro y me clava la mirada. —¿Qué?

—¿Qué qué? ¿Estás loco? ¡Libera al tipo!

—Teníamos un trato, Sienna. Sin anillo de bodas, los hombres que te miran mueren. —Se vuelve hacia el fontanero y continúa estrangulándolo hasta quitarle la vida.

¡Dios mío, hablaba en serio! Nunca lo he visto ser agresivo con nadie. A pesar de su mal humor y su presencia imponente, no creo que esa sea su naturaleza. Soltando su sudadera con capucha, reviso mis bolsillos histéricamente. ¿Dónde donde...? ¡Sí! Saco el anillo de bodas de mi bolsillo y lo deslizo en mi dedo.

—¡Aquí! —Levanto mi mano y la agito frente a la cara de Drago, tratando de contener mi pánico—. Es hora de soltarlo. Por favor deja de... Por favor por favor por favor.

Él mira mi mano y luego a mí. —¿Permanecerá puesto?

—Lo pegaré en mi dedo si quieres. Por favor, no mates al fontanero.

Los ojos de Drago regresan a la mano que todavía estoy sosteniendo en el aire, y suelta su agarre sobre el cuello del chico. —Está bien. Vamos a comprar esas zapatillas.

DRAGO

Sienna está parada frente al gran espejo del supermercado local, mirando su reflejo. Es el único lugar abierto tan temprano en la mañana que tendrá lo que buscamos. No estaba seguro de cómo reaccionaría si la llevara aquí en lugar de a sus lugares habituales de compras, pero ni siquiera se inmutó: entró como si lo hubiera estado haciendo todas las semanas de su vida. Fue divertido lo emocionada que se puso, aunque trató de ocultarlo, al encontrar ropa que se vendía a solo unos pasillos de los productos frescos. Ella insistió en que también necesitábamos una caja de mandarinas, y ahora puedo cargarla mientras Sienna se prueba varias prendas deportivas.

El conjunto que se puso consiste en una sudadera azul pálido y pantalones deportivos a juego, combinados con zapatillas deportivas de cuero blancas. No sé si alguna vez he visto a alguien lucir tan miserable como Sienna ahora mientras evalúa su atuendo. Está murmurando algo, así que muevo mis ojos hacia sus labios.

—... Ni siquiera un color real. Estúpido azul descolorido. Es deprimente.

—¿El color te está deprimiendo?

—Sí. Mucho.

Miro a mi alrededor y veo al dependiente de la tienda parado junto a un estante de chaquetas. Dejando a mi esposa murmurando, me acerco a la mujer.

—Necesito que me encuentres el chándal más ridículo que tengas guardado.

Los ojos de la vendedora se abren con sorpresa. —Lo más... ¿ridículo?

—Sí. Algo que ninguna mujer en su sano juicio compraría. Fucsia gritando. Naranja neón. Un estúpido patrón animal en un color espantoso. O algo que brille. Zapatos también.

—Oh... Veré lo que puedo hacer.

La encargada se va corriendo y regresa cinco minutos después con una sudadera y unos pantalones a juego. El conjunto es de color lavanda vibrante y tiene una franja ancha amarilla que recorre el exterior de las piernas y las mangas del pantalón. No hay brillo, pero el cordón de los pantalones está hecho de satén y es del mismo tono amarillo que las rayas.

—Debería servir. —Asiento con la cabeza—. ¿Zapatillas?

Ella levanta un par de zapatillas para correr. La suela es blanca, pero tienen un estampado de colores en los laterales. Saco uno de la mano levantada de la empleada para verlo mejor. Es un montón de pequeños conejos multicolores.

—Perfecto. —Recojo la ropa y el otro zapato y vuelvo con mi esposa.

En el instante en que Sienna ve las cosas que llevo, corre para agarrarlas y va hacia el vestuario cercano. Apoyo mi hombro en la pared lateral del probador frente al de Sienna y observo sus pies a través del espacio entre el suelo y la puerta. Ella salta sobre una pierna mientras se pone los pantalones deportivos. Una pequeña sonrisa se dibuja en mis labios. No recuerdo la última vez que alguien me hizo tanta gracia. Durante años, el trabajo ha sido lo único estimulante que llena mis días, que de otro modo serían mundanos. Ya no. Ahora, el pequeño demonio con ropa loca y sonrisa traviesa ha estado ocupando la mayor parte de mi atención.

Fascinado. Sí, estoy completamente fascinado con mi brillante esposa, y que me condenen sí sé por qué. Es demasiado joven, excéntrica, constantemente sonriente y alegre hasta un nivel inquietante. El caso es que no me gusta la gente alegre. Nadie puede ser feliz todo el tiempo. Si actúan de esa manera, o son estúpidos o fingen. Y si de algo estoy cien por cien seguro es que mi chispeante esposa está lejos de ser estúpida. Incluso si su forma de actuar puede convencer fácilmente a la gente de lo contrario. Pero son ellos los tontos por no ver lo que tengo tan claro.

La puerta se abre con un chirrido para revelar a Sienna con ese horrible traje color lavanda. No entiendo cómo puede verse tan hermosa con ropa tan idiota. Ella me sonríe, levanta su teléfono y se toma una selfie mientras frunce los labios ante la cámara.

—¿Estás publicando eso en las redes sociales? —Pregunto.

—Por supuesto. ¿Por qué?

—Sin razón. —Tan pronto como regrese a casa, le ordenaré a Mirko que haga algo con sus cuentas de redes sociales. Hackea sitios gubernamentales con regularidad, por lo que debe conocer alguna forma de ocultar las imágenes de Sienna. A nadie se le permite salivar con las fotografías de mi esposa excepto a mí. Ayer por la mañana, mientras Sienna todavía dormía, le tomé una foto rápida en la cama con mi teléfono. Todavía no estoy seguro de por qué hice eso.

De camino al área de caja, pasamos por la sección de decoración del hogar, donde dos estantes largos están llenos de diferentes baratijas: flores secas, figuritas de vidrio, marcos de fotos y otros artículos similares. Sienna se detiene frente a un cuenco lleno de canicas de varios colores. Un chillido emocionado sale de sus labios mientras mira el vaso y pasa los dedos por los orbes brillantes. Hacía mucho tiempo que no me emocionaba tanto como ella parece estarlo con un puñado de estúpidas perlas de cristal. Lo juro, esta mujer debe haber sido un cuervo en su vida pasada para estar tan cautivada por las cosas brillantes. Es imposible no sentirse seducido por ella. Una extraña sensación cálida se extiende por mi pecho mientras veo a mi esposa tan feliz, y anhelo ver más de esa alegría pura.

Aunque sé que me ha estado mintiendo desde el principio.

**

—Tomaremos el camino entre los árboles —digo mientras cierro la puerta del auto detrás de Sienna—. Vamos.

—Entonces, ¿hablas en serio con lo de correr?

—No bromeo a menudo, Sienna. Vamos. Ve delante de mí. Simplemente sigue el camino.

—¿Por qué no lideras?

—Te quiero a la vista para que no puedas volver a entrar cuando no estoy mirando.

Sus hombros se hunden, pero se da vuelta y comienza a correr hacia los árboles. La sigo unos metros detrás, igualando su ritmo mientras me como con los ojos su dulce trasero con esos ajustados pantalones deportivos. Esa es una de las razones por las que insistí en que ella fuera la primera en recorrer el camino. La otra, no me daría cuenta si dice algo detrás de mí.

Cuando pasamos por un tramo de césped donde Beli está rastrillando las hojas, Sienna se detiene y le dice algo. Alguien debería haberle advertido que el viejo hijo de puta es antisocial y nunca habla con la gente. Me detengo unos pasos hacia un lado, haciendo

que parezca que estoy estirando los isquiotibiales mientras observo el intercambio entre mi esposa y el jardinero. Nunca lo he visto sonreír, así que verlo estallar en carcajadas y levantar el pulgar es increíble. Sienna lo saluda con la mano y continúa.

—¿Qué dijo ella? —Pregunto cuando me acerco al viejo gruñón.

—Tu esposa me encontró un nuevo lugar.

—¿Un lugar? ¿Para qué?

—Para mis lirios. —Él sonríe y continúa rastrillando las hojas.

Sacudo la cabeza y sigo corriendo para alcanzar a mi esposa, un rayo de sol, que está corriendo treinta metros por el sendero. Ella está charlando con Relja. ¿Quién debería estar ahora mismo en el turno de guardia y haciendo sus rondas, maldita sea! Me ve llegar, gira sobre sus talones y sale corriendo en dirección a la puerta.

—No distraigas a mis hombres mientras están de servicio.

Sienna levanta la cabeza y me mira entrecerrando los ojos. —Estás muy de mal humor, ¿sabes? Es un tipo... lindo.

—Me han dicho muchos nombres, Sienna —envuelvo mi brazo alrededor de su cintura y la atraigo hacia mi cuerpo— pero lindo no es uno de ellos.

Puedo sentir cada respiración mientras su pecho sube y baja. Sus labios están ligeramente entreabiertos, burlándose de mí. No me queda mucha moderación y la necesidad de hacerla mía me está volviendo loco. Incluso a pesar de sus constantes mentiras desde el momento en que puso un pie en mi casa, y probablemente también antes de eso. Dejé entrar a un espía en mi casa, pero lo más jodido de toda esta situación es que no me arrepiento.

Me pregunto... ¿Dónde aprendió serbio?

Aunque la he estado observando de cerca desde el momento en que llegó, me tomó más de una semana darme cuenta de ese pequeño hecho. Sucedió por accidente durante la cena hace unos días. Todos se reían de un chiste mientras Keva corría colocando tazones de comida en la mesa. Milo, uno de los soldados, extendió la mano y pidió a alguien que le pasara el puré de patatas. Mi esposa sonrió y le entregó el cuenco mientras seguía riendo por el chiste. Y Milo no habla inglés. No creo que ella siquiera se diera cuenta de su error.

Obviamente, Ajello sabía que Sienna podía hablar serbio, de lo contrario no la habría elegido. Ese intrigante hijo de puta. No es de extrañar que la mitad del mundo criminal lo quiera muerto. La pregunta es, ¿qué debo hacer con mi pequeña y brillante espía de la Cosa Nostra? ¿Debería matarla rápidamente o debería hacerla sufrir?

Mientras la miro, me doy cuenta de una cosa extremadamente inconveniente. Incluso si quisiera, no podría lastimarla. Y peor aún, la mera idea de que alguien ponga un dedo encima de mi esposa provoca una ira asesina dentro de mí.

—Regresemos. —La libero de mi abrazo y empiezo a caminar, de repente enojado como el infierno.

Pero no es ella con quien estoy enojado. Estoy furioso conmigo mismo. Porque incluso sabiendo que mi esposa es una espía, ella es lo único en lo que puedo pensar. Todo. El. Maldito. Tiempo.

He pasado la mayor parte de mis días fuera de casa, así que no sucumbo a la necesidad de ponerla sobre mi hombro, llevarla al dormitorio y follarla hasta dejarla sin sentido. Quiero mantener la distancia hasta descubrir cuál es el juego de Ajello, pero no puedo. Desde hace más de una semana vivo el momento en que pueda meterme en la cama junto a ella y abrazarla. Y cada mañana, me despierto con una erección tan épica que paso treinta minutos en la ducha tratando de encontrar liberación mientras pienso en la pequeña mentirosa que duerme profundamente en mi cama. Esta mañana tuve que masturbarme dos veces. Después de mi ronda inicial, salí del baño solo para verla acostada allí con la blusa subida hasta debajo de los senos y las nalgas asomando por los pantalones cortos verdes para dormir. Me puse duro al instante. Entonces, regresé a la ducha y me imaginé golpeándola con mi polla por detrás hasta que me corrí por toda la pared de azulejos.

Sienna me sigue mientras nos dirigimos de regreso a la casa, y sigo lanzando miradas por encima del hombro. Su alta cola de caballo se balancea de izquierda a derecha mientras salta sobre los pequeños charcos de lluvia a lo largo del camino, tentándome a acercarla y pasar mis dedos por los mechones marrones. Iliya cruza la puerta principal justo cuando llegamos allí, y Sienna corre hacia él y le pone el teléfono en las manos. Ella está balbuceando algo mientras está frente a él, pero no puedo entender lo que dice ni leer sus labios. Con una amplia sonrisa, corre hacia la fuente y hace una pose. Inmovilizo a Iliya con mi mirada.

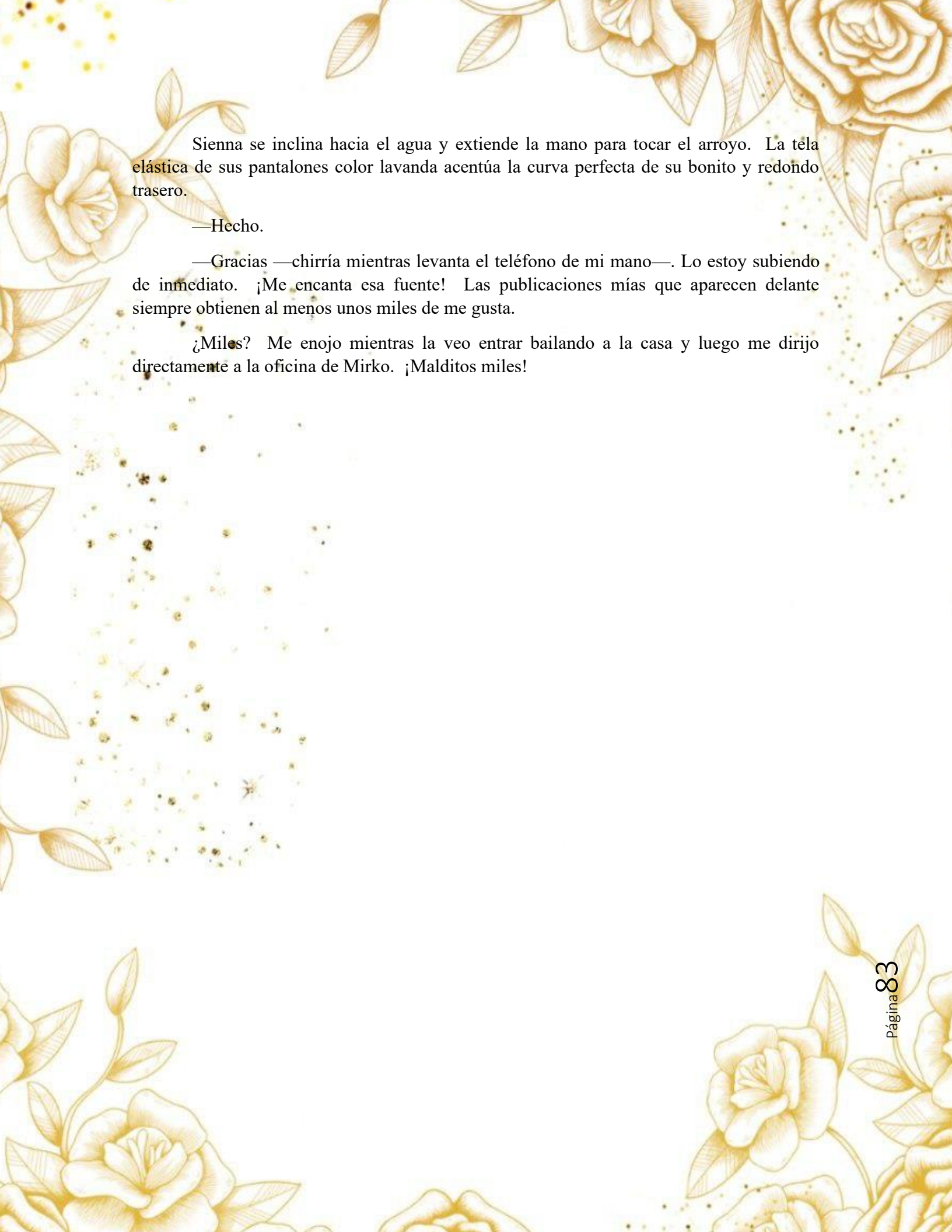
—Ella quiere que le tome algunas fotos —dice—. Para sus redes sociales.

Instantáneamente le arrebato el teléfono de la mano.

—Eres libre de irte —le digo bruscamente y me giro hacia mi esposa—. Si necesitas que alguien te tome una foto, seré yo, Sienna.

—Estabas de mal humor, emitiendo esas vibraciones realmente malhumoradas. Parece ser tu estado de ánimo preferido y no quería interferir.

Entrecierro los ojos. Si veo a alguno de mis hombres tomándole fotos, tendrán una experiencia cercana y personal con mi mal humor. —Ponte en posición —me quejo.



Sienna se inclina hacia el agua y extiende la mano para tocar el arroyo. La tela elástica de sus pantalones color lavanda acentúa la curva perfecta de su bonito y redondo trasero.

—Hecho.

—Gracias —chirría mientras levanta el teléfono de mi mano—. Lo estoy subiendo de inmediato. ¡Me encanta esa fuente! Las publicaciones mías que aparecen delante siempre obtienen al menos unos miles de me gusta.

¿Miles? Me enoja mientras la veo entrar bailando a la casa y luego me dirijo directamente a la oficina de Mirko. ¡Malditos miles!

Capítulo 9

SIENNA

Abro mi computadora portátil y hago clic en el ícono de correo electrónico en la esquina superior derecha de la pantalla. Llamar al catedrático sería más fácil, pero con tanta gente en la casa, no puedo arriesgarme a que alguien me escuche. Empiezo un mensaje nuevo, introduzco la dirección de correo electrónico que me dio el profesor y paso a la línea de asunto, escribiendo: *La compañera elegida del Alfa, episodio uno.*

Cambio mi atención al cuerpo del correo electrónico, mis dedos vuelan sobre las teclas.

Querida Silvia,

Espero que estés bien. Según lo acordado, te envío el primer episodio de mi nuevo romance paranormal que publicarás en tu revista online. Eche un vistazo y déjeme saber sus opiniones y sugerencias para mejorar.

Amor,

Sienna

Agrego algunas líneas en blanco y luego sigo escribiendo.

Era una noche fría y sin estrellas cuando Georgina pisó por primera vez la tierra propiedad de Darius, el Alfa de la manada de Lobos del Río Negro. Su corazón latía salvajemente, fácilmente al doble de su ritmo habitual, mientras pasaba junto a su nueva pareja y caminaba dentro de la guarida excavada en la ladera de una montaña. Los pasos resonaron en las paredes a lo largo del estrecho pasillo a medida que se hacía más y más profundo, interrumpido periódicamente por los ramales que conducían a muchas cuevas más pequeñas ubicadas a su alrededor. La guarida estaba repleta de miembros de la manada. Intentó contarlos, pero no pudo obtener el número exacto. Parecía que todos vivían dentro de la guarida.

Me detengo por un momento, mis dedos se ciernen sobre las teclas. Han pasado casi tres semanas desde que llegué a la casa de Drago y seguía encontrando razones para no llamar al Don. Al principio, me dije a mí misma que no tenía nada significativo que compartir, luego siempre había alguien cerca o ya era demasiado tarde para hacer la llamada. Pero hace una hora recibí un mensaje de una sola palabra de Don Ajello: ¡SIENNA! Apareció en mi pantalla todo en mayúsculas y no pude retrasar más el registro.

Mis dedos bajan al teclado una vez más, pero mis ojos se desvían hacia el gran jarrón sobre la cómoda que está lleno de hermosos cristales brillantes. Lo encontré en la mesa de noche cuando me desperté esta mañana. Drago debe haber notado que me gustan los vasos multicolores cuando estuvimos en la tienda el otro día y me los compró. Los colores de los cristales no son tan intensos como los de las canicas del supermercado, pero están cortadas en forma de pequeños diamantes lo que las hace muy bonitas. Moví el jarrón a la cómoda donde puedo verlo tan pronto como entro a la habitación y puse mi colección de bolígrafos y lápices en él.

Respiro hondo y vuelvo a mirar el correo electrónico, pero es como si un gran peso se hubiera posado sobre mi pecho. Dejando el portátil a un lado, me levanto de la cama y camino hacia la ventana que da al camino de entrada.

Keva está parada al borde del césped con las manos en las caderas, discutiendo con Jovan. Yo sonrío. Probablemente se olvidó de llamar al técnico para que saliera y echara un vistazo al frigorífico, que lleva unos días zumbando de forma extraña. Un poco a la derecha, Filip y Drago suben al coche de Drago. Ambos visten trajes, por lo que probablemente se dirigen a una reunión. No he visto a mi marido trajeado muy a menudo, tal vez dos veces hasta ahora. Le queda bien.

Justo antes de ponerse al volante, Drago mira hacia mi ventana y nuestras miradas se conectan por un breve momento. Una ola de culpa me abrumea cuando la realidad de lo que estoy a punto de hacer me golpea de nuevo. Mis ojos siguen el auto de Drago mientras se aleja. Permanezco enraizada en el lugar hasta que se pierde de vista, solo entonces vuelvo a mi computadora portátil.

Sigo escribiendo, pero el sabor amargo de mi boca se niega a disiparse.

Poco después de la llegada de Georgina, parecía que la manada se enfrentaba a nuevos desafíos. No estaba segura de las razones, pero por las conversaciones en voz baja que logró escuchar, parecía que los Black River Wolves comenzaron una pelea con los Transylvania Hills Bears. Los osos vivían en el mismo territorio que los lobos y ambos reclamaban la propiedad del coto de caza específico.

La estancia de Georgina con la manada de Black River Wolves seguramente sería mucho más interesante de lo que pensaba originalmente.

Continuará...

Mi mente todavía está acelerada mientras mantengo el mouse sobre el botón de enviar durante casi un minuto antes de finalmente presionarlo.

El teléfono suena diez minutos después. El número de Don Ajello ilumina la pantalla.

—Silvia —digo mientras respondo la llamada— supongo que recibiste mi envío.

—¿Embalar? —La voz sombría de Ajello cruza la línea—. ¿Osos de Transilvania?

—Es un código —le susurro al teléfono—. Los osos de Transilvania representan a los rumanos.

—No puedo descifrar tus tonterías, Sienna. Empieza a hablar.

Me dejo caer en el borde de la cama y suspiro. —Drago se encarga de todo por aquí. Filip, su segundo al mando, supervisa la ejecución de las cosas. Ellos lavan el dinero a través del club.

—Ya sabía todo eso. ¿Qué otra cosa?

—Tienen algunos problemas con los rumanos. No entendí mucho, sólo que Drago aumentó la seguridad.

—Tu marido tuvo un gran problema la semana en que se casaron. ¿Tuvo algo que ver con los rumanos?

—No he escuchado ningún detalle.

—¿Y qué era esa basura sobre las cuevas?

—Muchos de sus hombres viven aquí, en la casa de Drago.

—¿Cuántos?

Aprieto los dientes y entierro la mano en el pelo. Se siente mal contarle todo esto.

—¿Cuántos, Sienna?

—Cuarenta y ocho —murmuro.

—¿Y cuántos hombres tiene en total?

—No sé.

—Bueno, descúbrelo. Rápido —ordena y corta la llamada.

Miro el teléfono que tengo en la mano, luego lo tiro sobre la cama y salgo corriendo de la habitación.

—¡Sienna! —Jelena me llama mientras cruzo el vestíbulo...

La ignoro y entro corriendo por la puerta principal. Hace un poco de frío afuera, pero no vuelvo a buscar mi chaqueta.

Hay varios hombres merodeando frente al enorme edificio de garaje que alberga múltiples espacios para más de una docena de autos situado a la izquierda de la mansión,

así que giro a la derecha y corro hacia los árboles, lejos de todos. El sabor amargo en mi boca no me abandona y solo empeora con cada minuto que pasa. ¿Qué hará Ajello con la información que proporcioné? Cuando acepté este estúpido plan, no sonó tan mal. Pero ahora...

Le di el número de personas que viven aquí, en la casa. Esa tiene que ser una de las piezas de información menos significativas. No es como si el Don estuviera planeando invadir la casa de Drago, pero aun así, divulgar ese detalle me hace sentir muy sucia.

Me agrada la gente de aquí y siento que los estoy traicionando. La mayoría de los días, Drago ya se ha ido cuando me despierto, excepto por las mañanas cuando me arrastra a salir a correr con él. Pero eso sólo sucede tres veces por semana, y pasamos aproximadamente una hora golpeando la tierra alrededor de los terrenos de la finca. Después de eso, se va y rara vez lo vuelvo a ver hasta la hora de cenar. Ya leí todos los libros que traje conmigo, lo que me deja pasar el día escribiendo en mi nuevo cuaderno o ayudando a Keva en la cocina.

Si Asya me viera ahora, se moriría de risa. En casa, no creo que haya frito huevos solo más de un puñado de veces. Aquí, sin embargo, me resulta sorprendentemente gratificante estar involucrada en la cocina. La casa siempre está llena de gente. Sí, puede volverse una locura que todos hablen al mismo tiempo y choquen entre sí, pero es divertido. Antes, cuando éramos solo Arturo, Asya y yo, también era lindo. Pero aquí... Es una familia grande y extraña y, a pesar de mi evidente inexperiencia disfruto aún más del caos. Es difícil sentirse sola con tanta gente alrededor.

Casi no me conocen, pero entre ellos no me siento un outsider. Cuando entré a la cocina el otro día, todavía temblando después de encontrarme con los perros de Drago, Keva me preparó un chocolate caliente y me exigió que le dijera quién me había molestado para poder azotarles el trasero. Y ayer, cuando me quejaba de que los zapatos que quería estaban agotados en Internet, Mirko me escuchó y me dijo que le enviara el enlace por correo electrónico para que “se encargara”. Los zapatos llegaron esa misma noche.

Y luego está mi marido. A veces lo encuentro cerca cuando pensaba que ni siquiera estaba en casa. Me mira cuando cree que no estoy mirando, pero puedo sentir sus ojos sobre mí cada vez. El recorrido de su mirada es como el ligero roce de una pluma que me hace cosquillas en la nuca. Cada nervio de mi sistema se enciende con la conciencia.

Continúo con mi farsa, fingiendo que no me doy cuenta de su apariencia. Pero estoy bastante segura de que sabe que no me está engañando y se da cuenta de mi engaño.

Aun así, Drago continúa observándome como si estuviera tratando de descifrarme. A veces me recuerda a una gárgola encaramada en lo alto de un gran muro de piedra. Siempre observando. Y esperando. No estoy segura de qué está esperando, pero una cosa sí sé es que me gusta. Me gusta la emoción que se agita dentro de mí cuando él está cerca. Y me encanta dormir en su cama.

¿Pero qué haría si descubriera que lo estoy delatando con Ajello? No creo que me mate. Puede que sea el jefe de una organización criminal, pero excluyendo el incidente con el fontanero, no me parece una persona violenta. Hasta ahora, no lo he visto golpear ni gritarle a nadie de su gente. Quizás para eso tiene al sacerdote: deshacerse de aquellos que se le oponen en lugar de matarlos él mismo.

Paso media hora deambulando por los terrenos que rodean la mansión, sin ningún destino en particular en mente. Al final termino en el patio trasero. Los perros de Drago corren dentro de su recinto, pero cuando notan mi acercamiento, dejan de jugar y centran su atención en mí. Siempre que me detuve aquí anteriormente, siempre esperé que ladraran, pero nunca lo hacen. Tampoco lo hacen ahora. Simplemente me miran. Igual que su dueño.

Por lo general, me voy después de observarlos durante unos minutos, pero esta vez doy un paso vacilante hacia adelante. Luego otro. El más grande de los tres se apoya en sus patas traseras, presionando sus patas delanteras contra la valla de hierro. Con cautela, me acerco a la barrera y levanto la mano al hocico del perro. Huele mis dedos un poco y luego los lame. Me agacho junto a la valla y le ofrezco mi mano izquierda al otro perro que huele mis pantalones.

DRAGO

—¿Cuándo podremos esperar el pago de los rusos? —Keva pregunta y pasa la página de su viejo y grueso libro de contabilidad.

—En dos días —digo mientras me acerco a la mesa del comedor y me siento frente a ella—. ¿Por qué carajo no dejas que Mirko te consiga una computadora portátil? No se pueden mantener nuestros registros financieros en eso.

Ella me mira por encima del borde de sus gafas. —No voy a dejar información confidencial en una caja electrónica donde cualquiera pueda acceder a ella.

—Hay cosas llamadas cortafuegos, Zivka. Nadie puede acceder a tus cosas con uno de esos instalados.

—¿Oh sí? Díselo a Yahoo.

Me froto las sienes y suspiro.

—Sienna bajó a desayunar muy alegre esta mañana —dice Keva mientras una pequeña sonrisa se dibuja en sus labios—. Cuando le pregunté el motivo de su buen humor,

dijo que le dejaste un regalo. Un jarrón de cristales multicolores que, al parecer, brillan de forma adorable.

—Entonces, ¿a ella le gustó?

—Tanto que pasé por tu habitación para ver ese ‘vaso’ que tanto la emocionaba. — Se quita las gafas y sonríe—. ¿Sabe que su esposa usa gemas preciosas por valor de medio millón de dólares como portalápices?

—A ella le gustan. En lo que a mí respecta, ella puede usarlos como quiera — digo—. No me enviaste ninguna foto hoy.

—¿No lo he hecho? —ella finge sorpresa—. Probablemente lo olvidé. Pero deberías haberla visto esta mañana cuando Jovan la llevó al centro comercial. Llevaba unos vaqueros verde neón y una blusa amarilla con volantes.

—¿Los combinó con la chaqueta de pollo?

—Pero por supuesto. Y sus tacones amarillos.

Frunzo el ceño. —Deberías haberme enviado una foto.

—O podrías haber estado aquí en persona para verlo por ti mismo. —Ella me apunta con sus gafas—. Tienes que dejar de acosarla por toda la casa, Drago.

—Ella es mi esposa. Puedo acecharla todo lo que quiera.

Keva resopla. —Kovac llamó antes. Se casará el domingo y los ha invitado a ti y a Sienna a asistir.

—No asisto a bodas, como bien sabes. Especialmente no en las bodas serbias. —Ir a una fiesta con música en vivo y varios cientos de invitados, todos ellos gritando y cantando con alegría constante, es para mí la personificación del puto infierno. Dos minutos de esa mierda son suficientes para hacerme papilla el cerebro.

—¿Quizás podrías hacer una excepción? ¿Solo una visita rápida?

—No.

—Lástima. —Ella deja escapar un suspiro exagerado—. A Sienna le encantaría.

Me recuesto en la silla e imagino a mi esposa en medio de esa locura. Sí, ella estaría encantada. —Kovac mencionó una nueva oportunidad de inversión la última vez que hablamos. Quizás podríamos pasar un rato. Mantener buenas relaciones es beneficioso para los negocios.

—Perfecto. Asegúrate de llevar a Sienna a comprar un vestido para la ocasión.

Levanto una ceja. —¿Has visto toda la ropa que tiene esa mujer?

—Nunca hay ‘suficiente’ cuando se trata de trajes de mujer, Drago.

Pongo los ojos en blanco y asiento hacia una pequeña pecera colocada en el estante de la esquina. Varios peces de color naranja zigzaguean entre las plantas acuáticas y otras decoraciones del acuario. —¿Qué hace eso aquí?

—Sienna lo compró hoy en el centro comercial.

—No me gusta el pescado.

—Lo sé. —Keva ya está cogiendo su teléfono—. Sienna estaba muy entusiasmada con ellos, pero le diré a Jovan que devuelva la pecera a la tienda.

Aprieto la mandíbula. —Solo deja esa maldita cosa.

—¿Está seguro? Puedo pedirle que lo haga de inmediato.

—Nadie toca su pescado —digo con los dientes apretados—. ¿Y dónde está mi soleada esposa?

—No sé. No bajó a cenar, así que supuse que no tenía hambre.

Asintiendo, me levanto y salgo del comedor, con la misión de encontrar a mi esposa. Llegué media hora tarde a una reunión con un socio comercial esta mañana porque estaba esperando que Sienna se despertara para poder ver su reacción ante mi regalo. Al final tuve que irme y eso me puso de muy mal humor. Empeoró a medida que pasaban las horas porque tenía demasiado trabajo y no podía pasar por casa a verla, como trato de hacer al menos dos veces al día. El hecho de que Keva no me enviara fotos fue la guinda del pastel de un día de mierda, y estoy seguro de que su falta de mensajes de texto fue deliberada.

La gran sala de recreación en el lado este de la planta baja está llena de gente, pero Sienna no está allí.

—¿Alguien ha visto a Sienna? —Pregunto.

Más de treinta cabezas giran en mi dirección. Siguen un montón de noes y temblores.

Luego me dirijo al piso superior, pero ella tampoco está en el dormitorio. Cerrando la puerta detrás de mí, regreso escaleras abajo. Keva me mira boquiabierta mientras paso corriendo junto a ella y empujo la puerta de la cocina para abrirla con suficiente fuerza como para golpear la pared adyacente.

—¿Dónde está mi esposa?!

Cuatro cabezas se mueven en mi dirección.

—Ella no está aquí —dice una de las chicas que limpia la encimera.

—No estoy jodidamente ciego. ¿Cuándo fue la última vez que alguien la vio?

—¿Tal vez ella todavía está afuera? —Jelena dice—. La vi salir antes, pero eso fue hace unas tres horas.

Giro sobre mis talones y corro.

—No puedo encontrar a Sienna —le ladro a Iliya, que está parada junto a la puerta principal, y agarro mi chaqueta—. Jelena dice que la vio salir. Tú y Relja tomen el jardín delantero. Yo tomaré la parte de atrás.

Cuando salgo corriendo, me dirijo primero al garaje en caso de que ella haya entrado allí. Ella no lo ha hecho.

—¡Mierda! —Golpeé la pared con la palma y salgo corriendo.

¿Qué pasaría si Bogdan descubriera nuestra ubicación y sus muchachos de alguna manera llegaran hasta ella? Ella podría haberse ido. Fuera del terreno. ¡Desaparecido! O todavía están aquí, esperando el momento oportuno para escabullirse al amparo de la oscuridad. Nuestra seguridad es estricta, por lo que no pueden estar demasiado lejos.

Cambio de rumbo y salgo hacia la otra parte del patio trasero. Ahí es donde están los perros, así que dudo que esté allí, pero necesito comprobarlo por si acaso.

Algo amarillo junto a la valla me llama la atención. Ha anochecido, así que no me doy cuenta de que es Sienna hasta que estoy a mitad de camino hacia ella. Está arrodillada en el suelo junto al recinto de los perros con los brazos empujados a través de los huecos, acariciando la cabeza de Zeus. Los otros dos perros yacen cerca, con las patas apretadas contra sus piernas.

—Jesús, joder. —Me quito la chaqueta y se la pongo sobre los hombros. Todavía está vestida con su ropa de antes, y esa camisa con volantes es demasiado delgada para el rápido descenso de la temperatura—. ¿Qué carajo te pasa? ¿Estás tratando de morir congelada?

Con cuidado, la alejo de la valla y guio sus brazos dentro de las mangas de mi chaqueta. Ella ni siquiera me mira, sólo mantiene su mirada pegada a los perros. La levanto en mis brazos y corro hacia la casa.

—¿Sienna?

Sus brazos rodean mi cuello, apretando mientras entierra su rostro contra mi hombro. ¿Por qué no dice nada? ¿Dónde están esos comentarios sarcásticos? ¿Sonrisas traviesas?

Llego a la puerta principal y la abro de una patada. Keva cruza apresuradamente el vestíbulo hacia nosotros, pero yo me dirijo directamente a las escaleras. —Tráeme algo caliente —grito—. Té o cacao. ¡Ahora!

Cuando entro a nuestra habitación, coloco a Sienna en el sillón reclinable junto al balcón y la envuelvo con la manta de la cama, luego me agacho a sus pies y empiezo a quitarle los tacones de diez centímetros. Tienen pequeñas flores en la parte de los dedos, una opción perfecta para deambular por el césped mojado y el barro.

—*Moya blesava mila*⁵. —Sacudiendo la cabeza, froto sus pies fríos con las palmas.

Unos momentos más tarde, se abre la puerta detrás de mí y Jelena coloca una bandeja con una taza grande de té y algunas galletas en la mesa auxiliar.

—Gracias. Ahora vete —digo sin mirarla. Mi mirada se centra en el rostro de Sienna, que está absolutamente inexpresivo. La única vez que la vi así fue en el club justo antes de conocernos.

—¿Sienna?

Ella parpadea, me quita los pies de las manos y los coloca en el borde del asiento, rodeando sus piernas con sus brazos.

—Tenía un perro, ¿sabes?

—¿Tenías?

—Sí. Su nombre era Bonbon.

No puedo entender las palabras reales, pero sí escucho el tono de su voz. Es extrañamente plano.

—¿Qué pasó?

—Murió por mi culpa. —Se inclina hacia adelante y apoya la barbilla sobre las rodillas dobladas, mirando hacia algún lugar por encima de mi hombro—. Él tenía insuficiencia renal, pero yo estaba demasiado distraída con la ausencia de mi hermana como para notar los signos. Cuando lo hice, ya era demasiado tarde.

Sabía que la hermana de Arturo desapareció hace un par de años, porque él estuvo inaccesible en ese tiempo, buscándola. Fue entonces cuando ocurrió toda la mierda con Pisanno. No conozco los detalles de lo que le pasó a la chica, aparte de que estuvo desaparecida durante meses y luego terminó casándose con un chico del círculo íntimo de Bratva. Pero puedo imaginarme el infierno por el que debieron pasar Sienna y su hermano sin saber si su hermana estaba viva.

⁵ Eres tonta cariño

—¿Pero tu hermana está bien? —Pregunto mientras la vieja herida en mi corazón se reabre y duele.

Los ojos de Sienna se mueven para encontrarse con los míos. —Sí. Asya casi muere por mi culpa, pero ahora está bien.

—¿Qué quieres decir?

—No importa. —Ella rápidamente mira hacia otro lado—. ¿Cuáles son sus nombres? ¿Los perros?

Ajusto la manta alrededor de sus hombros y, al no poder resistir el impulso de calmarla de alguna manera, paso el dorso de mi palma por su mejilla. —El grande es Zeus. El que tiene las piernas bronceadas es Júpiter. Y el tercero es Perun.

—El nombre de los dioses —dice, sorprendiéndome. Zeus y Júpiter son más o menos conocidos, pero no muchos conocen al antiguo dios eslavo Perun—. Creo que me iré a dormir ahora si te parece bien.

—Bebe tu té primero.

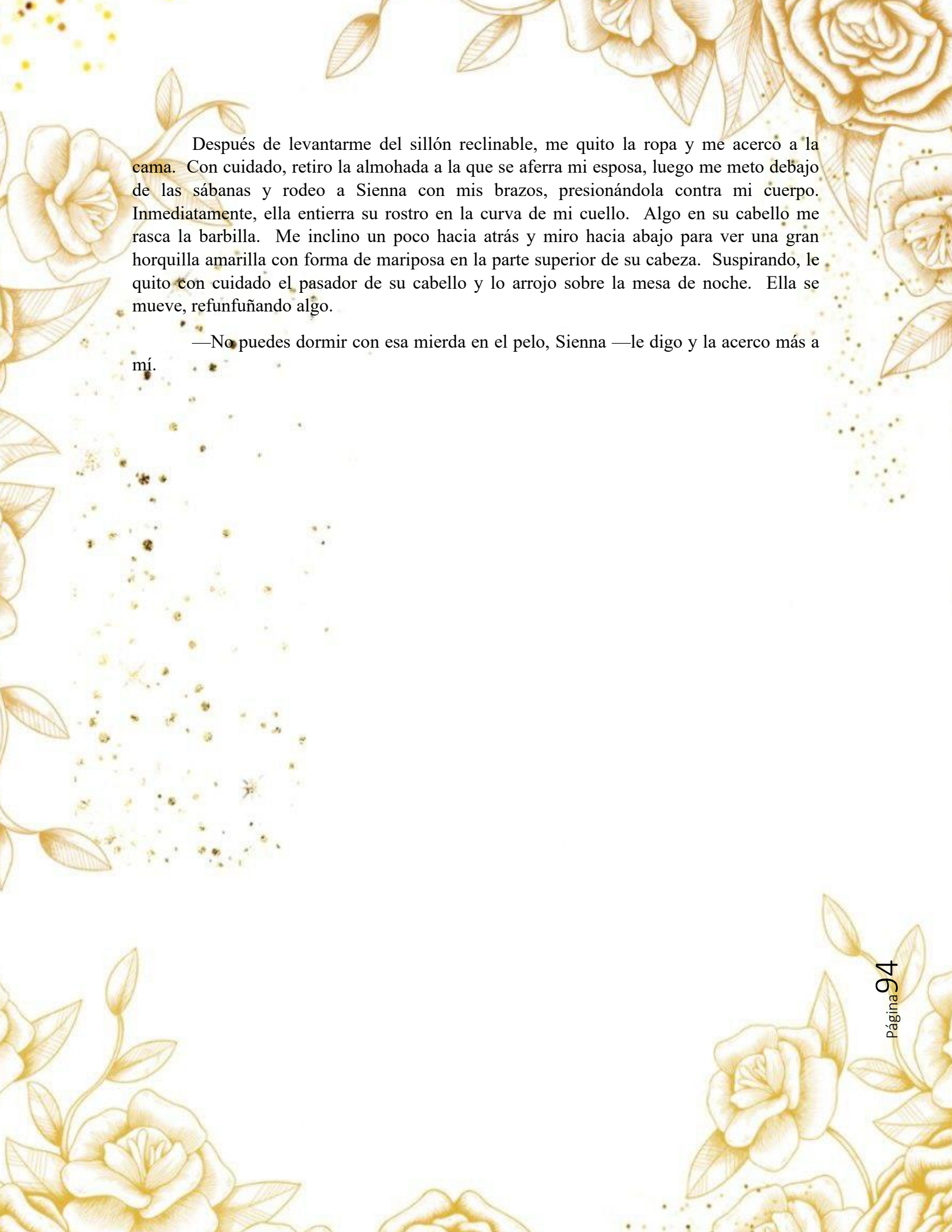
Sienna toma la taza que le paso y, cuando termina el té, desaparece en el baño. Quince minutos más tarde, se mete en la cama, aprieta la almohada contra el pecho y se cubre con las mantas hasta la barbilla.

Me siento en el sillón reclinable y observo cómo ella yace allí, inmóvil, mientras contemplo lo que acabo de presenciar. Parece que mi esposa no es ni maníacamente feliz ni superficial como pretende ser. Pero estoy seguro de que una vez que despierte actuará como si nada y continuará con su farsa despreocupada.

Sienna se pone de lado y mantiene una almohada apretada contra su pecho, como suele hacer. Pensé que era un hábito, pero ahora que lo pienso, me doy cuenta de que ella sólo hace eso cuando me levanto de la cama por la mañana.

Me reprendo y sacudo la cabeza. Ninguna mujer podría sentirse tan indiferente al ser arrancada de su vida normal y obligada a vivir en una casa con personas que no conoce. Casada con un hombre que es un completo desconocido. Especialmente alguien tan joven como Sienna, que ya ha experimentado dolores de cabeza en su vida. Sus padres fueron asesinados cuando ella era sólo una niña y sé el tipo de trauma que eso deja. Luego, su hermana fue secuestrada. Y ahora esto.

Drago, idiota. Dejé que su acto despreocupado me engañara. Y encima traté de mantenerla a distancia porque sabía que me estaba espiando para Ajello. Sólo Dios sabe qué pasa por su cabeza y qué se esconde detrás de esas sonrisas que sólo en contadas ocasiones llegan a sus ojos.



Después de levantarme del sillón reclinable, me quito la ropa y me acerco a la cama. Con cuidado, retiro la almohada a la que se aferra mi esposa, luego me meto debajo de las sábanas y rodeo a Sienna con mis brazos, presionándola contra mi cuerpo. Inmediatamente, ella entierra su rostro en la curva de mi cuello. Algo en su cabello me rasca la barbilla. Me inclino un poco hacia atrás y miro hacia abajo para ver una gran horquilla amarilla con forma de mariposa en la parte superior de su cabeza. Suspirando, le quito con cuidado el pasador de su cabello y lo arrojo sobre la mesa de noche. Ella se mueve, refunfuñando algo.

—No puedes dormir con esa mierda en el pelo, Sienna —le digo y la acerco más a mí.

Capítulo 10

SIENNA

—Te llevaré a una boda este fin de semana —la voz de Drago llega desde algún lugar del dormitorio.

¿Una boda? Abro la puerta del baño y veo a Drago parado al otro lado de la habitación, luciendo increíblemente sexy con jeans grises y una camisa negra con las mangas arremangadas hasta los codos.

—No tengo nada que ponerme —murmuro con el cepillo de dientes todavía en la boca.

—¿Qué?

Pongo los ojos en blanco y saco el cepillo de dientes. —Dije, no tengo nada que ponerme.

Drago levanta las cejas. —¿Estás jodiendo conmigo?

—No puedo ir con mi ropa vieja. Le pediré a Jovan que me lleve a la tienda.

Drago termina de abotonarse la camisa y se para frente a mí. —Yo te llevaré.

Me muerdo el labio inferior para evitar que una sonrisa idiota se extienda por mi cara. Cuando me desperté, tenía miedo de que empezara a hacerme preguntas sobre lo que pasó anoche, así que salí corriendo al baño. Parece que lo olvidó todo, gracias a Dios.

—¿Y cómo es que todo el mundo puede celebrar una boda y yo sólo tuve una ceremonia de cinco minutos en el ayuntamiento?

Drago apoya sus manos en el marco de la puerta a cada lado de mí y se inclina cerca de mi cara. —Porque esa gente se casa por amor. Y te casaste por dinero, ¿no?

Fuerzo una sonrisa. —Lo hice.

Él baja aún más la cabeza, nuestras bocas casi se tocan. Hay esa mirada analizadora en sus ojos otra vez, como si estuviera tratando de entenderme.

—Ahí está tu respuesta —dice—. Vístete. Tienes quince minutos.

Observo su ancha espalda mientras sale de la habitación. Una vez que se ha ido, me doy vuelta y me dirijo al armario para hurgar en el desorden de ropa que metí dentro cuando desempaqué. El espacio es bastante grande, pero tengo demasiadas cosas. Una lágrima se me escapa y rápidamente la limpio con el dorso de la mano.

No entiendo por qué las palabras de Drago me impactaron tanto. No es que me estuviera engañando acerca de nuestros motivos. Se casó conmigo porque era una lucrativa oportunidad de negocio. Y me casé con él porque... Soy una idiota. Es la verdad. No debería haber dejado que mi miedo a estar sola me llevara a este desastre. Asya tenía razón. Debería haber esperado a conocer a alguien que me gustara, tal vez amar, y sólo entonces pensar en casarme con ese chico. Un escalofrío recorre mi espalda.

No. Nunca me dejaría enamorar. Las personas que amo terminaron muertas por mi culpa. Como mis padres. Como casi lo hizo mi hermana. Todo por mi culpa. Esta es una configuración mucho mejor. Drago consigue la conexión con la Cosa Nostra, el Don obtiene su información sobre la organización serbia y yo no estoy sola. Cero emociones involucradas.

Cuando salgo catorce minutos después, Drago está parado junto al auto, apoyado en el capó con los brazos cruzados sobre el pecho. Sus ojos escanean mis pantalones anchos a rayas rosas y azules, luego suben a mi abrigo rosa y, por un momento fugaz, una leve sonrisa aparece en su rostro.

—¿Esa cosa se encogió con el lavado? —pregunta, dándole una mirada burlona a mis mangas.

—Los abrigos deben lavarse en seco, no lavarse. Y éstas son mangas tres cuartos.

—¿Podrías aclararme cuál es el propósito de un abrigo de manga corta?

Le batí las pestañas —Para que me vea bonita.

Drago levanta la mano y recorre el dorso de la palma por mi mejilla. Esos ojos verdes capturan y retienen los míos. —Si ese es el caso, me temo que no cumple su propósito, *mila moya*.

Jadeo, sorprendida y herida. Sé que no soy el tipo de mujer que podría hacer que los hombres se arrodillaran frente a mí. Y ciertamente no estoy en la misma liga que la mujer que vi con él en esa foto que me envió Ajello. ¿Pero dar a entender que soy fea?

Empiezo a alejarme de él, pero su brazo libre rodea mi cintura, manteniéndome pegada a su cuerpo. Sus ojos están pegados a los míos, brillando peligrosamente. Burlándose de mí. Retándome. ¿Retarme a hacer qué? ¿Para escupirle en la cara? ¿Para empezar a llorar? No, eso no es propio de él.

El agarre alrededor de mi cintura se aprieta. Su otra mano todavía está en mi cara, acariciando mi mejilla. Aprieto un puñado de su camisa en mi puño y lo miro con los ojos entrecerrados, tratando de descifrar de qué se trata este juego silencioso. Drago se inclina hasta que su boca está justo al lado de mi oreja.

—Tu abrigo no sirve para su propósito —susurra en serbio, su voz es ronca y se desliza sobre mí como miel líquida— porque eres jodidamente perfecta, Sienna. Más hermosa que nadie que haya conocido.

Mi corazón se detiene. Y luego salta como si quisiera salir de mi pecho, latiendo a un ritmo frenético. ¿Qué pasa si lo escucha y se da cuenta de que lo entendí?

—¿Qué dijiste? —Pregunto rápidamente.

Drago me suelta y me abre la puerta del auto.

—Hora de irse. —Vuelve al inglés, ignorando mi pregunta—. Apresúrate. Tengo una reunión esta tarde a la que debo asistir.

Poniendo una pequeña sonrisa despreocupada en mi rostro, tomo los costados de mi abrigo y me siento en el asiento del pasajero. Mientras Drago camina alrededor del auto, ajusto deliberadamente el espejo retrovisor hacia mí en lugar de bajar la visera, saco la bolsa de maquillaje de mi bolso y comienzo a aplicarme el lápiz labial. ¿Qué fue eso hace un momento? ¿Algún tipo de prueba?

—Necesito eso, Sienna. —Mi marido se queja y reajusta el espejo.

—Lo reclamé primero —digo, esperando que ayude a ocultar lo conmovida que me siento.

Drago mueve su mirada de mis labios a mis ojos y los mantiene allí por unos largos momentos. Luego, arranca el auto.

DRAGO

La cortina del vestuario se desliza hacia un lado y Sienna sale con un vestido rosa de Barbie con un volante en el dobladillo. La miro desde el sofá situado frente al espejo alto mientras ella escudriña su reflejo, girando a izquierda y derecha, comprobando el conjunto. Se ve increíblemente hermosa con él, como con todos los vestidos anteriores que le hice probarse. Creo que este es el duodécimo.

Ella se da vuelta y saca la cadera. —¿Y éste?

Bajo mi mirada desde su delicado pecho y a lo largo de sus torneadas piernas, luego vuelvo a subir. —No.

—¿No? ¿Qué quieres decir no? Me probé todos los malditos vestidos aquí. ¿Cómo es posible que no te guste ninguno de ellos?

Me recuesto y extendiendo los brazos a lo largo del respaldo del sofá, mirándola. —Nunca dije que no me gustaran.

—¡Drago!

Cierro los ojos por un segundo, dejando que el sonido penetre. Mi nombre es una de las pocas palabras que puedo escuchar completamente cuando ella habla.

—Pruébate algunos más —le digo.

Sienna me mira exasperada y desaparece en el vestuario. En el momento en que la cortina se cierra detrás de ella, me levanto y me dirijo al otro extremo de la boutique, donde hay dos hombres parados junto a la entrada. Los noté en el espejo, comiéndose con los ojos a Sienna cuando salió del vestuario las últimas veces. Agarro la chaqueta del que está más cerca de mí y me pongo en su cara.

—¿Te gusta mirar a mi esposa?

—Tómalo con calma, hombre. Solo eché un vistazo. —El idiota sonríe—. Ella es un espectáculo de humo. Es difícil no mirar, ¿sabes?

—Oh. De acuerdo, entonces. —Le doy un cabezazo.

El otro tipo me agarra del hombro, así que suelto al hombre que ahora se tapa la nariz ensangrentada con las manos y entierro mi codo en el estómago de su amigo. Se dobla por la mitad, jadeando por respirar.

—Piérdanse. Antes de que yo mismo los eche. —Giro sobre mis talones y vuelvo a los vestuarios.

Sienna emerge justo cuando tomo asiento, diciendo algo acerca de que el cinturón y la cintura están demasiado apretados, pero no lo entiendo todo porque mi mirada estaba enfocada en el espejo para asegurarme de que los dos idiotas salieran de la tienda.

Cuando miro a mi esposa, ella está de pie con las manos en las caderas, mirándome furiosa.

—¿Entonces?

Me la como con los ojos. El nuevo vestido es azul y tiene un corpiño ajustado que se ensancha desde la cintura. Le queda maravillosamente. —Deberías probarte otro.

—¿En serio? Simplemente estás jodiéndome, ¿no?

Es jodidamente adorable cuando está irritada. La cuestión es que realmente no me importa lo que se ponga. Encuentro a mi esposa igualmente deslumbrante con esa idiota monstruosidad azul y rosa que se puso esta mañana mientras luce con este elegante vestido. Pero sí disfruto vislumbrar las distintas partes de su cuerpo que expone cada vestido. Su espalda desnuda. Escote. Esas piernas increíbles.

—El siguiente, Sienna.

Ella me mira entrecerrando los ojos y regresa al interior del vestuario. Un minuto después, sale vestida únicamente con un sujetador de encaje azul cielo y bragas a juego. —¿Esto es más de tu agrado?

Salto del sofá y la alcanzo en tres zancadas rápidas. Envolviendo mi brazo alrededor de su cintura, la llevo al interior del vestuario y cierro la cortina detrás de nosotros con la otra mano. Sienna hace todo lo posible por liberarse de mi agarre, pero la agarro por debajo del muslo y la apoyo contra la pared.

—¿Qué carajo fue eso? —Ladro.

—Pareces indiferente a los vestidos. —Ella inclina su testaruda barbilla hacia mí—. Estaba tratando de obtener una reacción.

—¿Es eso así? —Me inclino hacia ella para que mi dura polla presione su centro—. ¿Es esta la reacción que intentabas lograr?

—Tal vez. —Sienna se muerde el labio inferior y engancha sus piernas detrás de mi espalda. El agarre que tiene en mi cuello se aprieta.

Bajo la cabeza y le susurro al oído. —Te veo, Sienna. —Ella se pone rígida en mi abrazo, pero continúa—. Veo que escondes algo con tus actos alegres y esa ropa ridícula. Y voy a descubrir qué es.

Sus uñas se clavan en la piel de mi cuello, la sensación hace que mi ya dura polla se hinche aún más. Inclina la cabeza hacia un lado y sus labios rozan el lóbulo de mi oreja.

—Nunca —dice ella.

—Ya lo veremos. —Le doy un ligero beso en el hombro desnudo y la dejo deslizarse por mi cuerpo—. Ponte la ropa.

—¿Qué pasa con el vestido?

Me inclino y tomo el colorido montón de satén y encaje en mis brazos. —Nos los llevaremos a todos.

Observo a mi esposa mientras pica la chuleta de cerdo en su plato. Ha estado moviendo la comida principalmente y apenas ha dado algunos bocados. Extiendo mi tenedor, apuñalo uno de los trozos y se lo llevo a la boca.

Ella mira mi tenedor. —¿Qué estás haciendo?

—Asegurándome de que comes algo.

—No tengo hambre.

—No has comido nada desde esta mañana. No permitiré que te desmayes sobre mí. Abre la boca.

Sus labios se ensanchan ligeramente. —Vete a la mierda, Drago —dice con una sonrisa.

Entonces, ella no es tan dulce como quiere que la gente crea. Me inclino hacia adelante. —Abre. Tú. Boca.

Sienna toma el tenedor de mi mano y se mete la carne en la boca mientras me mira fijamente. Retiro el tenedor, pincho un florete de brócoli y lo levanto.

—Podríamos haber comido en casa. —Sus labios envuelven la verdura mientras la desliza fuera del utensilio.

—El almuerzo se sirve a las dos. Nos lo perdimos.

—¿Perdido? Es tu casa. ¿No tienes voz y voto sobre cuándo se servirá el almuerzo?

—Sí. Y puse la hora del almuerzo para las dos. Si te lo pierdes debido a obligaciones comerciales, tendrás que valerte por ti mismo.

Sienna mira el siguiente bocado de cerdo que tengo delante de ella. —¿Por qué?

—¿Te imaginas el caos que se produciría si cincuenta personas comieran en horarios aleatorios?

—Sí, yo supongo que sí. —Ella se ríe y toma la carne—. No he visto ningún niño en tu casa.

—Mis hombres y mujeres con familias no residen en la casa.

—¿Por qué?

El recuerdo de la casa de mi infancia envuelta en llamas pasa ante mis ojos. Han pasado veinte años, pero todavía puedo saborear el humo que ahogaba mis pulmones y

sentir el calor del fuego en mi camisa ardiendo mientras me quemaba la piel mientras intentaba proteger a Dina con mi cuerpo.

—¿Drago? —Sienna pone su mano en mi antebrazo.

—Porque no permito niños en la mansión. Es demasiado peligroso —digo y saco mi teléfono que ha estado vibrando en mi bolsillo.

14:20 Filip: Perdimos contacto con el conductor. Mirko está intentando localizar el envío mediante GPS.

—Tenemos que irnos. —Tiro dinero sobre la mesa y agarro la mano de Sienna para irme.

Mientras conduzco a mi esposa hacia el ascensor más cercano, Sienna habla a mi lado. Con toda la gente alrededor y el ruido que hacen, sólo capto el tono de su voz, no las palabras.

Otro mensaje de Filip llega cuando salimos del ascensor, diciéndome que solo tenemos una ubicación general para el camión porque la señal del GPS es débil y que ya se dirige en esa dirección con algunos hombres para buscar el vehículo. El texto contiene una captura de pantalla de un mapa con un círculo de un radio de una milla sobre el área cercana a nuestro almacén.

Cuando llegamos al auto, coloco mi dedo sobre los labios de Sienna. —Deja de hablar y escucha. Alguien interceptó uno de nuestros camiones. El conductor no responde.

Ella parpadea y asiente.

—Necesito que permanezcas en la línea con Filip y esperes a que te dé las coordenadas después de que encuentre el camión. Cuando los tengas introduce la ubicación en la app de mapas y muéstrame la pantalla con nuestro destino marcado. ¿Bueno?

—Bueno.

—Mantén la línea abierta y escucha cualquier información que Filip pueda tener, ya que llegará al camión antes que nosotros. ¿Todo claro?

Ella asiente de nuevo.

—Bien. Vamos.

SIENNA

A través del teléfono llegan voces que hablan serbio. Filip debe haberlo puesto en modo manos libres porque puedo escucharlo a él y a otro hombre. Su discurso es bastante rápido, pero todavía entiendo algo de lo que se dice. Malas palabras, luego algo sobre que los rumanos no están contentos con el negocio de las armas. Lanzo una mirada de reojo a mi marido. Lleva veinte minutos conduciendo en absoluto silencio. ¿Armas? Pensé que el sindicato serbio sólo trabajaba con drogas. Intento captar más de la conversación, pero de nuevo se trata principalmente de malas palabras. Suena el teléfono de alguien. El otro tipo, creo que es Jovan, grita algo.

—Sienna —dice Filip— tenemos la ubicación. Te envío las coordenadas.

El teléfono en mis manos vibra. Lo pongo en el altavoz, luego copio y pego dos números grandes en la aplicación de navegación y aparece un gran punto rojo en el mapa. Estamos a unos diez minutos.

—Gira la siguiente a la derecha —digo mientras miro la pantalla del teléfono. Todavía puedo escuchar la voz de Filip desde que dejé la llamada abierta.

La mano de Drago entra en mi campo de visión. Agarra el teléfono y mira la pantalla, pero mientras lo hace se pierde el giro que debería haber tomado.

—A u kurac⁶. —Tira el teléfono al tablero, gira el volante hasta que el auto gira ciento ochenta y se mete en el carril en dirección opuesta. El giro es tan repentino y brusco que me golpeé la cabeza con la ventanilla.

—¡Mierda! —Drago ladra y, sin apartar la vista del camino, me rodea los hombros con su brazo derecho y me atrae hacia él—. Lo siento mucho bebé. —Besa mi frente y me suelta—. Pregúntale a Filip si se comunicaron con el conductor.

Todavía estoy tan atónita por su acto inesperado que ni siquiera le pregunto por qué no le pregunta al propio Filip. El altavoz sigue encendido.

—¿Filip? Drago pregunta...

—El camión está estacionado en el callejón trasero —añade Filip—. Estamos estacionando detrás de él. Quédate en la línea.

Los sonidos de las puertas de los autos abriéndose y cerrándose llenan el aire que de otro modo estaría muerto, y unos minutos más tarde, una corriente de maldiciones serbias cruza la línea.

—El conductor está muerto —grita Filip—. Una bala en la sien. La carga todavía está en el camión. Intacto.

⁶ A la mierda

Mi marido sigue conduciendo, haciendo girar el volante con los nudillos blancos y la mirada fija en la carretera. —¿Muerto? —pregunta y me mira.

—Sí. —Asiento con la cabeza.

—Cuando lleguemos allí, quédate en el auto. Filip te llevará a casa.

—Bueno. —Asiento de nuevo.

Drago sigue conduciendo y yo sigo mirando su perfil. Pensando.

Llegamos al camión y Drago estaciona unos metros frente a él y luego sale del auto. Lo miro a través de la ventana trasera mientras echa un vistazo a la cabina del camión antes de saltar y mirar a Filip y decirle algo. Jovan se acerca detrás de Drago y coloca su mano sobre el hombro de Drago. El acto parece fuera de lugar, pero he notado que sus hombres lo hacen a menudo cuando se acercan a él por la retaguardia. Casi parece como si fuera para llamar su atención.

Los tres pasan unos minutos en una acalorada discusión. Filip se aleja del grupo unos minutos más tarde y se sube al auto conmigo mientras marca un número en su teléfono. Cambia a manos libres y arranca el coche. Escucho mientras le transmite las órdenes de Drago a Adam primero y luego a Mirko.

Mis ojos miran ciegamente una franja de carretera más allá del parabrisas mientras escarbo en mi cerebro, tratando de recordar si alguna vez vi a mi esposo hablando por teléfono.

Y no recuerdo ni un solo caso.

Capítulo 11

SIENNA

He asistido al menos a diez bodas de la Cosa Nostra a lo largo de los años. La mayoría de las recepciones se llevaron a cabo en restaurantes, elegantes salones de banquetes de hoteles o clubes de campo de lujo. Cuanto más caro sea el lugar y la producción, mejor. No hay manera más grandiosa de mostrar su riqueza e importancia dentro de la Familia. Entonces, estoy bastante confundida cuando Drago estaciona el auto a cierta distancia de una casa de piedra gris de tres pisos.

Escuché la música mucho antes de llegar al lugar, pero este primer plano es tan fuerte que me toma varios momentos adaptarme. En medio del gran césped detrás de la casa hay una enorme tienda de campaña blanca. Drago debe haber perdido un giro, porque creo que terminamos en el lugar equivocado.

—¿Por qué estamos en una feria? —Pregunto.

—Esto no es un recinto ferial. Es svadba. Una boda.

Abro mucho los ojos y miro hacia la tienda rectangular frente a nosotros. Se han eliminado los laterales, dejando un gran dosel que cubre las largas mesas colocadas en su interior. Cada mesa se extiende a lo largo de la tienda y podría acomodar fácilmente a unas ochenta personas. Hay cinco mesas. Son cuatrocientos invitados, como mínimo. No creo que conozca a tanta gente.

En un extremo se ha instalado una tarima donde toca una banda mientras una mujer rubia con un vestido rojo camina entre las mesas cantando. La mayoría de los invitados están de pie junto a sus sillas, bailando y cantando, pero algunos se han reunido alrededor de la cantante y le están poniendo dinero en las manos.

Los niños (niños con lindos trajes y niñas con lindos vestidos) están persiguiendo a un perro, entrando y saliendo corriendo de la tienda a través de los paneles laterales abiertos. No hay hombres de rostro sombrío hablando de negocios en las esquinas, ni mujeres de aspecto rígido sentadas con la espalda recta, preocupándose de mover un músculo por temor a que se les deshaga el cabello mientras chismean sobre aquellos que no están lo suficientemente cerca para escucharlos. Todo el mundo parece realmente feliz. Tan diferente a las bodas de la Cosa Nostra.

Es una locura alegre y positiva. ¡Me encanta!

—Vamos a felicitar a los recién casados. —Drago me rodea con su brazo, acercándose a su lado mientras caminamos entre la multitud hacia la mesa principal en el otro lado del pabellón de la tienda. Está colocado perpendicular al resto y más gente se arremolina a su alrededor.

La novia lleva un increíble vestido de encaje blanco que presenta una falda voluminosa y amplia, y el novio viste un elegante traje gris y camisa blanca. Hay dos personas más en la mesa: un hombre al lado del novio y una mujer al lado de la novia. Los cuatro, sin embargo, han echado sus sillas hacia atrás y en el mismo lugar bailan y cantan a todo pulmón.

Cuando el novio nota nuestra llegada, corre a nuestro encuentro. Drago y el hombre intercambian algunas palabras, pero su conversación queda ahogada por todo el ruido, así que no puedo escuchar lo que dijeron. El novio mueve su mirada de mi marido hacia mí, con los ojos muy abiertos como platos, luego se recompone y me ofrece su mano. Espero que nos dirigimos a otro lugar para sentarnos, pero el novio comienza a saludar a alguien y grita: —¡La esposa de Drago!

Un momento después, me encuentro rodeada de gente: hombres que vienen a estrecharme la mano y mujeres que me besan las mejillas tres veces: derecha, izquierda, derecha. Todos hablan simultáneamente. Todo esto sería un poco abrumador si el cuerpo de Drago no estuviera presionado contra mi espalda y su brazo no estuviera apretado alrededor de mi cintura.

—La abuela de la novia —dice junto a mi oído mientras la mujer mayor se acerca. Continúa susurrándome pequeños detalles sobre cada persona que se acerca—. La tía del lado de su padre... El amante de la tía... El hermano menor del novio... Y el mayor... La madre de la novia...

No recuerdo la mitad de los nombres. Continúa durante diez minutos hasta que mis mejillas hormiguean por todos los besos y mi mano se siente como papilla, pero no me importa. De hecho, estoy sonriendo tanto que me duele la cara. Nunca hubiera esperado una bienvenida tan cálida por parte de personas que acaban de conocerme. Se siente como... Si perteneciera. Es la misma sensación que tengo en casa de Drago, como si fuera parte de una gran familia.

Una vez que terminamos con todos los saludos, nos dirigimos hacia dos sillas vacías al final de una de las mesas largas. Las personas que anteriormente ocupaban las plazas acaban de marcharse, llevándose sus platos. Drago toma uno de los asientos y me sienta en su regazo.

—¿Entonces, qué piensas? —él pide.

Sonrío. —Es una locura.

La comisura de su boca se curva hacia arriba. —Pensé que te gustaría.

—Tomemos algunas fotos. —Saco el teléfono de mi bolso y lo levanto frente a nosotros.

—¿Tenemos que hacerlo?

—¿Qué clase de pregunta es esa?

Me tomo una selfie y luego miro la foto. —No. Necesitas borrar esa mirada deslumbrante de tu cara. Insta censurará mi publicación por contenido perturbador. De nuevo.

Le rodeo el cuello con el brazo, presiono mi mejilla contra la suya y levanto el teléfono.

Clic.

—Uno más —digo y sonrío a la cámara. Cuando miro la nueva foto, Drago también está reflexionando sobre ésta.

—No te estás tomando esto en serio. —Extiendo la mano y tomo su barbilla entre mis dedos, luego inclino su cabeza para que mire el teléfono. Su mirada se encuentra con la mía en la pantalla—. Ahora, sonríe.

Pone los ojos en blanco, pero sonríe. Es un poco amargo, pero supongo que es lo mejor que voy a conseguir.

Clic.

Solté su barbilla y bajo el teléfono. Entonces es cuando noto que la gente me mira de forma extraña. ¿Quizás se supone que no se deben tomar fotografías en las bodas serbias? Rápidamente guardo el teléfono.

Una canción termina y comienza otra. Obviamente, aunque no lo sé, es una melodía popular porque la gente empieza a gritar y cantar con la primera nota. Intento escuchar la letra, pero es mucho más difícil entender las palabras serbias cantadas que las habladas. Algo sobre mezclar negro y dorado y luego mencionar un... ¿marco? ¿Se trata de arte? ¿Un cuadro, tal vez?

Una mujer que se encuentra a unos cuantos asientos de distancia se levanta bruscamente y se sube a la mesa. Me quedo mirando, con la boca abierta, mientras ella empieza a bailar, sus tacones golpean la mesa revestida de lino, solo faltan los platos y los cubiertos. La gente a su alrededor aplaude y aplaude. Otra mujer, más abajo, se sube a la mesa. Luego, la novia se quita los zapatos y hace lo mismo. La multitud se vuelve loca y yo me río en medio de la emoción. Nunca en mi vida había sido testigo de una celebración tan alegre.

Miro a mi marido y me muerdo el labio. —¿Puedo intentar?

—¿Intentar qué? —él levanta una ceja.

—Lo de la mesa.

Su brazo alrededor de mi cintura se aprieta. —No.

—¿Qué? ¿Por qué?

Drago se inclina hacia adelante. —No permitiré que mi esposa se suba a una mesa y mueva las caderas mientras más de cuatrocientas personas miran.

Entrecierro los ojos hacia él. —¿Y si bailo solo para ti? ¿Por favor?

Un ruido sordo sale de su garganta. —Está bien. Pero asegúrate de que mantenga mis ojos en ti, solo en ti, porque si mi mirada se desvía y noto que otros hombres te miran, la siguiente canción que sonará será una marcha fúnebre, *mila moya*.

Chillo de alegría y empiezo a desatarme los talones.

DRAGO

Paralizado. Hipnotizado. Absolutamente jodido. Eso es lo que siento cuando veo a mi esposa bailar sobre la mesa frente a mí. No estoy seguro de qué me gusta más: su cuerpecito perfecto, que se balancea lenta y sensualmente mientras se mueve, su personalidad ridículamente alegre o el brillante intelecto que se esconde detrás de su brillante caparazón.

El fin de semana pasado, la encontré a ella y a Keva sentadas en la mesa de la cocina, hablando sobre el lavado de dinero. Apoyé el hombro en la pared y observé a mi esposa mientras me explicaba con gran detalle cómo es posible lavar dinero mediante obras de renovación de propiedades inmobiliarias. En los cinco minutos que pasé mirando, le dio a Keva una estrategia paso a paso: comenzando con la compra de un edificio abandonado y pasando a las actividades de remodelación que permitirían que la cantidad óptima de dinero intercambie manos, sin perderse nada. Cualquiera de los pasos intermedios. Y luego, terminó destacando el plazo estimado para toda la terrible experiencia. Cuando terminó, sacó su teléfono y tomó una foto del montón de zanahorias que había terminado de pelar mientras hablaba.

Pero la forma en que baila ahora es algo completamente distinto, haciendo que toda la sangre corra directamente a mi polla. Me recuesto en mi silla y dejo que mi mirada se deslice sobre el vestido de seda azul de manga larga. Una elección bastante sencilla, dado su gusto por la moda. Bueno, si prescindes de todas las lentejuelas y los enormes pendientes dorados en forma de corazón.

Sienna coloca sus manos en su cintura y, mirándome directamente a los ojos, comienza a girar sus caderas. Ella está sonriendo con picardía y esa sonrisa está haciendo cosas extrañas en mis entrañas. Tan jodidamente hermosa. Verla casi me hace olvidar la migraña palpitante que comenzó en el momento en que nos acercamos al lugar de la boda y empeoró exponencialmente cuanto más nos acercábamos al ruido.

Mi encantadora esposa está intentando una pirueta sin tropezar con un plato cuando un disparo atraviesa el aire.

Se detiene en medio del movimiento y sus ojos se abren de par en par por el pánico. Mierda. Olvidé avisarle sobre las fotos de celebración.

SIENNA

¡Bang!

En un instante, me congelo, los latidos de mi corazón se disparan y miro a Drago mientras se levanta lentamente de su silla. Se escuchan algunos disparos más en algún lugar fuera de la tienda. Se me escapa un grito ahogado y salto a los brazos de mi marido, envolviendo mis temblorosas extremidades alrededor de su cuello.

—Está bien —susurra junto a mi oído—. Ese era el padrino, disparando al aire. Es una tradición.

—¿Tradición? —Miro hacia arriba—. Tu gente está un poco loca.

—Lo sé.

Probablemente debería agacharme ya que la gente está empezando a mirarnos con curiosidad. Aparentemente, soy la única que no esperaba disparos intencionales en medio de una boda. Realmente debería intentar recuperar algún tipo de decoro, pero me gusta que Drago me abrace. Quizás él sienta lo mismo, porque se vuelve a sentar en la silla sin soltarme.

—Entonces, ¿los disparos al aire ocurren a menudo en las bodas? —Trazo la longitud de su mandíbula con la punta de mi dedo.

Los ojos de Drago se abren ligeramente por la sorpresa, pero aparte de eso, finge no notar mi caricia. —Cada maldita vez. Y en la mayoría de las demás celebraciones que se celebran al aire libre. Debería haberte advertido.

—Está bien. —Me encojo de hombros y me inclino un poco hacia adelante. Sus ojos son tan hermosos. Al igual que su nariz, aunque ligeramente torcida—. Gracias por traerme aquí.

El calor recorre mi columna mientras las ásperas palmas de Drago se deslizan por mi espalda. —De nada.

La sensual melodía con la que estaba bailando cambia a un ritmo rápido. Una nueva ola de vítores surge de todos los que nos rodean mientras la banda se acelera con un patrón de batería y bajo que resuena a través de la enorme carpa. Drago se tensa y cierra los ojos con fuerza. Su rostro se contrae en una mueca, sus labios fuertemente fruncidos.

—¿Drago? —Tomo su cara entre mis palmas—. ¿Qué ocurre?

—Nada. —Sus ojos se abren y continúa acariciando mi espalda.

No me parece “nada”. Su cuerpo está rígido y hay tensión en el tono de su voz. Acaricio los surcos de su frente, siguiendo las líneas que normalmente no están ahí.

—Parece que estás sufriendo, Drago. ¿Qué está sucediendo?

—Estoy bien, Sienna.

Unos cientos de invitados cantan el coro de la canción, cada estribillo más fuerte que el anterior. Drago deja escapar una desagradable maldición serbia y se pellizca el puente de la nariz, cerrando los ojos con fuerza.

—¿Drago?

Maldice de nuevo y baja la mano, pero la tensión es claramente visible en su rostro.

—¿Es la música?

—Sí —dice entre dientes—. Es demasiado ruidosa.

Su cabello es tan suave cuando paso mis dedos por los mechones oscuros. Ni siquiera me he dado cuenta de que lo he estado acariciando. —Vamos a casa.

Mi marido inclina la cabeza hacia un lado y me mira como si estuviera intentando analizarme. —Pensé que te estabas divirtiendo.

—Lo estaba. Ya no.

—¿Por qué no?

Porque obviamente estás sufriendo y no puedo divertirme sabiendo que estás sufriendo. Pero no lo digo, por supuesto.

—Le prometí a Asya que la llamaría esta noche a las cinco —miento—. Deberíamos irnos de inmediato para no dejar de hacer esa llamada a tiempo.

La comisura de los labios de Drago se levanta sólo una pizca. —Pero tienes tu teléfono contigo. Puedes hacer una llamada desde aquí. O mientras conducimos de regreso.

—Eh... Prefiero hacer mis llamadas telefónicas en privado. —Le lanzo una sonrisa radiante—. Se trata de cosas de chicas.

—Mm-hmm. ¿O tal vez no es a tu hermana a quien necesitas llamar?

• Mi mano todavía está en mitad de la carrera. ¿Alguien me escuchó llamar al catedrático ayer y se lo dijo a Drago? Siempre me aseguro de llamar a Ajello solo cuando estoy sola en el dormitorio o caminando por el terreno donde no hay nadie alrededor. No, no es posible. —Por supuesto que no. ¿Por qué mentiría?

• Drago mantiene sus ojos pegados a los míos, un brillo peligroso brilla dentro de ellos, como si pudiera ver a través de mis mentiras y defensas, hasta mi alma. Los latidos de mi corazón se aceleran mientras miro esos dos charcos de verde con motas marrones. ¡Corre! Grita la parte de mí que está aterrorizada de revelar mis secretos a alguien. *Corre, ahora, mientras puedas.*

Me agarra la barbilla y la levanta mientras acaricia lentamente mi labio inferior con el pulgar. —*Tako lepa usta, a toliko laži*⁷.

• Parpadeo y trato de concentrarme en lo que dijo en medio de todas las distracciones, pero hay demasiado ruido y actividad a nuestro alrededor así que solo entiendo la mitad de la oración. Creo que dijo que le gusta mi boca. Mis labios se abren, anticipando un beso, pero Drago suelta mi barbilla y se aleja.

—Vámonos a casa.

Tragándome la decepción, sonrío y me bajo de su regazo. —Seguro.

⁷ Que boca tan bonita, y tantas mentiras.

Capítulo 12

DRAGO

Saludo al camarero para que me traiga otra taza de café y sigo mirando a Sienna y su hermano.

Decir que Arturo DeVille no está contento con que su hermana se case conmigo es quedarse corto. También está furioso porque no dejaría que Sienna se reuniera con él sin mi supervisión. Le dije a Arturo que es una medida de seguridad, pero la verdad tengo miedo de que le cuente cosas que no quiero que mi esposa sepa.

Hay muchos esqueletos en mi armario y Arturo conoce algunos. Estas últimas semanas he llegado a conocer bastante bien a mi esposa. Sienna podría haber nacido en una familia de la mafia, pero no ama la violencia ni el derramamiento de sangre. Te engañaría con su bravuconería, pero mi esposa es mucho más sensible de lo que deja creer a la gente que la rodea. Es como una solitaria flor de diente de león en un mar de rosas espinadas. Bastaría una sola ráfaga de viento para dañar sus delicadas semillas. Así que no me arriesgo a que Arturo le cuente a Sienna nada que pueda hacerla temerme.

Están sentados al otro lado del restaurante. La comida de Arturo se está enfriando en su plato. Ni siquiera lo ha tocado porque está demasiado ocupado enumerando todas mis deplorables cualidades a mi esposa.

—... ¡un intrigante hijo de puta que ni siquiera me deja verte sin él presente!

No veo la respuesta de Sienna ya que está sentada de espaldas a mí, pero la parte de la conversación de Arturo es suficiente para entender la esencia.

—Sí, ¡pero hacer negocios y que mi hermana se case con ese bastardo son dos cosas diferentes! Y no me vengas con esa mierda de que quieres casarte. No compro esa mierda. ¿Ajello te amenazó con obligarte a casarte con Popov?

Sí, Sienna. ¿El don te amenazó?

Los hombros de mi esposa caen en lo que parece ser un suspiro, luego se inclina sobre la mesa y toma la mano de su hermano. Ella está diciendo algo, pero no puedo ver qué es, ¡maldita sea! Arturo escucha con los ojos muy abiertos y la mandíbula apretada, luego lanza una mirada en mi dirección.

—Hay cosas que no sabes sobre él. Cosas que no sabía cuándo este acuerdo matrimonial llegó a la mesa, o nunca te habría dejado acercarte a él. Es peligroso y te quiero fuera de sus garras.

Sienna ladea la cabeza. Probablemente pidiendo una explicación de cuáles son esas “cosas”. Me levanto y cruzo el restaurante. Es hora de acortar esta reunión.

—Nos vamos —digo cuando llego a su mesa. Ya sea para torturarme a mí o a Arturo, no estoy seguro, paso la punta de mi dedo sobre la piel desnuda de Sienna, donde su suéter fucsia se ha deslizado hasta su hombro—. Necesito estar en Naos en dos horas. ¿Quieres venir?

Sienna me mira y sonríe. —¿Algunas de las chicas también pueden acompañarme?

—Sí. —Asiento con la cabeza—. Necesito hablar con tu hermano. Espera aquí.

Arturo se levanta y me mira fijamente durante todo el tiempo que caminamos por el restaurante hasta su auto que está estacionado enfrente.

—No sé qué has desenterrado —digo y me apoyo en el capó— pero mantendrás la boca cerrada.

Una mirada de sorpresa cruza su rostro, pero rápidamente es reemplazada por una mirada de enojo. —Si lastimas a mi hermana, te voy a matar.

—¿Tu hermana parece estar herida de alguna manera? —Echo un vistazo por la ventana hacia donde Sienna está colocando el plato intacto de Arturo para poder tomarle una foto.

—Te estaré observando —ladra y se mete en su auto.

Una vez que Arturo sale del estacionamiento, regreso al restaurante y me siento al lado de mi esposa.

—¿Qué quería Arturo? —Pregunto.

—Poco. Sólo estaba vigilándome. —Ella se inclina sobre la mesa y sonríe—. Creo que mi hermano tiene miedo de que me comas.

—Yo podría. —Extiendo la mano y coloco mi mano sobre la de ella—. ¿Crees que soy peligroso, mila moya?

Los labios de Sienna se abren con sorpresa y necesito todo mi autocontrol para no tomarlos con mi boca. Se está volviendo demasiados difícil resistirme a mi joven esposa, aunque sé que es una espía.

—¿Tienes micrófonos en este lugar? —Ella levanta una ceja.

—Quizás lo haga. —Coloco mi mano libre en la nuca—. ¿Crees que represento un peligro para ti, como había dicho tu hermano?

—Sí. —Los ojos de Sienna sostienen los míos, sin parpadear—. Aunque no en la forma en que mi hermano cree.

Su expresión es completamente seria, pero por un momento fugaz, vislumbro una pizca de vulnerabilidad detrás de su mirada obstinada. En un instante, desaparece y sus labios se ensanchan en una sonrisa.

—Deberíamos irnos, Drago. Necesito prepararme para esta noche.

Manteniendo su mano en la mía, la llevo hacia la salida. Puede que crea que ha evitado el tema con éxito, pero volveremos a ello pronto.

Me llevo la copa de *Macallan* a los labios y tomo un sorbo, observando a mi esposa. Sienna está parada en la barra, riéndose con Jelena y otras tres chicas. Ha elegido otro conjunto brillante para esta noche. Esta vez es un vestido, cubierto de vibrantes trozos brillantes de color azul verdoso. Cada vez que se mueve y las luces se reflejan en su vestido, parece como si estuviera cubierta de plumas de pavo real. Ella simplemente brilla. No entiendo cómo puede usar cosas como ésta y aun así lucir como un millón de dólares. Para cualquier otra persona, parecería ridículo. También es demasiados corto.

Al escanear la habitación, mis ojos recorren a cada hombre sentado o de pie en los alrededores para asegurarme de que ningún imbécil esté mirando las piernas de mi esposa. Sólo el pensamiento desata mis impulsos salvajes.

En el momento en que la vi después de vestirse para esta noche, le envié un mensaje a Misha, la gerente de mi club, para que transmitiera un mensaje a cada invitado masculino antes de permitirles la entrada. Cualquier hombre que sea sorprendido comiéndose con los ojos a mi esposa abandonará el club con los ojos en una copa de vino. La gente que visita mi club es cliente habitual, por lo que saben que hablo en serio. Naos puede ser un terreno neutral en lo que respecta a los negocios, pero esa regla no se extiende a los tratos privados. La única forma en que alguien puede mirar a mi esposa es con respeto. Todas las demás “miradas” tendrán consecuencias.

Veo a un hombre apoyado en la barra a cierta distancia de Sienna, pidiendo una bebida. Es el propietario de la empresa local de gestión de flotas. Trabajé con él varias veces cuando teníamos escasez de camiones disponibles. Parecía un tipo inteligente, pero parece que me equivoqué, porque parece estar muy interesado en el culo de mi esposa. El

barman le pasa una botella de cerveza y el imbécil se dirige hacia el final de la barra donde está Sienna. Sin apartar los ojos de él, le hago señas al guardia de seguridad para que se acerque.

—Arrastra a ese idiota a mi oficina —digo y asiento con la cabeza hacia el tipo que ahora se ha plantado junto a Sienna y está tratando de iniciar una conversación—. Asegúrate de que mi esposa no se dé cuenta.

Sienna ignora al asqueroso y continúa charlando con Jelena. El tipo finalmente se va, dirigiéndose a los baños, pero mi guardia lo intercepta a mitad de camino y no tan suavemente “persuade” al idiota para que visite la parte trasera del club. Es hora de afrontar esas consecuencias.

—Tengo que ocuparme de algo —le digo a Filip de pasada—. Mantén a mi esposa en tu mira.

Antes de ir a mi oficina, me desvío hacia la barra para coger una cuchara y un vaso, luego me doy la vuelta y cruzo la pista de baile.

***.

Cuando regreso de manejar el asunto dentro de la oficina, un hombre se acerca a mi puesto y se detiene frente al sofá en el que estoy sentado. Finales de los sesenta, entradas de cabello gris, finas gafas doradas. Endri Dushku. El líder albanés.

—Endri. —Hago un gesto hacia el sillón a su lado—. ¿Qué te trae a Nueva York?

El hombre mayor toma el asiento ofrecido y despide al camarero. —Bogdan me llamó el otro día. Tenía alguna... información para compartir.

—¿Oh? ¿Y qué es exactamente lo que te preocupa?

—¿Qué motivó tu interés en el negocio de las armas, Drago?

—Dinero —digo y tomo un sorbo de mi bebida—. Pero no deberías preocuparte. No tengo planes de invadir tu territorio.

—Entregaste un gran envío a Bratva.

—Sí. Pero Petrov ya no quiere tratar contigo, así que no veo ningún problema. Y después del lío con los irlandeses, tienes prohibido hacer negocios en Nueva York. —Paso mi brazo sobre el respaldo del sofá—. ¿Suministrar armas a las personas que secuestraron a la esposa del Don? Para ser honesto, me sorprende verte todavía respirando. Entonces, no veo ningún conflicto de intereses entre nosotros dos.

Dushku se ajusta las gafas. Siempre hace eso cuando está enojado.

—¿Y seguirá así? —él pide.

—No estoy buscando pelea, Endri. Tienes tus compradores. Tengo los míos. El mercado es lo suficientemente grande para los dos.

—¿Y qué pasa con los rumanos?

—Pronto estarán fuera de escena —digo—. Una vez que localice a Bogdan.

—¿Crees que deshacerte de Bogdan resolverá tu problema?

—Quita la cabeza y el resto se dispersará como ratas. Y lo digo literalmente.

—Bien... Entonces no me gustaría estar en el lugar de Bogdan —dice Dushku—. He oído que te casaste. Parece que sucedió un poco de repente. ¿Fue una decisión de negocios?

—Por supuesto.

—Interesante. Noté que su personal de seguridad echaba a un hombre cuando yo entraba. Estaba presionando una toalla ensangrentada contra su cara y sosteniendo un vaso en su mano libre. No estoy seguro, pero creo que había un globo ocular dentro.

—¿Entonces?

—¿Eso tiene algo que ver con la advertencia que recibí al entrar? —Tiene una sonrisa calculadora en su rostro.

—Sí. Pero estoy de buen humor, así que decidí dejarle mantener el otro ojo.

—Bueno, eso es más bien... fuera de lugar para ti, si me permites decirlo. Alguien podría tener la idea de que la chica es más que un simple acuerdo comercial.

Aprieto el vaso en mi mano. Hay tres cosas de las que debo alejarme en mi línea de trabajo: Falsas lealtades. Ofertas que suenan demasiadas buenas para ser verdad. Y cualquier tipo de debilidad.

Confío en muy pocas personas en mi vida. Quienes tienen mi lealtad, se la merecen. Moriría por ellos y sé que ellos no dudarían en hacer lo mismo por mí. Cualquiera que sea lo suficientemente estúpido como para traicionarme y pensar que puede salirse con la suya, me aseguro de que no viva lo suficiente como para arrepentirse de su decisión.

No hago ningún trato a menos que esté cien por ciento seguro de que son sólidos. El dinero y el poder no me influyen y no estoy aquí para hacer el tonto de nadie.

Y ciertamente no tengo ninguna debilidad. O no tenía. Sin embargo, cuando miro la sonrisa de satisfacción de Dushku, me doy cuenta de que ahora tengo una. Y actualmente se está tomando selfies con un Martini que no tiene edad para beber.

—Sienna me dio una conexión directa con la Cosa Nostra y también con la Bratva. Dos pájaros de un tiro —digo, observando su rostro en busca de la más mínima reacción—. Es una cuestión de principios. Simplemente estoy cuidando mi activo.

—¿Entonces no te gusta?

—Apenas ha pasado de la adolescencia, Endri. ¿Por qué me gustaría una chica mimada que se viste como un payaso y pasa casi todo su tiempo comprando y publicando selfies en las redes sociales? Es necesario hacer sacrificios por el bien de los negocios.

—He oído que es una cosita bonita. No me digas que al menos no te sientes atraído por ella.

—Me gusta que mis mujeres usen la cabeza para algo más que un corte de pelo elegante, Endri.

Dushku se ríe y se levanta. —Sí, entiendo tu punto. Bueno, si no funciona, tengo una hija que recién está terminando su programa de doctorado, así que podría ser más adecuada para ti.

—Lo tendré en mente.

Mientras veo salir al albanés, mis ojos se dirigen al lugar de la barra donde estaba sentada mi esposa hace un momento. Ella no está ahí. Me doy la vuelta y encuentro a Sienna parada con la espalda pegada a una columna que tiene nuestros abrigos colgados de lado, justo detrás del sofá donde estoy sentado. Mirándome con los ojos muy abiertos.

Mierda.

SIENNA

—Me gusta que mis mujeres usen la cabeza para algo más que un corte de pelo elegante, Endri.

Me pego de espaldas a la amplia columna rectangular detrás de mí y cierro los ojos. Es un poco áspero, pero el acabado de concreto fresco es un alivio bienvenido para mi piel sobrecalentada.

Todo lo que dijo es verdad. La gente ve lo que les muestras. Entonces, ¿por qué me molesta que Drago realmente crea que soy superficial y estúpida?

Cuando abro los ojos, el hombre de cabello gris se está levantando, ofreciéndole a su hija como mi reemplazo mientras lo hace. Y mi marido, por muy cabrón que sea, no parece oponerse. Debería irme y fingir que no escuché nada, pero mis piernas están clavadas en el suelo.

Drago se da vuelta y nuestras miradas se conectan. Se necesita toda mi fuerza de voluntad, pero sonrío y mantengo esa sonrisa falsa en mi rostro mientras él camina alrededor del sofá para pararse frente a mí.

—¿Haciendo planes para reemplazarme? Puede que no tenga un doctorado, pero estoy bastante segura de que soy una pieza de ajedrez más valiosa que la hija de ese tipo.

Drago baja la cabeza para que nuestras caras queden al mismo nivel. El candelabro encima de nuestras chaquetas al otro lado de la columna proyecta su suave luz a nuestro alrededor, permitiéndome ver la vena palpitante en su sien mientras me mira fijamente a los ojos. Coloca su palma izquierda en la superficie al lado de mi cabeza y acuna mi mejilla con la derecha.

—¿Sabes lo que podría pasar si Dushku descubre que no eres sólo una pieza de ajedrez? —Su tono es bajo y amenazador—. Él se aseguraría de que todos los que tuvieran algún problema conmigo lo supieran.

—¿Entonces?

—Entonces, tendría que matarlos a todos. —Esta vez, sus palabras son tan alegres como si estuviera planeando un picnic de verano. Inclina ligeramente la cabeza—. Son muchos muertos, *mila moya*.

—No se mata gente. Tienes a tu mascota asesina para eso. Ese sacerdote —dejo escapar sin pensar, y sólo después de que las palabras salen de mi boca me doy cuenta de lo que he dicho.

Parpadea, sus pestañas oscuras se mueven lánguidamente hacia abajo y hacia arriba hasta que sus ojos se fijan en mí nuevamente. —Mi... ¿Mascota asesina?

Tonterías. ¡Piensa! —Sí. Keva mencionó algo el otro día y lo descubrí.

—Mmm, ¿lo hizo? —Él entrecierra los ojos hacia mí—. Sí. Supongo que necesitaría enviar... mi mascota asesina tras ellos. Para encargarse de ese problema por mí.

—¿Por qué?

Baja un poco la barbilla, dejándolo mirándome por debajo de sus párpados encapuchados. —Para asegurarnos de que no te persigan.

—¿Por qué alguien vendría a por mí? —Pregunto con mi voz más dulce—. Solo soy una niña mimada que se viste como un payaso.

Las fosas nasales de Drago se dilatan. Aprieta la mandíbula y su mirada está pegada a mis labios con tal intensidad que espero que estallen llamas.

—Eres todo lo contrario de superficial, Sienna. Ambos lo sabemos. Estoy bastante seguro de que eres una de las personas más inteligentes que he conocido.

Respiro hondo, desconcertada por sus palabras. Pero mi sorpresa momentánea es rápidamente reemplazada por una risa triste cuando recuerdo el resto de la conversación que escuché.

—Pero eso no es suficiente, ¿verdad? Hablaste de reemplazarme —escupo—. Tal vez eso sería lo correcto. La hija de tu amigo podría ser una mejor opción para ti. Probablemente harás algo más que dormir en la misma cama con ella.

Drago cierra los ojos y un chorro de maldiciones serbias extremadamente asquerosas sale de su boca. Luego, choca sus labios con los míos.

Me estremezco por la ferocidad de su beso, si es que se le puede llamar beso. Esto es un ataque. Un reclamo hambriento y furioso. Apretando el puño en el frente de su camisa, lo acerco más, necesitando más. Su mano viene a agarrarme por debajo del muslo y me levanta. Mis piernas están alrededor de su cintura y me maravillo de la sensación de estar atrapada entre su duro cuerpo y la sólida columna detrás de mí mientras su polla presiona directamente mi núcleo. La boca de Drago se desliza a lo largo de mi barbilla hasta el costado de mi cuello, y cuando muerde la tierna piel allí, siento que me mojo. Agarro su cabello y mis dedos se enredan en mechones oscuros. Su agarre en mi cara desaparece y, un momento después, se lleva el teléfono a la oreja.

—Quiero que todos salgan —ladra, luego lame mi cuello—. Ahora, Misha.

La persona al otro lado de la línea está respondiendo, pero no escucho lo que dice porque Drago tira el teléfono por encima del hombro. El fuerte golpe al aterrizar en el suelo apenas se registra cuando la boca de Drago encuentra la mía nuevamente. Succionando. Mordiendo.

Mis dedos tiemblan mientras los paso por su cabello. Nunca me he sentido así. Este impulso de acercarme a él, aunque no podríamos estar más cerca de lo que ya estamos. Los sonidos de voces y pies apresurados nos rodean mientras la gente se va, pero los ignoro, intoxicada por la presencia de Drago. Nada más importa. Solo él. Su cuerpo. Sus labios. Su olor. Es el mismo olor con el que me he estado despertando durante semanas.

—Agárrate fuerte —dice en mis labios y da un paso atrás.

Mis brazos rodean su cuello mientras sus palmas suben por mis piernas y sobre mi trasero, debajo de mi vestido. El encaje de mi tanga roza mi dolorido coño cuando él tira de él. La delicada tela se rasga. Lo retira, arrastrando deliberadamente el material de encaje para que roce mi clítoris palpitante.

Jadeo cuando mis muslos de repente están resbaladizos por la humedad. Drago vuelve a agarrar la parte inferior de mi pierna mientras se desabrocha los pantalones con la mano libre. Oh, Dios, voy a tener sexo... en un club, con gente todavía cerca. ¿Por qué no me importa? La fría superficie de mi espalda hiela la piel desnuda de mi trasero mientras Drago me sostiene contra la columna una vez más. La punta de su polla presiona mi entrada.

—Por favor, ve despacio —me atraganto—. Es mi primera vez.

Drago levanta la cabeza y me mira. —¿Tu qué?

—Mi primera vez —repito cuando baja los ojos a mi boca—. Soy virgen.

Los ojos verdes, tan concentrados en mis labios, se abren y luego se levantan para encontrarse con los míos. —¿Quieres parar?

Tiro del cabello en la parte posterior de su cabeza. —No.

Sin romper el contacto visual, me mueve ligeramente en su agarre, alineando nuestras caderas. Me invade una mezcla de emoción y pánico. Cuando la punta entra en mí, cierro los ojos y me pongo rígida.

—Sienna. —Un beso aterrizo en el costado de mi barbilla—. Mírame, *mila*.

—¿Dolerá? —Yo susurro.

—Un poco. Si quieres que pare, toca mi brazo. ¿Bueno?

—Bueno.

Drago se inclina hacia adelante, susurrando palabras tranquilizadoras en voz baja justo al lado de mi oído. Habla serbio, pero sólo capto frases aleatorias. Algo sobre brillantina y el nombre de un pájaro, pero no estoy segura de cuál. Quizás un pavo real. En realidad, no importa porque el timbre de su voz y su aliento caliente avivando mi cuello están derritiendo mis entrañas. Este hombre podría leer una lista de compras y yo me desmoronaría con solo escucharlo.

El hormigueo en mi centro me está volviendo loca. Inclino mi cabeza y lamo su cuello. Un gruñido bajo sale de sus labios y, en el siguiente latido, su polla se desliza parcialmente dentro de mí. Jadeo y agarro su cabello, deleitándome con la sensación de él estirando mis paredes internas. Siento cierta incomodidad, pero estoy demasiado perdida para que importe. Aprieto mis piernas alrededor de él, necesitando acercarlo aún más, más profundamente.

—Di mi nombre —dice con voz áspera junto a mi oreja.

—Drago —gimo mientras él me empuja hasta que está completamente enfundado.

—Me encanta escuchar tu voz. —Me levanta y luego me empala una vez más—. De nuevo.

No puedo pronunciar una palabra porque estoy demasiada absorta en la forma en que mi coño se aprieta alrededor de su polla mientras todo mi cuerpo tiembla. Nunca en mi vida había experimentado algo así. Sólo su toque envía ondas de choque a través de mi sistema, elevándome en las corrientes de puro placer.

—¡Otra vez, Sienna! —Drago ruge mientras bombea dentro de mí.

Cierro los ojos y presiono mi mejilla contra la suya. —Drago.

Un profundo estruendo sale del fondo de esta garganta. Es gutural y áspero. En el siguiente suspiro, sus dientes raspan la piel de mi hombro. Más palabras serbias susurradas. Algo sobre brujería, luego vuelve a maldecir. Sus labios chocan contra los míos una vez más.

Mi mente ya no parece mía porque no puedo pensar. Sólo puedo sentirlo, reclamándome tanto con su boca como con su polla. Agarro su cabello y le muerdo el labio inferior hasta que pruebo el sabor metálico de la sangre. Es un castigo por lastimarme con sus palabras.

—No sólo tiene garras, sino también dientes afilados —dice en mi boca y se entierra hasta el fondo—. Te veo, *mila moya*. Y odio que me ocultes tu verdadero yo.

—No lo hago —jadeo, el aliento me deja en breves ráfagas mientras él golpea contra mí. Más rápido. Más adentro.

Mi cabello se ha deshecho, los mechones enredados se pegan a mi cara. Es como si me estuviera sobre calentando e hinchando por dentro mientras me aferro a los hombros de Drago. Un grito crece dentro de mi pecho mientras mi visión se vuelve borrosa. Como si mi mente hubiera decidido desconectarse de todo excepto de la sensación de que nuestros cuerpos se conectan. Las manos de Drago aprietan mis nalgas y su siguiente empujón me envía directamente al olvido. La blancura explota detrás de mis párpados cerrados y grito, montando la increíble ola y rompiéndome en pedazos más pequeños.

Deberías haber huido mientras aún tenías la oportunidad, Sienna, susurra la voz en el fondo de mi mente. Realmente deberías haberlo hecho.

Capítulo 13

DRAGO

Las pesadas cortinas cubren la puerta del balcón, manteniendo la luz de la mañana alejada de Sienna, que está acurrucada en la cama, abrazando una almohada con los brazos. Pasó toda la noche agarrándose de mi antebrazo mientras se aferraba con fuerza a mi costado. Fue una lucha liberar mi brazo para poder ducharme y prepararme para ir a trabajar.

Muevo mi mirada desde su boca dormida hacia su cuerpo, pasando la camiseta y los pantalones de pijama que le puse anoche. Se quedó dormida en el auto camino a casa desde el club y no se despertó cuando la cargué adentro y subí las escaleras hasta nuestra habitación. Esperaba que se despertara cuando comencé a quitarle la chaqueta y el vestido, pero no. Ella simplemente murmuró algo y se metió desnuda en la cama. Revisé su ropa pero no pude decidir qué eran pijamas y cuáles no, así que simplemente la vestí con la mía. Sienna durmió durante toda la terrible experiencia. Esta mujer probablemente podría dormir durante un terremoto. Cero instintos de autoconservación.

Una extraña necesidad primaria se agita dentro de mí al verla vestida, instándome a prohibirle usar cualquier otra cosa cuando duerme. Es estúpido. Aun así, no puedo deshacerme de ello. Y no me gusta. No me gustan estas tendencias cavernícolas que he desarrollado, como la compulsión de estrangular a todo hombre que se acerque a tres metros de mi esposa. Otra cosa que me cuesta procesar es la satisfacción que sentí al darme cuenta de que fui el primero. Ningún otro hombre la ha tocado antes que yo. Y ningún otro lo hará. Alguna vez.

Apoyo mi espalda en la pared, frotando mi pulgar sobre una pequeña marca en mi labio inferior donde ella me mordió anoche. Mi feroz y brillante seductora. Desde el momento en que la vi por primera vez, supe que Sienna es mucho más de lo que deja ver a los demás. Es como si ella hubiera ocultado su verdadero yo por alguna razón, y su apariencia me ha estado carcomiendo desde el principio. Disfruto bastante de pequeños destellos de su verdadera naturaleza cada vez que se le escapa la máscara. Pero el hecho de que me haya estado mintiendo todo este tiempo me pone furioso. Ha pasado un mes y ella todavía no ha intentado confesarme. Puedo entender que haya sido cautelosa al principio, pero a estas alturas ya debería tener claro que nunca le haría daño. Después de todo el tiempo que hemos pasado juntos (es cierto, no ha sido mucho, pero hubo suficientes

oportunidades) y aun así, ella todavía no ha confesado la verdad de por qué aceptó este matrimonio.

Mis ojos se dirigen a la mesita de noche donde hay tres cuadernos gruesos con tapas brillantes apilados uno encima del otro. Mientras la acechaba durante las últimas semanas, a menudo la sorprendía garabateando en uno de ellos. El sofá de cuero de la gran sala de recreación parece ser su lugar favorito y pasé mucho tiempo observándola desde la puerta. Escribía algunas frases y luego se reía para sí misma antes de continuar. Al principio pensé que estaba escribiendo un diario, pero cuando sin darme cuenta miré el interior de uno de sus cuadernos, me di cuenta de que estaba escribiendo historias.

De repente, la habitación se llena de luz que entra a través de la puerta abierta detrás de mí. Me doy la vuelta y encuentro a Filip parado en el umbral, parlotando sobre quién sabe qué. No presto atención a sus palabras y me lanzo hacia él.

—Nunca —escupo mientras agarro su camisa y lo empujo hacia el pasillo— nunca entres en la habitación donde duerme mi esposa.

—No estabas respondiendo tus mensajes.

—No. Me. Importa. —Lo inmovilizo con mi mirada asesina—. ¿Qué es?

—Ha habido un incendio en el almacén de Syracuse.

—¿Cuándo?

—Hace una hora. Uno de los guardias de seguridad lo informó, pero la conexión se perdió antes de que pudiera decir más.

—¿El daño?

—No sé. Adam tomó a Relja y fueron a comprobar qué estaba pasando.

Solté su camisa. —Llama a Adán. Dile que, si está mal y si llaman al departamento de bomberos, debe darse la vuelta y regresar de inmediato.

—Entonces, ¿lo dejaremos?

—Sí. Si están los bomberos, también estará la policía. En ese edificio había casi media tonelada de cocaína de Ajello. A menos que nuestros hombres puedan contener el incendio, el almacén y el producto se perderán.

—¿Crees que fue Bogdan? —él pide.

—O Dushku. Vino a Naos anoche. Para probar las aguas, sin duda. Pero apuesto a que fue Bogdan. ¿Alguien lo localizó?

—No. Nuestros hombres lo han estado buscando desde que mataron a nuestro conductor. Hasta ahora nada. La mayoría de sus muchachos habituales se han hundido. Recogimos a algunos imbéciles de bajo nivel, pero no sabían nada de valor.

—Bueno, eso es prueba suficiente para mí de que él también orquestó eso. Envía a Iliya para charlar con nuestros informantes. Quizás alguien haya oído algo sobre el paradero de Bogdan. Jovan y yo revisaremos los otros almacenes.

—Bueno. Te enviaré un mensaje cuando Adam informe con una actualización.

—No te molestes. Anoche dejé mi teléfono en Naos. Que uno de los hombres lo recoja y lo traiga aquí. Volveré tan pronto como termine.

Mientras bajaba las escaleras, noté que Keva estaba regañando a una chica que estaba quitando el polvo de uno de los cuadros del vestíbulo. Le hago un gesto con la mano y asiento hacia la puerta principal. Ella me sigue afuera y tomamos un camino que rodea la casa y conduce al garaje lateral.

—Sienna todavía está dormida. Haz que una de las chicas le lleve el desayuno arriba.

—¿Desayuno? —Ella abre mucho los ojos hacia mí—. ¿En tu habitación?

—Sí. Y no quiero que Sienna abandone el recinto hasta que yo regrese.

—¿Por qué? ¿Paso algo?

—Parece que los rumanos se han vuelto locos. Alertaré a los guardias para que no la dejen pasar si intenta irse, pero me temo que logrará engatusarlos.

—Nadie se atreverá a ir en contra de tus órdenes. Tú lo sabes.

—En lo que respecta a mi esposa, he aprendido a esperar cualquier cosa. Ya tiene a toda mi tripulación comiendo de su mano. —Paso por encima de una manguera de jardín tendida a lo largo del camino—. Incluidos mis perros.

—Estás exagerando.

—¿Lo estoy? —Me detengo frente al garaje y agito el brazo hacia la mansión—. ¿Sabías que Mirko pirateó el sitio web de una especie de boutique y cambió el pedido existente de alguien por un par de zapatos para enviarlos a Sienna mediante entrega urgente el mismo día?

—¿Y eso que? —Keva se encoge de hombros y dice—: Simplemente estaba siendo amable.

—Él es mi especialista en logística y vigilancia. No su asistente de compras —ladro—. Y el otro día, hizo que Adam jugara un estúpido juego de PlayStation con ella.

Dijo que era más divertido en el modo cooperativo. Pensé que estaba imaginando cosas cuando vi a mi ejecutor principal guiando un espantapájaros en la pantalla del televisor, disparando a pollos gigantes con magia rosa brillante.

Keva sonríe. —Oooh, alguien está celoso. ¿Te molesta que ella no te haya pedido que jugaras?

—Lo digo en serio. —Lanzo una rápida mirada por encima de su cabeza hacia la mansión—. La Cosa Nostra mató a uno de nuestros hombres. Cuando traje a Sienna aquí, todos la odiaban. Bueno, excepto tú. Y ahora todo el mundo parece estar enamorado de ella.

—Ella no mató a nadie, Drago. Y no se la debería culpar por algo en lo que no tuvo voz y voto. Además, nadie la odiaba realmente. —Keva frunce el ceño y luego esboza una pequeña sonrisa de complicidad—. Bueno, tal vez un poco.

—No sé qué tiene ella. —Sacudo la cabeza—. Es como si por mucho que la gente intentara no agradarle, terminaran hechizados por ella.

—¿Hablando por experiencia?

—Sí, maldita sea. —Aprieto los dientes—. Ella ha estado proporcionando información a Ajello.

—Bueno, uno esperaría lo mismo si una de nuestras chicas se casara con un miembro de la Cosa Nostra. Así es como funcionan las cosas.

—¿Ha estado preguntando por nuestro negocio? ¿Pescando información? ¿Husmeando?

—No. Principalmente charla conmigo y con las chicas, y por lo general se trata de libros y ropa. Rara vez mencionamos los negocios.

—No es sólo eso. —Yo suspiro—. Ella entiende serbio.

Keva rápidamente mira hacia otro lado.

—¿Lo sabías? —chasqueo—. ¿Lo sabías y no me lo has dicho?

—Lo sospeché.

—Jesús, joder. ¿Por qué no dijiste algo?

—¿Sabes que tus ojos se iluminan cuando ella entra en una habitación? —Ella da un paso adelante—. Durante años, te he visto sumergirte en el trabajo, volviéndose cada vez más cerrado. Perdí la esperanza de que algo... alguien podría sacarte del oscuro pozo al que te has resignado. Has estado medio muerto, haciendo los movimientos, hasta que

Sienna se mudó a esta casa. Y ahora es como si finalmente regresaras al mundo de los vivos.

—El mundo de la locura sería más exacto. —Paso mi mano por mi cabello—. Ella es absolutamente ajena a lo peligrosos que son los juegos que practicamos. Si terminaba con otra persona y la pillaban espiando...

—Pero ella no lo hizo. —Keva pone su mano en mi antebrazo—. ¿Por qué no le has contado sobre tu audición, Drago?

—¿Para que ella también pueda informarle a su catedrático?

—¿Crees que lo haría?

—Sin duda. —Asiento y me giro para dirigirme al interior del garaje—. Tengo que irme.

SIENNA

Miro fijamente el enorme cuenco, lleno hasta arriba de vainas verdes. —No sabía que los guisantes crecían así.

—¿Y cómo crees que crecen? —Pregunta Keva mientras pela las vainas de guisantes de su propio plato.

—No sé. En realidad, nunca pensé en eso. —Tomo una vaina y la rompo, extrayendo pequeñas legumbres verdes—. Entonces, ¿cuánto necesitamos descascarar para el almuerzo?

—Oh, estos son sólo para acompañar una ensalada, así que podemos parar una vez que tomemos una taza o dos. Si fuera para acompañar, habría usado los congelados porque necesitaríamos al menos diez libras.

Mis ojos se abren. —No sé cómo se cocina para casi cincuenta personas todos los días.

—Las chicas ayudan. —Ella inclina la cabeza hacia un lado, luciendo pensativa—. Siempre quise una familia grande pero no tuve la oportunidad. Supongo que esta es la mejor opción.

—¿Cómo terminaste aquí, con Drago?

—Tenía una amiga en Nueva York —dice, pero mantiene la mirada fija en sus manos—. Entonces, traje a Drago y Tara conmigo. Tenía diecisiete años. Tara tenía cuatro años en ese momento.

—¿Qué pasa con sus padres?

—Estaban en la mafia. Se colocó una bomba en su casa en represalia porque el padre de Drago mató a algunas personas. Ambos murieron en la explosión. Drago y Tara sobrevivieron. —Su voz es tensa mientras se seca una lágrima—. Dina, su hermana, también murió.

Se me cae el estómago y presiono mi mano sobre mi boca, pero todavía se me escapa un grito ahogado de sorpresa.

—Había algunos familiares que podrían haber acogido a Drago y Tara, pero no podía dejar que se quedaran en Serbia. Era una disputa sangrienta y no quería arriesgarme a que los asesinos los persiguieran. Hice falsificar sus pasaportes para decir que eran míos y vinimos aquí.

La miro fijamente. ¿Mudarse sola a un país extraño con dos hijos que ni siquiera eran suyos? No conozco a nadie que hubiera hecho algo así. —Pero, ¿alguna vez estuviste casada con su padre?

Keva levanta sus ojos hacia los míos. —A veces, el amor no termina con el fin del matrimonio, Sienna. O la vida. El hombre que amaba estaba muerto, pero sus hijos no. Y estaban en peligro. Hice lo que había que hacer.

Miro el cuenco que tengo en las manos. La relación de Drago con Keva tiene mucho más sentido ahora.

—¿Drago te consiguió más de esos? ¿Cristales de vidrio? —Ella pregunta.

Me encojo de hombros. —No. ¿Por qué?

—Deberías pedirle más. Me encanta lo que hiciste con ellos.

—¿Sabes dónde está Drago? No lo he visto esta mañana.

—Se fue temprano. Algo sobre el trabajo. —Ella me mira de reojo—. ¿Ya lo echas de menos?

—Ciertamente no extraño a ese jabalí hipócrita. —Agarro la siguiente cápsula y la desmorono entre mis dedos.

El hombre se refirió a nuestro matrimonio como un sacrificio necesario, dejando muy claro que yo le importo un comino. ¿Y qué hice? Dejé que me follara contra la pared, disfrutando cada segundo. Y, como si eso no fuera suficiente para mostrar lo patética que soy, me desperté esta mañana anhelando más, sólo para descubrir que él se había ido.

Todavía no puedo decidir si estoy enojada con él por no estar allí o conmigo misma por sentirme decepcionarme.

—¿Jabalí hipócrita? —Keva toma la taza de café que está sobre la mesa y me levanta una ceja.

—Sí. Habló de mi reemplazo con un tipo y luego me dijo que enviará a su sicario a matar a cualquiera que desee hacerme daño.

Keva se echa a reír. —Parece que ustedes dos se llevan muy bien.

La puerta de la cocina se abre y uno de los hombres de Drago, Iliya, entra. —El teléfono de Drago. Lo dejó en Naos anoche. —Coloca el dispositivo sobre la mesa frente a Keva y se va. Una gran grieta ha dividido la pantalla en diagonal, un sinfín de pequeñas líneas como una delicada telaraña sobre el resto.

—Drago nunca deja su teléfono. —Keva se limpia la mano con una toalla y la alcanza—. Especialmente cuando esperamos que llegue un nuevo envío, y hoy llegará uno. Los controladores siempre le envían actualizaciones, por lo que si hay problemas, podemos hacerlo... —Ella se queda boquiabierta ante algo en la pantalla.

—¿Hay algún problema? —Pregunto porque la expresión de su rostro es realmente extraña.

—No. Nada. Es sólo que no sabía que su teléfono estaba roto. —Deja el dispositivo y toma un sorbo de café.

—Drago lo tiró para poder agarrarme el trasero —murmuro—. Perdí mi virginidad presionada contra una pared en su club mientras la gente todavía deambulaba a nuestro alrededor.

Keva escupe su café y gotas de color marrón oscuro se esparcen por toda la mesa de madera. —¿Qué? —Ella jadea en medio de un ataque de tos.

—Sí. Y luego, cuando me desperté esta mañana, él no estaba allí. —Miro el plato de guisantes para que no pueda ver las lágrimas en mis ojos—. Ya terminé con mi lote. ¿Me necesitas para algo más?

—Puedo encargarme desde aquí.

Me levanto y me giro para dirigirme hacia la puerta, dando un par de pasos antes de que Keva me llame. —Sienna. ¿Puedes llevar el teléfono de Drago arriba y dejarlo en tu habitación?

—Seguro. —Tomo el dispositivo de su mano extendida y salgo corriendo de la cocina.

Cuando llego al dormitorio, tiro el teléfono sobre la cama y me giro para salir de nuevo, pero luego me detengo en el umbral. No lo hagas. Respiro profundamente y miro por el pasillo. El cuarto piso parece estar desierto, así que cierro la puerta del dormitorio. Lamentablemente no hay cerradura.

No lo hagas. Mi conciencia me grita mientras camino de regreso a la cama. *Eres mejor que eso.*

Me subo a la cama y me siento en el centro con las piernas cruzadas, mirando el teléfono de mi marido. ¿Tiene fotos de sus ex? ¿Cómo son las mujeres que le atraen? ¿Alta y sofisticada, vestida con esos horribles trajes de pantalón de colores aburridos? Drago no me parece un hombre que guardaría imágenes de sus novias en su teléfono, pero tiene que haber al menos unas cuantas. Violar la privacidad de alguien es algo que normalmente nunca haría, pero esto se está burlando muchísimo de mí. ¿Qué pasa si sólo doy un vistazo rápido? Simplemente ingresa a su galería y desplázate por las últimas fotos. No. No lo voy a hacer.

Resistí la tentación durante cinco minutos completos. Luego, tomo el teléfono y presiono el botón de encendido. La pantalla se ilumina. Y está desbloqueado. Cierro los ojos por un momento y respiro profundamente otra vez.

Su fondo es una foto de alguien, pero no puedo ver la imagen con claridad. Toda la pantalla de inicio está cubierta de íconos de aplicaciones, pero puedo decir que es una mujer. ¡Tumbada en la cama! Ni siquiera necesitaba entrar a la maldita galería. ¡No puedo creer que todavía tenga la foto de una ex amante como fondo de pantalla de su teléfono! Deslizo el dedo por la pantalla como una maníaca, tratando de encontrar una ventana con menos íconos para poder ver cómo se ve la perra. Las primeras tres pantallas están abarrotadas, pero la cuarta no tiene íconos y la foto es completamente visible. Mi corazón se salta un latido.

La perra... soy yo.

Estoy usando mi pijama favorito de rayas de cebra, enredada en las sábanas, acostada de lado y apretando una almohada contra mi pecho. Mantiene mi foto en su teléfono.

Vuelvo a la pantalla de inicio y hago clic en el icono de la galería. Más fotografías mías, algunas de mí durmiendo, pero la mayoría están tomadas desde lejos, sin que yo lo sepa. Yo, parada frente a un probador, probándome un vestido. Yo, tomándome una selfie junto a un rosal detrás de la casa. Yo, agachada junto a la caseta de un perro mientras Zeus me lame la cara. Hay más de cincuenta fotografías y...

—¿Qué carajo estás haciendo?

Salto, sobresaltada. Mi marido está parado en la puerta, mirando el teléfono que tengo en las manos.

—Yo... Yo... Estaba mirando la pantalla —murmuro y rápidamente hago clic en el botón de encendido para poner el teléfono en modo de suspensión—. Esta roto.

Drago llega a la cama con unas cuantas zancadas largas y poderosas y me arrebató el teléfono de la mano.

—¿Estabas leyendo mis mensajes para poder informar a Ajello? —me ladra en la cara.

—¿Qué? ¡No!

—¿En realidad? ¿Por qué no? Por lo que he podido saber, entiendes bastante bien el serbio.

Mi corazón se hunde hasta la boca del estómago. Dios mío, él lo sabe.

—Dime, *mila moya*, ¿conocías serbio antes? ¿O lo aprendiste específicamente para este matrimonio?

Cierro los ojos y dejo caer la cabeza. —Lo aprendí —susurro.

—¡Mírame cuando me hablas! —grita y mi cabeza se levanta de golpe.

—¡El Don me ordenó aprenderlo! —Le grito en la cara.

—Así que no fue una coincidencia. Fue planeado con mucha antelación. ¿Cuánto tiempo te llevó prepararte para tu misión de espionaje? ¿Seis meses?

Respiro profundamente, tratando de evitar que las lágrimas se derramen. —Dos.

Los ojos de Drago brillan de sorpresa. —Dos putos meses. ¿Cómo diablos lograste eso?

—Me gustan los idiomas —susurro—. Por eso el Don me eligió.

—¿Te amenazó? Porque si lo hubiera hecho, voy a destripar a ese hijo de puta.

Agarro la colcha entre mis dedos, la aprieto con todas mis fuerzas y cierro los ojos. Ajello amenazó a mi hermano, pero nunca creí que alguna vez lastimaría a Arturo. Considerándolo todo, acepté ser parte de este plan por mis propios motivos.

—Nadie me amenazó. —Me encuentro con la mirada penetrante de mi marido—. Fue mi decisión.

El cuerpo de Drago se queda inmóvil. Sus ojos sostienen los míos mientras la ira crece en sus profundidades verdes. —Quiero saber qué le has dicho a Ajello hasta ahora.

—Yo... Le dije que tienes algunos problemas con los rumanos. Me preguntó sobre algún trato que habías hecho, pero le dije que no sé nada.

Se inclina y se mete en la cara. —¿Qué otra cosa?

—Que la mayoría de tu gente vive aquí, en tu casa.

—¿Cómo te atreves a poner en riesgo a mi familia? —Su voz es peligrosamente baja mientras lo dice, impregnada de tanto disgusto que me estremezco. Es mucho peor que gritar—. Recoge tus cosas y lárgate de mi habitación.

Observo la forma de Drago alejándose mientras cruza el dormitorio y cierra la puerta de golpe detrás de él. Mi cuerpo se sacude ante el sonido. Después de levantarme de la cama, tiro el edredón hasta el suelo y lo extiendo frente al armario. Con las extremidades entumecidas, empiezo a tirar mi ropa encima. Uno de los chicos llevó mis maletas al almacén en el nivel del suelo, y no hay manera de que vaya allí, de ninguna manera voy a arriesgarme a enfrentarme a Drago nuevamente.

Una vez que he recogido buena parte de mi ropa sobre el edredón, junto las esquinas y arrastro mi carga hacia la habitación al final del pasillo. Repito la terrible experiencia dos veces más hasta que saco todo de la suite de mi marido.

DRAGO

No puedo creer lo absolutamente imperturbable que está mi esposa. Está sentada a mi lado, charlando sobre algunas tonterías con Jelena con una amplia sonrisa en su rostro. Mirko le echa algo y ella se ríe. No es una preocupación en el mundo. De hecho, parece estar disfrutando de su cena.

Yo, por otro lado, pasé toda la tarde reprendiéndome por criticarla y ordenarle que saliera de nuestra habitación. No es que no sospechara que ella le había estado proporcionando información a su Don. Los asuntos comerciales confidenciales rara vez se discuten en la casa, por lo que ella solo podría haber aprendido y transmitido cosas intrascendentes, la mayoría de las cuales, Ajello puede obtener fácilmente por otros medios. Sin embargo, verla husmear en mi teléfono me hizo perder la cabeza. Una cosa es si ella pasó parte de la información que recopiló en el camino. Es un asunto completamente diferente buscar más detalles a propósito. Y el hecho de que ni siquiera la obligaran a espiarme hizo que el sabor amargo de la traición fuera diez veces peor. Lo que me enoja aún más es que probablemente ella también vio sus fotos en mi teléfono. ¡Mierda!

Sin decir una palabra, me levanto de la mesa con la intención de salir cuando mi mirada se posa en la pecera en la esquina. Tres de los cuatro peces naranjas se mueven dentro del recipiente, pero el restante parece flotar en la superficie. Cruzo la distancia y miro dentro del acuario. El pez está muerto y flota boca abajo.

Sienna ya perdió una mascota una vez y probablemente se angustiará cuando la vea. ¡Es un maldito pez! Mueren todo el tiempo. *¡No es una niña que se enfade seriamente por un pez muerto!* Sí, pero no puedo soportar la idea de que mi esposa se inquiete por cualquier cosa, aunque sea un poco. Incluso cuando estoy jodidamente furioso con ella.

Echando un vistazo por encima del hombro para confirmar que Sienna todavía está ocupada con la conversación con Jelena, saco el cuerpo resbaladizo y, manteniéndolo escondido dentro de mi puño, salgo del comedor.

—Toma una foto de esto —le digo a Iliya, que está de guardia en la puerta principal, y le entrego el pez muerto—. Envía a alguien a buscar uno idéntico y ponlo en la pecera.

Iliya toma el pez por la cola y lo mira. —No estoy seguro de que las tiendas de mascotas sigan abiertas.

—No me importa. Asegúrate de que esté hecho —escupo y salgo para aclarar mi cabeza.

La caminata de quince minutos que planeaba hacer termina siendo un viaje de una hora a través de la ciudad hasta donde mi hermana alquiló un estudio en un edificio sin ascensor de seis pisos. Levanto ligeramente la barbilla al equipo de seguridad de Tara. Los chicos vigilan su casa desde un coche aparcado al otro lado de la calle. Entro al edificio y subo las escaleras hasta el último piso.

—Si hubiera sabido que eras tú, habría fingido que no estaba en casa —espetea Tara cuando abre la puerta—. ¿Qué deseas?

—He decidido que tuviste tiempo suficiente para calmarte y vine a ver cómo estabas. —Entro y miro a mi alrededor. Es un lugar bonito y moderno, decorado en tonos blancos y marrones oscuros.

Tara cierra la puerta y se para frente a mí con las manos en las caderas. Su voz no ha cambiado mucho desde que era niña y conserva su tono alto. Siempre necesito leer sus labios cuando hablamos.

—Estoy bien, como puedes ver muy bien. Ahora, siéntete libre de volver a casa con tu esposa italiana.

—Esta animosidad que tienes hacia Sienna es infundada. Ella no tuvo nada que ver con la muerte de Petar.

—Oh, ¿la estás defendiendo ahora?

—Deja de actuar como una mocosa. —Yo suspiro—. ¿Revisaste las piedras?

Los ojos de Tara brillan como siempre cuando hablamos de trabajo. Nunca nada ha mantenido la atención de mi hermana por mucho tiempo. Se transfirió de universidad un par de veces y no pudo decidirse por una especialización, por lo que finalmente abandonó los estudios por completo. Hace cuatro años, después de verla desperdiciar sus días, decidí que necesitaba hacer algo con su vida y la contraté para que se encargara de la logística de mi negocio de gemas preciosas.

—Sí, todo está bien excepto la tanzanita. Debería haber sido azul oscuro, pero sólo tenemos unos pálidos. Absolutamente poco profesional. —Ella niega con la cabeza—. Las esmeraldas que conseguimos para el Príncipe Árabe están bien, gracias a Dios.

Asiento, paso alrededor de mi hermana y me acerco a la cómoda contra una pared cercana. Encima hay una imagen enmarcada en un pequeño marco plateado. Es una foto de Tara y Dina, tomadas de la mano en su primer día de jardín de infantes. Tomo el marco y paso la punta de mi dedo por el rostro sonriente de Dina.

Tara pone su mano en mi brazo. —¿Estás de acuerdo con que lo tome? Es la única foto que tenemos.

—Sí —digo.

De todos modos, duele demasiado mirarlo. Cada vez que veo esta foto, me entran dudas y no puedo dejar de reexaminar esa noche, preguntándome qué hice mal. ¿Dina estaría viva hoy si intentara romper la ventana de su habitación? ¿O si hubiera sido más rápido?

Devolví el marco a la cómoda. —Ven a la mansión y conoce a mi esposa. Comida o cena. Puedes elegir el día.

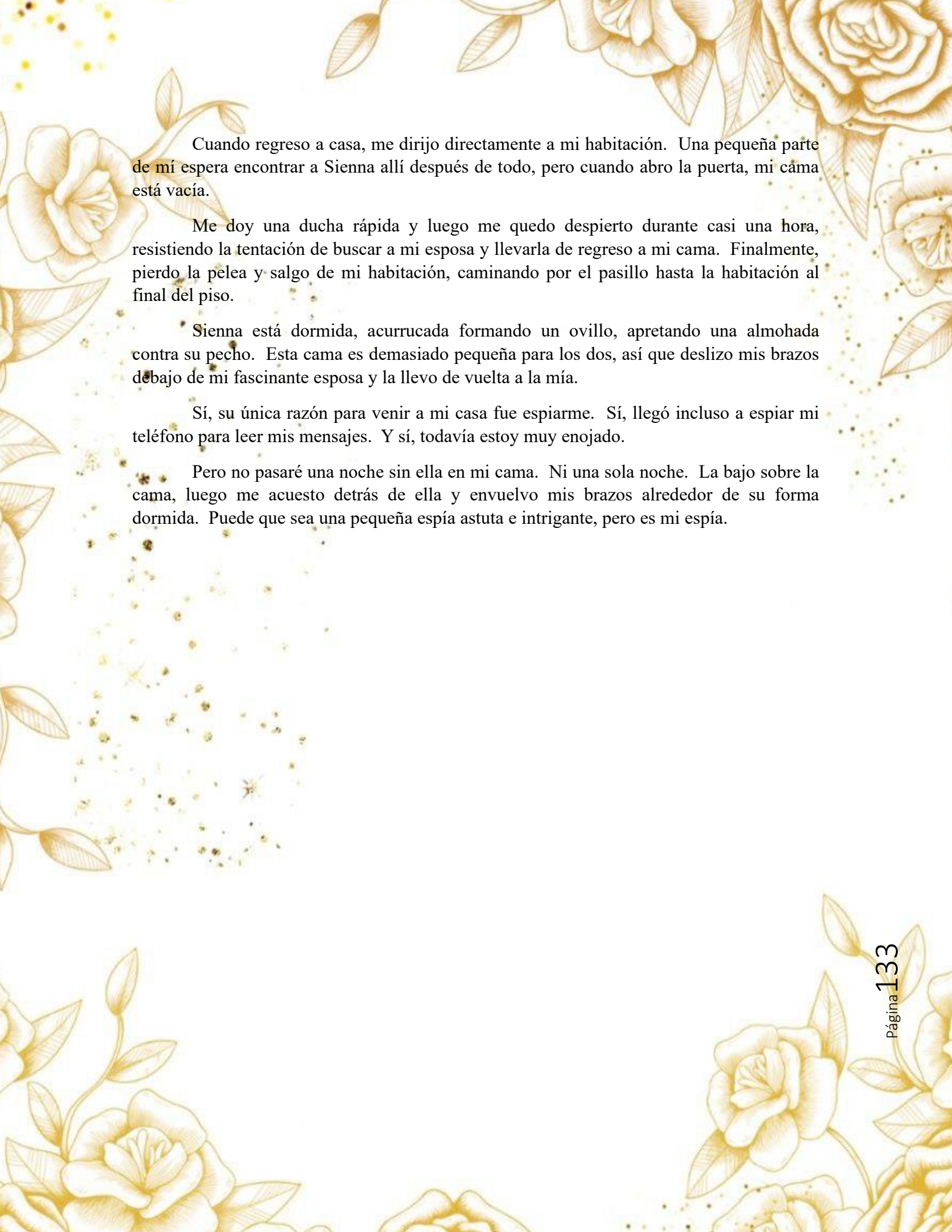
—No voy a poner un pie en esa casa mientras esa mujer esté allí.

—No estaba preguntando, Tara. —La inmovilizo con mi mirada—. Tú vas a venir. Y serás educada. Fin de la discusión.

Tara aprieta los dientes. —Bien.

Me giro para irme cuando mis ojos se fijan en la estantería de la esquina. Uno de los libros quedó apoyado contra el fondo del estante. En la portada, una mujer con un vestido vintage blanco abraza a un chico sin camisa y de pelo largo, que parece sufrir de estreñimiento. Estoy bastante seguro de que vi exactamente ese libro en la mesa de noche de Sienna, justo al lado de otro con un tipo semidesnudo aullando a la luna.

—Tengo la sensación de que tú y mi esposa se llevarán muy bien —le digo por encima del hombro.



Cuando regreso a casa, me dirijo directamente a mi habitación. Una pequeña parte de mí espera encontrar a Sienna allí después de todo, pero cuando abro la puerta, mi cama está vacía.

Me doy una ducha rápida y luego me quedo despierto durante casi una hora, resistiendo la tentación de buscar a mi esposa y llevarla de regreso a mi cama. Finalmente, pierdo la pelea y salgo de mi habitación, caminando por el pasillo hasta la habitación al final del piso.

Sienna está dormida, acurrucada formando un ovillo, apretando una almohada contra su pecho. Esta cama es demasiado pequeña para los dos, así que deslizo mis brazos debajo de mi fascinante esposa y la llevo de vuelta a la mía.

Sí, su única razón para venir a mi casa fue espiarme. Sí, llegó incluso a espiar mi teléfono para leer mis mensajes. Y sí, todavía estoy muy enojado.

Pero no pasaré una noche sin ella en mi cama. Ni una sola noche. La bajo sobre la cama, luego me acuesto detrás de ella y envuelvo mis brazos alrededor de su forma dormida. Puede que sea una pequeña espía astuta e intrigante, pero es mi espía.

Capítulo 14

SIENNA

Finjo estar inmersa en comer el pastel servido en la cena, mientras observo en secreto a mi marido. Lleva jeans y una camisa de vestir blanca. Los dos botones superiores están desabrochados y las mangas arremangadas hasta los codos. Todavía me parece inusual que los hombres de aquí vistan ropa tan informal. La ropa cotidiana de los miembros de la Cosa Nostra se compone casi exclusivamente de trajes. La única vez que vi a los hombres de Ajello vestidos de manera informal fue el día de la boda de Asya, y solo porque Pasha advirtió que no se permitiría la entrada al lugar a nadie con traje. He visto a Drago vestido con un traje completo varias veces hasta ahora, pero por lo general usa solo una camisa con botones y jeans.

No me ha dicho una palabra desde que me pilló con su teléfono hace cinco días. Principalmente actúa como si yo ni siquiera estuviera presente. Excepto de noche.

Todas las noches, aproximadamente una hora después de que me voy a dormir, él entra en mi habitación al final del pasillo y me lleva de regreso a la suya. La primera vez, no me di cuenta de lo que había sucedido hasta que sus brazos rodearon mi cuerpo mientras me apretaba contra su pecho. Fingí que todavía estaba dormida mientras me hundía en la comodidad de su cama y el calor de su cuerpo. Sin embargo, a la mañana siguiente me desperté en mi nueva habitación.

Al principio pensé que lo había soñado todo, pero luego olí su aroma en mí. No estaba durmiendo cuando él apareció la noche siguiente, pero actué como si lo estuviera. Y por la mañana, cuando me llevó de regreso, hice lo mismo. En realidad, no estoy segura de si sabe que estoy fingiendo estar dormida, pero no puede esperar que no me dé cuenta de que me carga cinco noches seguidas. Quizás él también esté fingiendo.

No sé qué pensar de sus acciones. Pero una cosa que sí sé es que mantener esta farsa se está volviendo insoportable. Quiero poder tocarlo y acurrucarme libremente a su lado. Y quiero tanto que volvamos a tener sexo que siento como si mi coño llorara de necesidad. Podría decirle la verdad. Explicarle mis razones para aceptar el matrimonio, aunque probablemente él simplemente se reiría de mí. ¿Quién en su sano juicio se casa con un extraño por miedo a quedarse sola? No. No puedo desnudarme así ante él.

Drago asiente ante lo que dice Filip, con los ojos centrados en la boca de su segundo al mando. No en el suelo como pensé inicialmente. Me ignora por completo sentado a su lado.

Fingiendo indiferencia, recojo mi teléfono de la mesa y, apretando los labios, me tomo una selfie. Drago no se da vuelta. Es como si yo le importara un carajo. Sólo que lo hace.

Después de ver mis fotos en su teléfono, comencé a prestar más atención y noté cosas que antes me había perdido. Cómo entra con frecuencia a la cocina mientras yo estoy allí, le hace a Keva una pregunta sin sentido y luego se va. Cada vez que esto sucede, puedo sentir sus ojos sobre mí mientras pretendo estar absorta en lo que sea que esté haciendo en ese momento. O, cada vez que me encuentra jugando videojuegos con Adam, ladra órdenes y lo envía a hacer un recado, incluso cuando parece bastante trivial. Y ayer, cuando estaba jugando con los perros afuera, vi a mi esposo parado junto al garaje, mirándome. En el instante en que se dio cuenta de que lo había visto, se dio la vuelta y se fue.

Ya terminé de ser ignorada.

—Hola, Filip. —Apoyo mi barbilla en mi mano y sonrío—. ¿Puedo pedir un favor?

Tanto Drago como su mano derecha me miran.

—Um, claro —dice Filip, lanzando una mirada rápida a Drago, cuyos ojos están pegados a mis labios—. ¿Qué necesitas?

—¿Tienes algo de tiempo libre mañana? —grito.

—Él no lo tiene —espeta Drago.

Inclino la cabeza y lo miro, manteniendo la sonrisa plasmada en mi rostro. —Le estaba preguntando a Filip.

—Y respondí. ¿Para qué lo necesitas?

—Quería pedirle a Filip que me enseñara a conducir un coche. Pero si está ocupado, le preguntaré a otra persona. —Me encojo de hombros—. ¿Está Adam disponible?

—No.

—Oh. Qué tal si...

—Él tampoco está disponible.

Levanto una ceja. —No he dicho quién.

—No importa. Ninguno de mis hombres está libre. Contén tu actitud alegre, no servirá de nada por aquí. —La mandíbula de Drago está apretada y sus fosas nasales están dilatadas.

—¿Por qué?

Agarra el respaldo de mi silla y se inclina hacia adelante hasta que su mejilla roza la mía. —Porque soy el único hombre que se va a bañar bajo tu sol, Sienna —dice junto a mi oreja—. Nadie más.

Él se retira y me mira. Al parecer, alguien está celoso y se esfuerza por no demostrarlo.

—¿Y estás disponible mañana? —Pregunto.

Aprieta aún más la mandíbula. —No.

—Demasiado. Entonces tendré que intentar encontrar a alguien más. —Tomo mi plato y me levanto de la mesa—. Buenas noches.

El peso de los ojos de Drago sobre mí es pesado mientras me dirijo a la cocina, y luego nuevamente cuando regreso y salgo del comedor. Una vez que llego a mi habitación, me doy una ducha rápida y me dirijo a la montaña de cosas que tengo encima de la cómoda. Sólo hay un pequeño armario en esta habitación y no cabe toda mi ropa. Estoy rebuscando entre la pila en busca de pijamas cuando la puerta detrás de mí se abre de golpe.

Sorprendida, grito y me doy la vuelta. Drago está parado en el umbral, con los ojos fijos en la toalla que estoy apretando. Es una toalla bastante pequeña. Espero hasta que su mirada se mueve hacia mi cara y pestañeo inocentemente. Llegas temprano. Todavía estoy despierta, así que vuelve en una hora.

Cubre la distancia entre nosotros con varios pasos largos y coloca sus manos sobre la cómoda, enjaulándome. Su respiración es dificultosa y los músculos de su cuello están tensos. Él está enfadado.

Aflojo la toalla y la dejo caer al suelo, pero la mirada de Drago permanece fija en mi cara. Extiendo la mano y lentamente desabrocho un botón de su camisa. Y luego otro. Él no dice nada, ni siquiera se inmuta mientras yo trabajo con el resto. Luego, bajo mis manos para desabrochar el botón y la cremallera de sus jeans, luego engancho mis pulgares en la cintura y tiro de sus pantalones, junto con sus calzoncillos, hacia abajo, liberando su dura polla.

Un gruñido bajo sale de sus labios, pero permanece quieto incluso cuando lamo su pecho expuesto. El autocontrol que tiene este hombre es incomparable. Rodeando su cuello con mis brazos, me pongo de puntillas.

—Te extraño, Drago.

Con un movimiento de su brazo, la ropa de la cómoda detrás de mí vuela hacia un lado. Drago me agarra los muslos, me levanta y golpea mi trasero contra la parte superior despejada.

La humedad se acumula entre mis piernas mientras él desliza sus manos detrás de mis rodillas, empujándome hacia adelante. Su polla entra en mí con un rápido empujón. Respiro profundamente. Como si hubiera estado bajo el agua y hubiera salido a la superficie, jadeando por aire.

Él permanece completamente quieto, sin mover un músculo, mientras yo me deleito con la sensación de su polla alojada dentro de mí. Aprieto mis brazos y piernas alrededor de él y respiro profundamente otra vez. Los músculos de mi coño se contraen alrededor de su espesor mientras se hincha aún más.

Miro hacia arriba y encuentro su mirada. No sólo está enojado. Según la mirada en sus ojos, está consumido por la furia. Inclinandome hacia adelante, le doy un ligero beso en el borde de su mandíbula apretada. Luego uno más, más cerca de sus labios que están fuertemente apretados. Aparte de nuestra respiración, el tictac de un reloj en algún lugar de la habitación es el único sonido que rompe el silencio.

Junto mis pies detrás de su espalda, pero Drago permanece inmóvil. Es un castigo. O eso es lo que probablemente crea. Nueve tiempos. Diez. Inclina la cabeza ligeramente hacia un lado e inhala. Me tiemblan las piernas. Voy a correrme sólo por sentir su polla dentro de mí. Quince tiempos. Ni siquiera sus manos se mueven, todavía están agarrando la parte de atrás de mis rodillas. Es un duelo: su necesidad de follarme contra su voluntad de que me castiguen. Dieciocho. Diecinueve.

—Drago —le digo junto a su oreja.

Él toma aire. Al segundo siguiente, se retira y se estrella dentro de mí nuevamente. Y otra vez. Suelto su cuello y agarro el borde de la cómoda, aferrándome a la superficie de madera mientras él golpea contra mí. Cada empuje es más duro y más rápido.

Las luces están encendidas, así que puedo ver la guerra de ira y satisfacción en su rostro mientras me penetra como un loco. El aliento me abandona en breves ráfagas. Levanta mi pierna con su mano izquierda mientras la otra se desliza alrededor de mi nuca, apretando mi cabello. Todo mi cuerpo tiembla y jadeo, mirando sus ojos llenos de lujuria. La cómoda golpea contra la pared detrás de mí con cada movimiento de sus caderas. Hay cincuenta personas en esta casa y estoy bastante segura de que cada una de ellas puede oírnos. Y me importa un carajo.

—¡Di mi nombre otra vez! —Drago muerde mientras continúa con sus embestidas.

Levanto la barbilla y aprieto los labios con fuerza. Su vena temporal late y sus músculos se tensan. El agarre sobre mi cabello se intensifica, inclinando mi cabeza hacia atrás.

—Joder, dilo, Sienna.

Me está golpeando tan fuerte que probablemente mañana no pueda caminar. Ahora no hay señales de indiferencia. Está perdiendo el control por completo. Me encanta.

—¡Drago! —Grito cuando mi orgasmo estalla mientras estoy perdida en sus ojos.

Parecen casi salvajes cuando se entierra por completo y explota. Mantiene su apretado agarre en mi cabello y sostiene mi mirada mientras su cálido semen me llena.

El silencio vuelve a reinar, roto sólo por el sonido de nuestra respiración agitada y el tictac del reloj.

DRAGO

Llevo casi una hora despierto, contemplando el cielo matutino visible más allá de la puerta del balcón. Sosteniendo a mi esposa con fuerza en mis brazos. Por lo general, duerme de lado, con la cara enterrada en mi pecho, pero en algún momento de la noche se subió encima de mí. Sienna ahora está pegada a mi pecho, con sus brazos alrededor de mi torso y sus piernas a horcajadas sobre mi cintura.

Debería levantarme e ir a buscar a Filip para que podamos discutir dónde conseguir suficiente producto para cubrir las pérdidas sufridas en el incendio del almacén de Syracuse, pero no puedo obligarme a levantarme de esta cama. Es tan bueno tener a mi pequeña espía nuevamente en mis brazos.

Los últimos días han sido una puta pesadilla llena de frustración. Hice lo mejor que pude para ignorarla pero no pude mantenerme completamente alejado. Durante el día, fue algo manejable. Seguí encontrando razones estúpidas para encontrarla. Ayudó a calmar la necesidad de tenerla cerca, pero la mayoría de las veces, me agitaba aún más cuando la encontraba divirtiéndose en la sala de recreación con mis hombres. Casi me pierdo cuando la vi jugando un videojuego con Adam otra vez.

Nunca he sido un hombre celoso. La idea de perder la cabeza sólo porque un chico habló con mi mujer parecía una idiotez.

Pareció. Pasado.

Anoche, después de que Sienna le pidiera a Filip que le enseñara a conducir, envié un mensaje de texto a todo mi equipo, haciéndoles saber que si pilló a algún hombre socializando con mi esposa mientras yo no estoy presente, le romperé el cuello.

Sienna se mueve y su coño desnudo se desliza sobre mi dura polla. Cuando la llevé a mi habitación anoche, la tiré sobre la cama y la follé de nuevo. No fue suficiente. Ni siquiera cerca. Apretando mi agarre alrededor de su cintura, nos doy la vuelta y me preparo para no aplastarla. Después de deslizar mi mano libre entre nuestros cuerpos, me lleva menos de un minuto provocar su clítoris para mojarla. Todavía está medio dormida cuando empujo mi polla dentro de ella. Espero que se ponga tensa por la repentina intrusión, pero ella simplemente sonríe y abre más las piernas, mirándome con ojos velados.

La golpeo, mis embestidas son fuertes y rápidas, la ferocidad significa castigo por su traición. Cuando Ajello propuso este acuerdo matrimonial, sospeché que sus planes eran más que simplemente revivir nuestra colaboración. Anticipé que ella sería una informante para su Don. Como dijo Keva, yo habría ideado lo mismo si estuviera en el lugar de Ajello, por lo que su espionaje no parecía una traición al principio. Entonces no estaba enamorado de ella. Pero lo estoy ahora. Tan jodidamente enamorado que ni siquiera puedo soportar pasar una sola noche sin ella en mi cama.

Deslizando la palma de mi mano por su estómago, le dejo un beso en el hombro. Luego, muerdo la piel sensible en el hueco entre su cuello y clavícula. Incluso su olor es embriagador. Me siento atraído por ella como si un planeta frío y distante fuera atraído hacia el sol y necesitara sentir su calor. Necesito más. Cada atuendo ridículo, todas las chispas que iluminan sus ojos vivaces y cada sonrisa burlona me han hundido aún más en la locura. Debería haberla enviado de regreso a la Cosa Nostra en el momento en que me di cuenta de su engaño, pero no lo hice. Ya no puedo imaginar mi vida sin su sol.

Tomo su pierna y la pongo sobre mi hombro, hundiéndome más profundamente dentro de ella. Sienna gime debajo de mí y me agarra los antebrazos, sus uñas raspan mi piel mientras sus ojos se clavan en los míos.

Su cuerpo tiembla cuando se corre, echando la cabeza hacia atrás en éxtasis. Mi pequeña traidora. Debería haber terminado primero, negarle el orgasmo, tomar una pequeña venganza por lo que me está haciendo, pero no pude. Sólo una vez que se hunde en la cama y estoy seguro de que ha terminado, me suelto y encuentro mi propia liberación.

Los ojos marrón oscuro de mi esposa encuentran los míos y me capturan. Me recuerdan a los de un gato: grandes e hipnóticos, cálidos e increíblemente dulces. Levanta la mano como para colocarla en mi cara, pero me alejo.

—El desayuno es en diez minutos. —Me salgo de ella y me dirijo hacia el armario para conseguir un cambio de ropa—. Estate frente al garaje en media hora si quieres esa lección de manejo.

Cuando me doy la vuelta, Sienna todavía está tumbada en medio de la cama, mi semen goteando de su coño.

—Déjame un poco de agua caliente. —Ella sonríe, ignorando por completo mi tono antagónico.

Agarro la puerta del armario con todas mis fuerzas, tratando de reprimir la necesidad de volver allí y besar esa boca mentirosa.

—Usa la ducha de tu habitación. —Cierro la puerta del armario de golpe y entro al baño.

SIENNA

Salió.

Me rodeo con mis brazos y miro el lugar vacío en el garaje donde había estado estacionado el auto de Drago. Son sólo las ocho. Ni siquiera he ido a desayunar. Me di una ducha y bajé corriendo las escaleras. Cuando miré por la ventana hace cinco minutos mientras me vestía, él estaba hablando con Filip afuera de la puerta principal del garaje. Me muerdo el labio inferior con frustración y vuelvo a la casa, llamando al profesor en el camino. Recibí otro mensaje “SIENNA” en mayúsculas mientras bajaba hacia aquí.

—Han pasado diez días desde tu último check-in, Sienna —ladra sin preámbulos.

—Hay demasiada gente por aquí. Intentaré ser más rápida en el futuro.

—Actualización. Ahora.

—Bueno, tuvimos una situación aquí el viernes, que dejó a todos nerviosos durante el resto del día.

—Detalles, Sienna. ¿Fue algo en el club?

—No. La nevera se estropeó.

Siguen unos momentos de silencio. —¿La nevera?

—Sí. Era después del horario comercial y es uno de esos grandes tipos industriales. Nos llevó horas encontrar...

—¡Me importa un carajo el maldito frigorífico de Popov!

—Pero aquí no pasa nada que esté relacionado con los tratos de Drago. La nevera fue lo más destacado de toda la semana y...

La línea se corta. Me estremezco. Parece que no está contento con mi informe. Meto el teléfono en el bolsillo trasero de mis jeans y sigo caminando hacia la mansión.

La gente come en el enorme comedor, su charla se oye desde el vestíbulo. Sonríó y digo buenos días mientras paso por la mesa larga y entro a la cocina. Keva y otras cuatro chicas corren de un lado a otro, sacando platos de los armarios y llenando tazas con café en grandes bandejas redondas. Es toda una hazaña alimentar a tanta gente con tres comidas al día.

Keva corre hacia uno de los seis hornos para sacar un pastel de queso, un plato de desayuno tradicional serbio, gritando al mismo tiempo que solo le sirvan té a Mirko porque no le permiten tomar café. Uno de sus ayudantes entra corriendo a la cocina para decir que Beli se queja de que todavía tiene hambre; su trozo de pastel era aparentemente más pequeño de lo habitual.

—¡Puedes decirle a ese ogro que si tiene un problema, puede llevarlo al departamento de quejas! —Keva grita, cierra de golpe la puerta del horno y se vuelve hacia mí—. Hay platos con extras en el mostrador. Lleva algunos a la horda devoradora de comida.

Agarro los dos enormes platos ovalados y los llevo al comedor. Cuando regreso a la cocina, termino con una bandeja llena de tazas de café en mis manos. También los llevo al comedor y, en el camino de regreso, tomo un trozo del pastel.

Cuando todos terminan de desayunar, hay una pila de platos sucios de una milla de altura en el fregadero y los tres lavavajillas están llenos. Me doy la vuelta con la intención de pedirle a alguien que me muestre cómo encenderlos, pero todos parecen ocupados. Mirando hacia el lavavajillas más cercano, reflexiono sobre qué hacer. En realidad, nunca antes había encendido uno de estos. En casa, la criada o Asya se encargaban de limpiar la cocina. Hay botones de programas en la puerta del lavavajillas y sé que necesito elegir uno, pero supongo que primero debo agregar el detergente para platos. ¿Hay algún compartimento específico para eso? No veo ninguno. Hay una botella grande de jabón líquido para platos junto al fregadero que está repleto de ollas y sartenes grasientas. Desenrosco la tapa de la botella y vierto una buena cantidad dentro de la máquina más cercana, luego repito el mismo proceso con las otras dos. Una vez hecho esto, selecciono el ciclo de lavado intenso para cada uno y los enciendo.

—¡Sienna! —Jelena llama desde algún lugar detrás de mí—. Llegó el pedido de carne. ¿Puedes pedirle a uno de los muchachos que traiga todo y firme los papeles para el repartidor?

—Seguro.

Corro al comedor y llevo a Relja a la puerta trasera de la cocina que se usa para la carga. Mientras descarga las cajas de la furgoneta, repaso el formulario de pedido que me entregó el repartidor. Dice que el envío contiene ciento cincuenta libras de carne de cerdo y doscientas libras de pollo.

—Entonces, ¿esta es una provisión mensual? —Pregunto mientras firmo.

—Semanalmente —murmura el chico.

¿Semanalmente? ¡Eso son trescientas cincuenta libras de carne! Levanto la vista del formulario y encuentro al repartidor mirando mis botas rojas brillantes hasta la rodilla.

—Igual que Dorothy, pero más rudo, ¿no? —Sonríó y golpeo mis talones dos veces.

El asiente y sus cejas tocan la línea del cabello. —Sí.

—Oliver —grita Keva— si Drago te pilla babeando sobre las piernas de su esposa, tendrás que considerar un cambio de carrera. Será difícil conducir con los ojos en el bolsillo, cariño.

La cabeza del chico se levanta de golpe. Toma el formulario de mi mano y sale corriendo por la puerta sin decir adiós.

Cuando Relja se va después de traer las cajas de carne, Keva y yo somos las únicas que quedamos en la cocina.

—Esto es una locura —digo y salto para sentarme encima del mostrador al lado de la estufa donde ella puso la tetera para el té.

—Lo sé. —Ella sonríe y me mira de reojo—. Pero te gusta, ¿verdad?

—Sí me gusta. Me gusta aquí.

—A nosotros también nos gusta tenerte aquí.

Inclino mi cabeza en el refrigerador a mi derecha y suspiro. —Drago no lo hace.

—Lo hace. Simplemente no quiere admitirlo. —Levanta la tetera y vierte el agua en una taza desportillada que tiene delante—. Y tú sabes por qué.

Cierro mis ojos. Le dijo a ella. —Porque le estoy pasando información sobre los negocios de Drago a Ajello.

—Creo que es un poco más complicado que eso, Sienna.

—¿Qué quieres decir?

Ella se encoge de hombros. —Eso no me corresponde a mí decirlo, querida. Tendrás que preguntárselo a tu marido.

—Él no ha estado hablando conmigo últimamente.

—¿Puedes culparlo? —Pregunta Keva, mirándome por encima del borde de su taza de té.

—No supongo que no. —Yo suspiro—. ¿Qué pasa con la audición de Drago?

Los ojos de Keva se abren como platos. —Entonces, te has dado cuenta. —No es una pregunta.

—Me llevó un tiempo. Pensé que algo no estaba bien cuando hacía una pregunta y parecía que él no me escuchaba. Pero también noté que no parecía tener problemas para escuchar lo que se decía cuando hablaba con sus hombres.

—Drago sufre pérdida de audición de alta frecuencia. Significa que, en la mayoría de los casos, no puede percibir sonidos agudos o, cuando puede, no puede distinguir lo que se dice. —Deja la taza sobre la encimera y toma mi mano—. Imagínate hablar con alguien por teléfono, pero la conexión es mala y solo puede escuchar algunas de las palabras, o partes de las palabras. Puedes escuchar a la persona al otro lado de la línea, pero no puedes entender lo que dice porque se pierde gran parte de la conversación.

—Está leyendo los labios para compensar, ¿no?

Ella asiente.

—Es realmente bueno.

—Bueno, lo ha estado haciendo durante mucho tiempo, Sienna.

—¿Cuánto tiempo?

—Casi veinte años —dice Keva—. La explosión de la bomba que destruyó su casa, mató a sus padres y a su hermana y le causó graves daños en los tímpanos.

—¿Fue entonces cuando también le salieron las cicatrices de las quemaduras?

—Sí.

Respiro profundamente y me muerdo el interior de la mejilla. —¿Puede oírme? ¿Cuándo hablo?

La mano de Keva aprieta la mía. —Tu voz es bastante alta, cariño. Él puede oírte, pero para Drago, probablemente todo suene como un murmullo. Le resultaría difícil entender la mayor parte de lo que dices sin leer los labios. Pero probablemente pueda oír muy claramente cuando dices su nombre porque no contiene consonantes agudas.

—¿Por qué no me lo ha dicho?

—No es exactamente de conocimiento común. Ya sabes cómo funciona el mundo de la mafia, Sienna. La gente podría usar esa información en su contra, especialmente durante reuniones importantes.

—Él cree que se lo diría al Don —dije entrecortadamente.

—Lo hace.

La miro boquiabierta. ¿Cómo puede pensar que compartiría algo tan privado? — No le digas a Drago que lo sé. Por favor.

—¿Por qué?

—Simplemente no lo hagas.

—Uno de estos días, los sentaré a ustedes dos y los haré hablar entre ustedes. — Ella niega con la cabeza y toma su taza, pero de repente grita—. *Jebem ti lebac!*⁸

Sigo su mirada y mis ojos se posan en los lavavajillas al otro lado de la cocina. De alrededor de las puertas sale espuma jabonosa. Salto del mostrador y corro tras Keva, que corre hacia el caos. Cuando la alcanzo, ya ha detenido las tres máquinas y está en proceso de abrir la más cercana. Un chorro de burbujas blancas sale disparado del aparato incluso antes de que la puerta esté completamente cerrada.

—¡Jesús! —Grita, mirando el desorden que se duplica cuando abre el segundo lavavajillas—. ¿Qué diablos pasó aquí? ¡Llama a las chicas y consigue algunos trapos!

—Eh... Creo que es mi culpa —murmuro mientras abro el cajón para coger los paños de cocina.

DRAGO

Estaciono mi auto y camino hacia el interior del almacén donde almacenamos el último envío de armas. Filip y dos guardias de seguridad están junto a una pila de cajas, mientras que un tercer guardia está a unos metros de distancia, apuntando a un hombre con una pistola.

—¿Es el tipo de Bogdan al que sorprendiste husmeando? —Pregunto.

—Sí. —Filip asiente—. Estaba jugando con la cerradura de la puerta trasera. Había alguien más con él, pero se fue. Adam fue tras el tipo.

Saco mi arma y me giro hacia el posible saboteador. —¿Planeas destruir otro de mis edificios?

El hombre sacude la cabeza y gime. Apunto a su muslo izquierdo y aprieto el gatillo. Agarrándose la pierna, cae de costado. —Intentémoslo de nuevo. ¿Qué estabas haciendo aquí? —Pregunto.

⁸ ¡Que te jodan!

—Comprobando la seguridad —se lamenta.

—¿Para que los demás puedan venir esta noche y prenderle fuego? Lindo. —Me agacho frente a él—. Sé que Bogdan recibirá un envío importante la próxima semana. Necesito la fecha, la ruta y la descripción del vehículo. Y ya que estamos en eso, necesito la ubicación de los dos almacenes que utiliza para almacenamiento.

—No sé nada de eso.

Presiono el cañón de mi arma contra su muslo derecho y disparo. El hombre grita, rueda hacia el otro lado y se agarra la pierna recién herida. Lo agarro por el hombro y lo tiro hacia atrás para que me mire.

—¿Esto te ayudó con tus conocimientos? —Pregunto—. ¿O necesitas un incentivo adicional?

El tipo murmura algo que suena como una dirección. Miro por encima del hombro y veo a Filip escribiendo en su teléfono. —¿Ubicaciones?

—Sí. —El asiente.

—Perfecto. —Vuelvo a centrarme en el rumano—. ¿Cuándo llegará este envío?

—Martes, temprano en la mañana.

—Bien. Ahora, la ruta de los camiones.

—No sé. ¡Lo juro!

—¿Qué hace?

—Bogdan y su encargado de logística. Mircea.

—¿Ese tipo bajito con gafas que siempre sigue a Bogdan?

—Sí.

—Gracias. —Me levanto, le disparo al tipo en la cabeza y me giro hacia mi segundo al mando—. ¿Bogdan sigue desaparecido?

—Nadie lo ha visto desde hace semanas. Iliya dice que sus informantes creen que Bogdan regresó a Rumania.

Tamborileo con los dedos sobre la superficie de madera de una caja. Hemos estado intentando localizar al hijo de puta, pero hace tiempo que nadie lo ve. Conozco al líder rumano desde hace años y nunca abandonaría el país cuando recibe un envío.

—Él no está en Rumania —digo y asiento hacia el cuerpo—. Tira este en el refrigerador, lo necesitaré la próxima semana. Haz que Adam siga a Mircea, pero no lo

toques por ahora. También necesito que nuestros hombres revisen las ubicaciones que nos dio el hombre muerto, pero asegúrate de que no los vean.

—Está bien. ¿Qué otra cosa?

—Los camiones de Bogdan llegarán el martes por la mañana, lo que nos deja cuatro días para prepararnos. Formaremos tres equipos. Un equipo interceptará el camión. Los otros dos irán a los lugares de almacenamiento el lunes por la noche y esperarán. Cuando tengamos el camión, podrán prender fuego a esos agujeros de mierda.

—Tomar represalias contra Bogdan robándole su cargamento y haciendo volar sus almacenes es una cosa, pero ¿qué vamos a hacer con las armas extra?

—Llamaré a Belov y veré si Bratva quiere más armas. Ese dinero cubrirá nuestras pérdidas en Siracusa.

Filip me mira y se pasa la mano por el pelo. —Bogdan se pondrá furioso, Drago.

—Si, él lo hará.

—¿Deberíamos aumentar la seguridad en la mansión?

—Duplicalo. Iré a buscar a Tara antes de que todo esto se derrumbe. La quiero en casa hasta que todo esto pase.

—A ella no le gustará.

—Me importa un carajo —ladro. El teléfono en mi bolsillo vibra—. ¿Tenemos pistolas pequeñas en alguna parte?

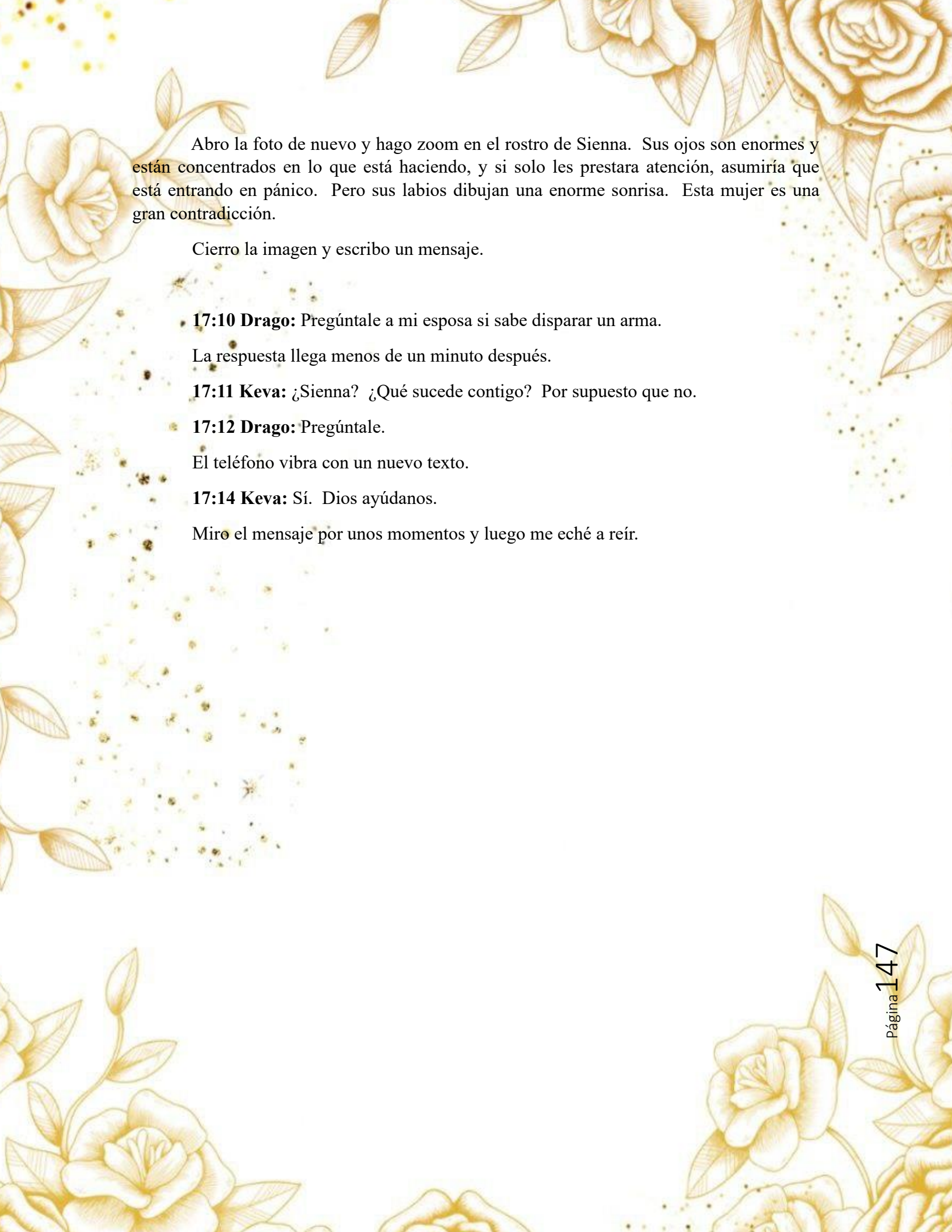
—¿Cuán pequeño?

—Realmente pequeño. Consígueme uno rosa, si es posible. —Mi teléfono vibra con otra notificación—. Voy a enseñarle a Sienna a disparar. Por si acaso.

Los ojos de Filip casi se salen de sus órbitas. —Es eso... ¿inteligente?

—No te dejes engañar por sus sonrisas y su ropa tonta, Filip. Hay mucho más de lo que parece en lo que respecta a mi esposa. Honestamente, me sorprendería que ella no supiera ya disparar un arma.

Dejo a mi segundo al mando de pie con una expresión confusa en su rostro y salgo del almacén. Cuando me pongo al volante, saco mi teléfono para comprobar los mensajes. Hay dos, ambos de Keva. La primera es una foto de mi esposa agachada en un charco de espuma blanca, recogiéndola en un balde con un cucharón de sopa. Lleva botas de tacón alto de color rojo brillante con un lazo a juego en la cabeza. El segundo es un mensaje de texto que me informa que mi esposa echó jabón líquido en los lavavajillas.



Abro la foto de nuevo y hago zoom en el rostro de Sienna. Sus ojos son enormes y están concentrados en lo que está haciendo, y si solo les prestara atención, asumiría que está entrando en pánico. Pero sus labios dibujan una enorme sonrisa. Esta mujer es una gran contradicción.

Cierro la imagen y escribo un mensaje.

17:10 Drago: Pregúntale a mi esposa si sabe disparar un arma.

La respuesta llega menos de un minuto después.

17:11 Keva: ¿Sienna? ¿Qué sucede contigo? Por supuesto que no.

17:12 Drago: Pregúntale.

El teléfono vibra con un nuevo texto.

17:14 Keva: Sí. Dios ayúdanos.

Miro el mensaje por unos momentos y luego me eché a reír.

Capítulo 15

DRAGO

Apoyo mi hombro en el marco de la puerta y miro a mi esposa. Está en la isla de la cocina, cortando algo con cuidado con movimientos medidos de su cuchillo. A pesar de estar ocupada con las tareas domésticas, lleva otro atuendo loco combinado con pantuflas doradas de piel sintética. Sus elecciones de moda son completamente ridículas, pero es increíblemente hermosa, incluso cuando usa sus atuendos absurdos.

Cuando llegué a casa anoche, Sienna ya estaba dormida. Como hago todas las noches, la llevé a mi cama. Me comí su coño perfecto mientras ella todavía estaba medio dormida y luego me la follé. Duro. La sostuve en mis brazos toda la noche, pero aun así la llevé a su habitación esta mañana antes de ir a trabajar. No sé por qué sigo haciéndolo. Estoy jodidamente enojado, pero no puedo determinar la razón detrás de mi rabia. ¿Son sus mentiras o que ella me mintió? Tal vez estoy enojado conmigo mismo porque, incluso después de todo, no puedo obligarme a odiarla.

Y ese es el puto problema. Por eso estoy aquí ahora, mirando a mi esposa como un maldito imbécil.

Mientras miro, Sienna huele y se frota el ojo con el dorso de la mano. Me pongo alerta inmediatamente y cruzo la cocina.

Cuando la alcanzo, la agarro por la cintura y la levanto para sentarla en la isla junto a la tabla de cortar.

—¿Drago? —Ella parpadea confundida mientras las lágrimas se deslizan por sus mejillas.

Cierro los ojos por un segundo, tratando de calmarme. Quien se haya atrevido a decir o hacer algo que haya hecho llorar a mi esposa, saldrá de esta casa dentro de diez minutos. En una maldita bolsa para cadáveres.

—¿Qué sucedió? —Pregunto entre dientes.

—Eh... Estoy ayudando a Keva a preparar una salsa de cebolla.

Miro hacia la tabla de cortar. Malditas cebollas. —¡Névena! —Hago un gesto a la chica que juega con las especias—. Quítate esto.

—¿Qué? ¿Por qué? —pregunta Sienna.

No hay forma de que le diga que casi me pongo furioso porque ella estaba llorando por las malditas cebollas. En lugar de eso, me llevo la espalda para sacar el arma que Relja me compró y la coloco en el mostrador junto a Sienna.

—Glock 42 —digo—. Relja no pudo encontrar uno rosa en tan poco tiempo.

Ella me arquea una ceja. —¿Por qué necesitaría un arma?

—Sólo una precaución. Esperamos algunos problemas.

Sienna toma el arma y la revisa, luego suelta el cargador. —¿Sólo seis rondas?

—¿Planeas hacer un alboroto, mila moya?

—Tal vez. —Vuelve a colocar la recámara con un gesto floricioso.

Mi polla se endurece al verla luciendo tan inocente, con los pies colgando del mostrador y, al mismo tiempo, manejando el arma como una profesional.

—¿Tu hermano te enseñó a disparar? —Pregunto.

Ella ríe. Ojalá pudiera escuchar el sonido.

—Arturo nunca me dejaría tocar un arma. —Ella se inclina hacia adelante y mueve las cejas—. Le dije que iba a una clase de baile. Incluso llevé una bolsa con zapatos de baile y un disfraz, y le mostré algunos movimientos que aprendí en línea para que no hiciera preguntas.

—Vas a guardar esa arma en tu habitación, pero si vas a salir de casa, aunque sea para ir a jugar con los perros, llévala contigo.

—¿Mi habitación? —Hace una pausa y sus ojos brillan—. ¿O nuestra habitación?

Estoy tentado. Estoy jodidamente tentado, pero no puedo rendirme. Agarro su barbilla e inclino su cabeza hacia arriba. —Tu habitación, Sienna. Pensé que lo entendías.

—¿Entonces solo somos amigos de mierda que están casados?

—Algo como eso.

Ella me arruga la nariz y aparta mi mano. —Vete al infierno.

La sigo con la mirada mientras salta del mostrador y se dirige hacia la puerta sólo para detenerse a medio camino del umbral. Ella se queda allí unos segundos y luego se da vuelta.

—A partir de este momento, olvídate de la parte de los amigos de mierda, Drago. Ya terminé —muerde y amartilla el arma que le di—. Si te vuelvo a encontrar en mi habitación, serás testigo de primera mano de lo mucho que he aprendido en esas clases.

Y entonces, mi brillante, inocente y brillante esposa levanta su arma y apunta a la jarra de leche vacía a mi lado en el mostrador. Un estallido épico resuena en la espaciosa cocina cuando el contenedor vuela hacia atrás y rebota en la puerta de la despensa. Alguien grita. Filip y otros tres hombres irrumpen en la habitación con las armas en la mano. Ni siquiera le prestan atención a Sienna, que todavía está parada en medio de la cocina, sosteniendo el arma en la mano y luciendo linda como un botón con su vestido suéter rosa y pantuflas peludas. Todo el mundo grita y siento que mi cabeza va a explotar, pero lo único que puedo ver es a mi esposa. Ella me mira fijamente, con una sonrisa malvada adornando su rostro. Todo lo demás se desvanece, como siempre, cuando ella está en la habitación.

Me acerco a ella y le agarro la nuca. Ella me mira entrecerrando los ojos e inclina la barbilla. Mi diablillo que camina por el mundo disfrazado de ángel. Envuelvo mi brazo libre alrededor de su cintura, acercándola a mi pecho en el proceso, y golpeo mi boca contra la de ella.

Algo golpea el suelo con un ruido sordo, probablemente el arma. Los brazos de Sienna rodean mi cuello, abrazándome con fuerza mientras me devuelve el beso. Nuestras lenguas luchan por la supremacía. Pero entonces, de repente se detiene y se aleja.

—Bájame.

Aflojo mi agarre, dejándola deslizarse lentamente por mi cuerpo.

—Recuerda, ni un pie dentro de mi habitación —dice, luego se inclina para recoger el arma del suelo y sale de la cocina.

Cuando Sienna se pierde de vista, me vuelvo hacia mis hombres, que están al otro lado de la cocina, observando y luciendo confundidos.

—De vuelta al trabajo —espeto.

Ponen sus armas en sus fundas y salen corriendo, pasando junto a Keva, que está parada en la puerta con las manos en las caderas.

—Es oficial —declara—. Ustedes dos fueron hechos el uno para el otro.

SIENNA

Dejo el arma dentro del cajón de la mesita de noche antes de cerrarlo.

—Ese hijo de puta —murmuro mientras me deslizo debajo del edredón y me tapo la cabeza.

Todavía me tiemblan las manos, así que las deslizo debajo de la almohada y respiro profundamente. Nunca antes había disparado un arma fuera del campo de tiro. Querido Dios, podría haber lastimado a alguien. Podría haberle disparado a mi idiota marido por error. No es que no lo merezca, pero aun así, sólo pensar en que Drago resulte herido me produce náuseas.

Esta no soy yo. No ando amenazando a la gente, ni disparando a cosas, por el amor de Dios, pero ese hombre... Ese maldito hombre me está haciendo perder la cabeza como nadie lo ha hecho jamás.

—Ya terminé —murmuro en la almohada.

Voy a empacar mis cosas y llamar a Arturo para que venga a buscarme. El catedrático probablemente se volverá loco, pero no me importa. Ya no puedo soportar esto.

Me quito la manta, corro hacia la cómoda y empiezo a sacar mi ropa, sólo para detenerme cuando llego al equipo de entrenamiento que Drago me compró. La expresión del rostro de mi marido cuando salí del camerino vestida con el chándal no tiene precio. Me dejo caer en la cama, apretando los pantalones deportivos y la sudadera a juego contra mi pecho. No quiero irme. Pero tampoco quiero quedarme. Yo... Ya no sé lo que quiero.

Mi mirada se dirige al teléfono en la mesa de noche. Lo alcanzo y presiono el número de mi hermana.

—¿Cómo está mi hermana favorita? —Grito cuando Asya atiende la llamada.

—Tu única y favorita hermana está bien. Y ella conoce ese tono. Significa que hiciste algo.

—¿Qué?! ¡Por supuesto que no! Sólo quería charlar.

—Hablamos hace dos horas. ¿Qué hiciste, Sienna?

Me acuesto en la cama y levanto la cabeza para mirar el techo. —Casi le disparé a mi marido.

—¿Disparo? —Ella grita—. ¿De qué estás hablando? ¿Qué pasó?

—Me compró un arma. —Me encojo de hombros aunque ella no puede verme—. Estaba enojada con él.

—Entonces, ¿le disparaste?

—No. Le disparé a una jarra de leche. Una vacía. Pero si no hubiera acertado, la bala podría haber acabado en su riñón.

—¿Y por qué estás enojada con él?

—Le pregunté si lo único que somos son amigos de mierda. Él dijo que sí. Él también está enojado conmigo. —Yo suspiro—. Le he estado dando información sobre la organización serbia a Ajello. Drago se enteró y me echó de nuestra habitación. Ahora me ignora. Bueno, cuando no estamos teniendo relaciones sexuales, claro. Pero todavía está enojado conmigo.

—¿Te acuestas con él?

—Por supuesto que me acuesto con él. ¿No te acuestas con tu marido?

—¡No estoy espionando a mi marido! Cómo... ¿Cómo pueden ustedes dos estar durmiendo juntos cuando él sabe lo que has estado haciendo?

—Muy bien, en realidad. El sexo es increíble y a Drago le gusta abrazarme después. —Mis labios se curvan hacia arriba—. Me encanta cuando me atrae hacia su cuerpo y me rodea con sus brazos y piernas. Me siento protegida, como si nada pudiera tocarme cuando él está ahí, ¿sabes? Pero luego, por la mañana, me lleva de regreso a mi nueva habitación y continúa fingiendo que no existo durante el día.

—Y te molesta.

—No es así. Sólo digo. —Me encojo de hombros de nuevo—. Tiene los ojos más asombrosos... Verde claro con motas marrones. Pero cuando está enojado, se vuelven más oscuros. Es muy sexy.

—Entonces, ¿te gusta?

—No, no particularmente. Está de mal humor la mayor parte del tiempo y no habla mucho. Ojalá lo hiciera. Su voz también es sexy. —Me pongo boca abajo y entierro la nariz en la almohada. Un leve olor a colonia de Drago se pega a él. Nunca ha pasado una noche aquí, así que probablemente sea por mi cabello. Por lo general, mete mi cabeza en la curva de su cuello cuando dormimos.

—Entonces... no te gusta. —No es una pregunta, pero aún puedo escuchar la incertidumbre en su tono.

—No. ¿Simplemente me gusta estar cerca de él?

—Eso no tiene ningún sentido —suspira Asya.

—Lo extraño cuando no está aquí. No me gusta, pero cuando no está, todo parece... vacío. Una mañana me hizo salir a correr con él y desde entonces hemos estado trotando juntos tres veces por semana. Me compró esta increíble lavanda...

—¿Estás trotando?

—Sí. Bueno, hasta que me pilló mirando su teléfono. Pensó que estaba leyendo sus mensajes para poder informar sobre sus negocios al Don, pero solo quería ver si tenía fotos de sus ex allí.

—Mm-hmm.

—Oh, me olvidé de decírtelo. Me llevó a una boda antes del incidente telefónico. Fue en esta enorme carpa. Allí había al menos cuatrocientas personas. Y una banda. Bailé sobre una mesa.

—¿Tu qué?

—Parece ser algo habitual en las bodas serbias. —Me rio—. Ojalá hubieras podido verlo. Incluso la novia lo hizo. Me tomé una selfie con Drago y la publiqué en mis redes sociales. ¿No lo viste?

—Eh... no exactamente. Tus cuentas han estado configuradas como privadas durante semanas.

—¿Qué? Probablemente hice clic en algo por error, lo cambiaré de nuevo. —No es de extrañar que nadie haya comentado o dado me gusta a mis fotos.

—¿Sigues delatando a tu marido ante el catedrático, Sienna?

—Un poco. La última vez que me llamó Ajello le dije unas tonterías de que se había roto la nevera y, antes, le dije que Drago se va a comprar otra camioneta. Necesito volver a registrarme la próxima semana, así que tengo que pensar en otras cosas triviales que pueda darle.

—¿La gente de Drago no habla de negocios cuando estás cerca?

—Oh, lo hacen. Simplemente no le dejaré a Ajello saber ninguna información confidencial.

—¿Y eso lo sabe tu marido?

—No.

—Tienes que decírselo, Sienna.

—¿Por qué habría de hacer eso? Me importa un carajo lo que él piense de mí.

Se suceden unos segundos de silencio antes de que Asya finalmente responda: —Porque estás enamorada de tu marido.

—¿Qué? —Me eché a reír—. No estoy enamorada de él. No seas ridícula.

—Te conozco, Sienna. Y sé cómo funciona tu mente. Estás enamorada de Drago, pero prefieres seguir mintiéndote a ti misma antes que admitirlo.

Mi cuerpo se tensa. Una sensación de presentimiento me invade, comienza en la boca del estómago y luego se extiende por el resto de mi sistema hasta que temo que me va a tragar por completo. —No —me atraganto.

—Él no va a morir, Sienna.

Entierro mi cara en la almohada para sofocar un gemido. Ella no entiende.

—Lo que les pasó a nuestros padres nunca fue culpa tuya. Tampoco lo que me pasó a mí. Tienes que dejar de creer que todos los que están cerca de ti terminarán muertos o heridos, cariño.

—Tengo que irme —murmuro en la almohada—. Te llamare mañana.

—Sienna, por favor...

Termino la llamada, activo el modo silencio y deslizo el teléfono debajo de la almohada.

Es casi la hora de cenar, pero no creo que pueda soportar la comida ahora. O personas. Después de levantarme de la cama, tomo mi pijama y ropa interior y me dirijo al pequeño baño adjunto. Me quedo en la ducha hasta que el agua pasa de caliente a helada. Luego, vuelvo a meterme en la cama, pero en lugar de dormir, termino mirando la pared en blanco.

Probablemente llevo una hora mirándolo cuando escucho que se abre la puerta. Cierro los ojos con fuerza y escucho. Pasan unos segundos en completo silencio antes de que el clic del cierre llegue a mis oídos. No entró. ¿Por qué eso me da ganas de llorar?

El colchón se hunde debajo de mí y el aliento que queda dentro de mí se aloja en mi pecho. Mantenida cautiva como mi corazón repentinamente quieto. La manta se desliza lentamente fuera de mi cuerpo, centímetro a centímetro hasta que se quita por completo. Un toque aterrizo en mi cadera, justo donde se me subió la blusa. Es tan ligero, no más que la punta de un dedo. Apenas puedo sentirlo mientras se mueve sobre la piel de mi estómago, trazando una línea justo por encima de la cintura de los pantalones de mi pijama.

—Nunca me preguntaste cómo sabía que podías entender el serbio —la voz profunda de Drago llena el silencio de la habitación.

Me tensa pero mantengo la boca y los ojos cerrados. No tiene sentido responder ya que las luces están apagadas. Su otra mano llega a mi cintura, sus dedos se enganchan en la banda mientras lentamente desliza los pantalones del pijama por mis piernas.

—Eres excepcionalmente buena fingiendo, *mila moya*. Pero cometiste un error durante la cena hace un tiempo.

Sus dedos acarician la piel de mis muslos mientras baja las bragas. Se me escapa un pequeño gemido, así que rápidamente me muerdo el labio inferior, intentando reprimir el siguiente. Sé que él sabe que estoy despierta, pero de todos modos mantengo la apariencia.

—Tengo que reconocérselo a Ajello, elegirte para el trabajo fue una decisión magnífica. Si fuera cualquier otra persona, habría descubierto el engaño mucho antes. Pero me cegó la chica inocente y alegre con amplias sonrisas y atuendos ridículos, que llegaba a cada habitación o situación en un torbellino de color y alegría. —Me quita las bragas y Drago recorre mis piernas, cada vez más alto, hasta llegar a mi coño—. ¿Fue por obligación con la Cosa Nostra? ¿O simplemente querías joderme la vida como un rey, sólo por la emoción de hacerlo?

Su dedo comienza a deslizarse dentro de mí mientras su pulgar presiona mi clítoris, rodeándolo.

—Supongo que ya no importa. Pero debes saber una cosa, mi hermosa y brillante espía. Las decisiones que tomes tienen consecuencias. Siéntete libre de seguir disparándome. Y seguiré enojado contigo por mentirme. No cambia las cosas.

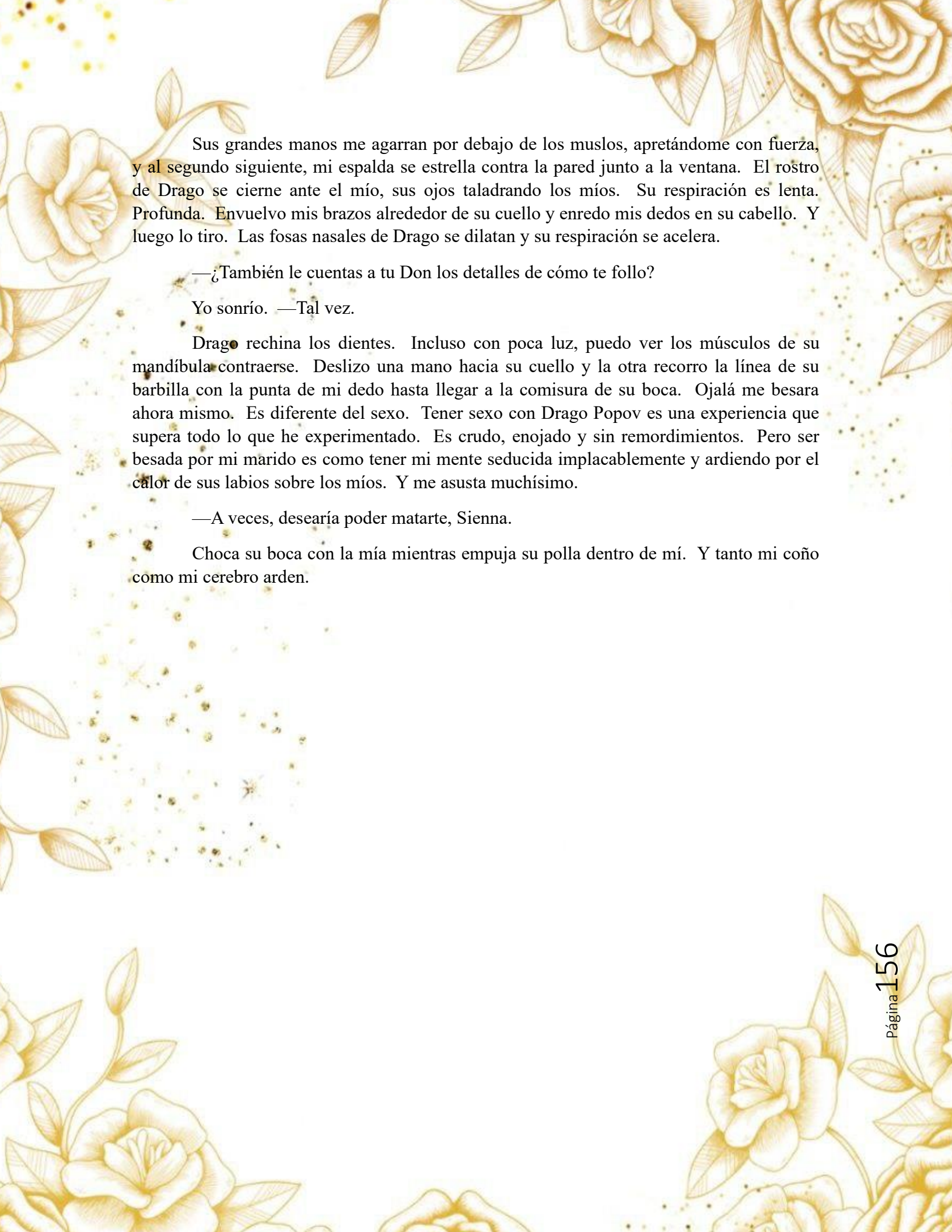
Respiro hondo mientras añade otro dedo, estirándome. Mis ojos todavía están cerrados pero puedo sentir su presencia sobre mí y luego su respiración entre mis piernas. Me agarro de la cabecera mientras los temblores sacuden mi cuerpo. Los ligeros temblores ante su primer toque se han vuelto estremecedores como si estuviera ardiendo de fiebre.

—Ahora eres mía, Sienna. ¡No hay vuelta atrás! —Él gruñe y entierra su cara entre mis piernas, chupando mi clítoris con tanta fuerza que grito su nombre a todo pulmón.

Suelto la cabecera y paso mis dedos por el cabello de Drago mientras él continúa devorándome. No puedo soportar ni un segundo más de su ataque, pero al mismo tiempo, moriré si se detiene. Estoy perdida, lista para explotar cuando sus dedos se deslicen fuera de mí. Me lame lenta y largamente la raja y luego su boca desaparece. Mis ojos se abren de golpe.

La iluminación en la habitación es escasa, solo la luz de la luna entra por la pequeña ventana y cae sobre la forma de Drago. Está parado al pie de la cama, desabotonándose la camisa mientras me mira fijamente. Me encanta observar a mi esposo cuando se viste porque lo hace lenta y metódicamente, cada movimiento calculado. Pero disfruto mucho más viéndolo quitárselos.

Drago deja caer su camisa al suelo y procede a desabrocharse los jeans. Mis ojos se deleitan con sus anchos hombros y su esculpido pecho, mi coño empapado palpita de necesidad. En el momento en que veo su enorme polla, mi mente se queda en blanco. Un extraño gruñido llena el silencio y me toma un momento darme cuenta de que proviene de mí. Salto de la cama, directo hacia mi marido.



Sus grandes manos me agarran por debajo de los muslos, apretándome con fuerza, y al segundo siguiente, mi espalda se estrella contra la pared junto a la ventana. El rostro de Drago se cierne ante el mío, sus ojos taladrando los míos. Su respiración es lenta. Profunda. Envuelvo mis brazos alrededor de su cuello y enredo mis dedos en su cabello. Y luego lo tiro. Las fosas nasales de Drago se dilatan y su respiración se acelera.

—¿También le cuentas a tu Don los detalles de cómo te follo?

Yo sonrío. —Tal vez.

Drago rechina los dientes. Incluso con poca luz, puedo ver los músculos de su mandíbula contraerse. Deslizo una mano hacia su cuello y la otra recorro la línea de su barbilla con la punta de mi dedo hasta llegar a la comisura de su boca. Ojalá me besara ahora mismo. Es diferente del sexo. Tener sexo con Drago Popov es una experiencia que supera todo lo que he experimentado. Es crudo, enojado y sin remordimientos. Pero ser besada por mi marido es como tener mi mente seducida implacablemente y ardiendo por el calor de sus labios sobre los míos. Y me asusta muchísimo.

—A veces, desearía poder matarte, Sienna.

Choca su boca con la mía mientras empuja su polla dentro de mí. Y tanto mi coño como mi cerebro arden.

Capítulo 16

DRAGO

La casa de Arturo DeVille está situada en un barrio exclusivo. Lo suficientemente cerca de todo lo importante, pero lejos de toda la locura de un sábado por la noche. O al menos tanto como lo permite vivir en Nueva York. Detengo mi motocicleta frente a la puerta de hierro y levanto la visera de mi escudo. Mirando directamente a la cámara, presiono el botón de llamada. Unos momentos más tarde, la puerta se desliza hacia un lado.

Estaciono mi motocicleta y me dirijo hacia la puerta principal donde está parado el hermano de Sienna, mirándome.

—¿Qué carajo estás haciendo aquí? —pregunta entre dientes.

—¿Vamos a hablar de negocios en tu porche?

Arturo me evalúa, luego se da vuelta y entra. Lo sigo a través de la espaciosa sala de estar. A pesar de su tamaño, la habitación resulta inesperadamente acogedora, como en casa. Hay una gran estantería, un cómodo sofá de cuero y un piano en un rincón. Fotografías se alinean en las paredes, la mayoría de ellas de Sienna y su hermana.

Arturo rodea la barra desayunadora que divide el espacio y entra a la cocina, dirigiéndose hacia la estufa.

—¿Qué deseas? —pregunta mientras agrega un poco de condimento a lo que tiene en la parrilla.

Me muevo hacia la barra de desayuno y me siento en un taburete más a la derecha, colocándome de manera que tenga su cara en mi línea de visión directa. El subjefe tiene una voz profunda que puedo escuchar sin problema, pero no me arriesgo cuando se trata de negocios.

—Uno de nuestros almacenes se incendió —digo—. Necesito más producto.

—¿Cuánto?

—Media tonelada, mínimo.

—Seis semanas —dice mientras da vuelta los filetes.

—Eso no funciona para mí. Lo necesito aquí en diez días.

Arturo usa su tenedor para clavar un trozo de queso de una fuente de antipasto y se lo lleva a la boca, observándome mientras mastica. Juegos de poder: parece que a los italianos les encantan.

—Puedo conseguirte los medicamentos el próximo fin de semana —dice con una sonrisa— pero tengo que agregar una tarifa urgente del 30 por ciento al precio normal.

—Eso es bastante empinado. ¿Todos los miembros de su familia reciben esa tarifa o soy especial?

Arturo tira el tenedor al fregadero y cruza la cocina con una mirada furiosa en el rostro. —No eres mi maldita familia.

—Me casé con tu hermana. Cuenta como “familia” de dónde vengo. —Inclino mi cabeza hacia un lado, sosteniendo su mirada—. Pero claro, de donde soy, nadie habría podido obligarme a entregar a mi hermana a un virtual extraño. Dime, Arturo, ¿también dejas que tu profesor te diga cuándo puedes orinar o puedes tomar esa decisión tú mismo?

No veo el cuchillo hasta que está a medio camino de mi cara. Bloqueo su mano, desviando el golpe directo a mi ojo, pero termino con un largo corte en mi mejilla. Agarrando la muñeca de Arturo con una mano, agarro el cabello de su nuca con la otra y golpeo su cara contra la barra de madera entre nosotros. Él ruge y fuerza el cuchillo hacia mi cabeza nuevamente. Suelto su cabello, agarro su mano que empuña el cuchillo y lo giro. No escucho el chasquido pero, según el aullido de Arturo, le rompí la muñeca.

Un fuerte golpe en mi barbilla hace que mi cabeza se gire hacia un lado. Doy un paso atrás y sacudo la cabeza, tratando de deshacerme del zumbido en mis oídos. Pensé que ese hijo de puta era diestro.

Arturo rodea la barra del desayuno y ataca hacia mí. Evito el gancho de izquierda dirigido a mi cara y entierro mi codo en su pecho, pero luego termino sin aliento cuando me da un rodillazo en el estómago. Me enderezo, agarro el frente de su camisa y lo golpeo contra la pared más cercana. La nuca golpea uno de los grandes marcos, que cae y se hace añicos.

—Esta discusión debería haber ocurrido antes de que se firmara el certificado de matrimonio, ¿sabes? —Escupo sangre a un lado y luego le lanzo un puñetazo en el estómago—. Pero tu hermana es mía ahora. Y no hay nada que puedas hacer al respecto.

—Si hubiera sabido lo enfermo que eres, nunca habría dejado que Sienna se casara contigo.

—No soy peor que otros hombres en nuestro mundo. Mira a tu Don. Enviar partes del cuerpo por correo como advertencia.

—Sí. Simplemente clavas a la gente en las paredes y tallas cruces en sus pechos. —Arturo se inclina hacia delante y su mirada me atraviesa—. Sienna lloró durante semanas después de la muerte de su perro. Imagínate lo que pasará cuando mi hermana descubra tu pequeño secreto. Así que no tengo que hacer nada más que contarle ese pequeño detalle y ella volverá corriendo a casa.

—Ella puede correr. Pero iré por ella y la recuperaré.

—No la recuperarás, Drago. Ajello puede ser despiadado, pero nunca obligaría a una mujer a volver con un hombre al que le tiene miedo.

Envuelvo mi mano libre alrededor de la garganta de Arturo y la aprieto. — Entonces tendré que asegurarme de que no puedas decirle nada a Sienna.

La mano izquierda de Arturo se dispara, agarrando mi garganta a cambio. — Puedes probar.

El golpe de una puerta contra la pared cuando se abre y el trueno de pies corriendo resuena por toda la casa. Un par de brazos rodean mi cintura, alejándome. Intento golpear con el codo al hombre que me sujeta, pero otro me agarra las extremidades. Arturo se lanza desde la pared y corre hacia mí, pero otros dos tipos lo agarran y lo retienen.

El catedrático de la Cosa Nostra entra y se para en medio de la habitación. — ¿Pelea familiar? —pregunta, mirándome, luego desvía la mirada hacia su subjefe.

—Sí. No podemos ponernos de acuerdo sobre dónde pasaremos la próxima Navidad. En casa de Arturo o en la mía —digo.

—En efecto. —El Don asiente a sus hombres—. Escolten al Sr. Popov afuera. Pueden terminar la planificación de sus vacaciones en otro momento. Necesito hablar con Arturo.

Me deshago de los hombres que me sujetan y doy un paso hacia el Don. — Conozco tu pequeño plan de espionaje. Esa mierda se acaba ahora, Ajello, o lo juro por Dios, las cosas no terminarán bien.

Sin esperar su respuesta, me giro y me dirijo hacia la puerta principal. Cuando llego al umbral, miro por encima del hombro y encuentro los ojos de Ajello. —Y si tu subjefe se atreve a entrometerse en mi vida privada, tendré que matarlo.

—Sienna ama a Arturo. Matarlo no sería saludable para tu matrimonio —dice—. Y Arturo no se entrometerá.

Asiento y salgo.

SIENNA

Tinta de un bolígrafo roto en una de mis camisetas favoritas. Perfecto. Estoy corriendo por el vestíbulo para encontrar a Keva y pedirle un quitamanchas cuando escucho el rugido de una motocicleta. Miro por la ventana que da al camino de entrada mientras una motocicleta negra se detiene a un lado. Una vez que el motor se apaga, el conductor desmonta y se quita el casco. Es Drago. No tenía idea de que mi marido anda en motocicleta.

Drago deja el casco en la manija y se acerca a la puerta principal. Un grito ahogado sale de mis labios mientras miro el lado izquierdo de su cara. Está cubierto de sangre. Corro hacia la entrada y llego justo cuando él entra.

—Ay dios mío. —Presiono mi mano sobre mi boca, mirando el largo corte que baja por su mejilla izquierda. Todavía está supurando.

—¡Keva! —Grito y doy un paso adelante, llevando mi mano hacia su barbilla, pero él aparta la cabeza.

—¿Tienes cinco jodidos años? —Grito y lo intento de nuevo—. Déjame ver.

Esta vez no se mueve y tomo su barbilla entre mis dedos, girando su rostro hacia un lado.

—Jesús, Drago. —Inhalo, mirando su mejilla. El corte mide cuatro pulgadas de largo.

—Que sucede... ¡Ay dios mío! —Keva corre detrás de mí—. Llévalo a la cocina, Sienna. Ahora mismo.

Drago da un paso y mi mano cae de su rostro. Miro fijamente su espalda mientras cruza el vestíbulo y luego troto tras él.

—Límpialo. —Keva me pone en las manos un paño de cocina y un cuenco de agua tibia—. Voy a conseguir un botiquín de primeros auxilios.

Miro el cuenco que tengo en las manos y luego a mi marido mientras se sienta en una silla junto a la mesa de la cocina.

—Dame eso —dice mientras se desabrocha la chaqueta. La camisa blanca debajo está cubierta de manchas de sangre.

Dejo el cuenco sobre la mesa y mojo el paño de cocina en el agua. Drago se acerca para tomar la tela de mi mano, pero la aparto.

—Quédate quieto —murmuro y doy un paso para pararme entre sus piernas. Suavemente, empiezo a limpiar la sangre de su cara.

Empiezo por su cuello y luego paso a su barbilla. Me tiembla la mano y el temblor sólo empeora a medida que me acerco al corte. La única otra vez que vi tanta sangre fue cuando Arturo se cortó la palma mientras fileteaba un pescado hace una década. Grité y me desmayé.

Los dedos de Drago rodean mi muñeca, alejando mi mano de su cara. —No parece que estés manejando muy bien la vista de la sangre.

Miro sus ojos interrogantes. —Estoy bien.

—Tu cara está tan pálida que se está poniendo verde. Dame la toalla.

Aprieto los dientes. —No.

Su otra mano llega a la parte baja de mi espalda, acercándose aún más hasta que mis labios están apenas a un centímetro de los suyos. —Dame la maldita toalla, Sienna.

—No. Te vas a lastimar.

—¿Por qué te importa?

—No lo hace —digo, mis labios tocan los suyos.

Keva irrumpe en la cocina con una caja llena de suministros médicos. —¿Cómo conseguiste eso? —Golpea el recipiente sobre la mesa.

Drago suelta mi muñeca. —Cuchillo. ¿Tienes una vacuna contra el tétanos ahí dentro?

—¿Te parezco una sala de emergencias? —Keva espeta y se inclina para mirarle la mejilla—. Eso necesitará puntos. ¿Qué pasó?

—Tuve una charla con mi cuñado.

—¿Arturo hizo eso? —Lo miro sorprendida—. ¿Por qué?

—Un desacuerdo empresarial.

—Idiotas —dice Keva mientras le rocía algo en la mejilla—. Sienna, hay un costurero por ahí en alguna parte. Encuéntralo.

—¿No debería ir a un hospital? —Me giro y empiezo a hurgar entre los suministros, muy consciente de la mano de Drago que todavía está en la parte baja de mi espalda, manteniéndome cerca.

—Este preferiría morir por la pérdida de sangre antes que volver a poner un pie en un hospital.

Le paso el costurero a Keva, que está usando una gasa para limpiar el corte de Drago, e inclino mis ojos hacia la cicatriz de la quemadura visible sobre el cuello de su camisa. Cuando miro hacia arriba de nuevo, Keva está sujetando los lados del corte con dos dedos mientras le clava una aguja curva en la piel y la cose justo delante de mis ojos. Coloco mi mano temblorosa en la otra mejilla de Drago y contengo la respiración.

Keva está hablando, pero sus palabras son silenciosas como si alguien me hubiera tapado los oídos. Con un rápido tirón, ata el hilo y lo corta. —Uno más.

Oigo un extraño ruido sordo en la parte posterior de mi cabeza. Es como si mi corazón de alguna manera se hubiera movido allí y ahora estuviera latiendo al doble de su ritmo normal.

—¿Duele? —Debe doler incluso con el spray anestésico. ¿Mi hermano hizo eso? —Voy a matarlo —susurro y paso el dorso de mi mano por la otra mejilla de Drago.

La aguja vuelve a perforar la piel de mi marido. Quiero mirar hacia otro lado pero no puedo levantar los ojos. Keva tira del hilo y Drago hace una mueca. Es un movimiento minúsculo de su mandíbula, pero siento el tic bajo la palma de mi mano. Todo ante mis ojos se disuelve.

—¿Sienna?

Escucho la voz de Drago, pero está muy, muy lejos.

—¡Sienna! Mírame bebé. —Ahora está gritando, pero sus gritos nunca han sido más distantes.

Todo lo que puedo ver es la neblina blanca ante mí, pero pronto, es reemplazada por oscuridad.

DRAGO

Los ojos de Sienna se ponen en blanco y la atrapo mientras su cuerpo se hunde contra el mío.

—¡Sienna! —La acuno suavemente en mis brazos y la sacudo ligeramente para despertarla—. Por favor bebé.

Keva me golpea el antebrazo. —Deja de sacudir a la pobre niña. Ella simplemente se desmayó.

—¡Qué! ¿Por qué? —Miro el rostro pálido de mi esposa mientras el pánico crece en mi pecho—. Voy a llamar a un médico.

—No seas ridículo. Ella volverá en sí en un minuto. Siéntate de nuevo para que pueda ponerte un vendaje sobre la herida.

—La llevaré arriba —digo y salgo de la cocina. Keva me grita algo sobre infección, pero la ignoro.

Llevo a Sienna a nuestra habitación, pero no puedo obligarme a dejarla ir. En lugar de colocarla en la cama, me siento en el borde y sigo sosteniéndola en mis brazos. Su cabeza descansa contra mi pecho y algo de color ya está regresando a sus mejillas. Los ojos de Sienna se abren, pero su mirada permanece desenfocada.

—¿Bebé? —Aprieto mi agarre sobre ella. ¿Puede oír los estruendosos latidos de mi corazón?

Ella murmura algo que no puedo descifrar.

—Te desmayaste —digo y bajo la cabeza, acercándome a su rostro—. No te atrevas a hacer eso nunca más.

Sienna parpadea, luego dice algo más y me mira entrecerrando los ojos. No estaba prestando atención a sus labios, pero creo que escuché —Arturo —así que supongo que preguntó por su hermano.

—Está en peores condiciones que yo, pero vivirá —digo y bajo mis ojos a su boca.

—¿Qué?

Mierda. Entendí mal. —¿Qué acabas de decir?

—Dije que no puedes ordenarme que no me desmaye.

Orden. Arturo. Suena demasiado similar. Mierda. —Sí, puedo. Y estaba hablando de tu hermano.

Sienna coloca su palma sobre mi mejilla ilesa. —¿Qué le hiciste a mi hermano, Drago?

—Le rompí la muñeca. Y tal vez unas cuantas costillas.

—¿Qué? —Se endereza y queda sentada en mi regazo—. ¿Por alguna tontería de negocios?

—Él empezó.

Ella levanta las cejas y toca mi labio inferior con su dedo y comienza a trazar la línea de mi boca en una caricia plumosa. —Arturo nunca atacaría a nadie a menos que lo provoquen. ¿Lo provocaste?

—Tal vez un poco. —Paso su dedo entre mis dientes y lo muerdo.

—Ay. —Ella retira su mano—. ¿Por qué fue eso?

—Por asustarme. —Me dejo caer en la cama, arrastrándola conmigo—. No más desmayos.

Sienna sonríe irónicamente mientras se sienta a horcajadas sobre mí. —Intentaré dar lo mejor de mí.

—Bien. Blusa. Afuera. Despacio.

Ella comienza a desabotonar la prenda sedosa. Verde lima con estrellas doradas. Se supone que es una prenda de vestir, pero me recuerda al papel de regalo. Coloco mis manos en su cintura, luego las deslizo por su caja torácica hasta su sujetador de encaje verde.

—¿Dónde encuentras estas cosas, Sienna?

—En tiendas. —Tira la blusa al suelo y se desabrocha el sujetador, liberando sus pechos firmes y deliciosos.

Los aprieto en mis palmas y observo cómo ella respira profundamente. —¿Estás usando bragas a juego?

—No estoy segura. ¿Por qué no lo compruebas?

Paso mis palmas por su pecho y estómago y agarro la cintura elástica de su falda. Es vaporoso como un tutú de ballet, pero dorado, el color hace juego con las estrellas de su camisa. Con todo el cuidado que me permiten mis grandes manos, lo levanto y se lo paso por la cabeza.

—Verde también. —Sonríe y pellizco la banda en la parte trasera de sus bragas. Y luego, me detengo.

Sienna arquea la espalda, con la boca entreabierta en un gemido silencioso. Con mi mano libre, muevo la tira de encaje para meterla entre sus pliegues. Manteniendo mi pulgar sobre la tela para que no se resbale, tiro de la pretina una vez más.

Sienna baja la cabeza y se inclina hacia adelante. Sus respiraciones rápidas recorren mi cara mientras aflojo la sujeción de sus bragas, solo para tirarlas aún más fuerte al momento siguiente.

—Entonces, ¿volvemos a hablar? —Ella jadea y agarra los dos lados de mi camisa y tira, arrancando varios botones—. ¿O todavía estamos sólo follando?

Soltando sus bragas, envuelvo mi brazo alrededor de su cintura y nos doy la vuelta para estar encima. —Aún no lo he decidido.

Me quito la camisa arruinada y el resto de mi ropa, y la mirada de Sienna se fija en la mía mientras desliza su mano entre sus piernas. No hay nada más sexy que mi esposa, vestida nada más que con sus bragas verdes y tacones dorados, jugando con su coño.

Me inclino para agarrar sus bragas, que bloquean mi vista, y se las bajo por las piernas.

—Más abierta —exijo y me acerco al sillón reclinable junto a la cama, absorbo en sus delicados dedos mientras provocan y masajean su clitoris—. Más rápido, Sienna.

—¿Sólo vas a mirar?

—Sí.

Se muerde el labio y acelera sus movimientos. Su respiración se acelera mientras sus ojos buscan los míos nuevamente. Agrega la otra mano, haciendo círculos, pellizcando. Mi polla, que ya está tensa, se endurece hasta convertirse en granito, pero no hago ningún movimiento para tocarla mientras la miro.

¿Alguna vez me he sentido tan cautivado por algo, por alguien, en mi vida? Debería saber la respuesta a eso, pero todo pensamiento racional ha desaparecido mientras me concentro en mi brillante esposa. Debería preocuparme por eso, pero de nuevo... la capacidad mental es inexistente. Parece que esta pequeña y extraña criatura ha frito como un rey cada célula cerebral que tenía. Cada sonrisa, cada idiota par de zapatos y vestido brillante, y cada puta vez que dijo mi nombre, han sellado mi destino.


Sienna arquea la espalda y su cuerpo tiembla cuando se corre. Dejo el sillón reclinable y subo sobre ella, colocándome entre sus piernas. Ella todavía está temblando mientras muevo sus manos y meto mi polla en su calor. Un sonido escapa de sus labios. Me cubre con un soplo de su aliento. Un gemido. Puedo oírlo, pero no es suficiente. Quiero oírla gritar mi nombre. Quiero absorber cada resonancia que hace mi esposa mientras me la follo.

Deslizándola la palma hacia arriba, envuelvo mis dedos alrededor de su delicado cuello y lo aprieto ligeramente. No lo suficientemente fuerte como para dañarla, sólo una ligera presión para que pueda sentir la vibración de sus cuerdas vocales.

—Di mi nombre —ordeno mientras me retiro y la golpeo de nuevo.

—Drago —susurra. La mayor parte del sonido se me escapa. No hay vibraciones que pueda sentir.

—Sin susurros. —Paso mi otra mano por su cabello, inclinándola su cabeza hacia arriba mientras la golpeo. Está mojada, pero tan apretada, que cada embestida amenaza con llevarme al límite—. De nuevo.



Los tendones de su cuello se tensan bajo mi palma mientras ella echa la cabeza hacia atrás y gime mientras su coño sufre espasmos alrededor de mi longitud.

—Drago.

Esta vez ni un susurro, y lo escucho muy claro. Aplasto mi boca contra la de ella, reclamando ese sonido. Reclamándola, con mi boca y mi semilla mientras estalla dentro de ella. Ella es mía, y cualquiera que se atreva a quitármela, incluido su hermano, encontrará una muerte rápida y dolorosa.

Capítulo 17

SIENNA

Me despierto con una calidez maravillosa y, por un momento, me pregunto si me cubrirán más mantas. Entonces, me doy cuenta de que el calor se filtra desde el gran cuerpo que envuelve el mío. Mis párpados se levantan y me siento ligera a pesar de la falta de descanso ininterrumpido.

Me dejó quedarme.

No me atrevo a moverme y arriesgarme a despertar a Drago. ¿Quizás se quedó dormido y se olvidó de llevarme de regreso a mi habitación? No voy a perder esta oportunidad y disfrutaré estar en sus brazos el mayor tiempo posible.

El agarre alrededor de mi cintura se aprieta cuando Drago me acerca más a su cuerpo.

—Sabes, me he estado preguntando algo desde el principio —la voz de Drago se escucha por encima de mi cabeza—. ¿Por qué no te tiñes el cabello de colores locos también?

Sonríó y me giro para mirarlo. No es fácil, considerando que básicamente me mantiene pegada a su frente. De alguna manera, termino con mi cara pegada a su pecho. Desenredo una de mis piernas de la suya, la paso por su cintura y me subo encima de él. Cruzo los brazos sobre su pecho y apoyo la barbilla en las manos.

—El marrón combina mejor con mi guardarropa —digo, mirándolo a los ojos—. No puedo tener el pelo rosa y vestir de naranja. ¿Qué diría la gente?

—Si fueran sabios, mantendrían la boca cerrada.

—¿Oh? ¿Y si no son sabios?

Toma un mechón de mi cabello y lo enrolla alrededor de su dedo. —Entonces yo... Enviaría a mi mascota asesina para que los calle. Indefinidamente.

—¿Por qué te molestarías? Sólo soy un poco mayor. Dudo que lo que dice la gente valga la pena.

—Siempre hay consecuencias por lo que dice la gente. Muchos han sido crucificados o han muerto por culpa de las lenguas sueltas.

—¿Los culpables o los inocentes?

—La muerte no discrimina. Sí.

Rozo ligeramente su mejilla cerca del corte con las puntas de mis dedos. —¿Yo también terminaré clavada a la pared?

Drago suelta mi cabello y pasa sus nudillos por mi mandíbula. —Definitivamente terminarás clavada a la pared. Muchas veces, *mila moya*.

—¿Pero no hay clavos? —Sonrío.

Se inclina hacia delante y me da un beso en los labios. —No.

—Lo siento, Drago —le susurro en la boca, luego recuerdo que no puede oírlo. Alejándome, me aseguro de que pueda ver mis labios y decirlo de nuevo—. Lamento haberte mentado. No compartí nada importante con el catedrático, lo juro.

—¿Por qué no?

Me encojo de hombros. —Simplemente no me sentí bien.

—¿Por qué?

—Porque me gusta estar aquí. Me gusta Keva, las chicas, tus hombres...

La mandíbula de Drago se aprieta. Agarra la nuca y aprieta.

—No tienes permitido que te gusten mis hombres, Sienna —dice—. Ni ningún otro hombre. Sólo yo.

—¿Es eso una orden?

—Sí.

—No eres exactamente agradable, Drago —digo y aprieto los labios, tratando de controlar las ganas de reír. La expresión oscura de su rostro es divertidísima—. Quiero decir, podría intentar agradarme si dejaras de mirarte con el ceño fruncido todo el tiempo. O deja de despertarme a las seis y media para correr contigo.

Entrecierra los ojos pero no dice nada, así que continúo: —Tal vez podrías intentar mimarme con regalos. ¡Pero no armas! Piensa en zapatos, o tal vez en una bonita chaqueta de color neón. O más de esos bonitos guijarros de cristal. El verde funcionaría muy bien como piedras de cristal marino en mi pecera.

Su agarre en mi cuello se afloja y su mano se desliza lentamente por mi espalda y sobre mi trasero, hasta llegar a mi coño. Respiro profundamente cuando su dedo provoca mi entrada.

—Las flores también ayudarían. Además de... —Jadeo cuando su dedo se desliza dentro.

—Por favor continúa, estoy tomando notas.

—¿Notas? —Gimo y presiono mi cara contra su pecho. Mis respiraciones me abandonan en breves ráfagas.

—Sí. Sobre cortejar a mi esposa —dice mientras desliza otro dedo—. Pero tal vez debería probar algo más ahora, ya que no hay zapatos ni chaquetas cerca.

De repente, su dedo se retira. Drago me agarra por la cintura y me levanta hasta que estoy agachada justo encima de su cabeza, mi coño llorando sobre su malvada boca. Una lamida larga y pausada y me agarro de la cabecera y presiono mi frente con mis manos. Su lengua me acaricia, lenta y metódicamente. Cada movimiento es deliberado pero conlleva más presión, lo que hace que los latidos de mi núcleo sean cada vez más intensos. Apenas puedo mantener la calma cuando él aprieta mis nalgas y chupa mi clitoris.

Grito. Los temblores sacuden mi cuerpo, haciendo que mis extremidades tiemblen mientras él chupa cada vez más fuerte. Mis ojos se ponen en blanco y, con otro fuerte grito, me corro por toda su cara.

Sí, esto definitivamente es mejor que las flores.

—¿Dónde está el arma que te di?

Lentamente levanto mis párpados cansados y observo a Drago mientras se abotona la camisa y alcanza la funda en el sillón reclinable. Se ve delicioso con un traje completamente negro.

—En el cajón de la mesita de noche —digo cuando su mirada se dirige a mí—. En mi habitación.

—No existe ‘tu habitación’, Sienna.

—¿Oh? Bueno, puede que esté durmiendo aquí, pero todas mis cosas están ahí. Me exiliaste, en caso de que lo hayas olvidado.

Drago rechina los dientes y me toma en sus brazos. —Exilié tus tres toneladas de ropa —dice con voz ronca.

—Sí claro. —Me rio y entierro mi mano en su cabello—. Di que lo sientes y estaremos a mano.

Su agarre sobre mí se hace más fuerte, pero permanece en silencio, mirándome furiosamente.

—Está bien, te ayudaré. Repite después de mí. Sienna, lamento haberte echado. Y a tu linda ropa.

—No me arrepiento de haber desterrado tu ropa —murmura.

—¿Y a mí?

Sus ojos entrecerrados me atraviesan y él aplasta su boca contra la mía. —Lo siento —murmura en mis labios.

—Allá. No fue tan difícil.

—Y tu ropa está de vuelta aquí.

—¿Qué? —Me retuerzo hasta que me baja al suelo y corro hacia el armario. Cuando lo abro, veo todas mis cosas en orden en los estantes y perchas. Las cosas de Drago están todas escondidas, relegadas a dos míseros cubículos y un puñado de puntos en la varilla.

—Hice que Jelena y un par de chicas más los trajeran aquí mientras aún dormías. Me llevó una hora meterlo todo dentro —dice y me rodea la cintura con el brazo—. Envidio a los de tu clase.

Inclino la cabeza para que pueda verme hablar y levanto una ceja. —¿Mi tipo?

—Del tipo que podría dormir durante un terremoto y un desastre nuclear combinados. Probablemente también se trate de una invasión extraterrestre.

—Con suerte, no habrá uno de esos. Si atacan la casa mientras duermo —me rio— acabaré muerta antes de darme cuenta de lo que está pasando.

Drago me gira para mirarlo y sus ojos verdes me miran fijamente. —Si hay un ataque a la casa, puedes seguir durmiendo, *mila moya* —muerde— porque me aseguraré de que esos cabrones estén muertos mucho antes de que piensen en acercarse a ti.

Me muerdo el labio inferior mientras mantengo su mirada. Realmente lo dice en serio. —Bueno.

—Pero todavía quiero que lleves el arma cuando salgas de casa. Tenemos algo de mierda mañana por la noche y necesito saber que estás a salvo.

—Si te hace sentir mejor, lo haré, pero no servirá de nada.

—¿Por qué no? Por lo que vi, eres una excelente tiradora.

Yo sonrío. —Al apuntar a jarras y objetivos de alcance, claro. Pero nunca podría dispararle a una persona, Drago.

—Lo harías si tu vida dependiera de ello.

Tomo su barbilla entre mis dedos e inclino su cabeza hacia un lado. Su mejilla todavía está hinchada y magullada, pero hoy parece un poco menos en carne viva.

—Ni siquiera he matado nunca a una araña. Simplemente las dejo en paz. —Me pongo de puntillas y le doy un beso en la barbilla—. Nunca me verás apuntar un arma y dispararle a un hombre.

El agarre de Drago en mi cintura se aprieta y mis pies se levantan del suelo. Me levanta lentamente hasta que nuestros rostros se alinean.

—Si se trata de ti o de él, Sienna, le dispararás —dice con los dientes apretados—. En la cabeza o en el corazón. Y tantas veces como sea necesario. Entiendes.

—Drago

—¡Asiente, Sienna!

Suspiro y asiento, aunque sé que nunca podría matar a un ser humano. Incluso si eso significa mi muerte.

DRAGO

Ladeo la cabeza y miro fijamente la cosa que está en un estante frente a mí. Parece un niño feo nacido con botas y sandalias de tacón alto. No puedo creer que ese tipo de cosas exista, sin mencionar que es violeta y está hecho de un material parecido al cuero. Mi teléfono vibra cuando llega un mensaje de texto mientras intento decidir dónde alguien usaría un calzado como ese.

11:08 Iliya: Tenemos al encargado de logística de Bogdan. Lo llevaré a Naos.

Escribo una respuesta rápida y le ordeno a Iliya que lleve al rumano al sótano y alcanzo la rareza violeta.

—Estos también —le digo al dependiente de la tienda que está unos pasos detrás de mí, sosteniendo otros dos pares de zapatos extremadamente feos.

Al salir de la tienda, le envío un mensaje rápido a Keva para saber qué está haciendo mi esposa. No me gusta la idea de dejarla en casa si no estoy allí, pero no es como si pudiera llevarla a una sesión de tortura conmigo. Tendré que hacerlo rápido.

Llega la respuesta de Keva y me detengo a medio paso cuando miro la pantalla. Es una foto de mi esposa agachada en el césped frente a Zeus. Ella le está atando un gran lazo rojo alrededor del cuello. Los otros dos perros están sentados a cada lado de Zeus y visten el mismo atuendo.

11:16 Drago: Dile que les quite esa mierda a mis perros. Ahora mismo.

11:18 Keva: ¿Por qué? Son lindos.

11:18 Drago: Esos perros están entrenados para el puto combate. No son caniches.

11:20 Keva: No parece importarles. Pero si es así, no dudes en decírselo tú mismo.

11:21 Drago: Te digo que lo hagas.

11:23 Keva: ¿Por qué no puedes decirle “no” a tu esposa?

Maldigo y guardo el teléfono en mi bolsillo.

***.

Mircea, el encargado de logística de los rumanos, está sentado en el suelo detrás de las cajas de vino en el sótano. Iliya está haciendo guardia cerca, con su arma apuntando a la cabeza del hombre.

—Desátale las manos y tráelo aquí. —Asiento hacia la mesa en la esquina. Tengo un mapa extendido encima.

El rumano se agita mientras Iliya lo arrastra por la habitación. Cuando llegan a la mesa, Iliya lo empuja hacia una silla y corta la brida que le ata las muñecas.

—¿Derecha o zurda? —Pregunto.

El tipo me parpadea estúpidamente y luego mira a su alrededor, probablemente buscando una posible ruta de escape.

—Bueno, parece que tendré que adivinar. —Tomo el cuchillo que Iliya me ofrece.

Agarrando la muñeca izquierda del hombre, golpeo su palma contra la mesa y le clavo la hoja en el dorso de la mano, anclándolo a la superficie de madera. Grita, mirando la sangre que se acumula alrededor del cuchillo. Haciendo caso omiso de sus lamentos, puse el marcador permanente delante de él sobre la mesa.

—Necesito que indique la ruta exacta del camión, el destino final y las ubicaciones de las paradas planificadas antes de que llegue el envío. Yo también quiero los tiempos.

Cuando no responde, lo tiro hacia atrás tirando de su cabello y me pongo en su cara. —Comenzarás a perder un dedo por cada segundo que permanezcas en silencio. Soy un hombre ocupado, Mircea. Lo único que puedo darte son cinco. No creo que quieras

saber qué pasa cuando se acabe el tiempo, pero te puedo garantizar que tendrás ese bolígrafo en tu puta boca y aun así conseguiré lo que necesito de ti.

El rumano asiente, agarra el marcador con dedos temblorosos y dibuja dos X tambaleantes en el mapa.

—¿Qué es esto? —Pregunto, señalando la primera marca.

—Las placas se intercambian antes de llegar a la estación de pesaje.

Saco mi teléfono y reviso la ubicación en el mapa. Es una gran parada de camiones con gasolinera y restaurante. Demasiado ocupado para un ataque.

—¿Qué es este lugar? —Señalo la ubicación de destino. No es uno de los dos lugares proporcionados por el tipo que atrapamos en nuestro almacén.

—Una fábrica de papel abandonada —dice entrecortadamente.

—¿Seguridad?

—Cuatro personas. Armados. Dos más en la puerta.

—¿Sus hombres o el personal contactado?

—Mercenarios.

Asiento y miro a Iliya. —Llama a Filip y dile que ha habido un cambio de planes. Esperaremos hasta que el camión llegue al destino y los atacaremos allí.

—¿Cuántas personas necesitas?

—Voy a acercarme y echar un vistazo al edificio. Te lo haré saber una vez que tenga una mejor idea. Que alguien recoja el cuerpo que guardamos en el frigorífico y lo traiga allí mañana.

Cuando Iliya saca su teléfono para hacer la llamada, me vuelvo hacia Mircea, que mira su mano ensangrentada con los ojos muy abiertos.

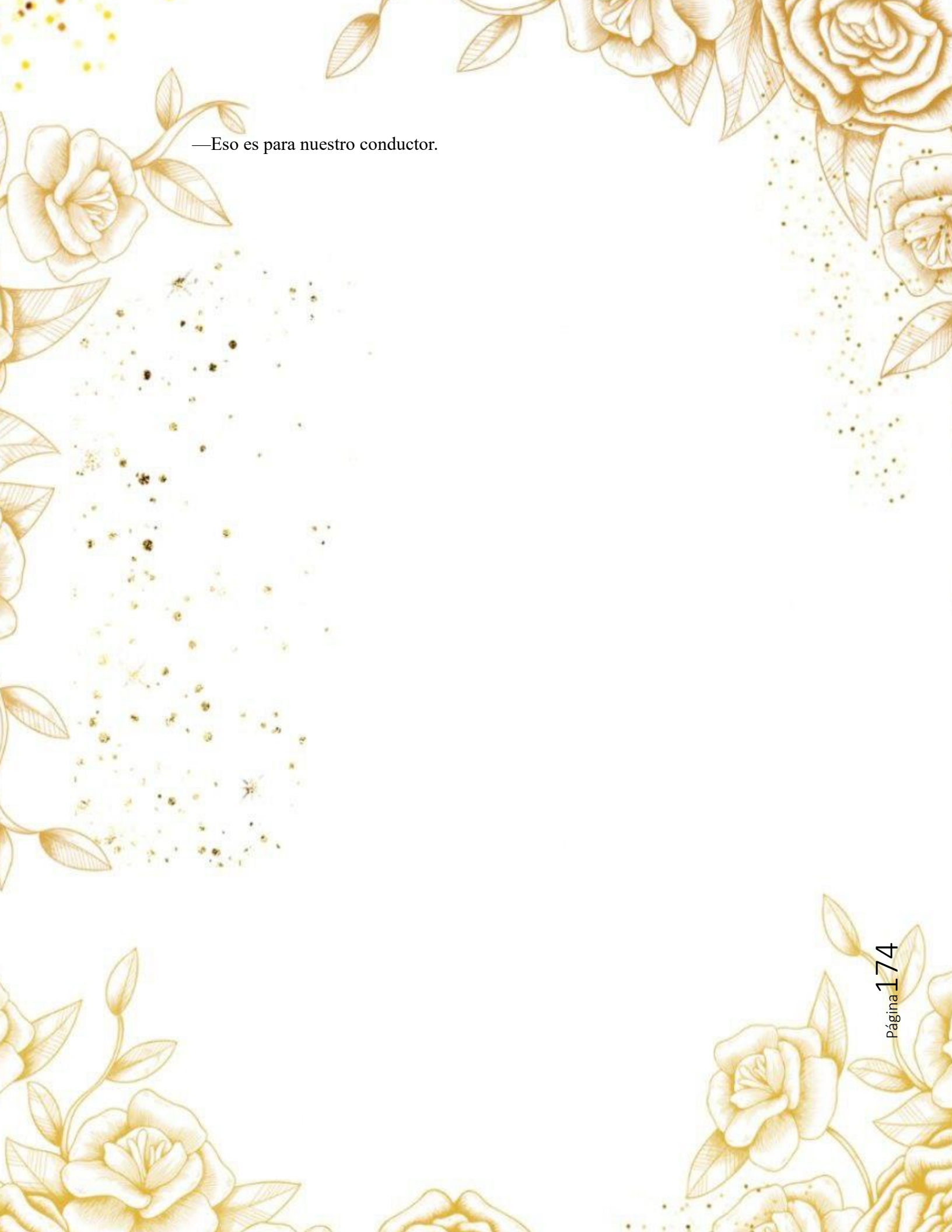
—¿Dónde se esconde tu jefe? —Pregunto.

—No sé. Juro que no lo sé. —Él gime.

—Demasiado. —Saco mi arma—. ¿Cabeza o corazón?

Los ojos del hombre brillan, casi se salen de sus órbitas y, durante unos segundos, simplemente me mira boquiabierto. Luego, salta de su silla y comienza a quitarse el cuchillo alojado en la mano.

—La cabeza. —Amartilla el arma, la golpeo contra su sien y aprieto el gatillo. Mircea se sacude y luego su cuerpo se desploma hacia adelante.



—Eso es para nuestro conductor.

Capítulo 18

SIENNA

Algo raro está pasando.

Mis ojos recorren a las personas sentadas alrededor de la mesa del comedor. Todos guardan silencio, concentrados únicamente en su almuerzo. No hay charla ni risas. Eso nunca sucede. Las horas de comida son siempre una cacofonía de actividad, lo que hace imposible escuchar tus propios pensamientos en medio de todo el ruido. Ahora mismo, apuesto a que puedo oír caer un alfiler. Aparte del ocasional desorden de utensilios, los únicos sonidos que rompen la sofocante quietud de la habitación son las voces de los guardias de seguridad que llegan a través de la radio de dos vías que Mirko ha colocado sobre la mesa frente a él. Ha estado cargando esa cosa con él desde esta mañana.

—Puerta, todo despejado.

—Muro sur, todo despejado.

—Punto de control A: todo despejado.

—Naos, todo despejado.

Keva se acerca a Mirko y le coloca un plato de comida delante. Empieza a comer sin emitir una sola queja. Definitivamente no es normal. Mirko siempre se queja de la dieta baja en colesterol que le impone Keva, pero ahora no dice una palabra de que le sirven pollo a la parrilla en lugar de chuletas de cerdo como al resto de nosotros.

Miro la silla vacía a mi izquierda. Drago estuvo fuera la mayor parte del día de ayer y regresó a casa mucho después de la medianoche. Esperé durante horas, sin poder dormir. Las imágenes de ese obstinado jabalí, herido o algo peor, inundaron mi mente. Me temblaban las manos. Comenzó como un pequeño temblor en mis dedos, pero con el paso del tiempo empeoró. Cuando la puerta del dormitorio finalmente se abrió y él entró, quise correr y saltar a sus brazos, abrazarlo tan fuerte como pudiera para asegurarme de que estaba a salvo. No lo hice, porque significaría que me importa. Significaría ceder a esos peligrosos sentimientos que se han estado gestando en mi interior desde hace bastante tiempo. Así que me quedé en la cama, fingí estar dormida. ¿Esos sentimientos que amenazaban con estallar en mi pecho? Los empujé hacia abajo. Los empujé profundamente, muy profundamente, enterrándolos para que no pudieran salir.

Los gritos enojados de una mujer explotan en el vestíbulo, sacándome de mis pensamientos. Todas las cabezas giran en esa dirección, pero nadie hace ningún movimiento. Miro a Jelena, que sostiene un tenedor en el aire, a medio camino de su boca.

—Drago fue a buscar a Tara —murmura—. Supongo que ella no está feliz.

Los gritos continúan. Me levanto y cruzo corriendo el comedor. Cuando llego al vestíbulo, encuentro a Drago dirigiéndose hacia las escaleras, sosteniendo sobre su hombro a una mujer de cabello negro que grita en un acarreo de bombero. Ella le golpea la espalda con los puños, pero él no parece darse cuenta. La deja al pie de las escaleras y ladra algo que no entiendo.

—Me importa un carajo —espeta en serbio y me clava la mirada—. No pasaré ni un minuto en la misma casa con ella.

Drago me mira por encima del hombro.

—Perra italiana —me escupe Tara en inglés.

Me tenso. Incluso sabiendo que tiene todo el derecho a odiarme, duele. Me obligo a sonreír mientras mantengo el contacto visual. —Hola.

Drago me mira entrecerrando los ojos, concentrándose en mis labios. El de abajo tiembla ligeramente, así que lo tiro entre mis dientes.

—¿Qué le dijiste a mi esposa, Tara? —pregunta en tono tranquilo, pero puedo ver la vena palpitante en su cuello.

Doy un paso adelante y coloco mi mano en su antebrazo, haciendo que mi sonrisa se haga más amplia. —Ella no dijo nada.

—Ya hemos establecido que tu simulación no funciona conmigo, Sienna. —Envuelve su brazo alrededor de mi cintura y me atrae hacia su cuerpo—. Ella dijo algo que te lastimó. A nadie se le permite hacer eso. Ni siquiera mi hermana.

Tara resopla, la molestia escrita en todo su rostro. Se apoya en la barandilla y se cruza de brazos mientras su mirada glacial se dirige a su hermano.

—No fue nada, Drago. —Le aprieto ligeramente el brazo—. Lo juro.

Busca mis ojos y aprieta la mandíbula. —Ve a tu habitación. No quiero verte hasta que te disculpes con mi esposa. Ahora, Tara.

Tara se da vuelta y sube corriendo las escaleras.

—Estás exagerando —murmuro.

—Tara necesita aprender a mostrar respeto. No es necesario que le gustes, pero recordará que eres mi esposa. Especialmente mientras ella está bajo nuestro techo.

Me quedo sin aliento. Dijo nuestro. No mío. Extiendo la mano y paso mis dedos por su mandíbula. —¿Qué está pasando, Drago? La seguridad adicional. Trayendo a tu hermana aquí. Vi a unos tipos llevando cajas de municiones al almacén.

—Esta noche interceptaremos el envío de armas de los rumanos y volaremos dos de sus lugares de almacenamiento.

—¿Qué? —Le pellizco la barbilla y le bajo la cabeza—. ¿Has perdido la puta cabeza?

—No se puede evitar, Sienna. Pero no te preocupes, estarás a salvo.

Lo miro fijamente. Esta casa es una maldita fortaleza. Por supuesto que estaré a salvo. ¿Pero qué pasa con él? ¡Estará ahí afuera, jugando a esos malditos juegos de guerra con la segunda organización criminal más grande de Nueva York! Él saldrá lastimado.

—¿Sienna? —Él tira de mi cintura, apretando su abrazo, pero estoy cayendo en una espiral hacia un vacío sin fondo y no puedo regresar a la realidad.

De repente tengo frío. Mis manos están húmedas y el entumecimiento se está apoderando de mí porque sé lo que viene.

Alguien entrará a mi habitación en medio de la noche. Van a decir que algo malo ha pasado y que necesito ser fuerte. Tal como lo hizo Arturo cuando mataron a nuestros padres. Como cuando Nino vino a decirme que habían encontrado las cosas de Asya en la nieve mientras mi hermano la buscaba por la ciudad. No puedo volver a pasar por eso. No puedo.

—Sienna. —Drago ahora está sosteniendo mis hombros—. Bebé, ¿estás bien?

Presiono mis palmas contra su pecho y lo empujo. Al instante, sus manos me sueltan, giro y subo corriendo las escaleras. Puedo oírlo llamándome, pero sigo corriendo hasta llegar al cuarto piso y me detengo en el rellano. Mi respiración es superficial y rápida y me tiemblan las manos. No puedo entrar a nuestra habitación. Hay demasiada presencia allí, incluso cuando no está físicamente en la habitación. Giro en la dirección opuesta y huyo hacia la tercera puerta a la derecha. Es una de las habitaciones que está desocupada. Sin embargo, cuando entro y me apoyo en la parte trasera de la puerta, encuentro a la hermana de Drago descansando en la cama.

—¿Qué diablos estás haciendo en mi habitación? —ella espeta—. Vete a la mierda.

—¡Sienna! —La voz de Drago me llega desde algún lugar del pasillo.

Me alejo de la puerta, corro hacia la cama y rápidamente me meto debajo de ella. El sonido de pasos pesados retumba por el suelo. Las puertas se abren y luego se vuelven a cerrar. Las pisadas apresuradas se acercaban. Unos momentos más tarde, la puerta de Tara

se abre de par en par. Inclino mi cabeza hacia un lado y veo los pies de Drago a través del espacio debajo del borde de la colcha.

—¿Está Sienna aquí? —La voz de mi marido llena la habitación.

Cierro mis ojos. Mierda. Pensé que no me buscaría aquí. Tara va a delatarme en cualquier segundo...

—¿Qué estaría haciendo tu esposa en mi habitación?

Mis ojos se abren de golpe. Hay un torrente de maldiciones serbias y la puerta se cierra de golpe.

Los minutos se extienden en silencio antes de que Tara hable. —¿Cuánto tiempo planeas quedarte debajo de mi cama?

—No estoy segura.

El armazón de la cama cruje encima de mí. Una mano agarra el dobladillo de la colcha, la levanta y el rostro de Tara se materializa frente al mío.

—Le pregunté a Keva por ti —dice, mirándome al revés—. Ella te llamó volcán de felicidad. Siempre alegre y sonriente. No me pareces muy alegre.

—Vete a la mierda, Tara.

Ella arruga la nariz y una leve mueca de desprecio se apodera de su rostro. —Ella también dijo que eres súper amable. Supongo que también se equivocó en esa parte.

—No voy a ser amable con alguien que me llamó perra.

—Me parece bien. —Ella se encoge de hombros y su cabello se balancea con el movimiento.

—Entonces, ¿qué hizo mi hermano? ¿También te amenazó con encerrarte en tu habitación?

—No —digo, mirando el marco de madera justo encima de mi cabeza—. Él simplemente está trabajando para que lo maten.

—¿Y por qué te importa? Sólo te casaste con él porque tu Don te lo ordenó.

—No me importa.

—¿Oh sí? Entonces, ¿por qué lloras?

—Es el polvo —murmuro y trato de levantar el brazo para limpiarme los ojos, pero no hay suficiente espacio.

—Seguro.

El sonido de pasos y de Drago llamando mi nombre todavía resuena en el pasillo, pero se están desvaneciendo. Probablemente se haya mudado al piso de abajo.

—Creo que se ha ido. Puedes salir ahora.

—Estoy bastante bien aquí, gracias —digo.

Tara abre mucho los ojos y resopla. —Muévete.

Observo confundida cómo ella baja al suelo y se desliza debajo de la cama a mi lado.

—Lamento haberte llamado perra —murmura Tara.

—Lamento que la Cosa Nostra haya matado a tu novio.

Nos quedamos en silencio por un momento. Justo antes de que empiece a sentirse incómodo, Tara respira profundamente. —Me estaba engañando. Rompimos una semana antes de que muriera, pero no se lo dije a Drago.

Inclino mi cabeza hacia un lado para mirarla. —¿Por qué no?

—Porque no quería que él supiera que también fallé en eso.

—¿Fallar? El tipo te engañó.

—Yo también lo engañé. —Ella se encoge de hombros—. Es como si no pudiera hacer nada bien. Drago salvó a la hermana equivocada.

—¿Qué quieres decir?

Tara cierra los ojos. —Cuando estalló la bomba en nuestra casa, Drago estaba abajo. Mi hermana gemela y yo dormíamos en nuestra habitación, que estaba en el segundo piso.

Respiro profundamente. ¿Su gemela?

—Drago resultó herido durante la explosión, pero aun así logró llegar hasta nosotras, incluso con el fuego arrasando por todas partes —continúa Tara, con la voz temblorosa—. Sin embargo, no podía cargarnos a las dos al mismo tiempo. Recuerdo que estaba gritando, probablemente por eso me salvo primero. Luego, volvió a entrar por Dina.

—¿Qué pasó? —Pregunto, tratando de reprimir las lágrimas, y sin éxito.

—Teníamos un gran tanque de propano afuera, que usábamos para nuestra estufa de gas. Una vez que el fuego de la explosión inicial se extendió, explotó. Drago sobrevivió. Apenas. Dina no lo hizo. Inhaló demasiado humo. No pudieron salvarla. —Hace una pausa y huele—. Drago todavía se culpa a sí mismo. Casi se quema vivo tratando de

proteger a Dina con su cuerpo hasta que los bomberos llegaron, pero todavía cree que es culpa suya.

Querido Dios. Ni siquiera puedo imaginar cómo fue para ninguno de ellos.

—Solía quejarse de estar atrapado con dos hermanitas, pero la verdad es que era el mejor hermano mayor que cualquiera podría pedir —continúa mientras le tiembla la voz—. Solía llamarnos azúcar y especias porque Dina era muy dulce, y yo soy... no tanto.

Muevo mi mano un poco hacia un lado y envuelvo mis dedos alrededor de los de Tara, apretándolos. —Lo siento mucho.

Ella mira nuestras manos unidas. —Me importa un comino que seas de la Cosa Nostra, ¿sabes? Sólo tenía miedo de que de alguna manera me robaras a mi hermano.

—Tara, yo...

—Lo sé —me interrumpe y sonríe—. ¿De verdad pusiste cintas de seda a los perros de Drago?

—Sí. —Sonrío.

Tara me parpadea y se ríe. —Creo que, después de todo, podría volver a mudarme a la mansión.

—Me gustaría eso.

—Ahora, suelta. —Ella aprieta mi mano—. ¿Por qué te escondes de Drago debajo de mi cama?

—Sin razón. —Vuelvo a mirar las tablas de madera de la cama que están encima de mí.

Los gritos de Drago y los golpes de varios pies todavía se pueden escuchar desde algún lugar dentro de la casa. Sé que mi comportamiento es idiota, pero no puedo obligarme a salir y enfrentarlo. Tengo miedo de derrumbarme y rogarle que no vaya.

—¿Sienna?

—¿Qué? —Me ahogo.

—Estás llorando de nuevo. ¿Eres alérgica al polvo?

Cierro los ojos y murmuro. —Sí.

DRAGO

Cierro de golpe la última puerta del segundo piso y miro hacia el pasillo. ¿Dónde carajo está esa mujer? Revisé cada maldita habitación de la casa y es como si hubiera desaparecido de la faz de la tierra. Saco mi teléfono y llamo a Relja.

—Tráeme a Zeus —gruñí al teléfono tan pronto como vi que la llamada se conectó y luego subo las escaleras.

Justo cuando llego al rellano del cuarto piso, se abre la puerta de la habitación de Tara y mi esposa sale. Una expresión extraña cruza su rostro cuando me ve, pero rápidamente es reemplazada por una sonrisa.

—Oh, Drago, ¿me estabas buscando? —ella chirría mientras se acerca—. Me pareció oírte decir mi nombre.

Mis ojos capturan los de ella y doy un paso adelante.

Sienna da un paso atrás, todavía sonriendo. —¿Drago?

Avanzo un paso más, y uno más hasta tenerla atrapada contra la pared. Tiene la máscara puesta, pero tiene los ojos rojos. No creo conocer a nadie que llegue a tales extremos para ocultar sus verdaderos sentimientos. Apoyando mis palmas a cada lado de su cabeza, me inclino hacia ella hasta que nuestras narices se tocan. —Detente.

Ella levanta una ceja. —¿Detener qué?

—Fingir. Puede que funcione con otras personas, Mila, pero no conmigo. —Agarro su barbilla—. Te veo, Sienna.

La sonrisa falsa desaparece. Ella parpadea y una lágrima rueda por su mejilla. Un gruñido bajo emana de algún lugar detrás de mí.

Miro por encima del hombro y encuentro a mi perro unos metros detrás de mí, con los dientes al descubierto y los ojos fijos en mi mano. —¿En serio, Zeus?

Él gruñe de nuevo.

Sienna aprovecha la situación, se agacha bajo mi brazo y corre por el pasillo. Se detiene frente a nuestra habitación, me lanza una mirada rápida y me guiña un ojo. —¡Diviértete esta noche!

La puerta se cierra a su paso. Zeus trota hacia allí y se sienta, impidiendo la entrada. En guardia.

—Traidor. —Sacudo la cabeza y me giro hacia Relja, cuyos ojos saltan entre el perro y yo—. Asegúrate de que nadie intente entrar a mi habitación, o terminarán sin extremidades.

El asiente.

—¿Está todo listo? —Pregunto mientras me pongo la funda.

—Sí —dice Filip—. Adam tiene equipos posicionados cerca de los dos almacenes de Bogdan. Estarán esperando nuestra señal.

—¿El chico de la heladera?

—En el baúl de Iliya.

—Bien. Vamos.

Salimos de la casa y nos dirigimos hacia el todoterreno estacionado en el camino de entrada. Iliya y otros dos hombres esperan junto al segundo vehículo. Abro la puerta del conductor, pero antes de entrar, miro hacia la ventana de mi dormitorio. Es fácil de detectar ya que es el único iluminado en el cuarto piso en este momento. Sienna está parada detrás de la cortina, mirándome. No ha salido del dormitorio desde esta tarde. Intenté entrar hace veinte minutos, pero mi perro casi me arranca la mano de un mordisco cuando alcancé el pomo.

—¿Qué voy a hacer contigo, *mila moya*? —Murmuro para mis adentros y me pongo al volante.

La fábrica de papel está a dos horas de distancia, por lo que no llegamos hasta bien pasada la medianoche. Aparco cerca de la valla junto a un pequeño edificio de servicios y Iliya se detiene detrás de mí. La puerta que conduce al patio de la fábrica está a cien metros de distancia, al doblar una esquina. Salgo de la camioneta y miro mi teléfono. Hay cinco puntos rojos parpadeantes en la pantalla, que marcan la ubicación de cada uno de nuestros vehículos. Dos de ellos se están moviendo: los coches de Jovan y Relja siguen al camión de Bogdan. Están a unos doce minutos.

—Aprovecharemos la oportunidad cuando se abra la puerta para dejar pasar el camión —les digo a los hombres reunidos a mí alrededor—. Filip y yo nos encargaremos de los guardias en la puerta de entrada. Iliya, tú y Milo cuidad al conductor y dale la vuelta al camión. Luego, dirígete al almacén norte, pero evita las carreteras principales. No

quiero que aparezca en ninguna de las cámaras de tráfico. Vanja, síguelos en mi todoterreno. Mañana veré si los rusos están interesados en quitarnos el cargamento de encima.

—¿Qué pasa con los chicos de seguridad dentro de la fábrica? —Pregunta Filip.

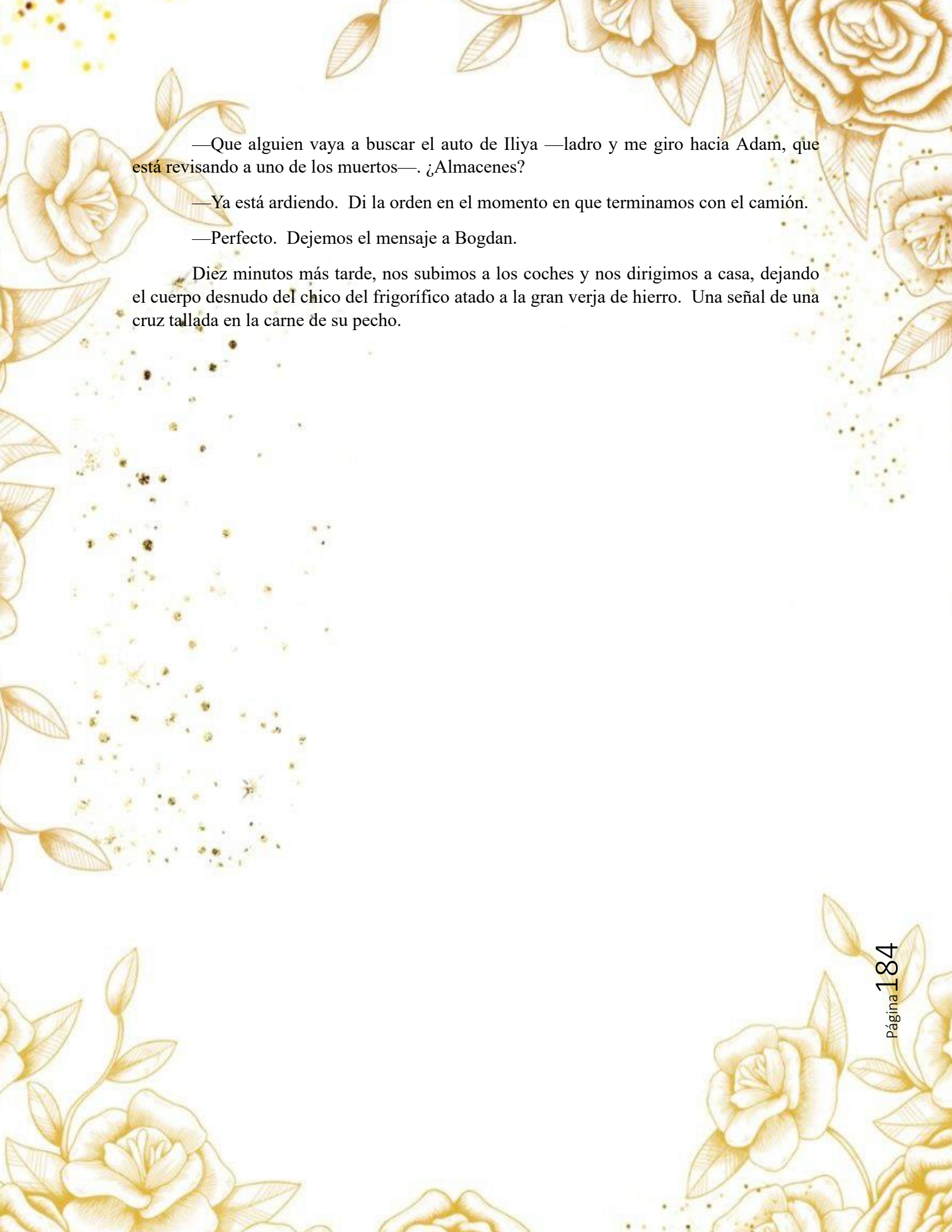
—Tanto Jovan como Relja tienen un equipo de tres hombres con ellos, pueden manejar a los mercenarios. Tan pronto como Iliya dé la vuelta al camión, los muchachos entrarán directamente hasta la entrada de la fábrica. A partir de ahí, todo será cuestión de fuerza bruta y potencia de fuego. Adam está vigilando en el camino, pero puede brindar apoyo si es necesario. —Saco mi arma y la amartillo—. No podemos ocultar nuestro enfoque. Hay cámaras en la garita, así que nos verán llegar. No te disparen.

La primera parte del plan transcurre sin problemas. Tan pronto como la puerta se desliza hacia un lado, Filip y yo usamos el camión como cobertura y nos acercamos a la puerta en la parte trasera de la puerta de entrada. Cada uno de nosotros eliminamos a un guardia de seguridad. Cuando regresamos al camión, uno de mis hombres ya está arrastrando el cuerpo del camionero. Iliya salta a la cabina y da marcha atrás. En el momento en que la puerta queda libre, dos coches pasan a toda velocidad hacia el edificio de la fábrica. Una gran puerta de carga de metal en la parte delantera de la estructura comienza a deslizarse hacia un lado. Las balas llueven sobre los vehículos de Jovan y Relja antes de que la puerta de la fábrica esté medio abierta, lo que hace claramente evidente que hay más hombres de los que esperábamos adentro.

—¡Mierda! —Salgo hacia el lugar del tiroteo, manteniéndome al borde de la carretera y lejos de la línea de fuego, con Filip pisándome los talones.

La seguridad de Bogdan parece estar centrada en el equipo de Jovan. Los muchachos están respondiendo al fuego desde detrás de los autos que usan para cubrirse en el otro lado del patio. Cuando estoy lo suficientemente cerca y tengo un buen ángulo para ver a algunos de los matones, me detengo y disparo. Filip se agacha a mi lado y le dispara al hijo de puta que ha estado manteniendo a nuestros muchachos inmovilizados desde la ventana de la fábrica del segundo piso. Por encima del estallido y el crujido de las balas voladoras, el rugido de un motor que viene detrás de nosotros se acerca cada vez más. Unos momentos más tarde, Adam pasa velozmente junto a nosotros en su motocicleta, dirigiéndose hacia la puerta de la fábrica. Dejamos de disparar mientras él da un giro brusco y lanza una bomba de humo por la entrada. Una niebla blanca llena la entrada y se abre paso hacia el interior de las instalaciones.

Es difícil ver los objetivos con todo el humo alrededor, así que espero hasta que empiece a despejarse y disparo tan pronto como la forma de una persona se hace visible. Jovan y el resto de los muchachos avanzaron y continuaron disparando también. El humo tarda unos minutos en disiparse por completo y, cuando lo hace, siete cuerpos quedan tirados en el suelo en un río de sangre.



—Que alguien vaya a buscar el auto de Iliya —ladro y me giro hacia Adam, que está revisando a uno de los muertos—. ¿Almacenes?

—Ya está ardiendo. Di la orden en el momento en que terminamos con el camión.

—Perfecto. Dejemos el mensaje a Bogdan.

Diez minutos más tarde, nos subimos a los coches y nos dirigimos a casa, dejando el cuerpo desnudo del chico del frigorífico atado a la gran verja de hierro. Una señal de una cruz tallada en la carne de su pecho.

SIENNA

Treinta minutos antes.

—Me compró zapatos, ¿sabes? —Me ajusto más el suéter—. Encontré las bolsas esta tarde. Tres pares. Los escondió en el fondo del armario, debajo de un montón de vaqueros.

Zeus inclina la cabeza hacia un lado y me mira.

—Por supuesto que son para mí. Dos pares tienen tacones cubiertos de diamantes de imitación y el tercero es violeta con lazos sedosos plateados. Estaba bromeando cuando le dije que necesitaba comprarme regalos y él lo sabe muy bien. Los compró de todos modos.

Miro hacia el camino de entrada visible desde la ventana. Dos de los hombres de Drago están junto al garaje, fumando. Ambos tienen rifles automáticos en la espalda y Perun y Júpiter están con ellos. Más atrás, en el verdor que rodea la casa, hay otro grupo de tres, y más están dando vueltas a lo largo del muro que rodea la propiedad. Por lo que vi cuando saqué a Zeus a caminar, hay al menos veinte hombres haciendo guardia dentro del perímetro. Probablemente haya más en el exterior.

—Debería haberse llevado a más hombres con él —continúo mi diálogo unilateral con el perro—. Cuando le pregunté a Keva por qué dejó a tantos hombres aquí en lugar de traerlos consigo, dijo que Drago no quería arriesgarse a dejar la casa sin vigilancia. ¡Hay muros de hormigón de cuatro metros de altura alrededor del complejo, por Dios!

Sacudiendo la cabeza, me alejo de la ventana. —¿Siempre fue tan tonto?

Zeus endereza las orejas.

—Sí, apuesto a que lo era.

Mis ojos se posan en el teléfono que tengo en la mano. Lo he tenido muy controlado desde el momento en que Drago se fue con sus hombres. Han pasado horas. Los bordes de la maldita cosa están impresos en mi palma por apretarlo con tanta fuerza, esperando a que Drago me responda el mensaje. Pero no lo hará. Y me quedo agonizando y preocupándome si él está bien.

¿Por qué lo haría cuando ayer le dije que ni siquiera me agrada? Entonces, le envié un mensaje. Ocho veces. No hubo respuestas. Entonces, consideré llamarlo. Sería inútil, ya que no podría oírme claramente, pero el sonido de su voz me aseguraría que está vivo. Al final, decidí no llamarlo porque no quería distraerlo... de lo que sea que estén haciendo.

—No puedo soportar esto más —susurro y salgo corriendo de la habitación.

La casa está inquietantemente silenciosa. El ruido sordo de mis pies y el chasquido de las uñas de Zeus son los únicos sonidos que resuenan en los pasillos mientras bajo tres tramos de escaleras. Cuando llego a la planta baja, giro a la izquierda y me dirijo al ala este, deteniéndome en la última puerta. Es la habitación donde Mirko pasa la mayor parte de su tiempo. Me tiembla la mano cuando agarro el pomo y entro.

Mirko está sentado en un escritorio cubierto de varios equipos electrónicos, con teclados, alambres y cables de alimentación en todas direcciones. Seis grandes monitores que muestran las imágenes de las cámaras de todo el terreno están montados en la pared frente a él. Su radio de dos vías está bloqueada en el poco espacio que queda en el escritorio. El parloteo de la gente por las ondas se escucha alto y claro.

—¿Sienna? —La voz de Keva proviene de mi derecha.

Me giro y la encuentro sentada en un sofá pegado a una pared. Tiene una taza grande en las manos y el vapor se eleva por encima del borde. Tara está acurrucada junto a Keva, con las piernas dobladas debajo de ella.

—¿Están teniendo una fiesta nocturna? —Me obligo a sonreír.

Keva ladea la cabeza y me mira fijamente. Sus ojos caen a mis caderas, suelto el dobladillo de mi suéter con el que he estado jugueteando y escondo ambas manos detrás de mi espalda para que ella no note el temblor.

—Él va a estar bien, Sienna —dice con voz tranquila.

—Oh, lo sé. —Me encojo de hombros y coloco mi mano sobre el cuello de Zeus.

—Puedes unirte a nosotros si quieres.

El sonido de disparos explota en una de las radios. Me congelo.

—¿Y escuchar cómo la gente se mata entre sí? —Me rio—. No, gracias. Voy a recostarme ahora. La falta de sueño no es buena para la salud de la piel. Nos vemos mañana.

Giro sobre mis talones y salgo de la habitación, cerrando la puerta de golpe. A pesar de la barrera, el ruido del tiroteo es alto y claro, y cada disparo resuena dentro de mi pecho. Corro por el pasillo y cruzo el vestíbulo hacia la puerta principal mientras Zeus me sigue. Cuando salgo corriendo, el guardia de guardia en el frente de la casa me mira sorprendido.

—Voy a llevar a Zeus a orinar —digo y salgo hacia el terreno de la izquierda.

Corro alrededor del ala este de la mansión hasta llegar a la última ventana de este lado de la casa, luego me estrujo detrás de los arbustos que crecen debajo. La luz se cuela

por la hoja abierta y suena. Gritos. Tiroteo. Puedo escucharlo todo desde la radio de la oficina de Mirko. Apoyando mi espalda contra la fría pared exterior, cierro los ojos.

Mi mente da vueltas, una avalancha de pensamientos sobre Drago cubierto de sangre me atraviesa. Abrumada, me inclino hacia adelante y me balanceo hacia adelante y hacia atrás mientras mis entrañas se hacen nudos. No me doy cuenta de que me he mordido las uñas hasta que no queda nada de ellas. Casi los masacré antes, cuando estaba esperando que Drago respondiera a mis mensajes de texto, y ahora terminé el trabajo. No es bonito, pero ayuda a reprimir las ganas de gritar.

De repente, Mirko empieza a gritar. Estoy demasiado angustiada para entender todo lo que está diciendo, pero entiendo el nombre de Adam y algo acerca de que el número de guardias de seguridad es mayor de lo esperado. El sonido de los disparos sale de la radio, no solo varios disparos como antes, sino una escaramuza en toda regla. El terror que se ha estado gestando en la boca del estómago crece y se extiende por todo mi cuerpo. No puedo respirar. Siento como si me estuviera atacando un animal salvaje. Está tocando mi pecho, cada disparo resonante es un corte en mi carne con garras feroces.

Entierro la cara entre las rodillas y presiono las palmas de las manos sobre las orejas tan fuertes como puedo. Debería haber hecho algo. Cualquier cosa. Tal vez, si le hubiera dicho a Drago que tengo miedo de que le pase algo malo, se habría quedado aquí, pero no pude hacer que las palabras salieran de mi boca. Estaba demasiado asustada para confesar lo jodidamente preocupada que estoy por él.

Algo húmedo roza el dorso de mi palma. Levanto la cabeza y encuentro a Zeus parado frente a mí.

—Él no va a morir, ¿verdad? —Me ahogo.

El perro se inclina hacia delante y sus grandes ojos oscuros me miran con una pregunta. Es como si me preguntara: —¿Por qué te importa?

—No me importa —murmuro y pico las brillantes hojas rojas de la zarza ardiente a mi lado, despojando la rama de sus hermosos colores. Y luego otro. Y otro. Los rojos vibrantes que siempre me han traído alegría cuando jugaba afuera con los perros ahora se están burlando de mí. Recordándome mis pensamientos de pesadilla.

Drago.

Sangre.

Muerte.

No puedo parar. Sigo arrancando las hojas con todo el vigor que desearía poder poner para silenciar los disparos que aún resuenan desde la ventana abierta de Mirko. Mis dedos tienen calambres y mis palmas están en carne viva por tirar de las ramas del arbusto,

pero no me detengo hasta que no queda ni una sola hoja roja al alcance de mis brazos. Las ramas bajas del arbusto están peladas, muchas de ellas rotas. Pero la ruina que he causado es el resultado inútil de mi rabia impotente.

Desearía poder arrancar los sentimientos que tengo por mi marido tan fácilmente como las hojas. Simplemente sacarlos y tirarlos.

La gente dice que amar a alguien es el sentimiento más maravilloso que existe. Que no es. Es absolutamente lo peor. Cuanto más los ames, más te dolerá cuando se vayan.

Los sonidos ensordecedores del tiroteo cesan de repente. Miro hacia arriba y veo a Keva cerrando la ventana sobre mi cabeza, cortando la transmisión de radio. De alguna manera es más fácil así, sin escuchar más lo que está sucediendo.

Zeus da un paso vacilante hacia mí y me da un codazo en el hombro con la nariz. Me ha estado observando mientras perdía la cabeza todo este tiempo y no ha interferido. Le rodeo el cuello con el brazo y contemplo la destrucción que queda al descubierto a mis pies.

El ruido de los vehículos que se acercan me saca de mis pensamientos. Varios coches y el distintivo rugido de una motocicleta llenan el silencio de la noche. Los hombres han vuelto. Debería correr y ver si Drago está bien, pero no puedo moverme. Mi tonta idea es que, si permanezco oculta, las malas noticias no podrán encontrarme. ¿He vuelto a ser una niña ingenua tapándome la cara con las manos, creyendo que el hombre del saco no vendrá?

—¿Hace tres horas? —La voz de Drago me llega—. ¡Si no la encuentran en los próximos cinco minutos, voy a destripar a alguien! ¡Sienna!

Respiro profundamente. Él está bien. Muy enojado, a juzgar por todos los gritos, pero está bien.

Arrastrándome desde debajo de las ramas de la zarza ardiente, salgo de mi escondite y cruzo corriendo el césped hacia el frente de la casa. Mis manos y pantalones están manchados de tierra y vegetación, y estoy bastante segura de que también tengo algunas ramitas y hojas en el pelo.

Drago está en medio del camino de entrada, sosteniendo al guardia con el que pasé antes por el frente de su camisa y gritándole en la cara. Él se da cuenta cuando me acerco y empuja al hombre. La luz ambiental cae sobre su rostro, revelando cada línea nítida. Su

mandíbula está apretada, sus fosas nasales dilatadas, mientras me mira con los ojos entrecerrados. Parece dispuesto a estrangularme. Me quedo clavada en el lugar mientras él se acerca. Sus largas pero lentas zancadas devoran el suelo hasta que su pecho casi golpea mi cara.

—¿Qué carajo estás haciendo afuera en medio de la noche? —Su voz es baja y extrañamente firme. Una calma antes de la tormenta.

Levanto mis manos y las presiono contra su pecho, luego lentamente deslizo mis palmas hacia abajo sobre sus duros abdominales. Cuando termino con la parte delantera de su torso, paso mis dedos por sus brazos hasta sus hombros y bajo nuevamente por el otro lado, revisando cada parte de él. Sin heridas. Su espalda es la siguiente. Presiono mi frente sobre su esternón y deslizo mis manos debajo de su chaqueta. Nada en la parte baja de su espalda. Deslizo mis palmas hacia arriba y sobre sus omóplatos, asegurándome de no perderme ningún punto. Esto es lo más alto que puedo alcanzar. Creo que su camisa estaría mojada si le dispararan más alto, pero necesito estar absolutamente segura.

Doy un paso atrás, tomo los paneles delanteros de su chaqueta y empiezo a quitársela.

—Sienna. —Su voz es baja. Suave.

—Shhh. —Tiro la chaqueta al suelo y lo rodeo para escanear su otro lado.

No hay manchas de sangre en su camisa, pero me pongo de puntillas y paso mis palmas sobre sus hombros y su espalda por si acaso. Cuando termino, envuelvo mis brazos alrededor de su cintura y presiono mi mejilla contra la extensión de su espalda.

—¿Satisfecha? —Pregunta, girándose para mirarme.

Asiento y lo abrazo con más fuerza.

—Tienes mierda de hojas en el pelo, Sienna. ¿Te importaría explicar?

Sacudo la cabeza. Puede pensar lo que quiera. Tal vez decida que estoy loca.

Me pongo de puntillas, lo jalo hacia abajo para darle un beso y luego salto a sus brazos. Los labios de Drago se deleitan con los míos, chupando y mordiendo mientras me lleva dentro de la casa y sube tres tramos de escaleras. Sólo cuando llegamos a nuestro dormitorio me libera de su agarre, y sólo por un momento mientras nos arrancamos la ropa. Y luego estoy en sus brazos otra vez. Dejando una línea de besos a lo largo de su barbilla antes de salpicarlos por todo su rostro. Está vivo. Él está bien.

Capítulo 19

DRAGO

Paso mi mano por la suave piel de la espalda de Sienna y paso mis dedos por su cabello. Se mueve un poco y presiona su cara contra la curva de mi cuello. Tuvimos relaciones sexuales tres veces anoche, pero tener su cuerpo desnudo pegado al mío mantiene mi polla perpetuamente semidura. Cualquier ligero roce de sus deliciosas curvas en mi ingle y al instante estoy listo para comenzar. Por un momento, considero despertarla para otra ronda, pero luego cambio de opinión y sigo masajeando su cuero cabelludo. Ella necesita descansar. En lugar de eso, uso mi mano libre para agarrar mi teléfono de la mesa de noche.

Anoche, mi esposa me envió un montón de mensajes, pero estaban pasando demasiadas cosas, así que solo leí los primeros tres y nunca tuve la oportunidad de responder. En ese momento, parecían triviales, pero cuando reviso el hilo del mensaje ahora, me doy cuenta de que no era nada de eso.

22:23 Sienna: Necesito ir a comprar algunos cosméticos mañana.

23:39 Sienna: Deberías llevar a Zeus al veterinario. Creo que tiene una infección de oído.

23:48 Sienna: Encontré los zapatos que me compraste. Necesitas un escondite mejor.

23:57 Sienna: Creo que me gustaría volver a ir a tu club.

00:06 Sienna: [Selfie con Zeus. Ambos están tumbados en la cama.]

00:09 Sienna: ¿Qué pasa con mis lecciones de manejo? ¡¡Lo prometiste!!

00:12 Sienna: ¿Hay otra boda en la que podamos asistir pronto? Podría volver a bailar sobre la mesa para ti.

00:16 Sienna: [Otro selfie con Zeus en la cama.]

Noto algo peculiar cuando leo el contenido. Los primeros mensajes son declaraciones que no solicitan respuesta. Pero probablemente esperaba que le respondiera el mensaje de texto. Cuando no lo hice, me envió la foto de ella y Zeus. Y Sienna sabe muy bien que no dejo que mis perros entren en el dormitorio. Si hubiera visto esa imagen

anoche, le habría exigido que sacara a Zeus de la cama y fuera de la habitación. Ella envió esa foto específica a propósito, pero cuando todavía no respondí, pasó a hacer preguntas.

Sabía que estábamos a punto de enfrentarnos a los rumanos, pero ninguno de sus mensajes mostraba interés en ello. Simplemente tonterías aparentemente aleatorias. Pero no eran tonterías, ¿verdad? En lo que respecta a mi esposa, nunca es “lo que ves es lo que obtienes”. Tengo que ignorar la mierda que dice y su forma de actuar. Profundice más para encontrar la verdad.

Declaraciones, luego la foto y luego las preguntas. ¿Intenta obtener una reacción de mi parte?

Estaba preocupada por mí, pero no quería demostrarlo.

Bajo la cabeza hasta que mi boca está justo al lado de su oreja. —Eres como un maldito cubo de Rubik, Sienna. Puedo pasar días probando diferentes movimientos hasta encontrar el patrón correcto.

Ella murmura algo y se presiona aún más contra mi cuerpo. Desenredando mis dedos de su cabello, tomo su barbilla e inclino su cabeza hacia arriba.

—Dime, mi brillante espía, ¿alguien ha logrado resolver el rompecabezas alguna vez?

Ella parpadea adormilada y me arruga la nariz. —¿De qué diablos estás divagando?

—Estoy hablando de tus mensajes de texto. Tu ropa loca y tus ridículas opciones de calzado. Tus sonrisas.

Ella levanta una ceja. —¿Qué pasa con mis sonrisas?

—Cuanto más anchas son, más tristes se ponen tus ojos.

Su cuerpo se tensa, pero sólo dura un segundo. En el siguiente suspiro, sus labios se curvan en otra de esas sonrisas falsas.

—¿Estás tratando de psicoanalizarme, Drago? —Ella me señala con la barbilla—. He tenido suficientes sesiones de psiquiatría para toda la vida, así que, por favor, vete a la mierda.

¿Sesiones de psiquiatría? La rodeo con mi brazo, manteniéndola cerca. —¿Por qué?

—Es personal —espetea y empuja mi pecho—. Déjame ir.

—¿Por qué, Sienna?

—¡Traté de suicidarme! —Ella me grita en la cara—. Ok. ¿Feliz? ¡Ahora déjame ir!

El miedo explota dentro de mi pecho, luego se extiende y consume todo mi cuerpo. No puedo moverme mientras miro a mi esposa mientras ella golpea mi esternón con sus puños, tratando de hacerme soltar. Debería dejarla ir. Obviamente quiere estar sola, pero yo no puedo. La mera idea de que ella no exista me hace querer prenderle fuego al maldito mundo. No hay mundo sin ella en él. No para mí.

—Sienna. —Aparto un mechón de pelo que le ha caído sobre la cara.

Sienna intenta golpear mis dedos, pero cuando falla, hunde sus dientes en el costado de mi mano.

—¿Te sientes mejor ahora? —Pregunto.

Ella me mira a través de sus mechones enredados y murmura algo que no puedo descifrar. Dudo que alguien pueda hacerlo cuando tiene la boca llena como está ahora.

—Muerde más fuerte si te ayuda.

Una lágrima rueda por su mejilla. Ella me suelta, dejando una huella considerable en mi carne. Tomo su cara con mis palmas y limpio sus lágrimas con mis pulgares. —¿Qué te hizo hacer eso, bebé? —Ella sabe que no estoy preguntando por la mordida.

—Cuando secuestraron a mi hermana, fue mi culpa.

—¿Cómo es eso?

—Luna y yo planeamos salir esa noche, pero ella canceló en el último momento. A Asya nunca le gustó pasar tiempo en bares, pero la convencí de que viniera conmigo ya que Luna no podía. Ella no quería ir, pero seguí presionando hasta que cedió. Nos escapamos. —Ella cierra los ojos y continúa—. Conocí a un chico allí. Fue divertido y nos hizo reír mucho. Cuando le dije a Asya que deberíamos regresar a casa, ella dijo que le gustaría quedarse un tiempo más.

Los ojos de Sienna se abren mientras más lágrimas corren por sus mejillas. Las alejo, pero siguen viniendo.

—Verás, hacia pilates a la mañana siguiente, así que dejé a mi hermana sola con un hombre que no conocía y me fui a casa. Me metí en mi cama, bajo las cálidas sábanas, y me quedé dormida mientras mi hermana era violada en la fría nieve afuera de ese bar. Ella sufrió mientras yo me quedaba dormida. Ni siquiera fui a la maldita clase.

Su labio inferior tiembla mientras habla y le tiemblan las manos. Quiero decirle que puede parar, que no tiene que decir nada más si le duele tanto. Ver a mi alegre y

brillante esposa desmoronarse frente a mis ojos es como un cuchillo en el pecho. Pero guardo silencio, sabiendo que ella necesita dejarlo salir todo.

—Durante meses no supimos si Asya estaba viva o muerta. Arturo no pudo encontrarla. Toda la Cosa Nostra la buscó sin resultado. Pasé semanas sentada en el porche, esperando que ella cruzara la puerta milagrosamente, hasta que un día me di cuenta de que probablemente nunca lo haría.

Sienna respira profundamente. —Subí a su habitación, tomé las pastillas para dormir que me había recetado el médico y me metí en la cama de Asya. Solo quería dormir.

—Jesús, bebé. —Me inclino hacia adelante y le doy un beso en la frente. El anhelo de abrazarla y envolverla con todas mis fuerzas es abrumador, pero no podría verla mientras habla—. ¿Cuántos tomaste?

—Lo que quedó en la botella. Arturo me encontró y me llevó rápidamente a urgencias.

Envuelvo mis brazos alrededor de Sienna y la aprieto contra mi pecho, abrazándola con fuerza. No parece suficiente. Muevo mi mano hacia su cabello y meto su cara en la curva de mi cuello.

—Prométemelo —me atraganto.

Sienna murmura algo en mi cuello, probablemente un —qué—.

—Prométeme que nunca volverás a hacer algo así.

Su palma sube por mi pecho y cuello y se detiene en mi mandíbula. Se sienta sobre mi estómago y agarra mi barbilla con sus dedos mientras se inclina hacia adelante.

—Lo prometo. Pero quiero algo a cambio.

—Está bien.

—No dejarás que te maten, Drago. —Ella aprieta mi barbilla—. Por favor.

Aparto un mechón de cabello de su cara y trazo la forma de sus labios con la punta de mi dedo. Mientras lo hago, me doy cuenta de que ella está frente a mí a propósito con su boca alineada con mis ojos. —¿Por qué? Hace un rato me dijiste que no te gusto.

Sus labios se ensanchan en una sonrisa bajo mi toque. —Tienes un gusto excepcional para los zapatos de mujer.

—¿Alguna vez vas a detener esta farsa, Sienna? Puedes decirme la verdad. No será el fin del mundo.

—¿Qué verdad? —Ella ríe.

—Que estás enamorada de mí.

La sonrisa desaparece de su rostro y su cuerpo se queda quieto. —Estás delirando.

—No, no creo que lo sea.

Ella me suelta la cara y se aleja, preparándose para correr.

No está pasando. La rodeo con mi brazo y nos hago rodar, inmovilizándola en la cama con mi cuerpo.

—¡Déjame ir! —ella espeta.

Muevo mi mano a lo largo de su cadera, entre sus piernas, y presiono mis dedos sobre su coño. Los ojos de Sienna brillan.

—Me di cuenta de algo recientemente —digo mientras circulo lentamente su clitoris, aplicando un poco más de presión con cada golpe—. Realmente me excita cuando estás enojada.

Ella me clava una mirada asesina. Muevo mi dedo entre sus pliegues y lo deslizo dentro de su calor.

—¿Quieres saber por qué? —Pregunto mientras agrego otro dedo—. Porque sé que esa eres tú verdadera, mila moya.

La respiración de Sienna se entrecorta. La estiro ligeramente, luego enrosco los dedos hacia arriba, encuentro su lugar escondido y presiono un poco más fuerte. Cierra los ojos y gime mientras su cuerpo tiembla.

No hay nada más bonito que verla así. Sin defensa. Sin pretensiones. Mía. Puede que mienta con sus palabras, pero su cuerpo siempre me dice la verdad. Quito mis dedos y me coloco en su entrada, deslizando solo la punta de mi polla hacia adentro. Los ojos de Sienna se abren de golpe y se clavan en los míos. Sus uñas pintadas de verde se clavan en la piel de mis brazos.

—Está bien bebe. —Bajo la cabeza hasta que nuestras frentes se tocan mientras me deslizo lentamente dentro de ella—. Yo también estoy enamorado de ti.

Un grito ahogado sale de sus labios mientras me abarca por completo. Sus ojos miran fijamente los míos desde debajo de sus pestañas oscuras medio bajas y mechones de cabello que han caído sobre su rostro. Es como si todavía estuviera tratando de esconderse de mí. Extiendo la mano y aparto los sedosos mechones, luego acaricio la piel satinada de su mejilla con las puntas de mis dedos.

—No más esconderte de mí —digo mientras salgo e inmediatamente la golpeo de nuevo—. ¿Tenemos un trato?

Por un momento, el pánico cruza el rostro de Sienna. Entierro mis dedos en su cabello y la fijo con mi mirada. —Amo cada lado de ti, mila moya. Te amo cuando ríes, pero también te amo cuando estás triste. Te amo enojada, cabreada y decidida. —Bajando aún más la cabeza, gruño—: Incluso adoro cuando amenazas con dispararme.

—Estás loco. —Ella se ríe mientras una lágrima se desliza por su mejilla.

—Créeme, no hay una imagen más sexy que la de mi esposa apuntándome con un arma mientras usa un tutú dorado y pantuflas de piel.

Mi siguiente empujón la hace jadear. Acelero el paso, golpeándola y haciendo que la cabecera golpee la pared junto con mis movimientos. —Prométeme que lo intentarás.

—Lo prometo.

SIENNA

Unos golpes fuertes y rápidos rompen el silencio de la noche. Abro los ojos y me siento en la cama. La habitación está completamente sumida en la oscuridad, ni siquiera la luz de la luna atraviesa la penumbra. La puerta se abre con un chirrido; el sonido es mucho más fuerte de lo que debería ser. En la puerta hay una figura de un hombre. No puedo ver sus rasgos, sólo su forma delineada por la luz que se derrama desde el pasillo.

—Sienna —dice el hombre. La voz de mi hermano.

—¿Arturo? ¿Qué estás haciendo aquí?

Abre más la puerta y la franja de luz amarilla cae sobre el lado de la cama de Drago. Esta vacío.

—Necesito decirte algo, Sienna.

Mi labio inferior tiembla. No. —¡Fuera! —Grito y salto de la cama, con la intención de correr y cerrar la puerta, pero mis pasos son lentos como si estuviera pisando agua. Todo sucede en cámara lenta.

—Necesito que seas fuerte ahora —continúa la voz de Arturo. Está distorsionado de alguna manera, como si viniera de un pozo profundo y oscuro. Todavía no puedo ver su cara.

—¡Cállate la boca! ¡Cierra! ¡Arriba! —Grito mientras me fuerzo hacia la puerta. Sólo unos metros más y lo alcanzaré.

—Lo siento mucho, Sienna.

Me congelo con la mano extendida. Mis rodillas se doblan y caigo al suelo.

—Tu marido está muerto.

Un zumbido llena mis oídos, haciéndose más fuerte hasta que no puedo soportarlo más. Presiono mis manos sobre mis oídos y grito.

—¡Sienna! ¡Despierta!

Parpadeo. Drago está acostado encima de mí, sosteniendo mi cara entre sus palmas.

—Tuve una pesadilla —dije entrecortadamente.

—Pude ver eso. ¿Qué era?

Hay tanta preocupación en sus ojos. Extiendo la mano para trazar sus cejas fruncidas y paso la punta de mi dedo por su nariz hasta su boca apretada. Mi mano tiembla y mi corazón late a una velocidad supersónica. Sé que fue sólo un sueño, pero no puedo librarme del terror.

—Soñé que toda mi ropa y mis zapatos se volvían blancos. —Inclino mi barbilla y coloco un beso en sus labios—. Fue horrible.

Drago me mira entrecerrando los ojos. Está claro que no me cree. Paso mis dedos por su cabello y presiono mi cara contra su pecho, respirando su aroma.

—Sienna.

Sacudiendo la cabeza, lo aprieto con más fuerza. No quiero hablar de ello. Él está bien. Eso es todo lo que necesito.

Nos hace rodar hasta que nuestras posiciones se invierten, ahora conmigo encima de él. Metiendo mi cara en la curva de su cuello, acaricia la piel de mi nuca, justo debajo de la línea del cabello.

—¿El sueño fue sobre tu hermana? —pregunta en voz baja mientras sus dedos continúan su camino tranquilizador—. Ya no sueño con la mía tan a menudo. Mi... Otra hermana. No estoy seguro si es más fácil o más difícil. A veces siento que la estoy traicionando porque ya no pienso en ella con tanta frecuencia como antes.

Su voz es muy tensa. Es como si se obligara a decir las palabras en voz alta. No querer hablar de ciertas cosas es un concepto muy familiar para mí, y está dolorosamente claro que lo hace para mi beneficio.

Levanto la cabeza y miro a mi marido directamente a los ojos. —No fue tu culpa —susurro—. Tara me contó lo que pasó. Hiciste todo lo que pudiste.

—¿Lo hice? Mi cerebro dice que sí. Pero mi corazón no me deja aceptar esa verdad. Nunca lo hará. —Él toma mi mejilla en su palma—. No importa lo que digan

todos. No importa que haya sido obra de otra persona. El corazón siempre asumirá la culpa porque no puede comprender que el amor que siente no fue suficiente para salvar a un ser querido del daño. Y eso está bien, siempre y cuando el cerebro lo entienda.

Una lágrima se me escapa y se desliza por mi mejilla mientras sus palabras resuenan profundamente dentro de mí. Él lo entiende. No estoy segura de si alguien más podría hacerlo.

—Mi cerebro entiende —murmuro, pero luego me doy cuenta de que sus ojos todavía están enfocados en los míos.

Inclinando un poco la cabeza, espero a que su mirada baje y luego repito mi respuesta.

Pequeñas arrugas aparecen en las esquinas de los ojos de Drago mientras sonrío. Seca mis lágrimas con el pulgar y luego traza el contorno de mis labios. —¿Quién te lo dijo?

—Lo descubrí hace unas semanas. —Deslizo mis dedos por su cabello—. ¿Por qué no usas audífonos?

—Lo hice. Ayudaron cuando no había ruido de fondo. Pero con sonidos por todas partes o varias personas hablando al mismo tiempo, todo se amplificaba. Pensé que mi maldita cabeza iba a explotar. Ahora es lo mismo cuando estoy rodeado de sonidos muy fuertes.

—Pero tú diriges un club. No hay nada más ruidoso que eso. —Lo miro fijamente, completamente estupefacta al darme cuenta de lo que experimenta todos los días—. ¿Y las comidas aquí, con todos hablando siempre al mismo tiempo? ¿Cómo te las arreglas?

—Supongo que tengo la cabeza muy tonta. —Él sonrío.

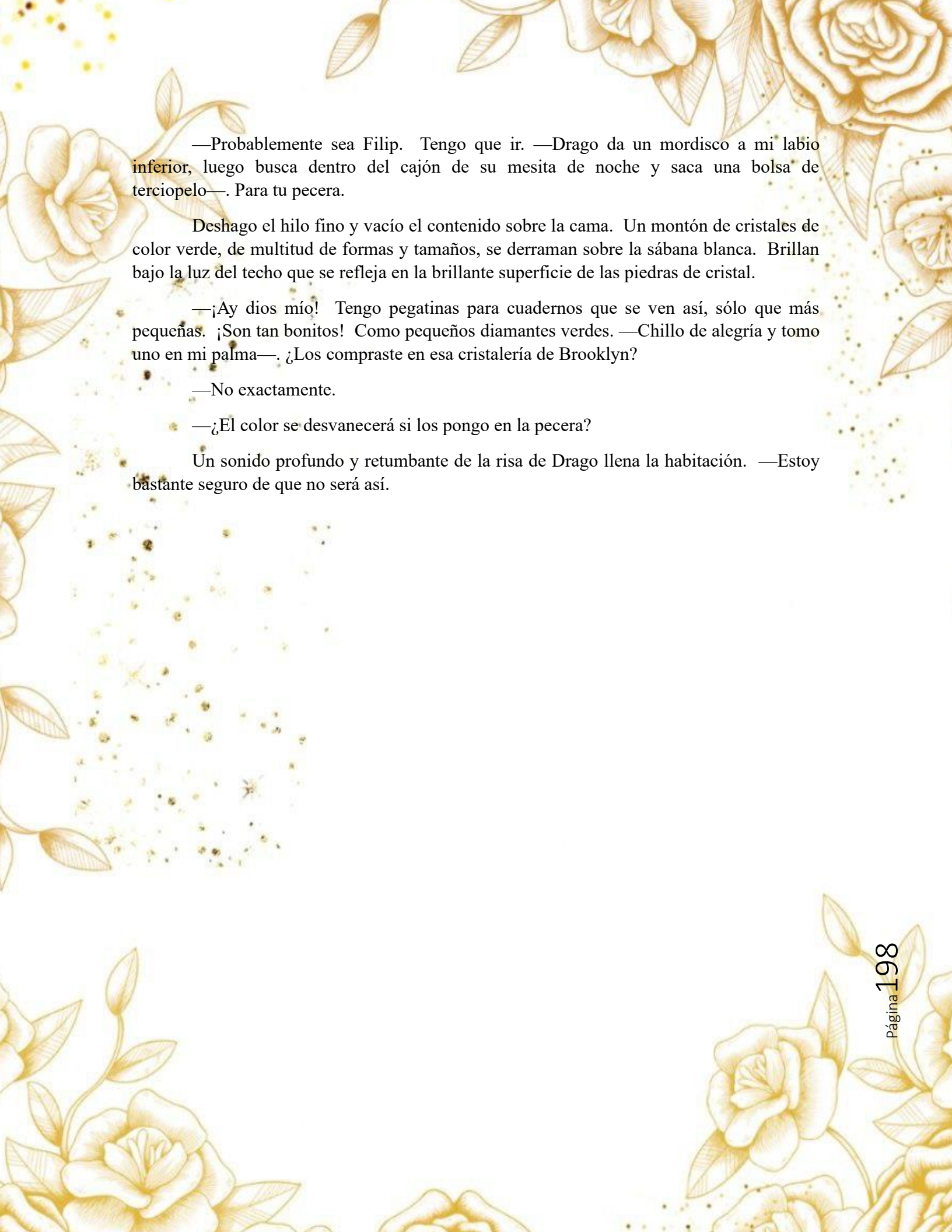
Dios mío, el nivel de concentración que necesita mantener todos los días es insondable. Me muerdo el labio inferior.

—Puedes... ¿Escucharme?

Los ojos de Drago se deslizan hacia los míos, nuestras miradas chocan. Por lo que me dijo Keva, probablemente no pueda, pero todavía tengo esperanzas.

—Solo cuando estás a mi lado. Pero a distancia, aunque sea a unos pocos metros, entonces no —dice, y su sonrisa se desvanece—. Lo siento bebé.

—Está bien. —Me inclino para besarlo justo cuando suena un fuerte golpe en la puerta.



—Probablemente sea Filip. Tengo que ir. —Drago da un mordisco a mi labio inferior, luego busca dentro del cajón de su mesita de noche y saca una bolsa de terciopelo—. Para tu pecera.

Deshago el hilo fino y vacío el contenido sobre la cama. Un montón de cristales de color verde, de multitud de formas y tamaños, se derraman sobre la sábana blanca. Brillan bajo la luz del techo que se refleja en la brillante superficie de las piedras de cristal.

—¡Ay dios mío! Tengo pegatinas para cuadernos que se ven así, sólo que más pequeñas. ¡Son tan bonitos! Como pequeños diamantes verdes. —Chillo de alegría y tomo uno en mi palma—. ¿Los compraste en esa cristalería de Brooklyn?

—No exactamente.

—¿El color se desvanecerá si los pongo en la pecera?

Un sonido profundo y retumbante de la risa de Drago llena la habitación. —Estoy bastante seguro de que no será así.

Capítulo 20

SIENNA

—Creo que deberíamos llevar a Lollipop a un veterinario —murmuro, siguiendo al pez naranja con mis ojos mientras corre de un lado a otro entre las plantas acuáticas.

—¿Lollipop? —Tara levanta una ceja.

—Me gustan los nombres de dulces —digo y señalo con el dedo el pez en cuestión—. ¿Ves esa raya en su lado derecho? No estaba allí antes. Quizás desarrolló una afección cutánea.

Tara se inclina hacia adelante y presiona la nariz contra el cristal. —Me parece normal. Sólo una parte del patrón en la balanza.

—No, estoy segura de que no estaba allí antes.

—Entonces tiene que ser dermatitis. ¿O debería decir “escalitis”? —Ella se ríe—. Oh, ahí está Adam, una vez tuvo un acuario. ¡Oye, Adán! Ven aquí.

El jefe de ejecución de Drago entra al comedor, de alguna manera reduciendo el espacio con su enorme presencia. Cruza los brazos sobre el pecho, haciendo que sus bíceps se abulten y la obra de arte en su tatuaje de manga completa resalte. —¿Qué es?

—Sienna cree que uno de sus peces está enfermo. El que tiene la raya en el costado.

Adam se agacha junto a Tara, con la cabeza inclinada mientras observa a su —paciente.

—No veo nada malo en ello.

—Él no tenía esa marca antes. —Señalo el pez—. ¿Ves?

—No, es sólo una palmadita... —Cierra la boca de golpe—. Oh, sí, a veces puede suceder con esa especie específica. Cambian de color todo el tiempo. Nada de qué preocuparse.

—¿En realidad? —Vuelvo a mirar al pez. El vendedor de la tienda de mascotas nunca lo mencionó.

—Por supuesto. No te preocupes si vuelve a suceder —añade rápidamente Adam.

—¿Y qué pasa con su aleta?

Mira nerviosamente la pecera. —¿Qué pasa con eso?

—Su aleta izquierda estaba rota. Y ahora está lleno otra vez.

—Sí, tienen increíbles habilidades curativas y les pueden volver a crecer aletas y colas.

Entrecierro los ojos hacia él. —No es el pescado que compré, ¿verdad?

—Um, no exactamente. —Adam levanta la mano y se frota la nuca, con la culpa escrita en todo su rostro—. El anterior eh... falleció. El jefe hizo que Iliya nos enviara a todos una foto con la orden de encontrar uno que tuviera el mismo aspecto y cambiarlo.

Tara cae en un ataque de risa.

Vuelvo a mirar la pecera e imagino a Drago instruyendo a sus hombres a peinar la ciudad, buscando un pez específico para mí. Una cálida sensación de hormigueo me inunda como cada vez que pienso en mi marido. Amenaza con ahogarme.

Cierro los ojos y mi mente instantáneamente viaja a hace dos noches cuando Drago me inmovilizó debajo de él, afirmando que estaba enamorada de él. El pánico explota en la boca de mi estómago. No es verdad. Me gusta él. Cuando él está fuera todo el día por motivos de trabajo, como hoy, de alguna manera me siento vacía. Pero no estoy enamorada de él. Y definitivamente no está enamorado de mí, independientemente de lo que haya dicho. Nuestro matrimonio es sólo un acuerdo comercial que funcionó bien. Nada más. Nada menos.

—Um, Sienna... ¿Puedes fingir que no sabes nada del pescado? —Pregunta Adam, sacándome de mis pensamientos.

—Seguro. —Asiento y me obligo a sonreír.

—Gracias a Dios. —Adam deja escapar un suspiro de alivio.

Una vez que se va, desato la cuerda de la bolsa con mis nuevos guijarros de vidrio y tomo un puñado de piedras. Mi mano se cierne sobre el agua mientras dejo caer los cristales. Los estoy viendo hundirse hasta el fondo del tanque cuando Tara grita a mi lado.

—¡Sienna! ¿Estás loca?

La miro, confundida. —¿Qué?

—¿De dónde sacaste esto?

—¿Las rocas? Es vidrio de colores que Drago me compró. ¿No son bonitos?

Tara abre la boca, luego la cierra, sólo para volver a abrirla como si fuera incapaz de formar palabras.

—Él... ¿Sabía que se usarían en una pecera? —Su voz suena un poco tensa.

—Sí. Incluso me preguntó qué color quería. ¿Por qué?

—Eh... porque no es vidrio. —Toma uno de los cristales de mi palma y lo mira—. Eso, querida, es una esmeralda de diez quilates, que vale al menos quince mil dólares.

Parpadeo, desconcertada, y miro la pecera donde al menos veinte piedras similares adornan las profundidades arenosas.

—Pero él me dijo... Me dijo que era sólo vidrio. ¿Por qué tendría que hacer eso? —Me quedo boquiabierta ante mis “decoraciones”.

—Sí, me pregunto por qué. —Tara se ríe—. El príncipe Saeed no estará contento.

—¿Quién es el Príncipe Saeed?

—El multimillonario que ordenó esos hace meses.

Vuelvo a mirar las esmeraldas en mi palma y la familiar sensación de pánico vuelve a surgir. Dejando que el resto de las piedras verdes caigan en la pecera, observo cómo chapotean un poco antes de posarse junto a las demás.

—Creo que me duele la cabeza —digo, evitando mirar a Tara—. Voy a recostarme un rato.

—No estés triste por el pescado. Sucede.

—Lo sé.

Al llegar a nuestra habitación, me dirijo directamente a la cómoda y tomo el jarrón lleno de “cristales de vidrio” que me regaló Drago, luego me siento en el borde de la cama. Docenas de piedras de colores se esparcen sobre la colcha cuando inclino el contenedor. Deslizo mis bolígrafos a un lado y recojo la piedra más cercana. Es de un rojo intenso y tiene forma de óvalo, con muchas facetas que reflejan la luz que se derrama a través de la ventana. Un rubí, probablemente.

Hay algunas piedras rojas más entre otras de varios tonos. No sé mucho sobre gemas preciosas, pero basándome únicamente en los colores, hay zafiros, amatistas y muchas otras que no reconozco.

—Hombre tonto —me atraganto mientras recojo las piedras en su jarrón.

Cuando tengo mi “portalápices” de vuelta en la cómoda, camino hacia el armario para sacar mi cuaderno de su escondite entre mis suéteres y tomo un bolígrafo del cajón de la mesita de noche.

Georgina tenía un secreto, escribo mientras mi mano tiembla ligeramente. Un secreto enorme y horrible. Fue tan malo que preferiría morir antes que confesarlo a nadie. Especialmente para ella misma. Se ha enamorado de su hombre lobo gruñón.

DRAGO

La puerta de mi oficina se abre y entra un hombre bajo, casi demacrado, con un traje de tres piezas color carbón. Su cabello blanco está peinado hacia atrás, contrastando con sus espesas cejas negras visibles sobre el borde de sus gafas de montura negra.

—Señor Dubois. —Hago un gesto hacia la silla al otro lado de mi escritorio.

Cuando el francés toma asiento, saco una gran caja de terciopelo del cajón y la coloco delante de él.

La mayoría de los joyeros compran piedras preciosas exclusivamente a través de canales habituales porque quieren garantizar a sus clientes la autenticidad de las piedras preciosas entregándoles productos certificados. A algunos compradores, sin embargo, no les interesa el papeleo. Sólo quieren las mejores rocas. El señor Dubois atiende a ese tipo de clientela. Príncipes árabes. Magnates de los negocios. Oligarcas de todo el mundo. Les importan un carajo los certificados siempre que sus esposas o amantes puedan usar la joya más cara de la habitación.

—Esto no es lo que acordamos, señor Popov —dice Dubois.

—Lo sé.

Se quita las gafas y apunta a la caja. —El Príncipe Saeed fue muy claro en su petición. Esmeraldas, no zafiros.

—Me temo que las esmeraldas ya no están disponibles. Los zafiros que ofrezco valen un 20 por ciento más —digo y busco en el cajón—. Y tengo un don, a modo de disculpa.

—Su Alteza ha pedido específicamente esmeraldas. Es absolutamente inaceptable... —Se detiene a mitad de la frase, mirando la gema en mi palma—. Es eso...

—Sí. Un diamante redondo G SI1 de cinco quilates. —Coloco el diamante en su mano extendida y me inclino hacia atrás—. Llama al príncipe. Pregúntale si mi regalo es suficiente para compensar su decepción por recibir zafiros en lugar de esmeraldas.

El joyero saca una pequeña lupa de su bolsillo y examina la piedra desde todos los ángulos. Una vez hecho esto, saca su teléfono y hace una llamada. Supongo que habla francés porque no puedo leer sus labios y tengo dificultades para entender lo que dice. Pero, según el tono emocionado de Dubois, debe estar conversando con el Príncipe Saeed.

—El dinero se transferirá en los próximos cinco minutos —dice Dubois después de finalizar la llamada. Me devuelve el diamante con cuidado—. Su Alteza me pidió que le transmitiera su agradecimiento por el regalo y confirmó que los zafiros son un sustituto adecuado.

Asiento y coloco el diamante dentro de la caja. —Tan pronto como reciba la confirmación de la recepción del dinero, nuestro negocio estará concluido.

Dubois cierra la caja pero mantiene las manos sobre ella como si le preocupara que la cosa pudiera desaparecer. —Si puedo preguntar, ¿qué pasó con las esmeraldas?

—Mi esposa las necesitaba.

—¿Oh? ¿Le gustaría que los usara para una hermosa pulsera? Tengo un nuevo diseñador increíble en París, estoy seguro de que podemos crear una magnífica pieza personalizada...

—No eran para sus joyas. Los necesitaba para su acuario.

Mi teléfono vibra con un mensaje entrante. Miro hacia la pantalla y veo una notificación de mi banco de que se ha realizado el pago.

—¿Disculpe? ¿Un qué?

—La cosa de cristal con agua y pescado dentro —aclaro y le ofrezco la mano—. Gracias por su atención, señor Dubois. Transmite mis mejores deseos al príncipe.

El francés se levanta lentamente y me estrecha la mano, mirándome boquiabierto detrás de sus gafas de montura gruesa. Sosteniendo la caja bajo su brazo derecho, se dirige hacia la puerta pero luego se detiene en el umbral.

—¿Por qué no le guardaste el diamante a tu esposa? —pregunta por encima del hombro.

La comisura de mis labios se curva. —Es incoloro.

Filip entra a mi oficina justo cuando el joyero se va.

—¿Alguna novedad? —Pregunto.

—No. Nadie ha visto a los hombres de Bogdan cerca de ninguna de nuestras ubicaciones.

—Bien. Necesitarán algo de tiempo para organizarse antes de devolvernos el golpe. ¿Roman Petrov confirmó la reunión?

—Sí. Estará aquí en media hora —dice Filip y junta las manos delante de él—. Tara acaba de llamar.

—¿Qué quería ella?

—Para hacerme saber que ella y su esposa están de camino hacia aquí. Deberían llegar en cualquier momento.

—¿Qué? —Salto de mi silla—. Di una orden específica de que ninguna de ellas puede salir del recinto.

—Parece que la señora Popov fue muy persuasiva con los guardias en la puerta. —Saca su teléfono del bolsillo, se lo acerca a la oreja y escucha a la persona que habla—. Acaban de llegar a la entrada trasera.

Golpeo el escritorio con la palma de la mano y cruzo corriendo la oficina hacia el estrecho pasillo. Es poco probable que los rumanos tomen represalias hoy, pero no quiero ni a mi esposa ni a mi hermana en el club: el objetivo más probable. Abriendo la puerta trasera de una patada, salgo justo a tiempo para ver a Sienna saliendo de un auto, vestida con un vestido verde con plumas por todo el corpiño.

Camino por el estacionamiento hasta que estoy justo frente a mi esposa y la fijo con mi dura mirada. —¿Qué carajo, Sienna?

—Drago. —Ella sonríe—. Tara y yo decidimos hacerte una visita.

Aprieto los dientes y miro por encima de las cabezas de las mujeres para mirar a Relja e Iliya, quienes se atrevieron a traerlas aquí en contra de mis órdenes. Están al otro lado del coche, inquietos.

—¡Explica! —rugí.

Ambos hombres se estremecen y dan un paso hacia atrás.

—Drago. —Sienna envuelve sus dedos alrededor de mi muñeca—. Que es mi culpa. Insistí.

—¿Por qué?

—Solo quería verte. —Ella se encoge de hombros—. Y yo llevo el arma que me compraste.

Parte de mi ira se disipa. Extiendo la mano y le acaricio la barbilla con el dorso de la mano, luego miro a mi hermana. —Tú deberías saberlo mejor.

—Quería animar a Sienna —dice Tara, pero luego pronuncia la siguiente frase—. *Ella sabe que el pez había muerto.*

El resto de mi ira desaparece. Le doy un beso rápido en la parte superior de la cabeza a Sienna y miro a Iliya. —Quiero que veinte hombres estén ubicados alrededor del club mientras las mujeres están aquí.

Iliya asiente y toma su teléfono. Echo otro vistazo al vestido corto de mi esposa.

—Y, Iliya, asegúrate de que se entregue la misma advertencia que la última vez a todos los invitados masculinos al entrar.

***.

El pakhan ruso me mira entrecerrando los ojos y luego mira al hombre mayor sentado a su lado, diciendo algo en ruso. Coloco mi palma sobre la rodilla de Sienna. Una pequeña sonrisa aparece en sus labios mientras acaricio lentamente su piel mientras ella continúa jugando con su teléfono.

—Me llevaré toda la munición de los rumanos —afirma el pakhan— pero quiero un descuento adicional del cinco por ciento por deshacerme del camión para usted.

—Ya te estoy vendiendo los productos por debajo del valor de mercado, Román.

—Esa es mi oferta. Tómallo o déjalo.

Le doy una mirada fija y asiento. Esta transacción tiene más que ver con el principio. Quiero que desaparezca la mierda de Bogdan.

—Se dice que también hay otro tipo de producto que ofrecer —añade—. Me gustaría elegir algo para mi esposa.

—No obtendrás ningún descuento por eso.

—No me preocupa el precio cuando le compro cosas a mi mujer —ladra visiblemente ofendido.

—Entonces vayamos a mi oficina. —Beso el hombro desnudo de Sienna—. Regresaré en diez minutos.

—Iré a comprobar si Tara necesita ayuda. —Se gira hacia el otro lado del club donde mi hermana está parada con dos chicos, ambos parecen estar tratando de llevarla a la pista de baile.

—Está bien.

Sigo a Sienna con la mirada mientras deja la cabina y se dirige hacia el grupo. Los hombres que están junto a Tara notan que Sienna se acerca y un momento después sus cabezas giran en mi dirección. Les dejo ver en mis ojos lo que sucederá si alguno de ellos sigue allí cuando mi esposa los alcance. Ambos hombres murmuran algo y salen corriendo de allí. Bien.

SIENNA

—El ambiente aquí es súper extraño esta noche —murmuro.

Tara casualmente toma un sorbo de su sangría. —¿Cómo es eso?

—Tus amigos huyeron en el momento en que me vieron acercarme. —Miro al camarero que lleva bebidas y su cabeza gira hacia un lado tan pronto como me mira. La gente parece estar esforzándose mucho en no mirarme a los ojos. De hecho, es como si todos evitaran mirarme a propósito. O al menos hombres—. ¿Mi vestido es tan horrible?

Tara me evalúa y sus ojos se detienen por unos momentos en el corpiño de plumas. —Es la prenda de vestir más escandalosa que he visto en mi vida. Pero no, no es el vestido.

—¿Entonces por qué?

—Recibieron la advertencia de Drago en la entrada.

—¿Una advertencia? Dios mío, ¿le dijo a la gente que traje un arma? ¡Ni siquiera está cargada! Sólo lo tomé porque Drago insistió. Bueno, nunca le dispararía a nadie, excepto a tu hermano.

Tara se ahoga con su bebida y tiene los ojos desorbitados. —¿Le disparaste a Drago?

—Larga historia. —Agito mi mano—. Debería haber dejado el arma con los gorilas como todos los demás.

—El arma no es el problema. Es la cuchara lo que les aterroriza.

—¿La cuchara?

Ella sonríe en su vaso. —Sí. Están muy preocupados por esa cuchara.

—¿Estas borracha?

Tara no tiene la oportunidad de responder porque un hombre rubio de unos veintitantos años le rodea la cintura con el brazo desde atrás.

—Sabía que eras tú, Tara, querida —murmura—. ¿Cuánto tiempo ha pasado? ¿Tres años?

Ella pone los ojos en blanco y le quita la mano del centro. —Vete, Gary. Sabes que no me meto con los socios comerciales de mi hermano.

—Siempre aguafiestas. —El chico se ríe y desvía su mirada hacia mí—. Quizás tu amiga tenga una actitud más positiva.

Antes de que pueda ofrecer una respuesta, Tara agarra al chico por la parte delantera de su camisa de vestir blanca. —¡Esa es la esposa de Drago, idiota! ¡Déjala!

—No lo dices. Quizás a la señora le gustaría probar algo diferente. —Él extiende su mano hacia mí, mirando mis pechos.

—Ella no lo haría. —Doy un paso atrás, pero aun así logra pasar sus dedos por mi brazo.

—Gary, por favor. Drago vendrá en cualquier momento —susurra nerviosamente mi cuñada y mira hacia algún lugar detrás de mí—. Oh, mierda.

Me doy vuelta y veo a mi marido parado en el pasillo que conduce a su oficina, con una mirada asesina centrada en el amigo de Tara.

—Entonces me iré. —La voz algo frenética de Gary viene a mis espaldas.

Drago observa al chico retirarse a su cabina, luego cruza la pista de baile hacia la barra.

—Joder, Sienna, va por una cuchara —chilla Tara, agarrándome del brazo—. Tienes que ir allí y distraerlo mientras consigo que alguien de seguridad saque a Gary de aquí.

—¿Por qué?

—Porque Gary es nuestro banquero de inversiones y Drago planea sacarle los ojos.

—Sí claro. —Me río.

—¡No estoy bromeando, Sienna! —Ella sacude mi brazo—. Los hombres evitan mirarte porque a todos les advirtieron que si lo hacían perderían la vista. ¡Ve allí y deténlo!

Observo a Tara mientras corre hacia uno de los gorilas en la salida, luego miro hacia la barra donde Drago está sacando una cuchara de un cajón. Esto es ridículo. No le va a sacar los ojos a un hombre porque se comió con los ojos mis tetas.

Detrás de la barra, Drago levanta la cuchara frente a su cara, sintiendo el borde con el pulgar, luego se dirige hacia la mesa donde está sentado Gary. Su mandíbula está

apretada y su boca forma una línea dura. Está mirando al banquero con ojos asesinos. Mierda.

Corro por la pista de baile, golpeando a algunas personas con los codos en el camino. Cuando llego a Drago, salto a sus brazos, agarrando su cuello y envolviendo mis piernas alrededor de su cintura.

—Hola. —Sonrío y beso sus labios apretados.

La mano de Drago se desliza debajo de mi muslo para sostenerme, pero sus ojos todavía están enfocados sobre mi hombro.

—Ey. —Tomo su barbilla entre mis dedos e inclino su cabeza para que me mire—. ¿Hay alguna posibilidad de que puedas conseguirme más de esos bonitos cristales?

—¿Qué color? —pregunta entre dientes.

—Rojo. Quedarán muy bien en las macetas que hay en la ventana de la cocina. ¿Crees que esa tienda tiene algo?

—Lo hace.

Sonrío, acariciando su mejilla mientras una sensación cálida se extiende por mi pecho. —¿Entonces consideras que los rubíes son adecuados como decoración para macetas?

Su mano aprieta mi muslo. —Estaba pensando en berilo rojo, pero pueden ser rubíes si los prefieres. ¿Fue Tara quien soltó la sopa?

—Sí. Ella se angustió mucho cuando me vio tirando un puñado de esmeraldas a la pecera. —Yo sonrío—. ¿Por qué, Drago?

—Te encantan las cosas brillantes, al igual que a mí.

—Entonces, ¿por qué dárme los?

—Porque la más brillante ya está en mi poder y su brillo no se puede comparar con el de ninguna piedra.

No debería sentirse tan bien escucharlo llamarme su posesión. No debería mojarme tanto. Pero lo hace. Hace que me duela el corazón por la necesidad de sentirlo dentro de mí, de que cimente esa declaración con acción.

Enredo mis dedos en su cabello. —Sí, me gusta que mi ropa brille.

Un camarero pasa junto a nosotros con una bandeja de bebidas. Drago lanza la cuchara que ha estado sosteniendo todo este tiempo y suena en la superficie, golpeando uno de los vasos.

—No me refiero a tu ridícula ropa, Sienna.

Su mirada sostiene la mía, penetrante y seria, de alguna manera primitiva en su intensidad. A veces creo que puede devorarme sólo con sus ojos.

Por el rabillo del ojo, puedo ver a la gente lanzándonos miradas curiosas. Mi vestido ha subido hasta mis muslos, brindando a todos una vista completa de mis piernas y, probablemente, de la mitad de mi trasero, pero me importa un carajo. Todo mi ser está en sintonía con Drago, con estar en sus brazos. Él es todo lo que veo. Todo lo que siento. Incluso con todos los aromas que llenan el aire a nuestro alrededor, el único que huelo es su sutil fragancia a menta. Nunca me había sentido tan fascinada por una persona.

—¿Realmente ibas a sacarle los ojos a ese tipo? —Susurro cuando la mirada de Drago se dirige a mis labios.

Aprieta la mandíbula y se da vuelta, llevándome hacia su cabina privada. —Tara habla demasiado.

Miro por encima del hombro de Drago hacia la salida, donde dos hombres de seguridad están empujando al banquero afuera, Tara supervisando sus esfuerzos. Ella mira hacia arriba y, con un guiño, levanta el pulgar.

Cuando llegamos al gran sofá de cuero, mis piernas se desenredan detrás de la espalda de Drago, pero en lugar de dejarme caer, él toma asiento conmigo a horcajadas en su regazo. Libero su cabello y paso mis dedos por su barbilla hasta su boca. Separa los labios y sus dientes mordisquean la punta de mi dedo índice.

—¿Por qué fue eso? —Pregunto.

—Un castigo por distraerme de mi misión.

—¿A menudo sientes la necesidad de sacarle los ojos a la gente? —Pregunto, aunque todavía espero que diga que Tara simplemente me estaba jodiendo.

Una pequeña sonrisa se forma en su rostro. —No. Es un desarrollo bastante nuevo.

Dejo que mi pulgar acaricie la curva de sus labios, luego deslizo mi palma a lo largo de su mandíbula. La música que suena a todo volumen en los parlantes cambia a una melodía lenta: *“El sonido del silencio”*. Esta canción sonaba cuando nos conocimos y recuerdo cómo me afectó su mera presencia en ese momento.

Hubo asombro y atracción instantánea, y sentí una extraña atracción hacia él sin siquiera saber quién era. Pero, simultáneamente, hubo otra sensación que no pude identificar, demasiado abrumada por su esencia.

Lo recuerdo ahora. Un sutil zarcillo de miedo, un instinto primario, como si mi subconsciente estuviera tratando de advertirme que un hombre muy peligroso estaba frente a mí. Lo ignoré.

—No existe ninguna mascota asesina, ¿verdad? Cuando escuché a Adam hablar del sacerdote, estaba hablando de ti.

La mirada de Drago abandona mis labios y la mueve hacia arriba para encontrarse con la mía. Ya no sonrío y su respuesta está ahí, claramente visible en sus ojos. Creo que en el fondo siempre supe la verdad.

—Sacerdote es un viejo apodo de cuando éramos jóvenes punks, allá en Serbia. Adam es el único que todavía me llama así a veces.

Su voz áspera resuena a través de mi ser, directo a mi corazón, cada palabra cae como una roca en mi alma. Nací en la Cosa Nostra y las costumbres de la mafia no me son desconocidas. Todos los hombres que he conocido probablemente se han quitado la vida al menos una vez, pero aparte de nuestro catedrático, ninguno es tan cruel a la hora de impartir su tipo de justicia. Espero que mi conciencia se rebele, que el sentimiento de pavor surja, me asfixie. No viene.

Desde que tengo uso de razón, me he sentido como un artista de circo: parada sobre una pelota, tratando de mantener el equilibrio, con el miedo a desplomarme siempre presente en mi mente. No había ningún objetivo o propósito real, aparte de mantenerme erguida mientras incluso el más mínimo movimiento de la pelota bajo mis pies me hacía agitar las manos en el aire, tratando de recuperar el equilibrio.

Mientras miro el rostro sombrío de mi marido, me doy cuenta de que no me he sentido así desde hace bastante tiempo. Por primera vez en mi vida me siento como si estuviera sobre tierra firme, en los brazos de un hombre que clava los cuerpos de sus enemigos en las paredes.

—Di algo, Sienna. —Los ojos de Drago están pegados a mis labios, esperando mi reacción. Tiene los dientes apretados y la boca apretada formando una fina línea.

—¿Por qué la cruz? —Pregunto, mi voz apenas audible.

—Es una firma. Un juego de palabras con mi antiguo apodo. Una forma de enviar un mensaje a aquellos que puedan tener una idea sobre cómo atacarme a mí o a los míos.

—¿Y cuál es el mensaje?

—Que los absolveré de sus pecados. Personalmente. Y en sangre. Lo mismo que hice con las personas que mataron a mi familia.

—¿Los encontraste?

—Todos y cada uno. Nadie toca a mi familia y sigue respirando. —Su mano recorre mi mandíbula hasta mi barbilla y luego regresa para apretar mi nuca—. Y nadie puede comerse con los ojos a mi brillante esposa. Quien se atreva, me aseguraré de que sea lo último que vea.

Respiro profundamente y me inclino un poco hacia adelante. Con mi vestido alrededor de mis caderas, la dura polla de Drago presiona directamente mi coño. Inclina la cabeza hacia un lado y alcanza un pequeño control remoto que está en el brazo del sofá. Un momento después, las dos lámparas a cada lado de la cabina se apagan, envolviendo nuestro espacio inmediato en la penumbra. A nuestro alrededor, las luces sobre la pista de baile, otras cabinas y las del bar siguen encendidas, pero nosotros estamos en las sombras, en su mayor parte escondidos de miradas indiscretas.

Las manos de Drago aterrizan en mis muslos, luego lentamente empujan la tela de mi vestido hacia arriba. No puedo escuchar su respiración entrecortada con la música a todo volumen, pero puedo sentir sus cálidas exhalaciones en mi cara.

—¿Recuerdas la boda a la que te llevé? ¿Dónde bailaste para mí? —Pregunta y captura mis labios con los suyos. Sus manos alcanzaron el elástico de mis bragas y sus dedos se enredaron con las tiras de encaje de mis caderas.

Asintiendo, agarro un puñado de su camisa y le muerdo el labio inferior mientras mi cuerpo vibra con electricidad. No importa lo cerca que estemos el uno del otro, nunca es suficiente. Siento un tirón y luego un desgarró en el lado izquierdo de mis bragas.

—Quería sacarte de esa mesa y follarte delante de todos los presentes. Para reclamarte como mía. Y asegurarme de que todos lo sepan.

El lado derecho de mis bragas también se rasga, y luego desliza su palma entre nuestros cuerpos, rodeando mi clítoris con su dedo mientras se desabrocha los pantalones con la otra mano. En el momento en que su polla se libera, me agarra por debajo del culo, colocándose por encima de su sólida longitud.

—¿Tienes algo que confesar, Sienna?

Está demasiado oscuro para ver claramente la expresión de su rostro, pero de vez en cuando, un destello de luz sobre la pista de baile se refleja en sus ojos verde claro. Ojos que taladran los míos. Un torbellino de sentimientos se retuerce en mi estómago, exigiendo que los deje salir. Entierro mis manos en su cabello y, mirando fijamente sus profundidades, me deslizo lentamente sobre su polla.

Un grito ahogado me deja mientras me llena, alojándose profundamente. Aprieto sus mechones oscuros entre mis dedos y muevo mis caderas, absorbiéndolo aún más. Mi mirada lo mantiene cautivo mientras lo monto, pero ninguna palabra sale de mis labios.

Sé lo que está pidiendo. Quiere que le diga que lo amo. No puedo. Tengo demasiado miedo de expresar la verdad, de decir en voz alta lo que ambos ya sabemos. Cada vez que pienso en ello, el pánico surge dentro de mí, agarrándome con sus garras, apretándome. Soy consciente de que mi miedo es irracional. No se puede sellar el destino de una persona con tres simples palabras. Aun así, no puedo obligarme a hacerlo, demasiado asustada de perderlo.

La presión en mi núcleo aumenta a medida que giro mis caderas, necesitando sentir aún más de él. La mano de Drago aprieta mi nalga, luego se mueve a lo largo de mi cadera hasta mi coño y pellizca mi clitoris. Jadeo, mi respiración es rápida y superficial. Los ojos brillantes y penetrantes de mi marido todavía están clavados en los míos cuando se inclina hacia delante y toca su frente con la mía.

—Está bien, *mila moya* —susurra, presionando su pulgar contra mi botón—. No tienes que decirlo. Sé que lo harás cuando estés lista.

Sus labios agarran los míos, mordiendo, reclamando. Cierro los ojos con fuerza y le devuelvo el beso mientras alcanzo el control remoto que dejó en el cojín a nuestro lado. Con solo presionar un botón, las elegantes lámparas de columna a ambos lados del sofá vuelven a la vida, bañándonos en el brillo azul pálido y restaurando la conciencia ambiental que nos rodea. Más de cien personas están en el club esta noche, y cada una de ellas ahora puede verme claramente montando la polla de mi marido.

Los ojos de Drago se abren con sorpresa y una comisura de sus labios se curva hacia arriba. —¿Por qué? —él pide.

Lanzando el control remoto a un lado, presiono mis palmas sobre la cara de mi esposo, devorándolo con mis ojos mientras continuo montándolo lentamente. Inspiro su aroma, bebo su esencia y abrazo la misma oscuridad que una vez temí cuando nos conocimos. Este hombre. El único que alguna vez me ha entendido. El hombre sin el que ya no puedo imaginar mi vida.

—Porque quiero que todos lo sepan también —digo.

—¿Saber qué?

—Que eres mío. —Me inclino hacia adelante para que pueda sentir los rápidos latidos de mi corazón—. Y que soy tuya.

Capítulo 21

DRAGO

Naranja calabaza. Por supuesto.

Apoyo el codo en el marco de la puerta del baño y sigo secándome el pelo con una toalla mientras observo a mi esposa. Sentada en el borde de la cama, con el pie derecho apoyado en el sillón reclinable cercano, se pinta las uñas de los pies. El cepillo que tiene en la mano está sostenido por las puntas de sólo dos dedos, los otros tres extendidos hacia afuera, lo que me hace pensar que el esmalte de sus uñas aún no está seco. Su atuendo de hoy consiste en leggings turquesas brillantes combinados con un suéter naranja. Los pantalones tienen un patrón de escamas de pez, lo que los hace parecer en cierto modo una cola de sirena. Sonrío y me alejo de la puerta, cruzando la habitación.

—¿hey, qué estás haciendo? —dice mientras envuelvo mi mano alrededor de su tobillo y levanto su pierna para poder sentarme en el sillón reclinable.

Coloco su pie sobre mi rodilla y le quito el cepillo para esmalte de uñas. La confusión en el rostro de Sienna se convierte en sorpresa cuando sumerjo el aplicador en el frasco que está en la mesa de noche y retomo el trabajo que ella comenzó.

Ella extiende la mano y coloca su dedo debajo de mi barbilla, inclinando mi cabeza hacia arriba. —¿Qué dirían tus hombres si te vieran pintándome las uñas de los pies? No es algo muy varonil, ¿sabes?

Levanto una ceja. —¿Debería patearle el trasero a alguien cuando termine? ¿Eso mantendría mi estatus de macho alfa?

—No creo que sea necesario. —Ella ríe—. Pero me encantaría ver la expresión de sus caras.

—Nadie haría jamás un comentario al respecto porque si lo hicieran, significaría que estaban mirando tus piernas. Y no terminaría bien para ellos —digo y sigo con mi tarea—. Deja de mover los dedos de los pies.

—Lo siento. —Ella resopla—. No olvides el polvo brillante.

—¿Debería saber qué es eso?

—Polvo brillante. Aquí. —Coloca un pequeño recipiente redondo en mi mano. Está lleno de algún tipo de polvo brillante—. Solo toma un pellizco y espolvoréalo sobre las uñas. Rápido ahora, o el esmalte de uñas se secará y la brillantina no se pegará.

Examino la pequeña cosa en mi palma. Es más pequeño que mi pulgar, por lo que no hay manera de que pueda “pellizcar” nada desde adentro. Me lleva algunos intentos simplemente abrirlo. Derramo un poco de brillantina en mi palma, tomo un poco entre mis dedos y con cuidado lo dejo caer sobre las uñas de los pies de Sienna.

—¿Suficiente? —Pregunto y miro hacia arriba para encontrar a mi esposa mirándome con los ojos brillantes.

—Nunca será suficiente, Drago.

No escucho ningún sonido, así que debe haberlo susurrado.

—¿De brillo? —Pregunto.

Los nudillos de Sienna rozan suavemente mi mejilla y sus labios se abren en una sonrisa. —De ti.

La sonrisa es real y hace que todo su rostro brille. Su mirada cae hacia mi palma, donde todavía tengo el resto de ese maldito polvo brillante, y esa sonrisa se transforma en una sonrisa traviesa.

Arrugo la frente. —No te atrevas...

Su cálido aliento sopla en mi mano, enviando una nube de partículas doradas por todo mi cuerpo. Un millón de motas brillantes flotan en el aire como pequeñas gemas mientras mi esposa se ríe y las ve aterrizar en mi cabeza, mi cara e incluso pegarse a mi pecho.

Hubo un momento en mi vida en el que este truco me habría parecido inmaduro. Tonto. Pero de mi esposa, ¿la joya más valiosa que he tenido en mis manos? Me cuesta ocultar la sonrisa que amenaza con dividirse en mi rostro. Todas las bonitas rocas sobre las que construí mi imperio se utilizan para hacer que una persona brillé por fuera. Mi Sienna ilumina cada rincón de mi alma.

—¿Recuerdas lo que le hago a la gente que se me desobedece, mila moya?

—El oro te queda bien, Drago. —Otro ataque de risas—. Algo sobre la pared, ¿no?

—Exactamente. —Salto del sillón reclinable, la agarro por la cintura y la llevo a través de la habitación.

***.

—Volveré en unas horas —le digo a Relja, que está de guardia junto a la puerta principal, y me pongo el abrigo—. Si alguien permite que mi esposa ponga un pie fuera de los muros del recinto, le romperé el cuello.

—Claro, jefe. —Él asiente, con los ojos enfocados sobre mi cabeza.

—Si alguien informa algo remotamente sospechoso, comuníquese conmigo de inmediato.

—Lo haré.

Me giro para irme cuando siento un golpe en mi hombro y miro hacia atrás. —¿Qué?

—Hay algo en tu cabeza —murmura.

Me paso los dedos por el pelo. Mi mano regresa con varias motas de polvo de oro brillante. Aprieto el puente de mi nariz y maldigo.

Dirigiéndome a una reunión con la facción de la Cosa Nostra de Boston. Con maldito brillo en el pelo. Camino hacia el garaje, sonriendo ante lo absurdo de todo.

Acordamos encontrarnos a una hora fuera de la ciudad. Hubiera preferido que esto sucediera en mi club, pero Nera Leone quería mantenerse fuera del radar de Ajello.

Estaciono mi auto junto a un sedán negro con ventanas oscurecidas, apago el motor y Filip estaciona a mi lado. El único otro vehículo en el estacionamiento del restaurante es otro automóvil caro, incluidos los vidrios polarizados. Parece que la esposa de Don Leone decidió conducir hasta aquí en lugar de volar porque estos no parecen de alquiler.

En la puerta del restaurante cuelga un cartel de cerrado, pero las luces están encendidas y, aunque no hay camareros por ningún lado, una mujer está sentada en una mesa en el extremo derecho. Detrás de ella hay dos hombres con traje negro, con las manos entrelazadas a la espalda.

—Sólo dos guardaespaldas —digo mientras salgo de mi coche.

Filip sigue mi mirada y se encoge de hombros. —Quizás quiera dejar claro que se trata de una reunión pacífica.

—O tal vez quiere que sepamos que no nos tiene miedo. —Abro la puerta y me dirijo hacia la mujer que ha estado dirigiendo la Cosa Nostra de Boston mientras su marido estuvo enfermo.

Nunca he conocido a Nera Leone en persona, pero sé que es mucho más joven que su marido, que ronda los sesenta. Esperaba una mujer de unos cuarenta años, tal vez, no de

veintitantos. Si eso. Con su cabello rubio oscuro desparramándose sobre su largo abrigo rojo, nunca la habría considerado la astuta oponente de la que había oído hablar mucho.

Puede que no haga negocios en el área de Boston, pero sigo al tanto de lo que sucede allí. Conocer a todos los grandes actores en el campo y descubrir cualquier secreto que estén tratando de ocultar es imprescindible en mi línea de trabajo. No es de conocimiento común que Don Leone lleva bastante tiempo indispuerto y que su esposa se ha hecho cargo extraoficialmente de la familia Boston Cosa Nostra por el momento. Dado que ella está aquí en lugar de su marido, significa que él no está mejorando.

—Lamento ver que Don Leone todavía no se siente bien —digo mientras me siento frente a ella y Filip se coloca detrás de mí.

Nera asiente a modo de saludo. —Se está recuperando.

—Entonces, ¿en qué puedo ayudarla, señora Leone? —Pregunto y me inclino hacia atrás, extendiendo mi brazo derecho sobre el respaldo de una silla vecina—. Me sorprendió bastante recibir su mensaje.

—Un pajarito me dijo que recientemente has iniciado un nuevo negocio. Tengo una propuesta para usted: una afiliación mutuamente beneficiosa.

Una de mis cejas se levanta. Los rumores corren rápido en nuestros círculos, pero aun así, es preocupante que se haya enterado de esa información tan pronto. —¿Pensé que Endri Dushku te daría tus armas?

—Sí. Pero estoy buscando hacer nuevas alianzas. —Sus labios rojo sangre dibujan una sonrisa.

—Endri y yo tenemos un entendimiento. No nos pisamos los pies unos a otros. Pensaré en tu oferta y te haré saber mi decisión.

Nera Leone se levanta de su asiento. —Gracias. Fue un placer conocerle, señor Popov.

La sigo con la mirada mientras sale del restaurante, seguida de cerca por sus dos hombres. Entran en los coches y salen a la carretera, levantando una nube de polvo de la grava suelta alrededor de los baches que estropean el aparcamiento.

—La facción de Boston ha estado trabajando con Dushku durante años —dice Filip—. ¿Por qué el cambio de opinión tan repentino?

—Ni idea.

Al otro lado de la calle, el movimiento dentro de un motel abandonado me llama la atención. Un hombre con un abrigo negro sale de la habitación más alejada de la planta baja. Él encuentra mi mirada y la sostiene por un momento. Mientras busco dentro de mi

chaqueta el arma que tengo en la pistolera, el hombre rompe nuestro contacto visual y se gira, rodeando el edificio. Sus pasos son seguros y firmes, así que puedo ver bien su largo cabello negro azabache, retorcido en una gruesa trenza, y un estuche rectangular negro que cuelga sobre su hombro izquierdo.

—¿Es lo que creo que es? —Filip pregunta a mi lado.

—Sí. El tipo camina casualmente con un rifle de francotirador en la espalda. Y estoy bastante seguro de que nos tuvo en la mira todo el tiempo que estuvimos reunidos. Esa habitación que acaba de dejar está justo enfrente del restaurante; la ventana tiene una línea de visión clara hacia la mesa en la que estaba sentado.

—¿Crees que es uno de los matones de Nera?

Un deportivo negro sale de detrás del motel y se dirige en la misma dirección que los italianos.

—No estoy seguro —digo—. Pero tengo la sensación de que, si hubiéramos dado el más mínimo indicio de dañar a esa mujer, ambos estaríamos tirados en el suelo. Con agujeros en la cabeza.

Filip y yo nos subimos a nuestros respectivos vehículos y giramos en dirección opuesta a la brigada de Leone.

Estamos a media hora de casa cuando mi teléfono suena en el tablero. Mi mirada se dirige a la pantalla que muestra el nombre de Relja. El teléfono suena dos veces y luego se detiene. Una señal para mí: algo anda mal en el club.

Mierda. Piso el acelerador. Una mirada por el espejo retrovisor confirma que Filip también está acelerando, con el teléfono pegado a la oreja y probablemente obteniendo todos los detalles de uno de nuestros hombres.

Quince minutos más tarde, mi teléfono empieza a sonar y a vibrar de nuevo, y esta vez continúa, provocando un ataque de pánico en mi cabeza.

La casa está siendo atacada.

SIENNA

Las luces se apagan.

¿Se fundió un fusible? Aparto mi cuaderno y me bajo de la cama, tanteando mi camino hacia la puerta del balcón.

Las luces exteriores también están apagadas y ninguna de las otras ventanas está iluminada. Los terrenos alrededor de la casa están envueltos en absoluta oscuridad, a excepción de los dos puntos de luz más allá de los árboles en la puerta principal. ¿Qué carajo?

La puerta del dormitorio se abre de golpe, haciéndome saltar y girarme.

—Apártate de la ventana. —La voz de Adam resuena desde la puerta.

Un tenue brillo amarillo de las luces de emergencia de pequeños artefactos empotrados en las paredes apenas ilumina el espacio detrás de él mientras cae al piso del pasillo.

—¿Adán? ¿Qué está sucediendo?

—Estamos bajo ataque. —Conduce a Tara al interior de mi habitación. Ni siquiera la he notado parada detrás de él—. Enciérrense dentro del baño. Cuando termine, alguien vendrá a buscarte.

Afuera se escucha un fuerte estallido de metal. Al momento siguiente, la radio en la mano de Adam se rompe y luego la voz de Relja llena la habitación.

—Han traspasado la puerta.

—No hay tiempo —ladra Adam y saca una linterna de su cinturón antes de colocarla en la mano de Tara—. Baño. Ahora. Ustedes dos.

—¿Tara? ¿Dónde está Drago? —Me ahogo cuando ella me empuja hacia el baño, guiándome con la pequeña linterna.

—Todavía no ha regresado de una reunión. Vamos.

El rugido de los motores de varios coches que se acercan traspasa las paredes. Aparte del estallido anterior, que supongo fue un vehículo chocando contra la puerta, no hay otros sonidos. Sin disparos. Nadie grita. La casa está en silencio. Si la mansión está siendo atacada, ¿no habría gritos y el ajetreo de todas las personas que se encuentran actualmente dentro? ¿Por qué hay un silencio tan inquietante?

—No escucho nada —digo mientras tropezamos dentro del baño—. ¿Qué carajo está pasando, Tara?

—Los rumanos decidieron hacernos una visita. —Ella se lleva la mano a la espalda y saca un arma. Colocando el extremo de la linterna entre sus dientes, suelta el cargador para comprobarlo y luego lo cierra—. Uno de los tipos que estaba de guardia en la carretera informó que varios vehículos se dirigían hacia el complejo. Acaban de atravesar la puerta, así que estamos esperando a que lleguen.

—¿Cortaron la luz? —Pregunto, con los ojos fijos en el arma que tiene en la mano.

—No —murmura alrededor de la linterna—. Lo hicimos.

—¿Qué? ¿Por qué?

—Protocolo estándar. —Ella me lanza su teléfono—. Puedes mirar si quieres.

—¿Tiene un protocolo para una agresión? —Sacudiendo la cabeza, me siento en la tapa cerrada del inodoro y miro fijamente la pantalla que muestra un vídeo oscuro y granulado. Ciertamente es una señal de la cámara de seguridad, pero no puedo determinar cuál. Un segundo después, los faros entran en la pantalla, acercándose rápidamente, iluminando el camino de entrada.

—No pueden conducir en la oscuridad sin las luces encendidas. —Tara se ríe—. Ahora son blancos fáciles. Podemos verlos, pero ellos no nos pueden ver a nosotros.

—¿Por qué nadie ha intentado detenerlos? —Me quedo sin palabras mientras veo cómo cuatro furgonetas negras se detienen en la grava a cierta distancia de la casa.

—Disparar a vehículos en movimiento es una mierda. —Me empuja hacia un lado y ocupa la mitad del asiento del inodoro—. En cualquier momento.

No tengo tiempo de preguntarle qué quiere decir, porque un destello repentino llena la pantalla, iluminando el patio delantero como si fuera mediodía. Los hombres vestidos de negro, que momentos antes habían salido de las furgonetas, ahora se esconden en todas direcciones, cegados por los enormes focos que les apuntan. Los aproximadamente treinta pistoleros, cada uno armado con un rifle automático, se convierten momentáneamente en una horda asesina sin sentido.

Los disparos estallan en la noche.

Alrededor de una docena terminan tirados en el suelo antes de que el resto se disperse por el césped y dispare a la casa.

—Drago se va a enojar —murmura Tara sobre el sonido de los disparos afuera.

—¿Por el ataque?

—Porque él no estaba aquí. —Ella se ríe—. Me aseguraré de... ¡Joder!

Se interrumpe, mirando fijamente el teléfono, mientras dos vehículos más se detienen hasta el límite exterior de luz que baña el camino de entrada.

—Mierda. Mierda. ¡Mierda! —Tara grita y quita su arma del tocador del baño—. Quédate aquí. Voy abajo.

—¿Qué? —Agarro su antebrazo.

—Aquí sólo hay dieciocho personas. Relja envió el resto como respaldo a Naos cuando Misha llamó hace media hora. Parece que el ataque debe haber sido una

distracción. Estamos demasiado presionados, incluso con la ventaja de estar fortificados por dentro.

—Voy contigo —le digo.

—No está pasando.

—Pero...

—Me dijiste que nunca podrías dispararle a nadie, Sienna. —Ella me mira con una mirada fija—. No puedes ayudar. Quédate quieta.

Con esas palabras, Tara sale corriendo, cerrando la puerta del baño a su paso.

Observo el lúgubre interior que me rodea, el brillo de la pequeña linterna es la única fuente de luz. La cacofonía exterior sigue haciendo estragos, pero ahora parece más controlada que antes. En lugar de una serie de disparos de ametralladora, los disparos ahora son individuales, con períodos de tiempo intermedios. Preciso. Los atacantes recuperaron el rumbo y detuvieron el asalto sin rumbo.

Agarro el borde del tocador con tanta fuerza que me duelen los nudillos. El eco de los disparos puede ser el mismo que en el campo de tiro, pero es diferente sabiendo que muchas de las balas impactarán en la carne, no en objetivos de cartón. Hiriendo, tal vez incluso matando a la gente de Drago. Su familia. Pero ya no se sienten sólo como la familia de mi marido. También se sienten míos. Luchando contra los hombres que están atacando su casa. Mi hogar, ahora. Y estoy escondida en un maldito baño.

Cojo la linterna del mostrador antes de correr al dormitorio. La puerta del balcón está entreabierta y el ruido exterior es ensordecedor. Todavía estoy cerca del umbral del baño cuando una bala perdida golpea la barandilla del balcón, haciendo volar fragmentos de piedra en todas direcciones. Mis ojos se posan en mi mesa de noche. El arma que me dio Drago está guardada dentro del cajón.

Mi hermana, tranquila y de carácter apacible, mató al hombre que la secuestró y violó. Asya, que ni siquiera le levantó la voz a nadie, presionó el arma contra la frente de ese bastardo y apretó el gatillo. No tengo las agallas para hacer eso. Nunca sería capaz de hacer algo así sin importar las circunstancias, pero bajar las escaleras sin un arma es una estupidez. Cruzo corriendo la habitación y agarro la Glock de la mesita de noche.

***.

Es peor de lo que pensaba. Mucho peor. Me detengo a medio camino de las escaleras y me quedo boquiabierta ante la escena en el pasillo de abajo.

Bajando las escaleras, por alguna razón, me imaginé a los hombres de Drago agachados junto a las ventanas y solo saliendo para devolver el fuego de vez en cuando. Toda la escena de la película de acción se desarrolló en mi cabeza. Los buenos echaron vistazos rápidos al enemigo, les enviaron algunas balas y luego retrocedieron a una posición cubierta. A salvo detrás de gruesos muros. Ileso.

No podría haber estado más equivocada.

Los focos se filtran a través de las ventanas rotas y la puerta principal abierta de par en par, creando vacíos oscuros y sombras amenazadoras. Justo al otro lado del umbral, el cuerpo de un hombre que no reconozco está tirado en el suelo, con los ojos vacíos mirando al techo. La sangre se acumula en las baldosas a su alrededor y se extiende hacia otro cuerpo que yace cerca. Un suspiro tembloroso sale de mis pulmones cuando me doy cuenta de que no conozco a ninguno de los dos. Deben ser los atacantes.

Adam está encorvado debajo de la ventana a la izquierda de la entrada, con una pistola en la mano lista para disparar en cualquier momento. La sangre mana del corte en su hombro, saturando su camiseta blanca rota. No le presta atención y de repente se endereza, enviando una lluvia de balas a través del cristal roto. En el instante en que vuelve a caer, estalla una tormenta de disparos afuera. A su alrededor llueven fragmentos de vidrio, astillas de madera y fragmentos de paneles de yeso.

Al otro lado de la puerta, dos de los hombres de Drago responden al fuego. Otro, Relja, está desplomado en el suelo con la espalda contra la pared. Está presionando su mano sobre la herida en su muslo mientras la sangre se filtra entre sus dedos. A través de las puertas abiertas que conducen al gran comedor, noto a varios otros hombres ocupando posiciones junto a las ventanas. Algunos disparan mientras otros recargan sus armas. La mayoría sangra, ya sea por balas o por cristales rotos, pero siguen luchando.

Agarro mi arma con más fuerza, pero no puedo moverme. Es como si mis pies estuvieran pegados a la escalera de madera debajo de mí y hubiera perdido todo el control de mis extremidades inferiores. Mi pecho sube y baja en rápida sucesión, el sonido de mis respiraciones cortas se mezcla con los latidos erráticos de mi corazón. Los atronadores golpes parecen de alguna manera más fuertes que todo el ruido a mí alrededor. Al menos Drago no está aquí. Él habría estado ahí afuera, en algún lugar en medio de esta tormenta de mierda, y yo habría perdido la cabeza preocupándome por él.

Tara irrumpe por la puerta de la cocina al otro lado del comedor y, manteniéndose pegada al suelo, corre hacia el vestíbulo. Se agacha junto a Relja y se mete el arma en la parte trasera de los pantalones. Con movimientos rápidos y seguros, lo agarra por debajo de los brazos, alejándolo de la pared. Relja le grita, pero los disparos son demasiado fuertes para que yo pueda entender lo que dice. Tara ignora su arrebató y comienza a arrastrarlo lejos, pero apenas logra moverlo. Pesa demasiado.

La sensación vuelve a mis pies. Doy un paso adelante y luego bajo corriendo las escaleras. A mi izquierda, algo se hace añicos. El choque es fuerte y siento un escózor agudo cuando los fragmentos golpean mis piernas. Probablemente los restos de uno de los enormes jarrones de suelo que Keva guarda a lo largo de las paredes. Los fragmentos de porcelana crujen bajo mis plantas mientras corro hacia Tara, que ahora está agarrando el antebrazo de Relja, tratando de tirar de él por el suelo.

—¡Sienna! ¿Qué carajo estás haciendo aquí? —espeta cuando los alcanzo.

—Ayudar a mi familia. —Imitando a Tara, meto el arma en la cintura de mis calzas turquesas y agarro el otro brazo de Relja—. ¿A la cocina?

Tara parpadea y luego asiente rápidamente.

Cuando llevamos a Relja a la cocina, ha perdido el conocimiento y tiene mucha sangre. La situación aquí no parece mejor que en el comedor. Tres hombres están junto a las ventanas que dan al patio delantero, disparando contra los agresores. Al otro lado de la habitación, Jovan está agachado junto a la puerta abierta que da al patio trasero, pistola en mano y apuntando a la oscuridad absoluta de este lado de la mansión. No tengo la oportunidad de contemplar lo que está haciendo porque un gruñido bajo afuera es seguido por un grito ensordecedor.

—Zeus lo atrapó —dice Jovan, luego se lleva una radio bidireccional a la boca.

Extraño lo que dice cuando veo a Keva arrodillada entre la isla de la cocina y los gabinetes de la encimera, terminando de envolver un paño de cocina alrededor de los bíceps de un chico. Ella nos ve venir y se arrastra hacia nosotros.

—¡Ponte detrás de la isla! —ella ordena—. ¡Ahora! ¡Ustedes dos!

—Apúrense. —Tara vuelve a tirar del brazo de Relja—. La isla es a prueba de balas.

¿Alguien realmente fabrica gabinetes de cocina blindados? Sacudo la cabeza.

Keva presiona su palma sobre la herida en el muslo de Relja mientras lo arrastramos los últimos metros hasta un lugar más seguro. Explota otra ronda de disparos y las balas alcanzan los electrodomésticos y los armarios que hay encima de nosotros. Algo en el mostrador se tambalea y luego cae al suelo.

—Si esa es mi máquina de café favorita, voy a destripar a alguien —murmura Keva mientras busca un cajón y saca un mantel. Rasga una raya larga y la ata fuertemente alrededor de la pierna de Relja—. Éste necesita un hospital lo antes posible.

—¡No podemos llevarlo a un hospital con una herida de bala! —Tara se ahoga—. Drago te va a matar.

—Filip llamó hace quince minutos. Su Don —Keva asiente hacia mí mientras toma el pulso de Relja— dijo que podemos llevar a los heridos a la clínica de la Cosa Nostra si es necesario.

—¿Don Ajello? —Pregunto, estupefacta, al mismo tiempo que Tara grita—: ¿Cómo carajo lo supo?

—Me gana. —Keva niega con la cabeza—. Ese hombre lo sabe todo.

Las cosas parecen calmarse, porque ahora sólo hay algún disparo ocasional que perturba la noche. El sonido de pasos laboriosos me llega y miro alrededor de la isla de la cocina para ver a Beli cargando a uno de los chicos sobre su hombro.

—En la parte superior del pecho —ladra mientras baja al hombre junto a Relja—. Sin herida de salida. Llevaré la camioneta hasta la puerta trasera y los meteremos a ambos.

—¡Aún hay hombres armados afuera! —exclama Keva.

Beli saca una escopeta de su espalda y la amartilla. —¿Preocupada por mi bienestar, cariño?

Mi mandíbula golpea el suelo. ¿Cariño? Pensé que Keva y Beli se odiaban. Cuando miro a Tara, ella simplemente pone los ojos en blanco y dice: —No preguntes.

Keva le lanza un pájaro y luego se concentra en la nueva víctima. La ayudo a quitarle la camisa al chico, mientras agradezco al cielo por esa reunión a la que asistió mi esposo. Éste podría haber sido él. Saber que Drago no quedó atrapado en este ataque es lo único que me impidió perder la cabeza durante la última media hora.

—Ah, y el jefe ha vuelto —dice Beli al salir.

Mis manos todavía están en la camisa del hombre herido mientras una sensación de hundimiento se forma en la boca del estómago.

Capítulo 22

DRAGO

Salgo de la protección de un árbol y apunto con mi arma al hombre agazapado junto a la fuente. La bala lo alcanza en la parte posterior de la cabeza y la sangre salpica el mármol blanco. Voy a aniquilar a todos los hijos de puta que se atrevieron a atacar mi hogar y mi familia.

Mis ojos saltan a la última ventana del último piso. Las luces están apagadas, como en cualquier otra parte de la casa. Probablemente Sienna esté asustada, pero Adam dijo que dejó a Tara con ella. Ese conocimiento ayuda a calmar un poco mi ansiedad. Casi lo pierdo cuando recibí esa segunda señal de Relja y por poco evité chocar contra un semirremolque cuando pisé el acelerador.

Incluso superados en número, mis hombres han hecho un buen trabajo luchando contra los muchachos de Bogdan. La mayoría de los atacantes están muertos y sus cuerpos están esparcidos por el césped y la superficie pavimentada alrededor de las furgonetas abandonadas. Algunos todavía están vivos, tratando de mantenerse escondidos y esperando una oportunidad para huir. Bueno, no sucede. Ya he ordenado que aseguren la puerta y Filip está allí con tres de nuestros muchachos, listos para acabar con cualquiera que intente escapar.

Se escuchan gruñidos profundos a mi derecha mientras me dirijo a la mansión. Miro en esa dirección y encuentro a Perun y Zeus atacando a un hombre que vestía ropa táctica. Hay suficiente luz para ver los lazos de satén a juego alrededor del cuello de mis perros. Naranja hoy.

Una sonrisa se dibuja en mis labios. Significa que mi esposa vistió a los perros después de que me fui. A ella le gusta coordinar sus moños con lo que ella usa. Mi pequeño y resplandeciente paquete de alegría, que es mucho más de lo que nadie ve a primera vista. Joder, estoy perdido por esa mujer.

El ruido de un vehículo me hace mirar hacia la mansión. Beli está aparcando una furgoneta junto a la puerta de la cocina. Adam sale de la casa, sosteniendo a uno de mis muchachos en un ascensor de bomberos. Iliya y Jovan lo siguen, apoyando a Relja entre ellos. Aprieto los dientes. Maldito Salvatore Ajello. No soporto a ese hombre, especialmente sabiendo que hizo que Sienna espiera para él. Desearía haberle dicho que rechazaba su oferta de tratar a mis hombres en su hospital, pero desafortunadamente, ambos

sabíamos que no había manera de que me negara. Y estoy seguro de que encontrará una manera de ganar dinero a su favor. Con interés, sin duda.

Beli salta al asiento del conductor y se aleja, maniobrando entre los vehículos de los rumanos y los atacantes muertos, y se dirige a la puerta del complejo. Desahacerse de todos los cadáveres y las furgonetas va a ser un dolor de cabeza.

Con las armas preparadas, Adam y Jovan se acercan a la carnicería, la mayor parte amontonada ante las puertas principales, examinando a los muertos. Mientras tanto, Iliya se dirige hacia la parte trasera de la casa.

—¿Encontraste a Bogdan? —Pregunto mientras me acerco.

Adam niega con la cabeza. —Lo vi antes, así que seguro que estaba aquí. Jovan está mirando el patio trasero. Llamaré a la puerta y veré si quizás lo atraparon.

—Quiero que todos estén en alerta hasta que encuentren su cuerpo.

Los disparos han cesado y parece que finalmente hemos terminado de reunir a los hombres de Bogdan, gracias a Dios, pero no daré por terminado hasta que vea el cadáver del hijo de puta con mis propios ojos.

Con una última mirada a los cuerpos que se alinean en el camino de entrada, me dirijo hacia el garaje para comprobar si algunos de los bastardos se esconden allí, pero por el rabillo del ojo, veo un reflejo de un brillante azul turquesa. Mi cabeza se gira hacia un lado, centrándose en la figura parada en la puerta de la cocina. Se ha restablecido la electricidad dentro de la casa, por lo que puedo ver claramente a mi esposa, con sus calzas de sirena, mirándome. Un suspiro de alivio sale de mis labios al verla ilesa y bien. Sin embargo, al momento siguiente me lleno de ira. ¿Estuvo allí todo el puto tiempo, mientras llovían balas por todos lados?

—¡Qué carajo, Sienna! —Rugo, abro un camino a través del césped y corro hacia ella. Voy a matar al responsable de permitirle bajar—. Vuelve adentro. ¡Ahora!

Ella sigue mirándome mientras una lágrima se desliza por su mejilla. La mirada en sus ojos, cuando se clavaron en los míos, es de absoluto alivio y mi ira se disipa de inmediato. Ella estaba preocupada por mí.

—Dije, ¡vuelve adentro! —Sigo gritando, pero ella solo sonríe. ¿Qué voy a hacer con ella? Nadie puede ignorar mi orden directa, pero cuando es ella, realmente no me importa. Maldita sea.

Estoy a sólo unos pasos de distancia cuando los ojos de Sienna se dirigen hacia un lado, en algún lugar detrás de mí. La sonrisa desaparece de su rostro y es reemplazada por puro terror.

No es un movimiento consciente. No hay ningún pensamiento racional, sólo puro instinto, mientras doy media vuelta, protegiendo a mi esposa y enfrentándome a cualquier peligro que se avecine. Mi arma está preparada, el metal caliente en mi palma mientras levanto la mano, listo para neutralizar la amenaza.

Pero soy demasiado lento.

Un disparo perfora el aire.

SIENNA

Hay momentos que sabes que te perseguirán para siempre, aunque vivas mil años. Esos momentos sacuden fundamentalmente tu existencia, cambiando la trayectoria de tu vida, el nuevo viaje que tienes ante ti es uno que nunca viste venir. Uno que no podías planificar. Un camino que nunca has visto. Ya sea karma o destino, esos momentos rara vez los eliges tú mismo.

Ante uno de esos momentos, sabes que nada volverá a ser igual. Se convierte en un nexo, un punto en el tiempo donde todo se considera un “antes” y un “después”.

Ya he tenido dos casos de este tipo en mi vida. Cuando Arturo nos dijo que nuestros padres habían muerto fue la primera. La segunda fue cuando descubrí que mi hermana se había ido y se desconocía su destino.

Con cada fibra de mi ser, esperaba no volver a encontrarme con otro momento así.

Cuando vi a un hombre salir del garaje, con el arma levantada y apuntándome, me quedé paralizada. Incluso mis pulmones se contrajeron, incapaces de aspirar aire, y todo lo que podía hacer era mirar fijamente. La única parte de mí que todavía podía moverse era mi corazón. Corrió al triple de su velocidad normal, golpeando mi caja torácica.

Entonces, la enorme figura de Drago se materializó ante mí. En lugar del arma, mis ojos se fijaron en la amplia espalda de mi marido.

¡Bang!

Mi mano vuela hacia mi pecho porque, por un instante, estoy segura de que mi corazón dejó de latir, atravesado por una bala a quemarropa. Drago se tensa frente a mí. El arma se le escapa de la mano y cae a la hierba medio congelada a sus pies.

¡Bang!

Un grito crece dentro de mí mientras veo a mi esposo caer de rodillas y lentamente comenzar a inclinarse hacia adelante. El momento se alarga y el tiempo se detiene.

Por encima de la cabeza de Drago, veo al hombre junto al garaje tirar su arma y meter la mano en su chaqueta. El aire entra a mis pulmones y con él, la calma absoluta.

Sin pensar, agarro la Glock a mi espalda. Olvidé que incluso lo tenía cuando las miras del pistolero me apuntaban. Aunque, en ese momento, no estoy segura de haberlo sacado si lo hubiera recordado. Todas las dudas se han ido ahora.

El atacante saca otra arma de su chaqueta y mueve el cañón para acabar con Drago. Su elección. Y yo haga la mía.

Mi mano está firme mientras levanto mi arma y mi respiración es uniforme. Apenas soy consciente de los gritos que vienen desde el camino de entrada, cada vez más fuertes, acercándose. En una fracción de segundo, apunto a la cabeza del tipo y, sin dudar, aprieto el gatillo.

¡Bang!

El hombre retrocede. Aparece un gran agujero rojo donde antes estaba su ojo izquierdo.

Yo lo hice.

Lo maté.

He quitado una vida. Y no me arrepiento.

El arma se me cae de la mano y luego salgo corriendo. A Drago, acostado de lado sobre el césped frío y muerto.

—Bebé. —Un susurro ahogado sale de mis labios mientras me dejo caer sobre el césped junto a él y lo hago rodar con cuidado sobre su espalda.

La parte delantera de su camisa está saturada de sangre. Agarro los lados y lo abro, luego presiono mis palmas sobre las dos heridas sangrantes en la parte superior de su pecho. A pesar de mis esfuerzos por aplicar presión, el líquido rojo sigue filtrándose entre mis dedos.

Hay un toque en mi rostro cuando la mano ensangrentada de Drago toma mi mejilla. Mi mirada se levanta, mis ojos se cruzan con los suyos.

—Pensé que te desmayaste al ver la sangre —dice, su voz apenas es un susurro.

Los gritos y el sonido de pies corriendo se acercan, pero no puedo apartar la mirada de él.

—No te atrevas a morir por mí, Drago —me atraganto mientras las lágrimas corren por mis mejillas—. No te atrevas.

Unas manos me agarran por detrás y me alejan. Iliya se deja caer junto a Drago, presionando su abrigo sobre las heridas en el torso de mi marido. Está bloqueando mi vista y no puedo ver los ojos de Drago. Gruño, pataleo con las piernas, tratando de liberarme. ¡Necesito tener mis ojos en los suyos! Por alguna razón, estoy convencida de que mientras pueda sostener su mirada, podré mantenerlo con vida.

Un coche se detiene a nuestro lado y luego Filip y Jovan levantan a Drago y lo acuestan en el asiento trasero. Grito. Aulló. Y muestro mis dientes. Unos brazos fuertes me retienen y me mantienen en el lugar. La voz de un hombre dice algo acerca de que les estoy dando espacio. Hundo mis dientes en su antebrazo y un sabor metálico llena mi boca.

—¡Jesús! —Alguien grita—. Déjala ir, Adam. Ella puede ir atrás con él.

En el momento en que estoy libre, corro hacia el vehículo y subo al interior. Me arrojo en el suelo del asiento trasero y presiono mis palmas sobre las manos de Drago mientras él sostiene el abrigo de Iliya en la parte superior de su cuerpo. Dios mío, hay tanta sangre.

—¡Mírame! —Lloro mientras el auto avanza dando bandazos.

No estoy segura de si me escuchó, pero sus párpados se abren y su mirada verde se encuentra con la mía.

—Bien. —Asiento con la cabeza—. Vamos a un hospital donde te curarán. Y mantendrás los ojos abiertos durante todo el camino.

Drago mueve su mirada hacia la parte superior de mi cabeza, sus ojos se arrugan en las esquinas. —Debería haber sabido.

—¿Saber qué?

—Moño naranja. Como los perros. —Se ríe, luego estalla en tos y jadea mientras lucha por respirar.

Aprieto los labios mientras una mitad risa y mitad sollozo amenaza con salir de mí. —Sabía que te encantaría.

Se me quiebra la voz y trago con fuerza, luchando por mantener la compostura y el equilibrio. Quien está al volante parece conducir como un loco. Siento cada bache, cada curva del camino, el costado de mi cabeza golpeando el respaldo del asiento del pasajero con cada turno.

—Amo cada cosa de ti, mi pequeña y brillante espía. —Gira su mano y entrelaza sus dedos con los míos.

—¿Incluso mi chaqueta de pollo?

—Especialmente —respira superficialmente— especialmente tu chaqueta de pollo, *mila moya*.

Ya no puedo contener las lágrimas, así que las dejé caer. —Te amo, Drago.

Una leve sonrisa se dibuja en sus labios. —Lo sé.

Su mano recorre mi brazo hasta mi cuello, empujándome hacia abajo para susurrar junto a mi oído. —Me enamoré de ti en el momento en que te vi con ese horrible mono dorado.

Cierro los ojos y presiono mis labios contra los suyos. —Por favor, no me dejes.

El coche frena bruscamente. Las puertas se abren de golpe y personas vestidas con uniformes médicos levantan a Drago y lo colocan en una camilla. Cuando salgo del auto, ya están atravesando las puertas correderas del hospital.

Mis ojos están pegados a sus espaldas en retirada mientras corro, corro tras ellos y mi marido. No lo perderé de vista.

***.

Mis palmas cubiertas de sangre presionan el cristal mientras miro a los médicos y enfermeras reunidos alrededor de la mesa de operaciones. Un miembro del personal médico insistió en que me quedara en la sala de espera, pero le dije que mataría a cualquiera que intentara alejarme de mi marido. Ella debió haberme creído porque poco después me escoltaron a esta pequeña sala de observación. Eso fue hace horas.

—Él va a estar bien —dice una voz femenina a mi lado.

—No lo sabes —grazno, sin molestarme en mirar a la persona que ha hablado.

—Confía en mí. Mi suegra tiene más experiencia con heridas de bala que todo el departamento de emergencias de un hospital de la ciudad de Nueva York. —Golpea con la uña la ventana de cristal—. Ella es la dama con clase que actualmente está metida hasta los codos en el pecho de su marido. Ilaria.

Le lanzo una rápida mirada a la mujer que está a mi lado. Milene Ajello. La esposa del Don.

—La semana pasada la vi sacando una bala del muslo de Pietro con sus propias manos —continúa—. A veces, realmente odio esta vida, ¿sabes?

—Pero aun así te casaste con nuestro Don —digo, volviendo a mantener mi vigilancia sobre lo que está sucediendo en el quirófano.

—Sí, bueno, me amenazó un poco con iniciar una guerra si no lo hacía. —El tono de Milene es serio, pero en el reflejo del cristal veo que sus labios se curvan en una sonrisa—. Si no estuviera muy enojada con él en ese momento, podría haber pensado que era romántico.

Me resulta difícil imaginar que Salvatore Ajello sea considerado romántico. Es como llamar adorable a una guillotina.

—¿Alguna vez se vuelve más fácil? ¿Tener miedo todo el tiempo? ¿Te preocupa que suceda algo malo? —Pregunto.

—No. No precisamente. —Envuelve sus dedos alrededor de mi antebrazo y aprieta ligeramente—. Así es cuando estás enamorada de un hombre peligroso.

Ambas miramos fijamente el quirófano. Deben estar terminando. El ritmo frenético y la urgencia que envolvían la sala cuando comenzó la cirugía han disminuido y decido que es una buena señal.

—¿Quieres que te busque una muda de ropa? —Otro apretón en mi brazo—. Estás cubierta de sangre.

—Le pediré a Jovan que me traiga algo —digo, manteniendo mi mirada pegada a Drago. Con tanto personal médico a su alrededor, sólo puedo vislumbrar sus brazos y piernas.

Milene se va y sus pasos resuenan por el pasillo a medida que se alejan. Dentro del quirófano, la madre del catedrático se aleja de la mesa de operaciones, se quita la bata quirúrgica azul y los guantes y los tira a la basura. Luego se baja la máscara mientras se dirige a una enfermera a su lado.

Cuando Ilaria mira hacia arriba, nuestras miradas se conectan a través de la ventana. Las huellas de mis manos estropean el cristal que de otro modo estaría impecable. La sangre de mi marido. Mucho de eso.

Cuando Ilaria sale de la habitación y se dirige hacia mí, el pánico que he estado manteniendo bajo estricto control aumenta. Doy un paso atrás e intento calmar mi ritmo cardíaco mientras ella abre la puerta de la sala de observación.

Contengo la respiración.

—Él vivirá.

Mis pulmones se expanden cuando inhalo. El primer respiro real que he tomado en las últimas cuatro horas. Ilaria está diciendo algo más (detalles de lo que se hizo durante la cirugía y las expectativas para el proceso de recuperación), pero apenas lo escucho ya que solo dos palabras se repiten en mi cerebro.

Él vivirá.

Capítulo 23

DRAGO

Odio los jodidos hospitales.

El olor por sí solo me trae los peores recuerdos.

Mirando hacia mi costado, mis ojos se posan en la forma dormida de Sienna. Cuando me desperté, ella estaba en la cama a mi lado, con su cara acurrucada en mi cuello mientras sostenía mi brazo con fuerza. Ni siquiera se movió cuando el médico entró antes, divagando sobre mis heridas. Interrumpí a la mujer en el momento en que empezó a hablar y le dije que volviera cuando mi esposa estuviera despierta. No me importa si ella es la madre de Ajello, nadie podrá despertar a mi Sienna.

Me acerco y aparto los pocos mechones enredados que caen sobre el rostro de Sienna. Estaba cien por ciento seguro de que no lo lograría, pero la idea de dejarla era inaceptable. Así que me aferré a la vida sólo por pura voluntad. Si ella no hubiera estado en ese auto conmigo, implorándome con sus ojos que siguiera luchando, probablemente habría estado perdido antes de llegar al hospital.

La puerta de la habitación se abre y Adam entra. Presiono mi dedo contra mis labios, indicándole que se calle.

—Todos salieron adelante —dice, pero como no puedo oír nada, es probable que esté pronunciando las palabras—. Relja tiene una arteria cortada, pero se pondrá bien.

Asiento y cambio mi atención a la clara huella de los dientes en su antebrazo. —¿Los hombres de Bogdan recurrieron a morder cuando se quedaron sin balas? —Yo susurro.

—Um, esa era tu esposa. —Cambia su peso de una pierna a la otra—. Traté de mantenerla alejada mientras los chicos te subían al auto.

Levantando una ceja, miro hacia el rostro angelical escondido en mi costado. Pequeño demonio.

—¿Bogdan? —Pregunto.

—Muerto. Sienna le disparó en el ojo. Lo juro, si no lo hubiera visto yo mismo, no lo habría creído.

Sí, mi brillante esposa es capaz de mucho, sólo hemos arañado la superficie. No puedo esperar a pasar toda la vida conociendo cada una de sus gracias.

—Tara y Keva están afuera. ¿Puedo decirles que entren? —Él pide.

—No. Diles que estoy bien y que vengan en una hora más o menos.

Cuando Adam sale de la habitación, miro a mi esposa dormida. Ella está empezando a despertarse.

—Escuché que empezaste a morder a mis hombres. —Levanto la mano y acaricio la línea de su pequeña nariz—. ¿Necesito limitar tu tiempo de juego con mis perros, Sienna? Pueden ser una mala influencia para ti.

Sus labios tiemblan y cierra los ojos con fuerza. Cuando los abre de nuevo, las lágrimas inundan sus profundidades de color marrón oscuro.

—Mira mi boca muy de cerca, Drago —dice entrecortadamente—. Para que no te pierdas nada.

—Está bien.

—Tuve que mantener mis manos presionadas sobre tu pecho mutilado para que no te desangraras. ¿Te imaginas lo que se siente al ver morir al amor de tu vida frente a tus ojos? ¿Monitoreando cada una de tus respiraciones y preguntándote si será la última? Si no estuvieras conectado a una maldita máquina que rastrea los latidos de tu corazón en este momento, te daría un puñetazo en la cara —dice mientras las lágrimas corren por sus mejillas—. Si alguna vez te atreves a hacer este tipo de mierda otra vez, te mataré.

Sonríó y levanto la barbilla para darle un beso en los labios. —Debo decir que cuando imaginé el momento en que finalmente confesaras que me amas, no incluyó amenazas de muerte.

—Ciertamente es así. —Sus dedos acarician mi cabello—. Te amo. Pero tú ya lo sabías.

Me inclino hacia delante y le muerdo el labio inferior. —Sí. Te veo, mi Sienna. Siempre lo hago. ¿Por qué te resultó tan difícil decirlo?

Se le escapa un pequeño suspiro y cuando sus ojos se encuentran con los míos, parecen muy tristes.

—He tenido la tonta convicción de que, si nunca reconozco mis sentimientos por ti, estarías a salvo de cualquier daño —dice—. Las personas que amo a menudo resultan heridas por mi culpa.

—¿De qué estás hablando?

—Mis padres. Asya.

—Tus padres murieron cuando eras una niña. No hay manera de que hayas sido responsable de sus muertes. Lo sé porque he estado tratando con tu hermano durante muchos años y he investigado sus antecedentes. Mila, tus padres quedaron atrapados en el fuego cruzado y fueron víctima de las ambiciones de un hombre codicioso. El viejo Don de Nueva York hizo todo lo posible para proteger a su gente. Lo que les pasó a tus padres y a tu hermana no es tu culpa. Ya hablamos de eso, cariño.

Una lágrima rueda por su mejilla. —Casi mueres por mí. Te pones entre yo y...

—No. —Presiono mi dedo sobre su boca—. Eso fue obra mía. Yo comencé todo este lío con Bogdan y soy responsable de las consecuencias. No tuviste nada que ver con eso. ¿Lo entiendes?

—Entonces, ¿podrías dejar de provocar a la gente? No creo que pueda volver a pasar por esto porque cada vez que cierro los ojos te veo cubierto de sangre. —Sus labios tiemblan—. Estaba muy asustada, Drago. Nunca he estado tan aterrorizada en toda mi vida.

—Intentaré dar lo mejor de mí. —Paso mi mano por su frente y engancho mi dedo en la cintura de sus mallas verde lima—. Pero primero, debemos borrar esas imágenes de tu mente y reemplazarlas con algo más.

Los ojos de Sienna brillan. —No puedes hablar en serio.

—¿Quieres que sufra? Porque desde el momento en que me desperté contigo acurrucada a mi costado, mi polla ha estado tan dura como una puta barra de acero.

Sus ojos recorren mi pecho expuesto, pasan por las vendas que envuelven la parte superior de mi torso y mis abdominales, y se detienen en el enorme bulto de mis calzoncillos.

—Tendrás que estar arriba esta vez —agrego.

Sienna se muerde el labio inferior y eso casi me hace estallar. —No creo que sea una buena idea, Drago.

—Dije —tomo su barbilla entre mi pulgar y mi índice e inclino su cabeza para mirarme—. Súbete. En. Mi. Polla. —Puse un poco más de presión en mi agarre—. Ahora, Sienna.

Sus ojos nunca dejan los míos mientras se quita las mallas y las bragas naranjas que combinan con su lazo, luego coloca mis calzoncillos sobre mis caderas y muslos, exponiendo mi polla palpitante. Coloca una pierna sobre mis caderas y, apoyando las manos en los bordes de la cama a ambos lados de mí, coloca su núcleo justo sobre mi dura longitud.

—Esto es más que imprudente —murmura—. ¿Qué pasa si te rompes los puntos?

Moviendo mi mano hacia su coño, presiono mi pulgar sobre su clítoris, masajeándolo en círculos pequeños y lentos. Me importan un carajo los malditos puntos. No me importa nada más que tener mi polla dentro de mi esposa. Después de todo lo sucedido, la necesidad de unirse de la manera más carnal es imposible de ignorar. La humedad cubre mis dedos, pero sigo provocándola, mirándola respirar entrecortadamente.

—Di mi nombre —le insto y le pellizco el clítoris.

—Drago —gime, pero no capto el sonido completo.

—Más fuerte.

Su cabello cae sobre su rostro mientras me mira fijamente. —¡Estamos en un hospital!

—Dije —pellizco su clítoris de nuevo, esta vez con más fuerza— más fuerte.

—¡Drago!

Dejo que el sonido me invada, luego deslizo mi dedo de su coño y agarro su cintura, tirando de ella hacia abajo. La mezcla de dolor y placer me golpea mientras ella da la bienvenida a mi longitud dentro de sus paredes internas. Siento la tensión en mis músculos y el tirón de los puntos en mi piel, pero ignoro el dolor y el escozor y me concentro en la vista de mi esposa jadeando encima de mí. Tan hermosa. Y mía.

Mi polla ni siquiera está a medio camino dentro de ella, y su coño ya tiene espasmos a su alrededor. Soporta la mayor parte de su ligero peso en sus brazos. La pequeña y brillante descarada está siendo cuidadosa, tratando de ponérmelo más fácil. No está pasando.

Sosteniendo su cintura, la levanto y luego la golpeo hacia abajo, empalándola. Un gemido retumba dentro de mi pecho una vez que estoy completamente envuelto dentro de su dulce calidez.

—¡Drago! —Sienna jadea y trata de levantarse, pero la mantengo en su lugar, maravillándome de la sensación de estar dentro de ella.

—No te atrevas a bajar de mi polla —ladro—. Ahora móntame, o te juro por Dios que arrancaré estos malditos tubos y te sujetaré debajo de mí.

Sienna niega con la cabeza y se inclina hacia adelante, nivelando su rostro con el mío. —Eres masoquista, mi amor.

—Supongo que lo soy. —La golpeo desde abajo y uno de los puntos cede.

Mi nombre sale de los labios de Sienna, un grito, probablemente, ya que capté una parte. La miro mientras mueve sus caderas, cada movimiento me acerca al borde.

La puerta de la habitación se abre de repente y una enfermera entra corriendo. Sí, definitivamente fue un grito. Los ojos de la mujer se desorbitan al vernos y se lleva la mano a la boca en estado de shock.

—¡Afuera! —Gruño—. ¡Ahora!

La enfermera se santigua y, girando sobre sus talones, sale corriendo de la habitación.

—Drago —jadea Sienna mientras monta mi polla—. ¿Alguien nos acaba de sorprender?

—Por supuesto que no, *mila moya*. —Muevo mi mano hacia su coño y presiono mi pulgar sobre su clítoris—. Ahora, ven por mí, mi estrella brillante.

Sienna echa la cabeza hacia atrás y su cuerpo tiembla mientras sus músculos sufren espasmos.

—Esa es mi chica —gimo y exploto dentro de ella, mientras siento que se rompen algunos puntos más.

Capítulo 24

SIENNA

DOS MESES DESPUÉS

—El cinturón de seguridad primero, Sienna.

Haciendo lo mejor que puedo para mantener mi cara seria, me abrocho el cinturón y coloco mis manos en el volante.

—Aquí enciendes el motor. —Drago señala el botón en el lado derecho del tablero, luego mueve su mano hacia la palanca de cambios—. Estamos en el parque ahora. Tienes que pisar el freno y poner la marcha.

Mi resolución se desvanece y siento que mis labios se inclinan hacia arriba. Si bien no soy una conductora muy competente, sé muy bien cómo arrancar un coche.

Cuando le pedí a Drago que me enseñara a conducir hace tantos meses, no nos hablábamos y yo solo estaba buscando una manera de pasar un tiempo a solas con él. Después de todo lo que pasó desde entonces, se me olvidó por completo, hasta hoy.

Drago ha estado muy estresado últimamente, yendo por ahí con el ceño fruncido, tratando de ponerse al día con todo el trabajo después de pasar semanas recuperándose de un disparo. Entonces, después del almuerzo, decidí que era hora de hacer algo divertido y le pedí que finalmente me diera esa lección de manejo. Y convenientemente oculté el hecho de que Arturo nos enseñó a conducir a Asya y a mí cuando teníamos dieciséis años.

—Asegúrate de revisar los espejos retrovisores y laterales antes de salir — continúa.

—Oh, ya revisé mi maquillaje. Estoy bien.

Drago me mira entrecerrando los ojos. —Para asegurarte de que nadie esté detrás o a tu lado, Sienna. No para volver a aplicarte el lápiz labial.

—Oh, por supuesto. —Me rio entre dientes—. ¿Qué tal si primero lavamos el parabrisas? ¿Dónde está esa cosa que rocía agua?

—El parabrisas está bien tal como está. Pon tu pie derecho en el pedal del acelerador... —Mira mis pies—. Jesucristo, Sienna.

—¿Qué? —Pregunto cuando sus ojos se encuentran con los míos, con una mirada de incredulidad en su rostro—. Me dijiste que me pusiera calzado cómodo.

—No estás aprendiendo a conducir con tacones de diez centímetros.

—¿Por qué? Estas son mis botas favoritas. Súper cómodo. ¿Ves? —Enciendo el encendido, cambio y piso con fuerza el acelerador. El coche da un bandazo hacia adelante.

—¡Jebote!⁹ —Drago ruge y agarra el volante—. ¡Detente! ¡Ahora!

Dejo el acelerador y aplico el freno, deteniéndome a sólo un pie del macizo de flores de Beli. —Eso salió bien, ¿no?

Los ojos de Drago se arrugan en las comisuras mientras me mira. Sus labios están apretados con fuerza, como si apenas pudiera contener una carcajada.

—Sí, estuvo bien, cariño. Cambia en reversa y retrocede un poco. —Pone su mano sobre la mía en la palanca de cambios y la guía para poner la marcha, luego mueve su palma hacia mi pierna—. Presiona el acelerador ligeramente.

—Bueno. —Conduzco hasta el punto de partida, pero, a propósito, me detengo más tarde de lo debido. La parte trasera del coche acaba dentro de un arbusto de enebro.

Drago se encoge. —Eso es bueno. —En voz baja, murmura en serbio—: *Keva ce glavu da mi otkine*¹⁰.

—¿Por qué Keva te arrancaría la cabeza?

—El coche es suyo.

—¿Por qué utilizamos el coche de Keva?

—Todos los demás coches son manuales. La transmisión automática es más fácil para los principiantes —dice con tono serio—. Intentémoslo de nuevo, pero esta vez lentamente.

—¿Qué tan lento?

Toma mi barbilla entre sus dedos y roza sus labios con los míos. —Lo suficientemente lento para no matar a nadie.

—Está bien. —Sonríe y presiono el pedal del acelerador sólo un poquito.

⁹ A la mierda

¹⁰ Keva, me arrancara la cabeza

El auto avanza a paso de tortuga y Drago asiente con la cabeza. —Bien. Ahora, un poco más rápido e intenta dar la vuelta al final del camino de entrada.

Nos movemos a menos de diez millas por hora, y él mantiene su mano izquierda en el volante, inspeccionando el camino de entrada como si esperara que yo me desviara hacia un lado en cualquier momento y chocara contra el seto de árboles de hoja perenne. Me resulta muy difícil mantener la compostura al verlo tan concentrado en la tarea.

—Está bien, Drago. —Sonrío y deslizo mi mano sobre la suya en el volante—. Puedes dejarlo ir. Yo sé cómo conducir.

—Por supuesto que sí. —Señala hacia el parabrisas—. Ojos en el camino.

Suspirando, piso el acelerador.

—Sienna. Despacio bebé.

Mantengo una velocidad moderada durante los siguientes cincuenta metros, luego rodeo dos veces la isla ajardinada en el camino de entrada al frente de la casa, y luego procedo a estacionar cuidadosamente el auto al lado del garaje.

—¿Cómo fue eso? —Sonrío—. Parece que aprendo rápido.

Drago me mira con los ojos entrecerrados y luego vuelve a agarrar mi barbilla. —¿Quién te enseñó a conducir? ¿Fue uno de mis hombres? Quiero un nombre.

—Mi hermano me enseñó. Hace años que se. —Inclino mi cabeza hacia abajo y le muerdo el pulgar—. Necesitabas relajarte un poco. Trabajas mucho.

—¿Y ésta es tu idea de relajación? —El tono de su voz es serio, pero sus labios se curvan hacia arriba.

Me inclino hacia adelante y empujo su nariz con la mía. —Te has divertido. Admítelo.

—Disfruto bastante de tus travesuras. —Pasa el dorso de su mano por mi mejilla—. Pero tengo una idea mejor para la ‘diversión’ y la ‘relajación’, Sienna.

—¿Incluye viajar conmigo?

—Definitivamente incluye montar a caballo. —Empuja su asiento hacia atrás, luego me agarra por la cintura y me ayuda a subir a la consola central y sentarme en su regazo.

Estoy alcanzando la cremallera de Drago cuando noto que Filip viene detrás del auto. —Tonterías. Filip está en camino.

—Simplemente ignóralo y se irá. —Drago acaricia mi muslo, subiendo mi falda mientras mordisquea mi labio inferior.

Filip se acerca a la puerta del pasajero y golpea la ventana, luego mira hacia adentro y gira la cabeza hacia un lado.

—¿Drago? —Jadeo mientras su mano se desliza entre mis piernas, sus dedos rozan mi coño sobre mis bragas mojadas—. No creo que se vaya.

—Jesús, joder —Drago baja la ventanilla y le lanza a Filip una mirada amenazadora—. ¿Qué pasa ahora?

—Me dijiste que te avisara en cuanto supiera algo sobre la situación en Boston —murmura el segundo al mando—. Tal vez debería volver más tarde. Ustedes dos parecen... ocupados.

La calidez de un rubor sube por mis mejillas y entierro mi rostro en el cuello de Drago.

DRAGO

—Tus habilidades de deducción son de primera categoría —espeto—. ¿No puedo pasar veinte malditos minutos con mi esposa? ¿Qué pasó en Boston?

—Don Leone falleció —dice Filip, con la mirada fija en el techo del coche. Creo que lo estamos haciendo sentir incómodo. Bien.

—Ha estado enfermo durante años, así que era de esperar. ¿Quién se hará cargo de la Familia? —Aparto las bragas de Sienna y acaricio su coño empapado con la punta de mi dedo.

—Nera Leona.

—¿Una mujer que dirige oficialmente una familia de la Cosa Nostra? —Mis cejas se juntan—. Esa será la primera vez.

El cálido aliento de Sienna abanica mi cuello y se estremece cuando deslizo mi dedo dentro de ella.

—Bueno, no lo estará por mucho tiempo —continúa Filip—. Uno de nuestros informantes acaba de enviar un mensaje. Alguien la atacó.

Cifras. Apuesto a que es alguien de su propia familia. —¿Cuál es la recompensa?

—Dos millones. Y los sicilianos ya se hicieron cargo del trabajo.

—Mierda. ¿Cuándo?

—Ayer. —Cambia su peso de un pie al otro mientras sus ojos vagan por todas partes excepto dentro del auto—. ¿Deberíamos avisarle a Nera? ¿Para que pueda aumentar su seguridad o lo que sea?

—Los sicilianos tienen un plazo de respuesta de veinticuatro horas. Si ayer aceptaron el trabajo, ella ya está muerta. —Deslizo otro dedo en el coño de mi esposa, disfrutando la forma en que tiembla su cuerpo—. Y si eso es todo lo que tenías que decirme, será mejor que te pierdas, o tú también estarás muerto.

—Entiendo. —Filip gira sobre sus talones y regresa a la casa.

Reposicionando mi agarre, pellizco el clítoris de Sienna y luego lo presiono con el pulgar. Su agarre sobre mí se aprieta, sus dientes se hunden en la piel de mi cuello mientras se corre sobre mi mano.

—Eso fue rápido. —Entierro mi nariz en su cabello para inhalar su aroma, y casi me pincho el ojo con la peineta de flores decorativa colocada en la parte superior de su cabeza—. ¿Podrías dejar de comprar accesorios para el cabello peligrosos?

Sienna se ríe en mi cuello y mueve su trasero, frotando mi polla dolorida. Deslizo mis palmas sobre su dulce trasero y agarro el borde de sus bragas, rompiéndolas.

—¿Amarillo? —Pregunto mientras le quito la tela de encaje.

—Sí —dice mientras juguetea con la cremallera de mis jeans—. Tu color favorito.

En el momento en que mi polla está libre, agarro sus nalgas y la golpeo contra mi polla palpitante. Sienna respira hondo y, tomando mi cara con las palmas de sus manos, toca su frente con la mía.

La mayoría de los sonidos suaves que hace los pierdo, y odio que me roben la oportunidad de escuchar sus pequeños gemidos y jadeos mientras me monta. Pero todavía puedo sentir su aliento mezclándose con el mío. Las puntas de sus dedos mientras acarician mi cara. Los escalofríos que recorren su cuerpo. Cada cosa que hace, hace que mi alma brille.

—El amarillo no es mi color favorito —murmuro en sus labios mientras los asalto con vigor—. Lo eres, mila moya.

Capítulo 25

SIENNA

UNA SEMANA MAS TARDE.

—¿Qué es tan importante que no puedes dejar de mirar tu teléfono? —Pregunto mientras Drago baja su celular a la mesa por décima vez en la última hora—. ¿Una emergencia comercial?

—Sí. —Él asiente y, con indiferencia, toma su café.

Entrecierro los ojos hacia él. —Mm-hmm... Si hay una emergencia, ¿por qué seguimos sentados en un restaurante tomando una segunda taza de café después de pasar toda la mañana comprándome zapatos?

—¿Ahora te quejas porque te compré zapatos?

—Insististe en que fuéramos al centro comercial a las siete, Drago.

Intenté explicarle que ningún centro comercial abre antes de las nueve, pero no me escuchó. Básicamente, el hombre me sacó de la casa, me metió en su auto y abandonó el lugar a una velocidad vertiginosa como si alguien lo estuviera persiguiendo.

—Tal vez sólo quería disfrutar de una mañana tranquila con mi esposa. —Él se encoge de hombros.

—Eres el peor adicto al trabajo que existe. Me sorprende que sepas siquiera el significado de “mañana tranquila”. —Echo un vistazo rápido al reloj de Drago. Once y media—. Y es casi mediodía.

El teléfono de Drago vibra con un mensaje entrante. Mira la pantalla, luego saca su billetera y deja caer algunos billetes sobre la mesa. —Estamos regresando.

—Entonces, ¿no me vas a decir qué está pasando?

—No.

Suspiro y me levanto para arreglarme el vestido. Es lindo y naranja, y tiene un cinturón ancho color lavanda que combina con el tono de las bonitas botas abiertas que Drago me compró. —Me estás preocupando. ¿Estás seguro de que todo es...?

El brazo de Drago rodea mi cintura, haciéndome gritar de sorpresa mientras me levanta. Sus ojos se clavan en los míos mientras me sostiene presionada contra su pecho mientras mis piernas cuelgan del suelo.

—Todo está bien, Sienna. Pero tenemos que darnos prisa.

—¿Por qué? —Le muerdo ligeramente el labio inferior.

—Ya lo verás.

Intento persuadirlo para que me cuente lo que está pasando mientras me lleva afuera y cruza el estacionamiento, pero no pronuncia una palabra. Sus labios también permanecen sellados durante nuestro viaje, ligeramente curvados en una sonrisa de satisfacción propia, apenas visible.

—¿Qué pasa con los autos? —Le pregunto cuando gira hacia el camino que conduce a la mansión. Los vehículos están estacionados a cada lado, y hay decenas de ellos—. Oye, ese es de Arturo.

Mi esposo sigue conduciendo como si no se diera cuenta de la gran cantidad de autos que se extienden hasta la puerta y más allá.

—¡Drago!

—¿Sí, mila?

—¿Qué está sucediendo? ¿Qué están haciendo todos esos autos aquí?

—Lo siento cariño. No entendí eso —dice mientras nos detenemos en la entrada del complejo.

La puerta comienza a deslizarse hacia un lado, revelando un túnel hecho de grandes arcos de flores que bordean el camino de entrada a la mansión. Miro con la boca abierta mientras pasamos, contemplando la multitud de flores coloridas: grandes rosas rosadas y rojas, lirios, narcisos y muchas más, entretejidas en las ramas de vegetación que forman las estructuras y atadas con anchas cintas de seda.

Entre los arcos veo dos enormes tiendas de campaña blancas, una a cada lado del césped. Los paneles de las tiendas están enrollados, dejando al descubierto largas mesas cubiertas con manteles de color amarillo brillante y arreglos florales. Personas elegantemente vestidas se agolpan por todas partes, dentro de las tiendas y sobre los terrenos cubiertos de hierba, disfrutando de bebidas y aperitivos mientras los camareros corren entre ellos. Debe haber al menos quinientas personas, tal vez más.

—¿Drago? —Me ahogo.

Cuando el auto se detiene al final del túnel del arco, justo antes de la isla ajardinada del camino de entrada con una fuente en el medio, de repente suena música desde algún

lugar a nuestra izquierda. Todavía en estado de shock, mis ojos encuentran a Drago, que está sentado con los brazos cruzados sobre el volante, mirándome con una sonrisa divertida en su rostro.

—Dijiste que te gustaría que hiciéramos otro svadba —dice—. Aquí estamos.

—Pero... pero ¿de quién es este svadba?

Drago se inclina hacia adelante y coloca su palma en mi mejilla. —Es nuestra, cariño.

Trago, tratando de mantener la compostura. Y pensé que no podía amar a este hombre más de lo que ya lo amo. Mis labios tiemblan tanto que apenas puedo hablar. —¿Por qué?

—Porque sé que querías una. —Golpea su boca con la mía y luego murmura en mis labios—. Pero nada de bailar sobre la mesa, Sienna.

Sólo sonrío. ¿Qué clase de svadba sería si la novia no bailara sobre la mesa?

El pensamiento me abandona mientras una vez más me pierdo en mi marido. Su sabor, su aroma, la sensación de su palma mientras se desliza hasta mi nuca, acercándose. Me estoy ahogando en absoluta felicidad cuando un grito estridente y enojado explota a nuestra derecha. Me aparto del beso y miro por la ventana abierta, buscando la fuente.

Un grupo de personas se reunió alrededor de algo justo afuera de una de las tiendas. Reconozco a Relja y a algunos otros hombres de Drago entre la multitud, así como a Don Ajello y su esposa, que están un poco a un lado.

—Qué carajo —murmura Drago y sale del auto. También salgo corriendo y troto tras él, preguntándome qué diablos está pasando.

—¡Bastante bastardo italiano! —El grito de Tara proviene de algún lugar dentro del círculo de espectadores—. ¡Cómo te atreves a venir aquí después de atacar a mi hermano!

—Debería buscar ayuda profesional para sus problemas de ira, señora —responde Arturo en tono ecuánime.

—¿Oh sí? Te daré un profesional.

Varias personas dan un paso atrás apresuradamente, exponiendo a mi cuñada en medio de la multitud mientras toma una fuente de canapés en la mesa del buffet cercana.

—¡Tara! No lo hagas —grito mientras sigo a Drago corriendo por el césped.

No estoy segura de si no me escuchó o simplemente decidió ignorar mi advertencia, porque lanza la enorme bandeja redonda hacia mi hermano como si fuera un freesbee de gran tamaño. Docenas de entremeses del tamaño de un bocado salen volando del proyectil

plateado, golpeando los cuerpos y rostros de las personas reunidas alrededor de la escena mientras un arma improvisada corta el aire hacia la cabeza de mi hermano. Arturo se agacha en el último momento y la fuente termina entre los rosales detrás de él.

— ¡Maldita loca! Ruge y se lanza hacia Tara, quien ya está buscando algo más para lanzar—. ¿Creciste en una maldita jungla?

Todos a su alrededor parecen estar congelados en su lugar, simplemente mirando boquiabiertos la conmoción que se desarrolla ante sus ojos. Incluso la música se ha calmado, y veo a los miembros de la banda abandonando el escenario de la plataforma elevada y acercándose para tener una mejor vista.

— ¡Tara! —Drago aúlla, acercándose a ella.

Una sonrisa malvada aparece en los labios de Tara mientras agarra una enorme jarra llena de ponche de la mesa. En un movimiento increíblemente elegante, mi cuñada gira sobre sus talones, los costados de su largo vestido cruzado de color azul pálido ondean con el giro y revelan sus largas piernas cubiertas con medias de encaje sostenidas por un par de ligas en el mismo tono azul. Un líquido rosado salpica toda la cara y el pecho de mi hermano. Trozos de limón se pegan a las solapas de su chaqueta y a su pechera.

Demasiado tarde, pero Drago finalmente alcanza a su hermana. Él la arroja sobre su hombro mientras ella deja caer la jarra de vidrio y le grita que la deje en el suelo. Haciendo caso omiso de sus arrebatos, mi marido procede a llevar a Tara hacia la casa. Mientras tanto, me acerco a Arturo, deteniéndome ante él. Tiene los puños a los costados y está furioso. Casi puedo imaginar el vapor saliendo de su ropa y piel humedecidas.

— Esa loca necesita ser encerrada en un maldito manicomio —gruñe entre dientes.

Me muerdo el labio inferior para evitar estallar en carcajadas y alcanzo a quitarle una rodaja de limón del hombro. —Ella es sólo un poco protectora. Estás exagerando.

— ¿Exagerando? —Arturo espeta mientras pasa la palma de la mano por el frente de su chaqueta de diseñador que está goteando ponche en un charco a sus pies—. Créeme, no lo hago. Querido Dios, me compadezco del hombre que decida casarse con esa banshee¹¹.

Yo suspiro. Las reuniones familiares y las vacaciones definitivamente serán interesantes.

¹¹ Alma en pena.

Varios días después, Nueva York.

El ático de Salvatore Ajello

MILENE

Tomo un sorbo de mi limonada y observo a mi marido por encima del borde de mi vaso. La televisión está encendida, pero ha estado masajéandome los pies distraídamente durante los últimos diez minutos, sin prestar realmente atención al juego. Está conspirando y, según la expresión de suficiencia de su rostro, no es nada bueno.

—¿Qué estás haciendo, Salvatore?

Inclina la cabeza hacia un lado, luego lleva mi pie a su boca y me besa la punta de los dedos. —¿Por qué lo preguntas?

—Tenías la misma expresión en tu cara cuando decidiste casar a la hermana de Arturo, introduciéndola en la organización serbia para que espiara por ti.

—Fue un plan inteligente. —Él asiente y mueve sus manos hacia mi otro pie—. Lástima que no haya funcionado como esperaba.

Apenas contengo la risa que amenaza con estallar en mí. Estaba tan enojado cuando Sienna seguía contándole tonterías al azar durante sus registros. ¡El refrigerador roto y el carburador del camión me molestan! —Sí. Arturo todavía está enojado contigo por eso.

—Él lo está. También se ha vuelto extremadamente melancólico estos últimos meses. Gritando a sus subordinados ante la más mínima provocación.

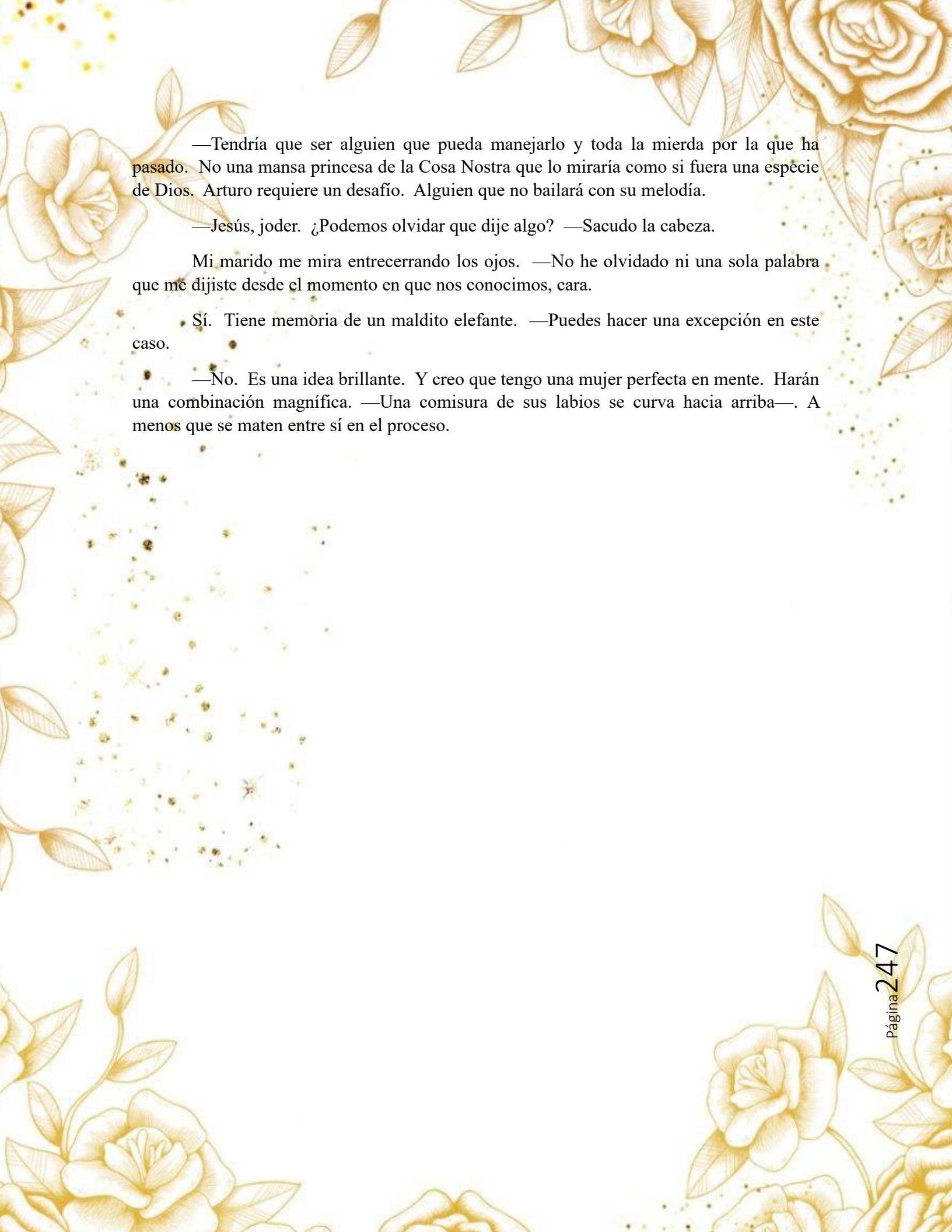
—Tal vez simplemente se siente solo y no sabe cómo afrontarlo. —Me encojo de hombros.

—¿Lo crees?

—Definitivamente. —Asiento con la cabeza—. Ha estado cuidando a sus hermanas durante tanto tiempo y ahora, con ambas casadas, no sabe qué hacer consigo mismo. Quizás debería concertarle un matrimonio a él también —digo, medio en broma.

—Eso tiene sentido.

—¿Qué? —Casi me ahogo con mi bebida—. Estaba bromeando.



—Tendría que ser alguien que pueda manejarlo y toda la mierda por la que ha pasado. No una mansa princesa de la Cosa Nostra que lo miraría como si fuera una especie de Dios. Arturo requiere un desafío. Alguien que no bailará con su melodía.

—Jesús, joder. ¿Podemos olvidar que dije algo? —Sacudo la cabeza.

Mi marido me mira entrecerrando los ojos. —No he olvidado ni una sola palabra que me dijiste desde el momento en que nos conocimos, cara.

• Sí. Tiene memoria de un maldito elefante. —Puedes hacer una excepción en este caso.

• —No. Es una idea brillante. Y creo que tengo una mujer perfecta en mente. Harán una combinación magnífica. —Una comisura de sus labios se curva hacia arriba—. A menos que se maten entre sí en el proceso.

Epílogo

DRAGO

Muchos años después

Cruzo los brazos sobre el pecho y miro la fila de mujeres paradas frente a mí, de espaldas a la pared del garaje.

—Pensé que teníamos un acuerdo, pero parece que me equivoqué —digo—. Entonces, ¿quién fue esta vez?

Nadie habla. Tienen las manos entrelazadas delante de ellas y las cuatro parecen muy culpables. Doy un paso adelante y me paro frente a mi esposa. Lleva un mono de seda azul, con corazones plateados que cruzan alegremente el material y sandalias de tacón altísimo que combinan con las formas brillantes.

—¿Sienna? ¿Fuiste tú?

—Por supuesto que no, bebé. —Ella me da una de sus brillantes sonrisas—. Sabes que nunca lo haría.

Asintiendo, me muevo para pararme frente a mi hija mayor. Lleva un mono a juego con el de su madre, pero el suyo es verde. —No esperaba esto de ti, Alexandra.

—No fui yo, papá. ¡Lo juro!

—Mm-hmm... —Me muevo hacia mi hija del medio. Está agarrando el dobladillo de su falda dorada con volantes, tratando de mantener su rostro serio, pero es tan claro como el día que apenas puede contener la risa—. Tuvimos una conversación seria después de que esparciste el polvo de brillantina por toda la comida en el refrigerador y establecimos que algunas cosas no son para jugar.

Presiona sus pequeñas manos sobre su boca, riendo. —¡Pero yo no lo hice, papá!

Sacudo la cabeza. Tener tres hijas es una tarea difícil. Tener hijas que son una copia al carbón de mi esposa ciertamente hace que la vida sea impredecible. Y emocionante. Extiendo la mano y ajusto la flor decorativa que sostiene la cola de caballo de Irina, luego me giro y me agacho frente a mi hija menor.

—¿Pintaste de rosa las llantas de la motocicleta de papá, Dina bebé?

Se muerde el labio inferior. —Sí.

—¿Y recuerdas que hablamos de que es peligroso entrar sola al garaje?

—Pero no estaba sola. —Ella hace pucheros—. Mami estuvo conmigo todo el tiempo.

—Oh, lo era, ¿verdad? —Miro a mi esposa, que finge estar absorta en sus uñas pintadas de plata—. Entonces, ¿mamá te ayudó?

—No. Lo hice todo yo sola. Tu motocicleta es toda negra y quería hacerla bonita. —Su cabeza se tambalea con absoluta certeza de su declaración.

—Papá usa la motocicleta para trabajar, Dina.

—Lo sé. —Ella sonríe, luciendo muy orgullosa de sí misma—. ¡Ahora tienes la motocicleta más bonita del mundo! Puedes llevarla a tu reunión y mostrárselo a tus amigos.

Me imagino las caras de mis hombres cuando llegue a una sesión de interrogatorio en una motocicleta con neumáticos rosas y suspiro. Al menos esta vez no tiene brillo.

—Y tu casco ahora coincidirá —añade.

—¿Mi casco?

—Sí. Irina y Alexandra me ayudaron a ponerle pequeñas pegatinas de mariposas. ¡También son bastante rosados!

Jesucristo. —¿Pero no hay brillo?

—Eso es sólo para las niñas, papá. —Ella arruga la nariz en señal de desaprobación—. ¿Podemos ir a la cocina ahora? Keva está haciendo tarta de manzana y prometió que nos dejaría probar el relleno.

—Entonces deberías darte prisa, antes de que Relja se lo coma todo.

Veo a mis hijas correr hacia la puerta trasera de la casa, seguidas por tres perros que llevan enormes lazos de colores alrededor del cuello, luego me enderezo y encaro a mi esposa.

—¿No fuiste tú, hmm? —Envuelvo mi mano alrededor de su cintura y la levanto contra mí, aplastándola contra mi pecho.

—Es sólo pintura de acuarela. —Ella sonríe—. Se borrará.

—¿Y las pegatinas?

—Esa era todas chicas. Intentaré quitarlos con el quitaesmalte.

—Solo deja las malditas cosas. —Agacho la cabeza y presiono mis labios contra los de ella—. ¿Cuánto tiempo las mantendrá ocupadas ese pastel?

—Diez minutos como máximo. El relleno de manzana ya está listo.

—¿Lo es? —Yo sonrío.

Manteniendo a Sienna presionada contra mi cuerpo, tomo mi teléfono con mi mano libre y marco a Relja.

—Ve a la cocina —ladro—. Toma el relleno de pastel que Keva había hecho y tíralo a la basura. Cuando venga a por ti, hazle saber que necesita preparar uno nuevo y que las chicas la ayuden de principio a fin.

El balbuceo histérico de Relja viene del otro lado, pero simplemente corté la conexión y guardé el teléfono en mi bolsillo trasero.

—Keva los matará a ambos. —Sienna resopla.

—Entonces necesito asegurarme de que nuestras muertes inminentes no sean en vano. —Llevo a mi esposa al interior del garaje y presiono el botón para cerrar las puertas corredizas.

Me pregunto si sus bragas combinan con sus zapatos y el esmalte de uñas de hoy.

Fin.

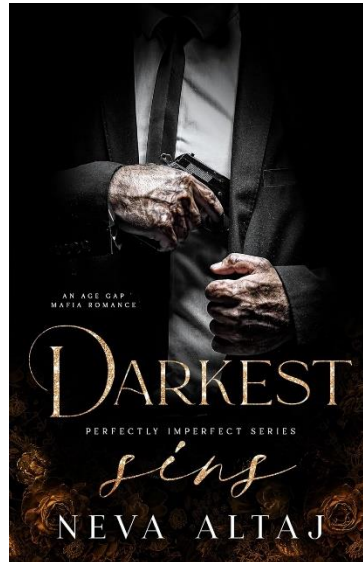


Querido lector,

¡Muchas gracias por leer la historia de Drago y Sienna! Espero que consideres dejar una reseña para que los demás lectores sepan lo que piensas de Silent Lies. Incluso si es sólo una frase corta, hace una gran diferencia. ¡Las reseñas ayudan a los autores a encontrar nuevos lectores y ayudan a otros lectores a encontrar nuevos libros que les encanten!

Próximo libro

El próximo libro de la serie es Darkest Sins, que sigue a Kai y Nera: D. Es una historia de sol gruñón, los opuestos se atraen y con diferencias de edad con un héroe acosador: D.



Darkest Sins

Nera

En una noche de sangre y muerte,

El destino nos unió.

Pensé que estaba salvando la vida de un hombre inocente,

Un hombre al que nunca volvería a ver.

Me equivoqué.


Un ligero cambio en el aire.

Un destello de ojos plateados en la oscuridad.

Puede que no lo vea, pero sé que está allí.

Mi ángel de la muerte,

Acechando en las sombras,



Cuidándome.
Protegiéndome,
Antes de desaparecer en el aire,
Hasta que nos encontremos de nuevo.
Un hombre que recibió una bala por mí.
Pero él no me tocará,
Quererme,
O incluso compartir su nombre.

Kai
Oscuridad. Dolor. Sangre.
Es todo lo que supe.
Un caparazón vacío de un ser humano,
Sin corazón. Sin alma. Sin sueños.
Rodeado de muerte,
Yo era un hombre muerto caminando.
Pero entonces, la luz brilló a través de mi oscuridad,
Dando vida a mi alma sin vida.
Mi intrépido cachorro de tigre,
Mi única razón para seguir viviendo.
Cada vez que tengo que dejarla en la luz,
Mi corazón negro se rompe y sangra,
Mientras me retiro a las sombras,
A donde pertenezco.
No puedo cambiar el pasado,
No puedo retractarme de lo que he hecho.
Mi pecado más oscuro.



De Fans para Fans, sin ánimo de lucro.

Puede presentar errores.